Aimée Lou



Royal bodyguard

wonderbooks

Royal Bodyguard

Aimée Lou

Traducción de Marta Sánchez

wonderbooks

Contenido

Página de créditos
Sinopsis

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo

Agradecimientos
Sobre las autoras
Notas de la traductora

Página de créditos

Royal Bodyguard

V.1: mayo de 2025
Título original: *Royal Bodyguard,* publicado originalmente en francés por Edisource

© Edisource, 2023
© de la traducción, Marta Sánchez Hidalgo, 2025
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2025
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Ilustración de cubierta: Freepik - am_art
Corrección: Elisenda Nierga, Paula Jusdado

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, despacho 10

08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-15-6
THEMA: YFM
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Royal Bodyguard

¿Su misión? Proteger al príncipe. ¿Su deseo? Mucho más que eso…

Como heredero al trono, Léonard tiene el reino a sus pies. Da órdenes y todo el mundo le obedece, incluido Nine, el atractivo guardaespaldas responsable de su seguridad.

Pero cada vez que Léo cruza la mirada con la de su protector, siente que los papeles se invierten: es él quien está a merced de Nine… y estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por él, incluso las más inapropiadas. Pero sabe que debe resistirse: entre el accidente que le robó los recuerdos de los últimos dos años y las amenazas que acechan a la Corona, ya tiene bastantes problemas.

Lo que Léo ignora por culpa de la amnesia es que Nine y él compartieron una intensa historia de amor. Nine, en cambio, no lo ha olvidado… y recuerda perfectamente cómo hacer que el príncipe caiga rendido a sus pies.

¿Cumplirá el guardaespaldas con su deber o se dejará llevar por el deseo una vez más?

Una novela adictiva para los fans de los romances prohibidos y los guardaespaldas dispuestos a todo

«Una explosión de sentimientos y de tentación. ¡Cuántas emociones!»
Imperfect Reading

«Me he enamorado de esta pareja: ha sido amor a primera vista.»
La Bibliothèque de Céline

«Una novela muy adictiva y bien construida, e incluir la realeza en la trama añade un plus a la historia. Los personajes, además, son entrañables, ¡devoré el libro!»
Muffins and Books

«Me ha gustado mucho la trama, que me ha sorprendido muy a menudo, y se me ha encogido el estómago al ver los corazones rotos por culpa de la amnesia […]. ¡Es DEMASIADO bueno!»
Les Affaires de Louise

«Me he enamorado de esta historia tan dulce […]. La investigación para averiguar quién causó el accidente es el verdadero cluedo que me tuvo en vilo hasta el final de la novela.»
Les Romances de Virginie

#wonderlove

Tu voz resuena
y nuestros ecos regresan.
Recuerdos que perduran.

«Que sera ma vie», Ludovick Bourgeois

Prólogo

Nine

Hay cosas que duelen. Como que el hijo del vecino me partiera la mandíbula cuando cumplí los catorce; que me dispararan —varias veces— durante una operación secreta de defensa; o que me torturara un grupo de rebeldes en los confines de un pueblo somalí.

En fin.

En la vida he sufrido.

A menudo.

He perdido a gente que quería. A hermanos.

Lo he superado.

Pero hay algo a lo que no consigo acostumbrarme y que me cuesta mucho. Mucho más que todas mis pesadillas juntas. Sí. Ahora, mi sufrimiento no se oye. Es invisible. Profundo. Irremediable. El trabajo, el deporte, el sueño, los chutes de adrenalina, nada me alivia.

Nunca.

Estoy condenado a vivir con este dolor latente e insoportable que emana de mi pecho cada vez que *él* está ahí. Consciente y resignado porque nada puede reparar un corazón roto.

Capítulo 1

Léonard

Con la habitación sumida en la oscuridad, miro fijamente un punto invisible del techo mientras recupero poco a poco la vista. La migraña ha desaparecido tras pasar horas intentando recuperar el sueño.

Prescripción del médico: dormir.

Sin embargo, estoy harto de quedarme tumbado en la cama todo el día. Me he pasado semanas descansando en el hospital y recibiendo las visitas del personal médico para comprobar mis constantes vitales y las de mis amigos. Ahora que he vuelto a palacio, solo quiero una cosa: hallar algo parecido a la normalidad y a la libertad.

Pero para eso aún me queda. Después de lo que ha pasado y del miedo que he causado a mi familia, debería olvidarme de mi independencia durante mucho mucho tiempo. Como realmente carecía de ella, no parece que vaya a ir a peor. Suspiro decepcionado y me acurruco hacia el lado con la mirada perdida en el parqué de madera maciza de la habitación.

El punto positivo —si podemos sacar aunque sea uno de esta situación deplorable— es que al fin puedo escapar del tradicional y tedioso horario que siempre he debido cumplir desde que tengo edad para hablar. Se acabaron las agendas pautadas al milímetro.

Vuelvo a tenderme de espaldas y me paso un brazo debajo de la nuca intentando no hacer gestos bruscos que reaviven el dolor de cabeza. Me humedezco los labios secos y suelto aire ruidosamente.

Han retirado todos los aparatos electrónicos de la habitación para que mi periodo de convalecencia vaya lo mejor posible y evitar que se acentúen las migrañas; incluso el despertador que proyectaba la hora en la pared, el que me regalaron en Navidad cuando tenía diez años y que nunca me abandonó. ¿O lo quité yo?

«Mi yo de antes».

Siento un nudo en la garganta al pensar en esa persona a la que he olvidado. «Secuelas colaterales», como decían en el hospital. Yo a eso lo llamo un puto tumor. Casi dos años de mi vida borrados en una décima de segundo me causan la impresión de que se me ha desplomado el mundo entero.

Veinticuatro meses es mucho. Sobre todo, cuando te despojan de ellos.

De pronto, me ahogo en esta habitación que conozco como la palma de mi mano, pero que hoy me parece extraña. Me siento en el borde de la cama con mucha prudencia y, luego, me levanto. Espero un vértigo que no aparece con las dos manos extendidas, preparadas para frenar un choque brutal contra el suelo. Más tranquilo al comprobar que mi cuerpo se recupera poco a poco de los traumatismos que sufrió, avanzo a paso lento hasta la puerta de la habitación. La abro con cuidado y miro la luz del pasillo. Todas las cortinas están cerradas para aislar por completo del mundo exterior esta parte del castillo. Se me escapa una risa amarga de la garganta mientras voy a las escaleras de servicio. Siento que estoy en una cárcel o en un asilo. En un asilo enorme.

Tengo ganas de gritar. Solo estoy herido. No estoy loco.

Bajo los peldaños uno a uno sin cruzarme con un alma. No es que no me guste, pero no debería estar solo en casa. Normalmente es un hervidero de personas. Si no hay un sirviente vigilándome, es un guardaespaldas. Ahora es un desierto. ¿Los trabajadores saben al menos que estoy aquí? Que no me hagan creer que todo el mundo

está ocupado fuera. Mi hermana me dijo que nuestro padre había doblado la plantilla de seguridad. Cuesta creerlo ahora mismo.

Recorro el pasillo vacío hasta la primera habitación del ala de los sirvientes y luego cruzo otro para llegar al fin a la puerta de la cocina. Está entreabierta y, antes de empujar el pesado batiente de madera, oigo risas y voces.

—Todo es relativo, mi querido Jörgen. Un accidente de semejante magnitud puede provocar numerosos daños internos. ¿Que si es capaz de cumplir con sus obligaciones después de lo que ha sufrido? Por ahora es difícil decirlo. Y dudo mucho que la familia real divulgue ese tipo de información. En efecto, parece poco probable. Pero, mientras tanto, estamos encantados de saber que el príncipe ha vuelto a su casa. Como a la mayoría de los saryhanos, aún nos atormentan las imágenes…

Cierro un momento los ojos porque una sensación extraña me comprime el estómago. Una vez, durante mi estancia en el hospital, me permitieron ver las fotografías del accidente, para tratar de ayudarme a recordar lo que había sucedido y entender las razones por las que he acabado así. Me han arrancado veinticuatro meses de mi vida, y ahora mis días están llenos de dolores de cabeza, vértigos y los malditos hematomas que aún no se han borrado.

No sirvió de nada y no he podido volver a verlas. Imagino que no avisaron a mis padres de que iban a enseñarme las fotos, y entonces prohibieron a los médicos que volvieran a hacerlo para protegerme.

Trago saliva, abatido, y empujo la puerta para entrar en la cocina. De inmediato, dirijo la atención al pequeño televisor que hay en la esquina:

> «… o bien su hermana pequeña. Dudo que una mujer sea capaz de ejercer las funciones reales. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Nils, solo tiene que rezar para que el príncipe Léonard no tenga que ceder su puesto…».

Aprieto la mandíbula de irritación cuando oigo semejantes absurdidades y entonces distingo una silueta por el rabillo del ojo. Giro la cabeza y veo dos ojos marrones. La joven da un salto y casi tira el saco de patatas que tiene en las manos.

—Su Alteza real —dice mientras me hace una reverencia.

La empleada doméstica deja el saco en la mesa del centro donde hay otras verduras y se precipita a apagar la televisión.

—¿Gustav no está aquí? —pregunto con sorpresa.

Inspecciono la cocina; no hay personal.

—No, Su Alteza. Está con Su Majestad el Rey.

La mujer baja la mirada hacia su delantal, que alisa con nerviosismo con la mano. Desconozco por completo su rostro y me tenso de frustración.

«Secuelas colaterales».

—¿Puedo hacer algo por usted, Su Alteza?

De pronto, me doy cuenta de que no recuerdo por qué he ido hasta allí y de que me siento incómodo delante de ella.

—No, estoy bien, gracias…

Dejo la última palabra en suspenso a la espera de que la joven aproveche ese momento para decirme su nombre, que seguramente sé, pero que he olvidado.

—Helle, Su Alteza.

Esta vez desvío la mirada. Inclino la cabeza y, en lugar de dar media vuelta, tomo con ansia la puerta que conduce a los jardines. El ruido de mis propios pasos sobre la gravilla me envuelve cuando cruzo el camino hacia la parte de atrás del edificio, a refugio de cualquier ventana. Me apoyo en la inmensa pared de la fachada, la cabeza contra la piedra dura, y cierro los ojos con cansancio. El reconfortante rumor del cantar de los pájaros y de las ramas de los árboles mecidas por el viento me tranquiliza. Hace frío para ser octubre, pero, acostumbrado a temperaturas bajo cero, ni me inmuto.

Con cada espiración, se dibuja un humo blanco en el aire que emana de mi nariz, y me entran unas terribles ganas de fumar. Y eso

que nunca he tocado un cigarro. Ni siquiera cuando hacía el loco con mis primos en nuestra adolescencia. Para empezar, porque nunca me han atraído, y para seguir, porque no se ajustan en nada al decoro, sobre todo para un príncipe heredero. Solo cabe la posibilidad de hacerlo en secreto. Pero desarrollar una adicción, sea cual sea, es inapropiado para un hombre de sangre real.

Sin embargo, tengo la extraña sensación de que es lo que mi yo de antes del accidente hacía: guardar secretos. Y un sentimiento amargo, mezclado con impotencia, me revuelve las entrañas. Me agacho y hundo la cabeza entre las manos, en un intento de detener el escozor de las lágrimas en los ojos.

¿Y si nunca recupero mis recuerdos?

Me paso los dedos por el pelo enredado y me sobresalto al oír unos pasos que se acercan. La gravilla se agita a medida que avanzan y, cuando levanto la cabeza, veo una silueta de pie delante de mí. No distingo los rasgos del individuo, oscurecidos por el sol que brilla a su espalda, y me incorporo rápidamente con el corazón a mil por hora. Se me nubla la vista y el mareo me obliga a apoyarme en la fachada para estabilizarme mientras una mano cálida me sostiene el brazo.

—¿Todo bien?

Retrocedo ante ese gesto y esa familiaridad que el hombre se permite conmigo, lo que me desestabiliza aún más. Da un paso hacia atrás, visiblemente sorprendido por lo que acaba de hacer. La nueva posición del hombre hace que un rayo de sol le ilumine la piel y gracias a eso puedo verle el traje impecablemente confeccionado. Su rostro desconocido se añade a la larga lista de secuelas colaterales y el estómago se me encoge de dolor. Tiene la mandíbula cuadrada, no lleva barba y posee unos rasgos angulosos tan atractivos que me asombran. Baja la mirada e inclina la cabeza. El cabello, de color negro ébano, hace juego con el tono oscuro de sus iris y su ropa. Y cuando concentra su atención en mí, frunce el ceño y se le nubla el semblante. Pero en el fondo de sus ojos veo la misma luz que hallé en los de la joven, Helle: piedad. La amargura me sube por la garganta y aprieto los dientes.

—Su Alteza.

Respondo en silencio a su reverencia y lo esquivo. Una nube de perfume me irrita la nariz y me alejo con rapidez, casi sin aliento. Rara vez me he encontrado desarmado ante una situación. Desde que nací, aprendí a portarme bien, a controlar mis gestos, a ser fuerte, a reconocer a las personas que me rodeaban o a fingir que lo hacía. Ahora es distinto. Todo es *muy* distinto. Pensaba que mi vuelta a casa sería más agradable que seguir en la impersonal habitación del hospital, pero me equivoqué. Y no sé qué me duele más: si la vergüenza por el estado en el que me hallo, la emoción que eso provoca en la mirada de la gente con la que me cruzo o lo impotente que me hace sentir.

* * *

Tumbado contra el cabecero en la habitación de mi hermana, miro cómo se coloca una a una las horquillas para hacerse un moño perfecto. Ha vuelto hace poco del Instituto Buxom. Allí asiste a clase tres mañanas a la semana, además de las que recibe en casa con profesores particulares. Nuestros padres siempre han puesto todo su empeño para que estudiemos fuera. A pesar de nuestros estrictos horarios, querían que compartiéramos experiencias humanas con personas de nuestra edad que no formaran parte de nuestro entorno ni de nuestro rango. Aunque seamos claros: «de nuestro rango» solo significa «de sangre real», puesto que Buxom es una escuela reservada a la élite de Saryha.

Echo de menos aquella época sin preocupaciones. Dejé el instituto hace más de cuatro años, tras haber obtenido el diploma y haber llegado a la mayoría de edad. Desde entonces, sigo sobre todo a mi padre en algunos de sus desplazamientos, lo secundo en el Consejo y cumplo con mi papel de príncipe heredero. Son días largos y pesados de los que a veces me permito desconectar con mis amigos más cercanos: los que conoces en el colegio o en el instituto y de los que no te separas incluso aunque pasen los años, con los que siempre puedes contar, aunque la vida te dé responsabilidades

que ellos nunca tendrán. Y los que no te envidian. ¿Príncipe a los veintidós años? Eso solo es un sueño en los libros juveniles. En la vida real, es un regalo envenenado. Es de lo que quieres deshacerte, pero para lo que has nacido.

—¿Pia?

Un mechón rubio y ondulado le cae sobre los hombros, pero mi hermana se lo vuelve a colocar rápidamente en su sitio y me mira por el reflejo del espejo. Inspiro, avergonzado por lo que me dispongo a preguntarle. He pasado varios días en el hospital, pero, cuando me visitaba, nunca venía sola. Mis padres siempre estaban presentes, vigilando cada visita. Incluso las de mis amigos. Las órdenes del jefe del servicio médico fueron claras: no hablar del accidente ni de mis secuelas ni de mi vida de antes.

Supuestamente, para cuidarme.

En el fondo, sé que todo eso venía por nuestro padre, ante el temor de que mi condición se deteriorara si me abrumaban con recuerdos olvidados. Como príncipe, obedecí sin rechistar. Nunca pregunté nada a nadie porque sabía perfectamente que no era el momento adecuado. También quería protegerme a mí mismo. Veinticuatro meses es una eternidad; sobre todo cuando intentas rememorarlos. Aunque, incluso si lo hubiera deseado con todas mis fuerzas, el cerebro no me habría permitido pensar ni asimilar correctamente tanta información. Entre las migrañas y el cansancio, me sentía perdido en una neblina abrumadora. En cuanto intentaba concentrarme, siquiera un poco, me fallaba la cabeza. Pero esta noche es distinto. Sé que sigo un poco débil mental y físicamente, pero necesito hacer este esfuerzo, necesito estos recuerdos para que la memoria me vuelva a funcionar. Por mi bien. Por mi salud y equilibrio. Debo volver a acordarme de lo sucedido o, al menos, debo intentarlo. Las posibilidades de recuperarlo todo son escasas, tal vez nulas. Pero la neuropsicóloga ha dicho que debía intentarlo.

—¿Qué ha pasado en estos dos años? —pregunto con aplomo.

Las manos de mi hermana se quedan suspendidas por encima de su pelo y se le congela la expresión, a medio camino entre la sorpresa y la inquietud.

—Puede que todavía sea un poco pronto para que intentes recordarlo, ¿no te parece?

—Por favor, no hagas como todo el mundo —protesto con un suspiro—. No me sobreprotejas. No quiero que me sigan tratando así. Sabes tan bien como yo lo frustrante que puede ser.

—No lo digo para molestarte, y lo sabes de sobra.

Entonces, gira sobre la silla con el pelo perfectamente peinado hacia atrás.

—No quiero que vayas demasiado rápido y que eso te provoque secuelas más importantes de las que ya tienes.

—¿Quieres decir que sienta aún más dolor? ¿Que tenga más amnesia? —Río sin ganas antes de continuar—. Eso es imposible. No sé qué podría ser peor. He olvidado dos putos años.

—Si padre te escuchara decir palabrotas…

—Padre no está aquí.

—Sabes que estamos preocupados, que no es nada contra ti.

—Lo sé. Por eso te lo estoy preguntando a ti.

—Muy bien —se rinde.

Pia se coloca las manos en los muslos y se levanta con gracia. Se sienta en el borde de la cama y clava la brillante mirada en la mía. Hemos heredado los ojos de nuestra abuela, la reina Margreth, una mezcla de azul y gris. A mi hermana le sientan de maravilla.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Sonríe sacudiendo la cabeza antes de empezar:

—No han sido años muy distintos de los otros. Te pasaste la mayor parte del tiempo estudiando y siguiendo a padre. Viajasteis bastante los primeros meses. Seguisteis las obras de restauración de la biblioteca de Gugraad. Ibais al menos una vez por semana. Madre os acompañaba en algunas ocasiones, pero el resto del tiempo se quedaba aquí. Ya sabes cómo le gusta dirigirlo todo en el palacio.

Esbozo una sonrisa de complicidad. Nuestro padre se dedica a la política del reino y nuestra madre prefiere los asuntos internos. Ella

gestiona la imagen de la familia con maestría, organiza todas las recepciones y se encarga del buen funcionamiento de la finca.

—Luego, en la inauguración, visteis a los vecinos, escuchasteis sus quejas…

Al hilo de sus palabras, intento visualizar en mi mente una imagen de cada evento al que hace referencia. Pero es en vano. Todo me parece muy abstracto e irreal. Resulta casi aterrador, pero consigo acallar esa desagradable sensación con un movimiento de cabeza.

—Te mandaron con madre como representante a una ceremonia en agosto de ese año en honor a los soldados caídos por Saryha.

—¿Dónde estaba papá? —pregunto interesado.

—Que yo recuerde, estaba en un consejo extraordinario por la reforma presupuestaria que había rechazado el Gobierno.

Mi hermana mira el cielo despejado a través de la ventana mientras piensa.

—Participamos en galas benéficas.

—Un clásico.

—También celebramos los veinticinco años de Magnus.

Gruño y echo la cabeza hacia atrás, con lo que me estampo contra la almohada que tengo en la espalda, decepcionado por haberme perdido la noche del cumpleaños de mi primo.

—Fue grandioso. Ya conoces al tío Harald, es un exagerado.

Levanto las cejas y sacudo la cabeza, divertido. Mi hermana me cuenta otros eventos y la escucho con atención, al tiempo que intento ignorar la migraña que empiezo a notar por la actividad que le impongo al cerebro.

—Creo que lo he dicho todo, hum…

Piensa un segundo, abre la boca y luego la cierra.

—Como puedes comprobar, han sido dos años de lo más normal —concluye dubitativamente.

Entorno los ojos, desconcertado, y clavo la mirada en la suya. Ella se levanta y me ignora ostentosamente.

—Pia —le advierto.

Sin contestar, vuelve a sentarse en el sillón para echarse laca.

—Pia, ¿qué más pasó?

Me incorporo, dispuesto a acercarme a ella, que resopla con resignación y se muerde el labio.

—Me confesaste una cosa unos días antes del accidente.

Se me desboca el corazón y me siento en el borde del colchón.

—Me hiciste prometer que no contaría nada. Fue todo bastante incoherente, no fuiste demasiado preciso. Sucedió de madrugada, acababas de escaparte para salir.

No me sorprende. Ya solía hacerlo incluso de más joven, así que me alegro de ver que no abandoné la costumbre esos dos años.

—Me dijiste que salías con alguien.

La confesión me provoca una sensación extraña en el estómago. Me pongo nervioso y deslizo un dedo tembloroso bajo el cuello del jersey. En la escasa memoria que me queda de antes, no recuerdo haber conocido a nadie en particular. Eso significa que debió de pasar durante el periodo del olvido. Me siento mal por esa persona que ahora forma parte de las «secuelas colaterales», cuando antes, de hecho, compartía parte de mi vida con ella.

—No me dijiste quién era, ibas a decírmelo más tarde. Solo me dijiste que no era… en fin.

—¿Que no era qué? —le pregunto con impaciencia.

La sangre me late en las venas y me cuesta respirar bien. No me perturba la idea de haber salido con una mujer, sino de que seguramente estoy haciéndola sufrir. Porque no la recuerdo.

—Que no era alguien de nuestro… rango.

—¿Quieres decir una duquesa o una condesa?

—No.

Se calla un momento y su silencio permite que los latidos del corazón me resuenen en los oídos. Esta vez, entro en pánico.

—En realidad, era una plebeya.

La impresión hace que la migraña vuelva al instante. Me froto las sienes mediante movimientos circulares y regulares con ayuda de los índices.

«Una plebeya».

¿Cómo es posible? ¡¿Qué coño hice?!

—Pero ¿cómo la conocí?

—No sé nada. Estabas muy contento solo por contármelo. Si te hubieras visto la cara… Tenías los ojos brillantes. Hiciste un discurso incoherente, no sabría repetirte las palabras que usaste aquella mañana. No conseguí que me dijeras desde cuándo estabais juntos, pero me dijiste que querías abdicar por ella.

Me está costando mucho superar el *shock.*

«Abdicar».

Es demasiado para mí. Me levanto, pero casi me caigo al suelo por el repentino mareo que me invade.

—Léo —dice Pia preocupada.

Se acerca rápidamente a mí y me agarra con sus delgados brazos.

—Sabía que no tenía que contarte tantas cosas, es demasiado pronto.

Mientras lucho para que la presión del cráneo desaparezca y recuperar la compostura, sacudo la cabeza. Me gustaría tranquilizarla, pero no lo consigo. Solo quiero cobijarme en las sombras para que se disipe este dolor de cabeza que me tritura por dentro. No sé ni cómo llego a mi cama, pero las sábanas suaves y el reconfortante olor de mi habitación me sumen en un sueño profundo.

Capítulo 2

Léonard

El despacho de mi padre es un sitio que siempre me ha gustado. Ese olor familiar de la madera mezclado con el de los libros antiguos me traslada a la infancia, cuando me pedía que lo acompañara mientras se dedicaba a llevar a cabo tareas administrativas y yo jugaba al ajedrez en una esquina de la habitación contra mí mismo. Me divertía desafiándome, buscando estrategias para combatir mis propios progresos.

Mi padre mide un metro ochenta y no ha perdido un ápice del encanto que tenía de joven. Las fotos no engañan; era un hombre guapo y sigue siéndolo. No tiene el pelo rubio dorado como el mío, sino que tira más bien hacia un gris oscuro. Las patas de gallo alrededor de los ojos y las más gruesas que le arrugan la frente muestran un estado de preocupación permanente. Y sus hombros, antes erguidos, se han hundido a fuerza de llevar el peso del reino de Saryha. Sin embargo, sigue siendo impresionante. Y aunque ya no soy un niño, todavía lo contemplo con la misma admiración.

El ruido de mis pasos es amortiguado por la moqueta color burdeos cuando cruzo el despacho para acercarme a él. Está de pie enfrente de la ventana con los brazos cruzados. Cuando se percata de mi presencia, se da la vuelta con una tierna sonrisa en la cara.

—¿Me has llamado, padre?

—Sí. Tenemos que hablar.

Tiene una voz dulce, pero que, asimismo, desprende cierta severidad, propia de la actitud que debe adoptar en calidad de rey. Asiento con la boca seca de temor. Cuando me desperté en la habitación del hospital hace ahora tres semanas, me fijé rápido en las nuevas arrugas que le estriaban el entrecejo. La preocupación y la tristeza que le oscurecían la mirada me destrozaron. Fueron las mismas emociones que advertí en mi madre. Ahora vuelvo a verlas mientras me mira fijamente, y tengo la terrible sensación de que ya nunca van a abandonarlo.

—Quería presentarte a sus nuevos guardaespaldas.

Fija la mirada en un punto a mis espaldas y me giro. Tres hombres permanecen detrás de mí, inmóviles. Tienen los ojos clavados delante de ellos, mantienen las manos pegadas a la espalda y no fruncen el ceño, ni siquiera cuando los evalúo. No los he visto al entrar en la habitación, estaba demasiado obnubilado por mi padre, con su aura tan particular y con los recuerdos que estos espacios me provocan. El cable transparente de un auricular les sale de la oreja derecha y desaparece bajo los cuellos de las camisas oscuras. Tal y como están colocados, parecen estatuas talladas en granito negro. Centro la atención en uno de ellos, a la izquierda del trío, cuyo rostro me resulta familiar. Siento una alegría inesperada, pero esta desaparece cuando comprendo por qué creo que lo reconozco. Él no forma parte de mi memoria perdida. Es sencillamente el hombre con el que he coincidido en la parte de atrás del edificio esta mañana. La decepción me comprime el estómago y aprieto los labios sin esconder la desesperación que me domina. El peso de mi mirada perturba su concentración y clava sus dos ojos negros en los míos. Siento una ligera turbación, que nadie advierte, y giro la cabeza para volver a mi posición inicial. Sin embargo, el corazón me va a mil y noto un cosquilleo en la nuca.

—Sargento jefe Svensen, suboficial Bakke y capitán Galbero. Respectivamente: Rock, Fox y Nine.

Miro rápido a los tres hombres con una mueca de amargura.

—¿Dónde está Mads?

—Ahora forma parte de *mi* guardia personal porque se ha convertido en jefe de seguridad —anuncia mi padre.

Hago una mueca, enfadado por la noticia. Mads siempre ha sido mi guardaespaldas. Me ha visto crecer, y forjamos una relación estrecha. Él nunca me hacía preguntas y me dejaba hacer lo que quería, como el adolescente que era y el adulto en el que me he convertido. ¿Cómo me lo han podido quitar?

—El agente Nine ya se encargaba de tu seguridad estos dos últimos años. Conoce todas tus costumbres.

Frunzo el ceño tras esta segunda información. Tenía un guardaespaldas nuevo y no me acordaba. Los observo con desdén sin que ninguno de ellos me dedique una mirada.

¿Cuál es? El de la derecha debe de ser el agente Bakke, apodado Fox. No es difícil de adivinar porque el pelo le tira a pelirrojo. Entonces, entre el tonto alto del medio —cuya estatura debe compensar lo que no tiene en la sesera— y el moreno de la izquierda —tan taciturno como imponente—, ¿quién es el llamado Nine? Rezo para que no sea el último, porque su aspecto es terriblemente seductor y me provoca una reacción física en el estómago que prefiero esconder.

Me hundo los dedos en el rubio cabello e inspiro fuerte. Ya ni siquiera me preocupo de peinarme por la mañana, puesto que no salgo. No tengo que esforzarme en mantener mi mejor aspecto. Y me gusta. Odio llevar el pelo hacia atrás, parezco la imagen de alguien que nunca me ha gustado: la del hijo perfecto. Ser el príncipe heredero ya es difícil de asumir. Durante las salidas oficiales, no puedo evitarlo. En casa, en cambio, prefiero ser natural, para disgusto de mis padres, que suelen echarme la bronca por mi aspecto «descuidado». Sin embargo, siempre llevo pantalones perfectamente planchados —vaqueros de vez en cuando, si no tienen agujeros—, polos o jerséis bien ajustados y en ocasiones me obligo a llevar camisas. Aun así, solo se quedan con una cosa: los mechones que me tapan los ojos. Mi padre observa el gesto que acabo de hacer con resignación.

—He reforzado tu equipo para tener más seguridad. Te seguirá en todos tus desplazamientos.

«¿Incluso para ir al baño?», quiero responderle con ironía, pero estoy hablando con el rey. Que sea mi padre no cambia nada. Le debo respeto y delante de sus empleados más todavía. Sabía que iban a vigilarme debido al accidente, pero habría preferido equivocarme.

—No te darás cuenta de su presencia. Solo el capitán Galbero será visible y estará a tu lado en todo momento.

Las últimas palabras me enfadan. Reprimo un suspiro, pero escondo mal la frustración.

—¿Desde cuándo necesito un canguro? —digo en un impulso de rebelión.

—Vigila el lenguaje, Léonard.

Si supiera cuál de los tres es ese Galbero, lo fusilaría con la mirada. Mads sabía cuándo desaparecer, cuándo necesitaba que mantuviera la distancia, cuándo necesitaba estar solo. Me gustaba estar con él. No conozco a ese otro agente. ¿Hará al menos la vista gorda como Mads durante mis salidas nocturnas para unirme a mis amigos y escapar de mi papel de príncipe? ¿O a lo mejor va a convertir mi vida en un infierno? Ya soy prisionero del cerebro que me traiciona, pero ahora me siento incluso más acorralado por la situación. Mi padre rodea el escritorio y se coloca delante de mí.

—Necesito saber que estás protegido. No soportaría un segundo accidente.

Ha hablado en voz baja y me pregunto si los guardaespaldas que tengo detrás escuchan esa confesión que me rompe el corazón.

—Al menos no conducirán por mí, ¿no? —susurro con decepción.

Mi padre me coloca una mano en el hombro y lo presiona para tranquilizarme, pero es en vano, porque siento cómo me late la sangre en las sienes.

«Por supuesto que conducirán por mí».

Me he convertido en un príncipe amnésico y dependiente. Maldito estatus, maldita presión. ¿Por qué narices he acabado en esta situación? ¿Qué pudo pasarme para que el coche chocara contra la

barrera de seguridad y me mandara directo al hoyo? ¿Demasiado alcohol? Eso es imposible, nunca conduzco después de una fiesta. ¿Nieve? Es probable, suele pasar en un país en el que nieva el ochenta por cierto del año. No me han dicho nada. Solo sé que la investigación está abierta para determinar las causas del accidente. Pero la desagradable sensación de que están escondiéndome algo me persigue. No me encasquetarían tres guardaespaldas, entre ellos una sombra que voy a tener pegada permanentemente, si no hubiera algún riesgo evidente para mi seguridad, pero ¿cuál?

Mi padre se aleja de mí y se vuelve a colocar delante de la ventana antes de despedirme con un silencioso ademán. Salgo de la habitación sin decir ni una palabra, resignado por el futuro que oficialmente me acaban de asignar. No he tenido que girarme para saber que me siguen. La operación guardia reforzada está activada y gruño de irritación al entrar en mi habitación. Quiero dar un portazo, pero me aguanto. Ese gesto no sería aceptable. ¿Qué dirían si vieran al príncipe rebelarse?

Me tiro sobre el colchón y veo una sombra pasar bajo el ribete de la puerta antes de colocarse justo delante. No tengo que ser adivino para saber de cuál de los tres se trata.

«Visible y presente en todo momento».

* * *

Me masajeo la frente mientras reflexiono sobre el dolor que aparece en el horizonte.

¿No parará nunca? El médico me había prometido que las migrañas desaparecerían con el tiempo. Y cada día estoy un poco más cansado porque no es así. Me levanto poco a poco de la cama y recorro la habitación con el objetivo de estudiar cada rincón en busca de algo que hacer para pensar en otra cosa y no en este dolor sordo. Ningún guardaespaldas me recibe en el umbral de la puerta cuando decido salir. Primero me sorprendo, pero no me molesta. Deambulo por los pasillos del palacio, donde me cruzo con varios sirvientes que me hacen una reverencia, pero no hay ni rastro de mi

guardia personal. Aliviado de poder desplazarme entre las paredes de casa sin que me sigan, continúo subiendo y paso por delante de la gran biblioteca del ala oeste.

Entro en la inmensa habitación llena de libros, cierro las puertas correderas detrás de mí y avanzo junto a las paredes profusamente decoradas. Inspecciono las obras de tamaños y épocas distintas y saco algunas de su sitio. Seguro que leer no me perjudica y además me ayuda a hacer que pase un poco el tiempo. Me dispongo a sentarme con un libro en la mano cuando me fijo en algo más interesante que hay en el fondo de la sala. Dejo el volumen en la mesa de centro y me acerco al piano de cola, llevado por la curiosidad de saber si he perdido la destreza. Hace algún tiempo que no toco, porque las obligaciones no me dejan ni tomarme un respiro. Pero ahora es distinto. No tengo otra cosa que hacer y siento cierta alegría al verlo; me gusta desde que soy niño. Me siento en el taburete de terciopelo y acaricio el teclado. Toco una tecla, luego otra y los primeros sonidos hacen que me vibre el pecho. Entonces se produce una música suave que me calma al instante y hace que el dolor de cabeza se esfume. Cierro los ojos y disfruto de la melodía que se escapa de la enorme caja de madera.

—Dudo que esto sea muy recomendable en su estado, príncipe Léonard.

La voz grave me provoca un sobresalto y detengo los dedos, que quedan suspendidos encima de las teclas. Me giro y dirijo la mirada hacia el intruso. Lleva un traje negro, tiene los brazos en la espalda y me observa con una expresión sombría. Me pongo tenso de los pies a la cabeza y un desconcertante escalofrío —que ojalá no me resultara tan agradable— me recorre los brazos.

Otra vez él.

—¿Agente…?

—Nine.

Se me corta la respiración. Capitán Galbero.

«Él no».

Aprieto los dientes para reprimir lo que estas palabras remueven dentro de mí y, en cambio, espeto:

—¿Es médico además de niñera?

El gesto se le tuerce de fastidio imperceptiblemente antes de recuperar la impasibilidad. Vuelvo a poner la atención en el piano sin contener la sonrisa orgullosa que se me dibuja en los labios. Ya de por sí no me gusta nada que me digan qué hacer, pero si encima viene de uno de los hombres que me imponen me entran ganas de mandarlo a paseo. Sigue las órdenes de mi padre, desde luego, pero yo soy el príncipe. Y al príncipe no se le dice lo que debería o no debería hacer. Solo el rey, la reina y mi hermana pueden permitirse este tipo de comportamiento. Sin prestarle mayor atención, sigo tocando.

—Soy su guardaespaldas, no su niñera.

Me detengo sorprendido.

—Pues yo no he tenido esa sensación. Un guardaespaldas espera a que se le autorice a hablar. Si no, se calla.

Continúo tocando e ignorando la presencia de Nine, a mis espaldas, así como su mirada, que noto clavada en la nuca. No puedo ver su reacción, pero supongo que no le gusta el tono que estoy empleando. Me da igual. Se permite hacerme comentarios que nadie debería atreverse a hacerme. No sé cómo nos comportábamos entre nosotros durante estos dos últimos años, pero no me gusta esa confianza. Soy su príncipe, no su igual.

—Estoy aquí para protegerlo, lo quiera o no.

—Entonces, protéjame *en silencio.*

—Si eso implica impedirle que estimule demasiado el cerebro, tomaré la palabra en cuanto sea necesario, Su Alteza.

Irritado, coloco las manos sobre las rodillas y me giro para encararme a él. Con la mandíbula tensa y el ceño fruncido, hay una gran severidad en su expresión mientras me estudia. El rayo de sol que se filtra por los dos ventanales cae directamente sobre él. Los rasgos de su rostro son armoniosos y muy agradables. No es difícil fijarse en su belleza. Creo que es el tipo de hombre que llama la atención, que gusta y que debe tener a sus pies a más de una mujer. Pero en ese traje negro y con ese aire arrogante, intimida. No me sorprende que lo hayan contratado en el servicio de seguridad.

No te apetece acercarte a él para nada. Aunque el agente 009 está lejos de conseguir que baje la mirada. Sobre todo, lo que me gustaría es que no me pareciera tan atractivo, porque es más complicado luchar en todos los frentes.

—¿Qué va a hacer si no quiero? ¿Atarme?

Me río por dentro. Él permanece en silencio con los ojos fijos en los míos. Una luz extraña le atraviesa las pupilas, pero desaparece tan rápido como aparece. Rara vez me permito este tipo de comentario y no sé qué me ha pasado para decir algo parecido, encima en voz alta.

—Esto me relaja —confieso al final—. En cuanto he empezado a tocar, me ha desaparecido el dolor de cabeza.

Los labios de Nine se abren, pero luego se cierran.

—Y me hace sentir bien, lo de ser… normal. —Echo un fugaz vistazo al instrumento musical.

—Estaré en el pasillo si me necesita.

Inclina la cabeza y se aleja a regañadientes, no sin antes lanzarme una última y extraña mirada. Me acomodo en el taburete por fin y miro las teclas mientras escucho los pasos del guardaespaldas al alejarse y el ruido de las puertas de la biblioteca al deslizarse.

No tengo más ganas de tocar.

Y un peso indescriptible me comprime el pecho cuando vuelvo a estar solo.

Capítulo 3

Nine

Un poco antes el mismo día

«Amnesia retrógrada».

Corro hacia el patio, donde el viento frío de octubre me queme el rostro. Saco un cigarro del paquete que he escondido con cuidado dentro del la chaqueta del traje y lo hago rodar entre los dedos.

Dos años. Borrados.

Mis pasos me llevan al único sitio donde sé que estaré solo. Intento reprimir las lágrimas, la rabia y el montón de emociones que me inundan mientras las palabras del rey Filip siguen resonándome en la cabeza. Vuelvo a recordarlo presidiendo la inmensa mesa dedicada a las asambleas y a las reuniones extraordinarias y rodeado de su mujer, la reina Helga, y de su joven hija, la princesa Pia. Estaba sentado con orgullo en medio de sus súbditos, que se distribuían adecuadamente según el rango que ocupaban dentro de la monarquía: su escolta personal, los servicios de seguridad del príncipe Léonard —de los que formo parte—, el mayordomo y la institutriz y sus respectivos equipos, así como la institutriz y los responsables de cada servicio. Una increíble y pequeña tropa pendiente de todas y cada una de sus palabras.

«El príncipe no se acuerda de nada de sus últimos veinticuatro meses».

Retuerzo el cigarro aún sin encender. La garganta me quema, tengo ganas de gritar, de hacer que todo explote, de encontrar al cerdo que acaba de quitarme dos años de vida.

Mi amor.

Sus recuerdos.

Yo.

En el hospital no sabían cómo iba a estar el príncipe al despertar, pero hoy está claro. Después de haber pasado días esperando la noticia, ha caído la bomba. Y duele mucho. Llego a la zona de detrás de la conserjería a paso lento. Se trata de un gran edificio reservado para la Guardia Real, que integran unos tipos lo bastante chiflados, como yo mismo, para querer dar su vida en aras de proteger a la familia real de todos los detractores que la rodean.

No cambiaría mi puesto por nada del mundo.

Inspiro con fuerza mientras rodeo el edificio de paredes de piedra blanca. No tengo ni idea de por qué todos lo llamamos la conserjería, pues no hay nadie dentro que recoja el correo, que te dé la lata porque escuchas la música demasiado fuerte o que sepa todos los cotilleos del edificio. No; solo tipos con cuerpos de gorilas que viven, comen, mean y duermen en unas habitaciones individuales tan lúgubres como los dormitorios de un asilo del siglo XVIII. Un sitio que te da ganas de suicidarte en el momento en el que lo pisas, pero que tampoco quieres abandonar nunca. El curro es, la mitad de las veces, aburridísimo, pero en cuanto sientes el primer chute de adrenalina, el día en que haces una persecución en coche por las calles de la capital de Saryha, sabes que este trabajo es felicidad en estado puro y con un sueldo que quitaría el hipo incluso a los más reacios. Inspecciono rápidamente a mi alrededor y, luego, me dirijo al rincón más a resguardo de las miradas. Al que iba siempre para fumar, relajarme o, sencillamente, pasar tiempo con *él.*

«Quizá sientan que les reconoce, pero no se hagan ilusiones. Su traumatismo es profundo. Probablemente no volverá a recordar

nunca. Tenemos que aprender a vivir con ello, a ayudarlo y a construir nuevos recuerdos».

Me paro en seco y casi se me cae el alma a los pies, porque hay alguien ahí sentado y apoyado contra la inmensa pared. Aunque esconde la cara entre las manos, sé perfectamente quién es. El cabello con reflejos dorados habla por sí solo.

El que tanto solía acariciar.

Sus ojos se cruzan con los míos un instante y todo el dolor que leo en ellos me desgarra el corazón. Tengo la sensación de que duda, de que me reconoce… y luego frunce el ceño. Se ha roto el encanto y siento como si un cuchillo se me hundiera todavía más en una herida profunda. Pone mala cara, se muerde el labio inferior y se levanta precipitadamente, lo que le hace trastabillar.

—¿Todo bien? —pregunto con voz ronca.

«También tiene dificultades tanto para registrar alguna información como para concentrarse más allá de un cierto rato. Padece importantes migrañas y algunos mareos».

Me doy cuenta de mi gesto demasiado tarde. Lo ayudo a estabilizarse poniéndole el brazo en el bíceps antes de separarme de él por completo.

No sabe quién soy.

—Su Alteza.

Me inclino con el pecho oprimido. Él se me come con los ojos, examinándome de la cabeza a los pies un buen rato antes de rodearme e irse. Me quedo como un imbécil delante de la pared con el cigarro sin encender entre la punta de los dedos. Incapaz de moverme. Incapaz de entender lo que acaba de pasar.

Dos años.

Borrados.

Y la única orden del rey me da vueltas en la cabeza.

«Nine, vigílelo. Permanentemente».

Mi infancia. Los hogares. Las familias de acogida. Los padres alcohólicos. Abusadores. La miseria. El sufrimiento. Mis misiones en las Fuerzas Especiales de Saryha. Sin duda he pasado por momentos

difíciles. Pero ¿esta sensación de que se me rompe el corazón en mil pedazos? Esto es algo tan inesperado que yo también pierdo el equilibrio. Apoyo la mano en el muro, echo la cabeza hacia delante y saco todo el aire que tengo en los pulmones.

Dos… putos… años… que he de olvidar. Porque mis recuerdos no se han ido. Y nunca lo harán.

* * *

—¿Puedo hablar con usted, Su Majestad?

Me inclino delante del rey con los brazos pegados al cuerpo, la espalda recta y el cuello moviéndose hacia el suelo. Permanezco así hasta que la voz grave y ronca de Su Majestad me invita a erguirme.

—¿Algún problema con el príncipe?

La mandíbula me tiembla un microsegundo, pero mantengo una máscara de impasibilidad. La misma que llevo pegada a la piel desde hace años y que ha estado a punto de romperse en más de una ocasión durante estos últimos seis meses. Yo era una roca. Dura. Fría. Insensible. Entrenada para luchar en las peores situaciones, sobrevivir y proteger. Hasta que mi vida voló por los aires el día en que me crucé con sus dos iris azul celeste. Esos mismos putos ojos que me han mirado con tanto desdén hace apenas treinta minutos, aquí mismo, cuando su padre acababa de anunciarle que ya no estaba bajo la protección de Mads, sino bajo la mía. Y de la de Fox y Rock. Al cruzarse nuestras miradas, he creído por un segundo que había recuperado sus recuerdos. Pero se le ha iluminado antes de apagarse por completo. La ilusión se ha desvanecido y mi herida invisible sigue sangrando. Ha vuelto a ser el que conocí cuando nos vimos por primera vez.

Acababa de ocupar mis funciones y estaba sustituyendo a la persona con la que había crecido. A la persona que siempre había estado ahí, a la que lo cuidaba. Enseguida llegué a la conclusión de que aquel muchacho de veinte años estaba demasiado mimado y que iba a ser igual de insoportable que la imagen que me había hecho de un tipo al que se le reserva el futuro más brillante.

Pero estaba muy equivocado.

Me explotó en la cara después.

Una ola de buen humor me estalló en el pecho en un torrente de sensaciones inesperadas. Cosas que siguen retumbando en mis entrañas, que intento borrar al aclararme la garganta.

«Amnesia retrógrada».

Ahora mismo, a mí también me gustaría sufrirla.

—Ninguno, Su Majestad. Solo me gustaría hacerle un comentario sobre él. Temo que Su Alteza se muestre un poco reticente ante la idea de estar vigilado día y noche.

El rey se echa hacia atrás en la silla y me observa en silencio antes de esbozar un ligero movimiento de barbilla para invitarme a continuar. Permanezco recto con los brazos en la espalda. Me rodeo la muñeca con una mano y mantengo las piernas firmes. La postura típica de un soldado en reposo.

—Solicito su indulgencia. Quizá sería más acertado que el príncipe tenga cierta libertad en sus aposentos.

—¿Lo ha dejado solo?

Me contengo de fruncir el ceño contrayendo más la mandíbula para evitar que cualquier reacción se me refleje en el rostro.

Mientras yo viva, Léonard *nunca* estará solo.

—Está durmiendo, Su Majestad. Rock y Fox están vigilándolo.

Desde esta mañana, es la segunda vez que se ha encerrado en sus aposentos. La primera vez lo he dejado allí yo mismo después de que Pia me llamara con urgencia. Acababa de desmayarse al intentar salir de la habitación de su hermana. Lo cargué unos metros para tumbarlo en su propia cama, que solamente abandonó a primera hora de la tarde para escuchar las noticias de su padre. Y verlo tan débil me destroza por dentro un poco más a cada segundo. Me siento impotente.

—¿Cuál es su petición, Nine? Me temo que no le sigo.

—Creo que el príncipe necesita espacio. Al menos mientras esté en su ala del reino, yo debería ser más… discreto.

—¿Duda de su capacidad para soportar su presencia?

Asiento.

Dudar no es la palabra. Sé que no soportará saber que lo sigo como una sombra. Siempre ha odiado eso. Su amnesia no cambiará esa faceta de su personalidad.

—Entonces, ¿está sugiriendo dejarlo sin protección?

Se cruza de brazos y dejo que un suspiro se me ahogue en la garganta.

Impasible.

Una roca.

—Estoy sugiriendo no forzarlo más de lo que ya está.

—¿Tiene usted miedo de mi hijo, capitán Galbero?

—No tengo miedo de nada, Su Majestad.

Es mentira.

Tengo miedo de una cosa.

De una sola.

De que *aquel día* pueda volver a producirse y de que esta vez lo haga desaparecer de mi vida para siempre.

Me aprieto la muñeca con fuerza, hasta el extremo de clavarme las uñas en la piel desnuda para intentar calmar los irregulares latidos que me martillean en el pecho. El pánico me obstruye la garganta y trato de disipar las imágenes que se me agolpan en la cabeza con un puñetazo mental.

Su coche desarticulado.

Su cuerpo lívido.

Inerte.

—Tiene carta blanca, Nine. Al fin y el cabo, usted es el especialista.

—Su Majestad.

—Actúe por el interés del príncipe. Si estima que su presencia es a veces improductiva, confío en usted para proceder en consecuencia. Sin embargo, sea reacio o no a su compañía, si el príncipe Léonard se rebela, le doy la orden de ponerlo en su lugar. No quiero que esto se produzca de nuevo.

Me inclino, consciente de lo que implican sus palabras. Respondo a las órdenes del rey. Lo quiera o no el príncipe, estaré con él «permanentemente». A menos que juzgue que mi presencia resulta demasiado visible.

Como cuando me he plantado delante de su habitación.

Hace apenas unos meses hubiera estado dentro.

Se me escapa un suspiro y el rey entorna los párpados. Doy un paso hacia atrás con la cabeza gacha otra vez para iniciar mi salida, pero, al llegar delante de la puerta, me paro un segundo y añado:

—Me gustaría disculparme, Su Majestad.

Me vuelvo hacia el rey, cuyos gestos se han detenido en seco.

—Por no haber estado presente aquella noche.

—No estaba de servicio, capitán Galbero. No se culpe de ello.

—Si lo hubiera estado, nada de esto habría ocurrido.

El rey se pellizca el puente de la nariz, gira la cabeza hacia un lado para mirar fijamente un cuadro enorme que pende de la pared y que representa su retrato oficial, y declara con voz tranquila:

—Por eso está hoy aquí. Para que eso no vuelva a suceder.

Salgo de la habitación haciendo una reverencia rápida y me dirijo rápido a los aposentos de Léonard. Ignoro las miradas a mi paso y me detengo cuando una melodía me llega a los oídos. Se me encoge el corazón mientras cruzo miradas con mis compañeros. De pie, al otro extremo del pasillo, asienten al verme y luego desaparecen. Voy corriendo a la biblioteca, consciente del sitio en el que él se encuentra, y entro lo más discretamente posible sin avisar.

Sentado detrás de un enorme piano, ni me oye ni me ve llegar, está concentrado en los movimientos de sus dedos, que tocan con delicadeza las teclas. Con la nuca descubierta, los hombros rectos y el porte imponente, su cuerpo se balancea de atrás hacia delante, acompañando las notas de música que produce. Yo permanezco detrás, contemplándole la espalda y los brazos embutidos en un jersey bajo el cual se esconde una camisa. Le observo el pelo revuelto y me muerdo el labio inferior para retener el arrebato de deseo que me invade.

Luego la razón se impone. No debería tocar. No en su estado. No cuando su cabeza necesita descansar. Esa concentración, esa actividad forzada no es recomendable. Debe evitarse. Avanzo por la habitación sin hacer ningún ruido. Un zorro tendría más posibilidades de que lo atrapen que yo. He nacido para la discreción. Soy un espejismo. Un fantasma. *Su sombra.*

—Dudo que esto sea muy recomendable en su estado, príncipe Léonard.

Se tensa al escuchar mi voz grave detrás de él antes de girarse con una lentitud insoportable. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, deseo echarme a sus pies y disculparme. Disculparme por no haber estado allí aquella noche, disculparme por lo que ha sufrido, por su dolor, por sus recuerdos perdidos, por todo lo que ha tenido que aguantar solo. Quiero decirle lo culpable que me siento por todo. Pero me contengo y me limito a mantener una fingida y tensa suficiencia en el rostro.

—¿Agente…?

—Nine.

Hace una pausa.

—¿Es médico además de niñera?

No puedo evitar hacer una mueca por el puñetazo que siento en el estómago. Se gira para esconder una sonrisa de orgullo que se le ha pintado en la juvenil cara. Vuelve a tocar el piano para hacerme patente su indiferencia. Ojalá tuviera la amabilidad de perdonar mi ego, o al menos de no pisotearme el corazón. Pero no hace nada y, rápidamente, mi rencor reemplaza mi pena. ¿De verdad quiere seguir con ese juego? Se le olvida que llevo dos años activo. Dos años en los que he aprendido que su sarcasmo esconde en realidad una gran tara: la de un príncipe que no ha escogido su lugar. Por más despectivamente que se comporte, ya conseguí hacerle bajar la guardia una vez. Nunca renuncio a misiones difíciles, imposibles. Me gustan los desafíos. Saco pecho con arrogancia.

«Que así sea, Léo».

—Soy su guardaespaldas. No su niñera.

Se detiene al escuchar las mismas palabras que él ha empleado en el despacho de su padre.

Tengo carta blanca.

—Pues yo no he tenido esa sensación. Un guardaespaldas espera a que se le autorice a hablar. Si no, se calla.

Frunzo el ceño y me contengo de sacarlo a la fuerza de la habitación. Está interpretando el niño malcriado, una faceta suya que odio. Quiere sacarme de mis casillas, pero entrar en su juego sería dar la razón a sus actos. No soy su perrito faldero.

—Estoy aquí para protegerlo, lo quiera o no.

—Entonces, protéjame *en silencio.*

—Si eso implica impedirle estimularle demasiado el cerebro, tomaré la palabra en cuanto sea necesario, Su Alteza.

Me mira de nuevo y me escruta con irritación. Intento seguir siendo de piedra, pero me bulle la rabia por las venas.

Puta amnesia de mierda.

—¿Qué va a hacer si no quiero? ¿Atarme?

Me estremezco sin poder evitar que mi mente se concentre durante demasiado rato en esta posibilidad que ya hemos vivido. Noto cómo un calor me sube por el vientre y ahuyento ese recuerdo lo más lejos posible.

—Esto me relaja —confiesa al fin—. Me ha desaparecido el dolor de cabeza en cuanto he empezado a tocar.

Se me llena el pecho de remordimientos. Abro los labios, pero no sale ningún sonido de ellos.

—Y me hace sentir bien, lo de ser… normal.

Me rindo con el corazón encogido.

—Estaré en el pasillo si me necesita.

No sé si nota el tono ronco que ha adquirido mi voz, pero me inclino rápidamente y me alejo deprisa, fuera de su vista. Cierro las puertas correderas con las manos agarradas a las manillas y la respiración entrecortada. Coloco la cabeza contra la madera y suelto todo el aire que los pulmones parecían estar conteniendo. Ningún

ruido sale de la biblioteca, por lo que solo puedo oír los latidos frenéticos de mi pecho, que me retumban en los oídos.

Echo de menos a *Léo.*

Capítulo 4

Nine

Estoy al otro lado del pasillo cuando me doy cuenta de que se abre la puerta de su habitación. Me levanto, todos los sentidos en alerta, y escruto su silueta mientras sale. Está despeinado, lleva un sencillo jersey de lana blanco roto y unos chinos gris claro, pero es suficiente para que el corazón me dé un vuelco y se me encoja el estómago. Respiro hondo para hacer acopio de ánimo y doy algunos pasos hacia él. Cuando me ve, advierto que se pone tenso. Entonces se para en seco y me mira con desdén.

Vuelvo a la época en la que no soportaba mi presencia, en la que yo le recordaba constantemente que Mads se había ido a servir a su padre. Nuestros inicios fueron bastante caóticos. Se pasaba el día intentando ponerme a prueba. Se escapó más de una vez para salir con sus amigos de discotecas, normalmente a la Element, su punto de encuentro. Allí quedaba con Ulrik, su mejor amigo, y toda la pandilla. Las hermanas Hagen, el hijo del diplomático español y Tobias. Niños podridos de dinero que me ponían de los nervios la mayoría de las veces porque les gustaba ver cómo Léonard intentaba escapar de mi vigilancia. Les parecía muy gracioso. En cambio, a mí solo me servía para aumentar la sensación de que estaba en un sitio donde la gente se burlaba de sus trabajadores. De quienes se partían el lomo por su seguridad, por protegerlos, por asegurarse de que puedan vivir la vida que siempre han querido.

Más tarde aprendí a estar con ellos como guardaespaldas, a entender lo que se esconde detrás de todos esos paripés, impuestos por el título y el lugar que ocupaban en la sociedad. Me llevó más tiempo con Léo, pero acabé por entender que el peso de su estatus, aunque él nunca se lo cuestionaba, era una carga difícil de soportar. Y cuando lo veo tan frágil en este pasillo, solo quiero abrazarlo para tranquilizarlo.

Para prometerle que no le pasará nada más y que siempre estaré ahí para él.

Pero no *puedo* hacer nada, solo mostrarle que puede confiar en mí. ¿Y lo demás? No lo sabrá nunca. No puede saberlo. Lo destruiría demasiado, le haría tomar otra vez un camino que ya le costó mucho aceptar: el de quererme a mí a costa de su rango. Y sufrió demasiado por eso como para que me entrometa de nuevo en su vida. Ha sido educado para tomar el relevo de su padre. Para dirigir Saryha. Ha crecido sabiendo cuál era su lugar en el mundo. Cuando llegué a su vida, las cosas cambiaron. Pero eso no debe volver a pasar. Por su bien y por el de su familia.

Y, sinceramente, ¿de qué sirve soltarle que hemos estado saliendo juntos durante casi un año? Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que no me crea, o peor aún, de que me destituya de mis funciones. No me voy a arriesgar.

Aunque duela, aunque tenga la sensación de estar muriéndome, de estar a su lado sin poder tocarlo, no tengo otra opción. Lo más importante es su salud, su bienestar.

Seremos Léonard, el príncipe heredero, y Bailey Galbero, el jefe de seguridad.

Léo y Bailey solo existen en mi cabeza.

—¿Necesita algo, Su Alteza?

—Nine —dice con frialdad—. Aquí está.

Me mira contrariado. No digo nada y mantengo un continente impertérrito hasta que se decide a añadir:

—Me gustaría dar una vuelta por el jardín. ¿Me está permitido o tampoco puedo hacerlo?

No reacciono ante su comentario acerbo y me limito a apartarme con el fin de dejarle espacio para que pase delante de mí.

—Tomar el aire le vendrá muy bien —confirmo.

Él masculla algo y me adelanta. Camina lentamente por el ala y saluda con respeto a toda persona con la que se cruza. Sospecho que está haciendo ver como si lo tuviera controlado, como si todo fuera normal, como si no hubiera olvidado nada, a pesar de que la mitad del personal que nos encontramos no lleva más de un año aquí. En pocas palabras, no puede acordarse de ninguno de ellos, lo que me provoca una punzada en el pecho.

Cuando llegamos al gran salón, Lars, el mayordomo, ya tiene un abrigo en las manos y se acerca corriendo al príncipe para ayudarlo a ponérselo. Antes incluso de pasar por la puerta de entrada, Léonard se detiene para decirme en un tono neutro:

—No necesita seguirme por los jardines. Paseaba por ellos mucho antes de que usted llegara aquí. Esta es mi casa. No voy a perderme.

Tengo que esforzarme en no esbozar una sonrisa. ¡Ese carácter de mierda suyo sí que no lo he echado de menos!

—Le sigo, Su Alteza.

—Claro —gruñe entre dientes.

Respira hondo y se precipita al patio central. Lo cruza a paso rápido, seguramente con la esperanza de haberme dejado atrás antes de llegar delante de la fuente del jardín del este. Por desgracia, he entrenado lo bastante para aguantar en todas las circunstancias. Incluso si estuviera cincuenta kilómetros corriendo, no me apartaría de él. Pero eso Léo lo ha olvidado. Rodea un bosquecillo y entra en un sendero flanqueado por árboles. El sol se esconde detrás de las hojas grandes y andamos en silencio. Delante de mí, avanza como si realmente tuviera un palo en el culo. Parece que mi presencia lo molesta de verdad. Luego, al tomar una curva, tropieza con una raíz y lo agarro antes de que caiga al suelo.

—¿Está bien? —le pregunto con las manos puestas sobre sus hombros.

Clava sus ojos en los míos y, durante una fracción de segundo, siento que me mira por primera vez. Es como si estuviera tratando de sondearme, y un brusco deseo de apretar mi boca contra la suya me quema las entrañas. Lo enderezo y, seguidamente, retrocedo con un par de amplias zancadas.

No tengo derecho de hacer algo así.

—Debe tener cuidado de dónde pone los pies.

Él se quita el polvo del abrigo aunque no haya tocado el suelo y mira a todos lados, salvo a mí.

—Quiero volver, este paseo no tiene gracia con usted.

Acuso el golpe y doy dos pasos hacia atrás para dejarlo tomar el camino de vuelta. En cuanto llegamos al palacio, se deshace del abrigo bajo la mirada sorprendida de Lars, que nos ve volver al cabo de unos pocos minutos. Enarca una ceja cuando paso delante de él y pongo cara contrariada.

—Sé volver a mis aposentos, capitán Galbero —espeta el príncipe en el primer peldaño de las escaleras—. Puede retirarse.

—Su Alteza.

—Retírese —ordena fulminándome con la mirada.

Me tenso por completo ante la frialdad con la que me observa y retrocedo para dejarlo subir hasta su ala. Permanezco varios segundos allí, mirando el sitio del que acaba de desaparecer antes de irme del salón para dirigirme a la conserjería.

¡Dios mío, va a ser un calvario!

* * *

Apoyado en la puerta de la biblioteca, tengo la mirada clavada en un punto invisible delante de mí. Lanzo un suspiro. Estoy aburrido y empiezo a sospechar que Léonard está tratando de hacerme enojar. Aunque haya olvidado gran parte de su vida, hay cosas que no han cambiado: ¡siempre le ha gustado joderme! Con cansancio, me paso una mano por la cara, rezando para que me den la orden de ir a la conserjería. Cualquier cosa, incluso una reunión aburridísima de las

que da Mads me iría bien. Lo que sea para dejar de hervir de impaciencia, fijo como una estatua de cera que está esperando a que el señor salga de ahí.

Suena un golpe desde la habitación seguido de una voz que murmura palabras incomprensibles y entro precipitadamente a la biblioteca.

—¿Va todo bien, Su Alteza? —pregunto antes incluso de encontrarlo.

De pie sobre una vieja escalerilla de madera, levanta los brazos hacia una hilera de libros de la que ha tirado varios ejemplares al suelo. Arqueo una ceja y se crispa al verme.

—Todo va bien, capitán, simplemente se me han escapado de las manos. ¡No me he muerto!

—¿Necesita ayuda?

—¡No! —exclama en tono cortante.

Lo examino sin decir nada con los brazos enlazados a la espalda. Él resopla y se muerde el labio inferior antes de bajar de la pequeña escalera.

—Disculpe —dice—. No quería gritarle.

El corazón se me hincha de pena. Parece triste, y no poder hacer nada por ayudarlo a superar todo esto mete un poco más el dedo en la llaga. Podría dar un paso hacia él para reconfortarlo. Uno solo, únicamente para tocarlo, para decirle que todo irá bien, que debe ir a su ritmo, que no se fuerce mucho, que descanse… Pero me mantengo firme con los hombros rectos y el cuerpo rígido.

No puedo hacer eso. No tengo derecho.

Su salud. Su estatus. Su bienestar.

¡Este debería ser mi nuevo mantra!

—No hace falta que se disculpe, Su Alteza. Voy a dejarle.

Hago una reverencia y me alejo hacia la puerta, pero su voz me detiene en seco.

—¿Usted lee, capitán?

Me vuelvo para mirarlo. No se ha movido, tiene un libro entre las manos y lo examina con atención.

—Suelo hacerlo.

Levanta los ojos hacia mí, confundido.

—Parece sorprendido.

—Para serle sincero, sí. No pensaba que ese fuera su… estilo.

—¿Mi estilo? —repito—. No pensaba tener un estilo.

Deja el libro sobre la mesa, con lo que me da la espalda, pero puedo notar cómo una sonrisa le dobla los labios.

—Parece más bien un hombre que se pasa el tiempo libre entrenando, jugando con armas y haciendo deporte.

—Nada intelectual, entonces —respondo.

Gira la cabeza para mirarme.

—No es lo que estaba insinuando. Me hace decir cosas que no he dicho.

—¿Cuáles? —le pincho—. ¿Que no tengo nada en la cabeza y todo en los brazos?

Echa un rápido vistazo a mis bíceps, escondidos bajo la tela de la chaqueta.

—Vale, ¡quizá lo he insinuado!

Esta vez sonríe de verdad, sin esconderse. Desde que ha vuelto del hospital, es la primera vez que lo veo hacerlo. ¡Esa sonrisa! No pensaba volver a verla, remueve tantas cosas dentro de mí… Me encanta y se la devuelvo. Es un momento atemporal y noto que me lleno de felicidad. Tengo la sensación fugaz de encontrar al Léo del que me enamoré. Travieso, juguetón, bromista. Al que le daba igual hablar con un guardaespaldas, pedirle su opinión e incluirlo en una conversación. Al que le gustaba hacer bromas y olvidar durante un momento que no debía hablar de una forma tan familiar con nadie que no fuese de su rango. Luego la realidad me golpea de nuevo, esa que me impide hacer este tipo de cosas. La que me grita que Léonard es mi príncipe, no mi amigo ni mucho menos mi pareja, sino el heredero al que debo tratar como tal.

—Voy a dejarle, Su Alteza —continúo con cierta brusquedad—. Si me necesita, estoy en el pasillo.

Hago una reverencia rápida y salgo de la biblioteca. Cuando cierro la puerta detrás de mí, me siento vacío y resignado.

Estoy aquí para protegerlo, no para recuperarlo…

Capítulo 5

Léonard

Ha pasado una hora desde que he fingido un deseo repentino de ponerme al día con los asuntos del reino. Aunque al principio mi padre se mostró escéptico debido a mi inestabilidad y a mis continuas migrañas, ha acabado por compartir conmigo lo que ha considerado necesario, mediante informes que recogen las decisiones más importantes que se han tomado estos últimos meses. Sin embargo, mi objetivo no ha sido sumirme en ese trabajo tedioso de lectura y aprendizaje, sino esperar el momento adecuado para estar solo en su despacho.

Respiro aliviado cuando sale de la habitación para ir a una reunión y me desperezo. Por fin tengo vía libre y pretendo aprovecharla. Si hay un sitio en el que puedo encontrar información interesante o alguna pista sobre mi vida anterior, es aquí, entre los documentos del rey.

Un artículo, una foto, una carta, cualquier cosa siempre y cuando pueda hacerme recordar.

Me levanto con cuidado para no marearme y me froto las sienes doloridas. Lo que mi padre temía ha ocurrido: me duele la cabeza por haberme concentrado en ese montón de papeles. Echo un vistazo a la sala contigua para comprobar que sigo solo, y entonces me acerco a los primeros cajones. Todo está guardado por lugar y

sector, y tardo mucho en encontrar un informe relevante. Lo abro, lo hojeo y lo dejo, nervioso por leer otro. Cuando me doy cuenta de que no sacaré nada en claro de ese cajón, empiezo a inspeccionar otro. En cuanto me he puesto de cuclillas, me he levantado de golpe, con una mano en el pecho y otra en el mueble para estabilizarme, porque acaba de aparecer una sombra en mi campo de visión.

He tenido la reacción más sospechosa que existe, y me maldigo en silencio.

Dos pupilas negras me miran fijamente desde el otro extremo de la habitación.

—Parece sorprendido, Su Alteza.

Ignoro el comentario de Nine, al igual que el calor que su voz grave me provoca en el estómago. Deduzco por su presencia que acaba de sustituir a Rock y que está comprobando que no me haya escapado de la escolta de su compañero. ¡Justo el momento en el que quería fisgonear por aquí coincide con su turno de guardia! Le dirijo una mirada severa y abro las puertas de un armario a mi altura. Al fin y al cabo, estoy en el despacho de mi padre, no tendría por qué saber que estoy husmeando sin permiso.

—Nadie le ha autorizado a entrar —declaro con irritación.

La cabeza me da vueltas y me cuesta mantenerme sereno. Su presencia sobrecarga el aire.

—Algo me dice que su investigación tampoco está autorizada.

Con un altivo movimiento de barbilla, inspecciono las carpetas que tengo delante de mí y desprecio abiertamente —pero sin ningún éxito, debo confesarlo— su comentario. Distingo por el rabillo del ojo su figura, muy tiesa en la esquina de la habitación, y siento su mirada clavada en la nuca. No sé si es porque sé que está detrás de mí o sencillamente porque ya no estoy solo, pero ya no consigo concentrarme en la búsqueda.

Molesto, cierro la puerta de madera del mueble y me pongo frente al agente. ¡Tiene que irse!

—¿Qué hace aquí?

Enlaza los brazos a su espalda, lo que atrae mi mirada hacia sus hombros, que se ensanchan por el gesto.

—He venido a ver si me necesitaba.

Trago saliva y lo miro a los ojos. Un brillo risueño los ilumina brevemente. Aprieto los dientes, exasperado por el estremecimiento que ello me produce.

—No. No me es de ninguna utilidad, agente Galbero. Salga ahora, por favor.

Se le oscurece el rostro, pero no se mueve. Yo arqueo una ceja impaciente y él se pone tenso.

—Su Alteza —dice con una reverencia.

Da un paso hacia atrás, se gira y se dirige la puerta. Al verlo de espaldas, me sorprende un sentimiento de *déjà vu.* Me muero de ganas de retenerlo para preguntarle qué ha pasado durante los dos últimos años. Se encargaba de vigilarme, seguro que tiene información que podría serme valiosa. Sin embargo, me contengo. No hay nada más humillante que mendigar a un empleado. Sería declarar abiertamente un problema de comunicación por parte de la Corona y no me permitiría mostrar tal debilidad. Estoy seguro de que sabe cosas, pero prefiero arreglármelas solo antes que implorarle a este hombre que ponga fin a mis preguntas.

No me gusta. No es por falta de confianza —puesto que parece muy leal a la Corona—, sino por miedo. Un guardaespaldas debería ser invisible, pero *solo* lo veo a él. Hace una semana que volví y tengo la sensación de no haber pasado más de una hora sin verlo. Y las reacciones que me provoca me amargan casi más que mi estado de salud. Echo de menos a Mads. Al menos, él tenía la edad de mi padre, era menos perturbador.

Nine es…

«¡Joder!».

Es muy guapo.

No tendría que resultarme tan perturbador, porque es un hombre, y mi guardaespaldas.

Dos prohibiciones que nunca debería transgredir… Y mucho menos pensar en ellas.

Cuando se va a la habitación contigua, respiro al fin. Echo un vistazo a mi alrededor y decido poner fin a mis pesquisas. La migraña me aumenta por momentos y estoy seguro de que aquí no voy a encontrar nada de provecho para resolver mis problemas.

* * *

—No tienes buena cara.

Sentada en una mesa cubierta con muchos libros abiertos, Pia me lanza una mirada escéptica. Frunzo los labios con una mueca exagerada y me tumbo en el sofá rinconero de uno de los salones privados. Me coloco un brazo sobre la frente y lanzo un suspiro de aburrimiento.

—No salgo del palacio porque hace demasiado sol desde ayer. Me provoca dolor de cabeza. No tengo ninguna forma de contactar con mis amigos para entretenerme, puesto que ya no tengo móvil. Las únicas veces que veo a alguien del exterior es para las citas de rigor impuestas por el médico y los ejercicios que tanto me duelen y que no me ayudan a recordar. Sigo sin tener autorización para volver a usar una pantalla, por lo que no puedo ver películas, series o, sencillamente, buscar por internet todo lo que haya podido suceder en el reino. Me paso medio día durmiendo y el otro medio tumbado en la cama intentando llenar una memoria defectuosa que nunca recuperaré, está claro. Así que disculpa si no tengo buena cara.

La perorata acaba de salirme de la boca y ya me arrepiento de ella y del resentimiento que se trasluce en mi voz. Me vuelvo hacia Pia, que ha apoyado el bolígrafo en el cuaderno y me mira fijamente con un brillo de dolor en los ojos.

—Lo siento —murmura—. Ha sido muy torpe por mi parte.

—No, soy yo el que ha de pedirte perdón: no deberías sufrir mi mal humor.

Suspiro ruidosamente y me enderezo.

—Es solo que siento que no avanzo y todo me recuerda que mi condición no mejora.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte a que estés mejor?

Pia apoya el codo en la mesa.

—¿Devolverme mis recuerdos?

Se muerde el labio en un ademán de nerviosismo.

—Eso me gustaría. No sabes cuánto me gustaría ayudarte, pero solo sé las pocas cosas que me contabas. Te he dicho todo lo que sabía. Y sospecho que padre y madre me mantienen alejada de lo relacionado con tu accidente para que no tenga la tentación de contártelo después.

Arqueo una ceja en señal de duda.

—Precisamente por eso, ¿no te parece raro que no digan nada al respecto?

—Seguro que quieren evitar que pienses en el trauma que has vivido.

—¿Sabes qué? Me pregunto si…

Hago una pausa y me crujo los nudillos antes de retractarme.

—No, déjalo. Es una tontería.

—Dime —insiste con curiosidad.

Desde que nuestro padre me ha puesto una guardia permanente, no dejo de pensar en la razón que lo ha llevado a hacerlo.

—Me pregunto si lo que me pasó no sería algo… *premeditado* —susurro.

Pia abre los labios de la sorpresa y pestañea varias veces.

—¿Crees que alguien habría provocado que tuvieras el accidente?

—No descarto esa hipótesis. Me parece muy raro haber perdido el control del vehículo cuando lo he conducido tantas veces. Y me cuesta imaginarme conduciendo borracho.

—A mí también, siempre has sido muy prudente. Sin embargo, salirse de la carretera puede suceder en un abrir y cerrar de ojos, incluso aunque estés muy concentrado.

Tiene razón. Basta con un simple segundo de descuido. Me hundo más en el sofá y pienso. Lo que es más difícil de no saber es que no me dicen nada de nada. O peor, que deciden lo que es bueno o no contarme, y esa frustración crece un poco más a medida que me surgen las preguntas.

—¿Qué tiempo hacía aquella noche? ¿Llovía?

—No, hacía bastante bueno y la noche estaba despejada.

—Entonces el clima tampoco pudo haber sido la causa.

Permanecemos en silencio y me fijo en que arruga la nariz como si estuviera sumida en una intensa reflexión.

—Eso explicaría por qué nunca he sabido nada sobre tu accidente. No apareció ningún artículo detallado. ¿No te parece eso raro también?

—Pero salí en las noticias el día que volví —comento sorprendido.

—Sí, claro. Fuiste portada durante semanas, y sigues siéndolo. Sin embargo, las causas continúan formulándose como simples suposiciones que se descartan rápidamente. Como si nadie supiera realmente qué es lo que pasó.

—¿Se habla de mi hipótesis?

No digo del «intento de asesinato» porque me agobia un poco, a pesar de que se sobreentienda. Si el accidente fue premeditado es porque hubo voluntad de herirme. O peor, de matarme. Trago saliva y me toco nervioso la parte de atrás de la cabeza.

—Eso creo —confiesa mi hermana—. Mencionaron muchas causas sin llegar a nada concreto. Todo quedó desmentido por un comunicado oficial de prensa, mientras que los investigadores dan todo el rato respuestas vagas.

—Seguramente no quieren desvelar sus pistas.

—¿Crees que alguien tendría algo personal contra ti?

—Tengo a tres guardaespaldas que me siguen permanentemente. Estoy empezando a planteármelo de verdad.

Un golpe en la puerta nos impide seguir con nuestra conversación. Pia se sienta correctamente delante de sus cuadernos y yo invito a la persona a entrar con una voz comedida. Un cabello negro azabache cruza el umbral y no necesito ver más para reconocer a la persona que entra en la habitación.

«Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma».

Basta un segundo para que clave su mirada en la mía y mi cuerpo reaccione inmediatamente. Me asalta una mezcla de

emociones; así, junto al fastidio de verlo por todos lados todo el rato, noto otra sensación, muy inapropiada para alguien de mi rango con respecto a alguien del suyo.

¿Curiosidad? ¿Interés? ¿Deseo? ¿Lujuria? Prefiero no abordar la cuestión por miedo a cuanto implica.

—Princesa Pia, Su Alteza su madre la llama —anuncia Nine—. La espera en el pequeño salón.

Mi hermana recoge las cosas rápidamente y se levanta ante la mirada distraída del agente, que no deja de mirarme de soslayo. Lo ignoro concentrándome en los hábiles movimientos de Pia, y salimos juntos, seguidos del guardaespaldas. Cuando estamos en el pasillo, ella se despide de mí con una sonrisa tierna y se aleja. Dudo de si ir tras sus pasos, pero el reloj de la pared indica que queda poco para la cena, de modo que decido tomar la dirección contraria, hacia mis aposentos.

Escucho todos los movimientos de Nine a mi espalda y el ruido que le hacen los zapatos sobre la moqueta me retumba en el pecho. Al llegar a la puerta de mi cuarto, doy media vuelta, lo que lo obliga a detenerse para no chocarse conmigo. Una nube de perfume me cosquillea en la nariz. Aprieto los dientes.

—Avise de que quiero darme un baño.

Los músculos de la mandíbula se le tensan.

—A no ser que quiera preparármelo usted mismo —le desafío, molesto por su presencia.

—Soy su guardaespaldas, no su ayuda de cámara —masculla.

—¿No es casi lo mismo? Debe seguirme en todas las circunstancias, así tendría la oportunidad de tener una vista completa de mí.

A pesar de la ironía no disimulada de mi frase, un brillo indescifrable le oscurece las pupilas. No sé qué me ha pasado por la cabeza para decirle algo así. Ahora no puedo evitar imaginármelo remangado para comprobar la temperatura del agua. O, peor aún, de pie en la esquina de la pieza, observándome mientras me doy el baño. Una parte muy baja de mi anatomía se despierta ante esa visión, como una cerilla que al fin se enciende, y me pongo tenso.

Menos mal que no le da tiempo de fijarse en mi desconcierto, pues agarra sin la más mínima delicadeza a una empleada que pasa por el corredor.

No espero para saber lo que le dice. Abro la puerta de mi habitación y me meto dentro. Con la puerta cerrada, apoyo la frente en la pared de madera y lanzo un gemido.

¡No solo he perdido la memoria en ese maldito accidente, sino también el sentido común!

«Por Dios, ¿a qué estoy jugando?».

Capítulo 6

Léonard

Una semana más tarde

Con una copa de champán en la mano, observo a la muchedumbre que me rodea. Como en cada evento organizado por mi familia, nos hemos puesto los trajes oficiales. La chaqueta roja y dorada me cae a la perfección sobre las caderas. Las semanas que he pasado tumbado en una cama no han afectado a mi talla. O bien los sastres del palacio se han pasado para ajustarlo y no me he dado cuenta. El escudo real me resplandece en el pecho. Es más pequeño que el que lleva mi padre, pero no menos simbólico. Solo los miembros de la Corona pueden permitirse llevar este broche; nosotros y nuestra Guardia Real.

La alta sociedad de Saryha se ha congregado para la ocasión porque esta noche se celebra un evento que no hay que perderse. Hace semanas que desaparecí del primer plano. Hace un mes que salí del hospital. No salgo del palacio, no hablo con los periodistas y no veo más que a mi familia. Solo me llega información escogida con esmero, pero, como siempre, la gente solo se cree lo que ve. Por eso, mis padres no han escatimado en invitaciones y la sala está hasta arriba. Es una recepción en mi honor, organizada para que la élite pueda comprobar por sí misma que los comunicados no

mienten y que realmente he vuelto. Aunque esté encantado de poder por fin retomar poco a poco una vida normal, odio la atención que me prestan esta noche. Es una mezcla de preocupación, de piedad y sobre todo de curiosidad malsana más pronunciada de lo normal.

Sonrío a varias caras, incluso a las desconocidas, para fingir que las reconozco. Una sonrisa, un asentimiento y todos se contentan con alegría. Están felices de haber visto al príncipe Léonard.

—¿Léo?

Me sobresalto y fijo la mirada en la de Ulrik, quien sonríe divertido. Con su esmoquin negro hecho a medida, destaca entre todo el grupo que formamos en el centro de la sala. Doblo los labios con una mueca tímida, casi avergonzada. Es una de las caras que nunca olvidaré. Es más que mi mejor amigo: es mi familia. Es el hermano que nunca tuve. Lo conozco desde que los seis años, cuando coincidimos en la misma clase en el Instituto Buxom. Estuvimos todo el colegio juntos y, como hijo del ministro de Defensa, conoce mejor que nadie mis responsabilidades.

—Perdonad, estaba en otro lugar.

—Ya lo hemos visto —dice Liv con voz cariñosa.

Aunque mis facultades de concentración hayan mejorado mucho, aún tengo olvidos pasajeros. No engaño a nadie, pero nadie me lo dice. Me sonríen como si nada hubiera cambiado, con la diferencia de que todo ha cambiado para mí y que cada día debo lidiar con ello. Mis amigos se van acercando, lo que le da una mayor intimidad a nuestro círculo.

Con un gesto gracioso, Liv Hagen se coloca un mechón caoba detrás de la oreja. Su hermana gemela, Léna, y ella son como dos gotas de agua. Cuando entraron en el colegio, no pasaron desapercibidas. Tienen ese tipo de belleza extraña que nadie puede ignorar. Sus rostros juveniles brillan en cuanto sonríen, y su rango, debido a la educación que recibieron en Francia, se vislumbra en sus gestos. No son nobles de nacimiento, pero su padre, un rico industrial, vio triplicar su fortuna en varios años, una circunstancia

que las proyectó a lo más alto de la lista de personas con las que codearse.

—Tobias ha propuesto ir a Element el sábado por la noche —repite Liv—. ¿Qué dices?

—Están organizado una fiesta para celebrar sus cinco años —añade el aludido.

Clavo la mirada en la de Tobias, de pie entre Ulrik y Lorenzo.

—Estábamos diciendo que podría estar bien ir —sigue mi mejor amigo—. ¿Te unirías?

Es una discoteca a la que solemos ir desde que abrió. De hecho, es el único sitio en el que quedamos, puesto que la clientela viene de nuestro entorno social y la música está muy bien. Aunque sé que si el lugar está concurrido y goza de máxima seguridad, es gracias a mí. Los periodistas tienen prohibido acercarse al edificio, se confiscan los móviles en la entrada —salvo a mi entorno— y la dirección es desconocida para las personas que no son clientes. El establecimiento debe su reputación y éxito únicamente a eso.

—Pues me parece que una fiesta en Element no debe rechazarse.

—¿Crees que estarán de acuerdo?

Ulrik señala con la cabeza a mis padres, que están hablando con el duque de Brievi y su mujer.

—Eso es otra historia.

Aunque los médicos hayan asegurado a principios de esta semana que podía retomar una vida normal, dudo que ir de fiesta a una discoteca se considere una de las actividades «recomendadas». Mis padres nunca me han impedido ir a Element a pesar de todo lo que mi estatus implica en el reino. Partían de la idea de que, si necesitaba salir, preferían que lo hiciera con pleno conocimiento de su parte y en un lugar cerca del palacio. Me consideraba afortunado, porque en los reinos vecinos no era así. Una salida al mes autorizada era un lujo, aunque nunca supieran que a veces eran más. Ahora que estoy convaleciente, dudo que tengan el mismo punto de vista.

—Si vas acompañado de tu sombra, imagino que no pasará nada, ¿no?

Entorno los ojos hacia Léna, que gimotea tras el ligero codazo en las costillas que le da su hermana. Liv pone los ojos en blanco y continúa:

—Se refiere a tu guardaespaldas.

—¿A cuál?

—Al armario moreno que acaba de pasar por quincuagésima vez detrás de ti.

Sé instintivamente de quién hablan las hermanas Hagen. Hace un mes que Nine me sigue permanentemente cuando me muevo, como decretó el rey. Y hay que decir que su misión es todo un éxito, ya que no he pasado ni un día sin verlo. Al principio me molestaba, pero he acabado aceptándolo y dejándole hacer su trabajo… pese a que su presencia provoca en mí un sentimiento bastante confuso, una especie de resistencia que no consigo explicar mezclada con un interés que me gustaría que fuera menos… pronunciado. Hace años que no tenía este tipo de sensaciones. Que me las había prohibido. Pero han tenido que volver a aparecer con él, en este momento preciso de mi vida en que no sé quién soy.

—¿Me seguía así antes?

Lo pregunto sin avergonzarme porque sé que me responderán. Desde que empezó la noche, ninguno de ellos ha dudado en contarme lo que sabía. Se vieron obligados a protegerme cuando venían a verme al hospital y no pudieron decirme nada durante el mes después de mi vuelta: en primer lugar porque aún no he recuperado el móvil, dado que las pantallas siguen haciéndome daño en los ojos; pero sobre todo porque no podía salir. Es la primera vez que vuelvo a verlos, y la alegría que sienten de poder ayudarme a unir las piezas del puzle en mi cabeza es evidente.

—Siempre —responde Lorenzo con una sonrisa cantarina.

Hijo de un diplomático español, tiene un acento muy marcado, pero uno se acostumbra rápido.

—Era el peor de todos —continúa Léna—. De verdad, no bromeaba antes cuando te decía que es como tu sombra. Estaba ahí *todas* las noches que salíamos.

—Es muy sencillo. Si lo veíamos en alguna parte, sabíamos que estabas a un metro de él como mucho.

—Hace su trabajo —le grita Ulrik a Tobias—. Es su guardaespaldas.

La entonación alta de la voz de mi mejor amigo silencia al grupo. Fija sus ojos de color almendra en los míos y se dispone a añadir algo cuando nos interrumpen.

—Léonard.

El grupo se inclina con respeto ante la aparición del rey y me vuelvo hacia mi padre. Está imponente con su uniforme parecido al mío, pero decorado con muchas insignias y medallas. No necesita hablar para que sepa qué espera de mí. Es hora de que cambie de compañía y de que vaya a hablar con otros invitados. Echo un último vistazo hacia atrás y me alejo de mis amigos.

Deambulo por la sala de fiestas al lado de mi padre, aguantando miradas respetuosas y de admiración mientras sonrío con amabilidad. Pasamos de un grupo a otro, y hablamos lo máximo posible con cada uno. Luego, nos acercamos a mi madre, que está al lado del duque Osvald de Brievi, de su mujer y de su hija, Edith. Conversamos un poco hasta que la orquesta vuelve a ponerse a tocar. Siento la mirada de mi padre sobre mí y entiendo su orden silenciosa. Hago una pequeña reverencia y digo:

—Su Excelencia, ¿aceptaría dejarme a su encantadora hija para un baile?

El rostro rollizo del duque se ilumina y las mejillas de Edith se sonrojan. La duquesa es la primera en la lista de pretendientas que me reservan. Viene de una de las familias más ricas del país, mientras que su padre es el mayor contribuyente del reino. El matrimonio concertado es una costumbre arraigada, y mucho más en la realeza. Las alianzas son primordiales, incluso indispensables. Aunque siempre haya sido reticente ante esa unión, en público debo mostrarme alegre y cordial. Mi papel es mantener buenas relaciones, al igual que el de mi padre. Oculto las pocas ganas que tengo mediante una sonrisa falsa, como suelo hacer. Una máscara que aprendí muy pronto a exhibir.

—Debe preguntárselo a ella, Su Alteza, pero lo apruebo con alegría.

Sonrío para esconder una mueca de desagrado. Por supuesto, sus palabras tienen otro significado y las ha empleado de forma deliberada. Vuelvo la cabeza hacia Edith. La mirada color miel le brilla y me sonríe con impaciencia.

—¿Me concedería este baile, Su Excelencia?

—Por supuesto, Su Alteza —responde con una reverencia ejecutada a la perfección.

Le tiendo la mano, en la que desliza sus pequeños dedos, y la guío hacia la pista, donde ya se han formado varias parejas. Cuando agarro con delicadeza la cadera de mi compañera, sorprendo la mirada orgullosa de mi madre, que permanece cerca de los de Brievi. Le lanzo una sonrisa que quiero que sea natural y hago un ademán de empezar a bailar. No es la primera vez que inicio un baile lento delante de cien personas ni que dirijo a mi pareja con seguridad y gallardía. Todas las miradas están puestas en nosotros, y la atmósfera cambia entre los asistentes. En el aire flota cierta euforia y puedo escuchar, a pesar de la música, que la belleza de nuestro dúo es *vox populi.* Edith es guapa, refinada y la nobleza le corre por las venas. Es una joven educada, culta y elegante que podría convertirse sin duda en una princesa y una reina perfecta. A pesar de todo, mientras su rostro brilla con una sonrisa contagiosa y las curvas de su cuerpo rodean las mías, no siento nada que se asemeje a ningún interés. La respeto, pero no la deseo. Ya lo sabía, pero es una verdad que me golpea aún con más fuerza mientras la cojo entre los brazos. Y, lo que es peor, cuando la música se detiene, me siento aliviado porque el abrazo se ha acabado.

Me echo hacia atrás y oculto lo mejor que puedo lo que me está alterando.

—Sigue bailando igual de bien, Su Alteza.

Me inclino hacia ella para agradecérselo en silencio. Tengo la impresión de que me ahogo cada vez más en este papel que no acepto. En esta máscara que me quema el rostro y que siento que se rompe a cada segundo que pasa. En este traje que me comprime

los músculos y me impide respirar. En la piel del príncipe heredero que me hubiera gustado no ser jamás, pero de la que no puedo deshacerme. Siempre he envidiado a mis amigos, a quienes les tocaron familias ricas mas sin responsabilidades, sin un país que gobernar ni un reino que mantener. He soñado a menudo con estar en el lugar de mi hermana, que nació la segunda.

Y esta noche lo deseo más que nunca, al ser tan claramente el centro de atención. Edith se inclina también y termino nuestro baile con una sonrisa forzada. Luego busco con los ojos la silueta radiante de Pia, que lleva con orgullo una de las diademas familiares. Está en su salsa: se ve y se siente en todos sus gestos, desde el movimiento de sus rizos rubios al de su traje, que se le ajusta sobre el esbelto cuerpo. Ser adorada, deseada y observada es lo que más le gusta; y a mí me gustaría sentirme igual.

Considero que he cumplido con mi deber esta noche, por lo que me abro paso entre los presentes para reunirme con mi grupo de amigos, pero una agitación cerca de la enorme puerta de la sala de fiestas me detiene en el camino. Mi padre desaparece de la habitación con un paso que pretende ser normal, pero que es más rápido que lo que exigen los convencionalismos. Tiene los hombros tensos y el rostro serio, al igual que los tres hombres que lo siguen. Me sorprende verlo irse de la fiesta tan pronto, aunque no es ni la primera ni la última vez que tiene una urgencia. Luego me fijo en Nine, que cierra la marcha y, antes de desaparecer, mira a su derecha. Nuestras miradas se cruzan y me quedo sin aliento bajo el peso de sus ojos oscuros.

Esto, en cambio, es algo que debe parar.

Capítulo 7

Nine

Un poco antes esa misma noche

«Feeling Good».

Me encantaba la canción.

Pero ¿esta noche? Me desgarra cada pedazo de piel —en carne viva— hasta abrirme la enorme herida del pecho. Hace un mes que sufro su indiferencia, por no decir su fría insolencia. Hace un mes que vivo con este sentimiento de abandono, de impotencia, mientras él evoluciona y vuelve a tomar las riendas de su vida.

Admiro a Léonard, que se pasea por la sala de fiestas como si el mundo le perteneciera.

El mundo le pertenece.

Un mundo del que yo ya no formo parte.

Aprieto los puños en la espalda mientras mantengo un aire de indiferencia, frío y antipático que domino a la perfección. No dejo de mirar el espectáculo que está ofreciendo con Edith de Brievi entre los brazos. Podría parecerme guapa si no tuviera ganas de arrancarle los ojos. No me imaginaba que algún día pudiera estar celoso de una mujer. Joder. Todo el mundo contuvo el aliento cuando llegaron a la pista. La pareja es una maravilla. El vestido púrpura de la joven destaca su cabello rubio, que se le mueve a medida que Léonard la

guía con gracia. Lo he visto bailar cientos de veces. Sin embargo, esta noche la sensación es muy distinta, porque no es consciente del daño que me hace. Tomo aire, desvío la vista y me concentro en los invitados de alrededor antes de cruzar la mirada con un hombre rubio, al otro lado de la estancia. Con los dedos alrededor de una copa de champán, me mira y alza los hombros.

«Ulrik».

Inclino la cabeza como saludo e ignoro la mueca molesta que pone ante el espectáculo que se me inflige. Sigo vigilando las inmediaciones. Todos admiran a los dos tortolitos bailar mientras sujetan sus copas. Ando entre ellos. Aguardo, con la mirada grave y el paso seguro. Estoy al acecho del más mínimo exceso.

—Es miércoles, ¿cómo puede haber tanta gente?

Alguien se coloca a mi lado y sé quién es sin verlo. En una postura tan enhiesta como la mía, Fox se limita a mirar delante de él. Tiene el auricular un poco salido, y también exhibe los escudos de la Guardia Real al lado del de la realeza. Es un privilegio de nuestro estatus el llevar con orgullo los colores de la Corona en las recepciones oficiales. Aunque nosotros no podamos tomar champán ni canapés ni acceder a los pomposos bailes.

—Están aquí por el príncipe.

—Sí, pero eso no cambia el hecho de que entre semana la gente normal deba trabajar.

—Aquí nadie forma parte de esa categoría. Deberías saberlo desde hace tiempo.

Le lanzo una mirada indiferente. Cole Bakke, alias Fox, no solo es un compañero, sino también uno de mis mejores amigos que tengo aquí. El bonito apodo con el que carga desde que está en la Guardia Real me lo debe a mí, a mí solo. No fue complicado. Cuando llegamos al servicio de los Björnen el mismo año y tuvo que buscarse un nombre en clave, salió solo. Fue obvio al tener aquella cabeza de *british.*

¿Y el mío? Tiene otra historia. Mucho más oscura para una noche de fiesta.

—Nine. Fox. Rock. Informen.

Nos llevamos a la vez el dedo al auricular, que está unido a un micrófono que enciendo yo primero.

—Aquí Nine.

Veo a Rock a tres metros a mi izquierda mirándome, preparado para moverse a mi orden mientras la fiesta sigue a nuestro alrededor.

—Dos minutos. En la central —ordena Mads—. Earth está allí.

Rock asiente y, mientras me acerco al rey para pedirle que nos siga a la central, la orquesta cambia de registro para tocar, en mi opinión, la mejor canción de *blues* versionada por Gary Coleman, «The Sky is Crying».

Es una canción triste si se presta atención a la letra. Narra una historia de desamor. De corazón roto. Una mezcla explosiva después de semejante baile. Mi mirada se desvía, a mi pesar, hacia Léonard, que le está haciendo una pequeña reverencia a la duquesa. Hago una señal a Barry Ake, alias Máquina, para que vigile al príncipe. Este asiente, cambia de posición, levanta la mano hacia Grey y los dos se acercan a él. Doy algunos pasos más y llego detrás del rey.

—Su Majestad.

Mi voz grave restalla en el aire. El rey se tensa, detiene la conversación y se vuelve hacia mí con mirada inquisidora. Mi interrupción no lo molesta, pero provoca un ligero asombro en la reina Helga. Creo que es la primera que entiende la razón de mi presencia, y la sorprendo colocando una mano inquieta sobre el antebrazo de su marido. Lo ojos del soberano revelan cierta preocupación y me limito a hacerle un gesto rápido con la barbilla hacia la salida para que entienda lo que le pido. Si Mads pide al rey que deje a sus invitados para dirigirse a su despacho es porque algo no va bien. El monarca se despide de los de Brievi y besa la mano de su mujer con un gesto que pretende tranquilizarla. Entonces, me adelanta poco a poco y avanza con seguridad por la sala y saluda con la cabeza a los invitados con los que se cruza mientras luce una sonrisa de circunstancias en el rostro. Luego aligera el paso a medida que se acerca a la salida. Echo un vistazo a Fox y Rock para asegurarme de que me siguen antes de detenerme un segundo.

Como para cerciorarme de que está bien, de que no está solo y de que no habrá problema cuando salga de aquí sin él, también miro en dirección a Máquina y Grey, que se hallan en sus puestos, lo que me lleva, instintivamente, a dejarme atrapar por los iris azules del príncipe. Me examina desde la otra punta de la pista de baile. Está a punto de reunirse con sus amigos, pero no los mira a ellos, sino a mí. Acaba de ver a su padre irse de la fiesta y la preocupación que leo en su rostro intensifica mi necesidad de protegerlo. La urgencia de la situación no me deja tiempo para recrearme en la emoción familiar que siento a continuación. Acelero el paso hacia la gran puerta de madera maciza.

Tomamos caminos apartados y desconocidos para llegar rápido al despacho de Mads. El jefe de seguridad está de pie cerca de la mesa que usa para tomar decisiones.

La central.

Nuestro cuartel general en cuanto ocurre algo.

Dos hombres de la guardia personal del rey ya están allí. Los agentes Pearl y Eleven. No conozco bien a estos tipos, pero al ver la cara que ponen, el asunto es delicado. O muy serio.

—Señores.

El rey asiente para saludar a sus hombres, que le devuelven el saludo con una reverencia perfecta.

—Su Majestad, le pido que acepte mis más sinceras disculpas por la molestia. Sé cómo le gusta esta fiesta.

—Hable, agente Mads.

Mads, imperturbable a pesar de la voz severa del rey, le entrega con un gesto medido un sobre beis arrugado que estaba en medio de la mesa de madera. Ni siquiera necesito ver lo que contiene para saber exactamente lo que es.

Hace un mes que no sabíamos nada del Salvador.

Y esta noche acaba de golpear.

De nuevo.

Aprieto los puños y se me corta la respiración. Doy un paso adelante, pero me pegan una mano al pecho para impedirme

avanzar. Fulmino a Fox con la mirada, quien sacude la cabeza en señal de negación. Me echo hacia atrás, resignado.

—¿Qué dice?

La voz ronca del rey indica que esta noticia inesperada le ha afectado, al igual que a nosotros. Mads se limita a recoger el papel y lee con una calculada lentitud:

—«El príncipe va a morir». Firmado: «El Salvador».

—¿Dónde la han encontrado? —pregunta Su Majestad.

Esta vez, la preocupación sustituye la prestancia del monarca. Aun así, la postura corporal derecha, la voz franca y la impecable entonación prueban que sigue siendo inquebrantable a pesar del contenido del mensaje.

—En la puerta del garaje del ala oeste.

«El ala del príncipe».

—Parece que sabe cómo esquivar a nuestros guardias, Su Majestad. Esta noche, cuando hicimos la ronda del dominio, no notamos nada anormal. Suponemos que dejó la carta antes de que llegaran los invitados. Sugiero cancelar la fiesta.

El rey no dice nada, pero noto cómo se pega la mano al muslo.

—El príncipe debe saberlo, Su Majestad.

Mads me lanza una mirada asesina. Lo ignoro, aparto la mano que Fox ha mantenido alrededor de mi brazo y rodeo al rey. Me coloco entre el jefe de seguridad y los equipos del soberano, un lugar que no me está destinado. Como miembro de la Guardia Real, no debería colocarme así. No obstante, saco pecho con seguridad y miro fijamente a los ojos del soberano. ¿No quería ser el primero en estar informado ante el más mínimo problema relacionado con el príncipe? ¡Pues se va a enterar!

—Si esta carta dice la verdad, la cosa no va a quedarse en un intento. El príncipe está en peligro. Debe ordenar que sea informado y debe dejar de mantenerlo ignorante de lo que pasa.

Pone mala cara. Me mira de reojo y observa a Mads detrás de mí antes de dar un paso hacia delante. No me echo hacia atrás, permanezco todo lo estoico y seguro de mí de lo que soy capaz.

—Capitán Galbero, entiendo sus sugerencias, son legítimas. Pero lo hemos contratado específicamente para esta tarea: proteger al príncipe pase lo que pase. Esfuércese más. Le pagamos para esto y esta carta debería haberla interceptado mucho antes.

Su comentario me sienta como un puñetazo en el estómago, pero no rechisto. Con los ojos fijos en los suyos, no pestañeo mientras concentra su atención en sus equipos.

—Hagan todo lo necesario para proteger al príncipe. Tripliquen las rondas. No vamos a cancelar la fiesta. Es su vuelta a la vida social, hagan cuanto esté en sus manos para que no haya ningún problema. ¡Es su trabajo, señores!

Entonces, sale del despacho de Mads con un chasquido de dedos, seguido de cerca por sus guardaespaldas. Me hierve la sangre y no me reprimo de golpear con la mano la mesa de madera que hay cerca de mí.

—No vuelvas a hacerme esto nunca más, Nine —zanja la voz enfadada de Mads—. ¡Aquí hablo yo!

—Debería hacerle entrar en razón —respondo—. ¿Qué necesita para reaccionar? ¿Otro accidente?

—Deja de querer controlarlo todo. Nuestras órdenes han sido claras, así que respétalas y obedécelas, capitán.

—A sus órdenes —digo con dientes apretados y haciendo un forzado saludo militar.

Me giro sin comprobar si Fox y Rock me siguen y me dirijo a la sala de fiestas. Léonard no se ha movido, sigue rodeado de sus mejores amigos. Despido a Grey y Máquina con un movimiento de cabeza y me quedo aquí plantado. Inmóvil. Silencioso. Muy nervioso.

Capítulo 8

Léonard

Son las ocho pasadas cuando una de las ayudas de cámara entra en mis aposentos para abrir las cortinas. Tengo el reflejo de esconder la cabeza bajo el edredón. La oigo dejar algo en la mesita de noche y cerrar la puerta en silencio al salir. Cuando tengo la seguridad de que vuelvo a estar solo, saco la cara de debajo de las sábanas. Un bulto me deforma los calzoncillos y gruño al levantarme. Podría ser una simple reacción mañanera, pero sé que no es el caso. Estoy empapado en sudor y sigo tiritando —y lo daría todo por que fuera por el frío—. Veo varias imágenes de mi último sueño de la noche como destellos en la mente y me invade el desconcierto. Nine, en una postura que nunca debería tener. Me paso una mano febril por la cara para borrar los restos aún visibles de mi trastorno. Aunque sentir tal deseo por un hombre no es nada nuevo para mí, sí que lo es el ser incapaz de controlarlo.

Normalmente, se me da bien reprimirlo, lo llevo en los genes. Mi deber es ser irreprochable y dueño de mí mismo. La homosexualidad nunca ha supuesto ningún problema en el reino. Pero en el seno de la familia real es otra cosa. Y lo sé. Por eso no debería ni siquiera pensarlo.

Y todavía me pone más de los nervios el hecho de que sea mi guardaespaldas. Estoy cruzando los límites de las conveniencias y de

lo que es moralmente aceptable.

Arrugo la nariz bajo la presión de mis pensamientos y agarro a tientas las pastillas que me dejaron sobre la cómoda. Me las trago del tirón con un vaso de agua, sin molestarme ni en respirar, y salgo de la cama. Me esperan a las diez en la sala de reuniones contigua al despacho de mi padre para escuchar la actualización diaria de las noticias que nos hace su secretario personal. Luego me dictará la agenda real y saldré durante varias horas para cumplir con mis obligaciones.

La perspectiva de retomar mis funciones como príncipe, porque siento que las he abandonado, me desagrada, de ahí que mi cuerpo me haga sentir claramente que no lo aprueba. Al menos, tiene el mérito de que me ordena las ideas.

Inspiro.

Llaman a la puerta y me pongo tenso. Ya sé quién es, y la posibilidad de que me vea nada más despertarme me mina más la moral, que ya está al borde del abismo.

Nine y su manía de estar continuamente en todos lados.

¿Cuándo descansa? ¿No tiene ningún día de asueto? Dios mío, tengo la sensación de que lo veo todos los días de la semana. ¿Los guardaespaldas no deberían turnarse? ¿Un equipo de día y un equipo de noche? ¿Por qué me da la impresión, de nuevo, de que no actúa como todo el mundo?

La puerta se abre sin mi consentimiento y solo me da tiempo a ponerme unos pantalones.

—Su Alteza —dice.

—Espere a que le deje pasar, Nine.

Con los brazos cruzados detrás de él, no parece en absoluto inquieto por mi comentario ni molesto por mis pintas —es decir, unos simples chinos—. Sin mirarme a los ojos, continúa:

—Disculpe, Su Alteza, pero su padre ha adelantado la reunión. Le esperan en la sala Grial en diez minutos.

Me trago una maldición y cojo una camisa para ponérmela por los hombros. Me molestan varios botones, no estoy nada a gusto, pero el guardaespaldas no se ha movido ni un pelo y me observa

con atención. Siento que toma nota de todos mis gestos, como si estudiara hasta el más mínimo detalle de mis movimientos. Lo ignoro, aunque sea plenamente consciente del cosquilleo que su presencia me provoca, y me apresuro para acabar lo antes posible con esta situación.

Me cepillo un poco los rizos para apartármelos de delante de los ojos y me miro en el espejo. Estoy correcto, a pesar de haberme vestido a la velocidad del rayo. Rodeo la cama a paso firme y me acerco a la puerta, de la que Nine se separa un poco. Sin querer, le rozo el hombro con el pecho y rezo para que la tensión que el contacto me provoca en los músculos no se note. Me adelanta por el pasillo y cuando llego frente a la sala se detiene para dejarme entrar solo. Lo miro disimuladamente y lo sorprendo mirándome. Vuelvo rápido la cabeza y cierro detrás de mí.

Es mejor que vea el lado bueno de las cosas, la vuelta a los asuntos del reino me dará un respiro.

El agente Galbero empieza a ponerme nervioso.

«Ojalá fuera solo eso».

—Su Majestad —saludo a mi padre con una reverencia.

—Léonard, ¿cómo te encuentras hoy?

—Bien, gracias por preguntar. ¿Cómo van las cosas?

Esta vez, me vuelvo hacia su secretario personal, Gunter. Un hombre de unos sesenta años bien entrados y que ocupa el puesto desde que tengo memoria. Aunque ahora cuenta con bastantes arrugas.

—Estábamos esperándole para hablarlo, Su Alteza.

Luego se vuelve hacia el rey y, en cuanto este asiente, Gunter reproduce durante cerca de media hora las noticias del reino.

—Los independentistas se dividen. Su delegado está acusado de malversación de fondos y deja así a Nev Hammer la oportunidad de recuperar el partido de sus antiguos seguidores. Los monárquicos se alegran, pero se corre el riesgo de que esto se resienta en las decisiones del Parlamento. En la portada del *Corridor* de hoy, aparece un estudio de satisfacción que coloca Saryha en cabeza de los destinos turísticos más apreciados por los extranjeros…

Asuntos políticos, asuntos públicos, asuntos culturales, asuntos sociales, se examina todo. Todo. Salvo lo que me interesa. La investigación sobre mi accidente. Ni una palabra hace alusión a él, y sospecho que mi padre y Gunter lo han hablado antes de mi llegada, con lo que de nuevo me apartan de cualquier información crucial sobre este tema.

Y esto refuerza un poco más la persistente sensación de que está pasando realmente algo y de que no me lo ocultan solo para no desestabilizarme.

—Vamos a pasar al horario, ¿de acuerdo? —enlaza el rey, que hace una señal con la mano.

Su secretario agarra una agenda y la abre con delicadeza.

—A las diez y media recibirá a los ministros de Defensa y de Economía. Cada uno tendrá veinte minutos para la entrevista. A las diez y cincuenta le entregarán las dos leyes adoptadas por el Parlamento ayer por la tarde. Una atañe al presupuesto destinado a la educación, y la segunda, a las nuevas normativas sobre seguridad vial.

Gunter me lanza una mirada furtiva y se me tensa la espalda. Si el Parlamento ha establecido una ley sobre este tema es porque el rey lo ha propuesto en el consejo. Solo hay una razón por la que nuestra normativa, de más de quince años de antigüedad, pueda actualizarse:

Mi accidente.

—¿Sobre qué va la segunda ley? —interrumpo a Gunter mientras me giro hacia mi padre—. No me habían dicho nada de que ibas a modificarla.

—Hemos decidido consolidar el proceso de acceso a las imágenes de videovigilancia en la capital —explica—. Muchos dispositivos son antiguos y ya no funcionan bien. Hace varios años que una empresa privada a la que transferimos fondos regulares lo gestiona. A partir de ahora, damos la responsabilidad y la plena administración a los servicios de la policía de la ciudad. El almacenamiento se hará de manera más estricta y cada dato se conservará con el mayor respeto a la vida privada de nuestros compatriotas.

Colocándose el índice sobre la boca, el rey hace una pausa y me deja asimilar esta información. ¿Es esto relevante para saber lo que me pasó? No me cabe la menor duda. Si puede averiguarse algo durante la investigación, es gracias a la videovigilancia. Me dispongo a hablar, pero mi padre continúa:

—No te preocupes, tendrás todo el tiempo del mundo para ponerte al día sobre este tema. Siga, Gunter, por favor.

No digo nada, me limito a respetar la decisión del rey y escucho distraído el resto del horario de la mañana.

* * *

Me inclino sobre la taza humeante que acaba de dejar un miembro del personal y me la llevo a los labios.

—Pareces cansado.

Ulrik me observa desde el sofá de enfrente mientras se traga una galleta entera antes de ayudarse de un sorbo de café.

—He trabajado esta mañana.

—¿Vuelves a ocupar tu cargo? Pensaba que los médicos te daban otra semana más de descanso.

Niego con la cabeza.

—No he querido. Han aceptado que vuelva poco a poco a la vida normal. Ya no soy un convaleciente.

Dan un golpe seco a la puerta y una silueta pasa por el marco. Los zapatos confirman lo que ya sé. Una especie de instinto que se acentúa cada día.

Siempre él.

Se acerca a nosotros a paso decidido, como si la habitación fuera minúscula y la recorriera con sus grandes piernas sin esfuerzo alguno. Llega a nuestra altura y se inclina en una solemne reverencia.

—El vehículo está preparado, Su Alteza.

—¿El DB11?

Frunce el cejo.

—Su Alteza, el Maserati Levante nos permite…

—Quiero el Aston Martin DB11, Nine —le interrumpo—. Usted nos seguirá.

—Su Alteza, no creo que sea buena idea conducir en su estado.

Lanza una mirada rápida a Ulrik, cosa que un guardaespaldas no debería permitirse mientras está hablando con un miembro de la familia real, y arremeto más contra él.

Mi vuelta a la vida del reino ha sido agotadora, aún me duele la cabeza y solo quiero que, por una vez, me dejen hacer lo que quiero. Que me dejen correr, respirar, tomar el aire y fingir tener una vida normal.

Normal para mí. Una vida como antes, en la que pueda salir, conducir, ver y hacer lo que quiera y cuando quiera.

Solo es un simple paseo, no estoy pidiéndole que me baje la Luna.

—Usted no es médico, Nine —exclamo con desdén—. Y su opinión no me importa.

Me vuelvo hacia mi mejor amigo con una ceja levantada, que no reacciona ante mi malhumor pero que parece que se retrae, y noto un brillo extraño en sus ojos cuando se cruzan con los míos.

—El Aston Martin es buena elección, ¿no?

Aprieta los labios y veo que duda, lo suficiente para que se me cierre la garganta de aprensión.

¿Realmente va a apoyar la opinión de mi guardaespaldas?

Lo observo mientras me enderezo en el sofá. Con los hombros rígidos y una postura altiva, lo contemplo fijamente hasta que mi amigo dice:

—El Aston Martin es una excelente elección.

Sonrío con orgullo y miro de reojo a Nine.

—Dese prisa en prepararlo, capitán. Va a anochecer y me gustaría volver para la cena.

El agente me observa con los brazos aún a la espalda y el rostro imperturbable. Sin embargo, estoy seguro de que he visto que le temblaba la mandíbula y me felicito por dentro por haberlo puesto

en su lugar. Es hora de recordarle quién es el príncipe y quién debe servirle.

Capítulo 9

Nine

Es la noche del aniversario de la discoteca Element y me pregunto qué me ha llevado a aceptar conducirlo a tal evento.

Tiro el cigarro en la vasija de piedra gris que hay en un rincón de la conserjería y atravieso el patio central. Rodeo el edificio principal hasta el garaje, donde se amontonan más de dos docenas de vehículos blindados. Cuando piso el suelo de hormigón, me invade el nerviosismo. Rock grita órdenes a un nuevo trabajador, cuyo nombre es tan ridículo como el mechón de pelo que se deja caer con descuido por la frente.

—¡Pollo, búscate una diadema o te juro que vengo con unas tijeras y te lo corto!

Mis ojos negros se encuentran con dos pupilas verdes sorprendidas y escucho a Fox ahogarse de risa detrás de mí.

—Sé de alguien que está de excelente humor esta noche —comenta con ironía—. ¿Es que te pone a mil tener que vigilar a la flor y la nata que va a bailar durante toda la noche o es que llevas un tiempo sin follar?

Ignoro su pulla, que provoca carcajadas a todos los agentes que están en el garaje, y doy una patada a la rueda de un enorme Q7 negro.

—Esto está desinflado, Fox.

El aludido pone los ojos en blanco y me lo imagino haciéndome un corte de mangas a mis espaldas, dado que las risas no han parado de sonar a nuestro alrededor. Es mi forma de mandarlo a paseo y lo ha entendido muy bien.

—A sus órdenes, capitán.

Se agacha y desaparece detrás de la carrocería. Echo un vistazo al equipo que hay en torno a mí.

—Máquina y Goose, vosotros salís los primeros. Pasad por el barrio Cheerio y proteged la entrada antes de que lleguemos. Rock, Pollo y Grey, vosotros cerráis el convoy. Fox, conmigo. Nos seguiréis hasta Element y una vez allí tomaréis la entrada norte. Os dispersaréis por el local y custodiaréis cada centímetro cuadrado. Tomaremos la entrada principal. El príncipe querrá hacer las cosas a lo grande por su vuelta a la vida social.

—¿Y nuestras pistolas? —me pregunta Rock mientras comprueba las balas de su arma.

—Llevad las Glock. Y moveos, que el príncipe nos espera.

Compruebo el todoterreno al que Fox acaba de inflar las ruedas y le lanzo las llaves. Las agarra sin protestar. Me instalo en el asiento del pasajero con un suspiro y pego la cabeza al cuero frío. Ir a esa fiesta es una idea de mierda. Dos días después de recibir la maldita carta. No sabemos nada desde hace un mes y ahora Léo quiere ir a hacer el tonto a una discoteca abarrotada. Es su punto de reunión desde hace años, todo el mundo lo sabe. El Salvador también; y siento que estoy mandándolo a la boca del lobo. O que estoy demasiado en alerta para ser razonable. Necesita respirar, lo sé perfectamente, y quizá por eso no me he opuesto a semejante petición. Al menos, no ahora que ha empezado a volver a cumplir con sus obligaciones y que parece más cansado que nunca. Meto la mano debajo de la chaqueta, compruebo las municiones y echo un vistazo a Fox, que se sienta al volante. Arranca y conduce varios metros hasta la entrada del ala oeste, desde donde aparece, en una sincronización perfecta, el príncipe Léonard. Tiene el pelo pegado hacia atrás y la camisa negra le sobresale del cuello del jersey de cachemir beis. Se le ve feliz, lo que me produce una reconfortante

calidez en el pecho, que últimamente parecía haber dejado de latir. En otras circunstancias, le habría susurrado al oído las ganas que tengo de quitarle la ropa, pero esta noche no puedo hacerlo. Salgo con rapidez, el coche apenas detenido, para dar la vuelta y abrirle la puerta en un silencio sepulcral. Me mira de reojo y se coloca en el asiento de detrás. Debido al sitio al que vamos y a que va a beber, es evidente que no va a pedir conducir, pero sé que se muere de ganas. Sobre todo después de su capricho de la última vez, ante el cual no pude decir nada.

1-0 para el príncipe, pero yo soy tenaz.

Cierro detrás de él mientras me esfuerzo por escapar de la nube de colonia que acaba de dejar a su paso, algo en lo que fracaso estrepitosamente, habida cuenta el vuelco que me ha dado el estómago. Regreso a mi sitio molesto y frustrado.

—Element en doce minutos —digo por el auricular.

Fox arranca el primero y atraviesa las grandes rejas de hierro forjado que se cierran a nuestro paso. Los dos todoterrenos se siguen a una distancia razonable y mantengo los ojos fijos en el camino. Fox acelera, y a varios metros de una intersección me fijo en que aprieta con fuerza el cuero del volante. Lo observo serio. Ha palidecido y dice en voz baja:

—Los frenos no funcionan.

Me tenso, miro por el retrovisor y me doy cuenta de que el príncipe se ha enterado. Este contrae la mandíbula y nos observa en silencio.

—¿Cómo que no funcionan? —repito.

Fox levanta el pie del acelerador y baja de marcha para hacer que el coche frene mientras nos acercamos peligrosamente al cruce. Los segundos se alargan y me late el cerebro a medida que tengo una revelación.

«Los frenos».

Me vuelvo hacia Léonard, compruebo que lleve el cinturón de seguridad bien puesto y, mientras Fox aprieta cada vez más fuerte en el pedal que no se digna a funcionar, el coche sigue avanzando.

—¡Gira a la izquierda!

Empujo el volante con violencia para reforzar mis palabras y obligarlo a actuar, y levanto a su vez el freno de mano. El impacto es duro, pero no llega al punto de sacudirnos. El vehículo derrapa un breve trecho hasta detenerse por completo unos metros más abajo, de modo que evita por poco el arcén, el cruce y un pequeño accidente.

Esto no tendría que haber ocurrido, puesto que todo se había comprobado.

Me agarro de la guantera sin aliento y salgo del 4x4.

—¿Todo bien? —grita Rock, que llega corriendo con el arma en ristre.

Su todoterreno está aparcado en la carretera y bloquea el paso de cualquier vehículo que pudiera circular sin vernos. Abro la puerta del príncipe y le pido que salga. Le tiemblan las piernas, pero lo agarro del brazo y lo llevo al segundo coche.

—Rock, avisa a la Central. Grey y Pollo, quedaos aquí hasta que recuperemos el Q7 estropeado. Llamad a Goose y a Máquina, que entren en la base. ¡Fox, al coche!

No le dejo tiempo de reaccionar y pasa al lado del conductor. Léonard, al que veo por el rabillo del ojo instalado en el asiento trasero, está blanco como la pared.

—¿Está bien, Su Alteza?

—¿Han manipulado los frenos intencionadamente?

Tiene la voz ronca y cansada y veo cómo el pánico le atraviesa los ojos antes de recuperar el control, como dictan las normas.

—Eso es lo que vamos a descubrir.

—Lléveme a casa, Nine.

Nos miramos por el retrovisor y asiento. Fox entra a toda prisa y, en cuanto cierra la puerta, arranco rápido.

Tengo que ponerlo a salvo.

Aparco el coche en el garaje, que se ha abierto en cuanto hemos cruzado la cancela. Salgo a toda velocidad y dejo que sea Fox quien abra la puerta del príncipe. Leo en su rostro miedo, fatiga e impotencia. Nuestras miradas se cruzan, pero él la aparta al instante

y ordeno a Fox que lo lleve a sus aposentos. El príncipe, que odia que le impongamos lo que debe hacer, no protesta y sigue a los hombres.

—Que vigilen su habitación.

Desaparecen detrás de una gruesa fila de hombres de negro, a quienes solo les ha bastado un simple chasquido de dedos por mi parte para que se precipiten detrás del heredero. Estallo en el garaje. Hay un zafarrancho de combate a mi alrededor. Los hombres salen apresuradamente en vehículos con el único objetivo de ir a buscar el todoterreno bloqueado al lado de un cruce en la entrada de la ciudad. Luego me fijo en el chico que se ha encargado de los vehículos de esta tarde, cuya camisa gris no deja duda alguna acerca de cuáles son sus funciones, por lo que corro hacia él. Casi no tiene tiempo de verme llegar antes de estamparlo contra la pared más cercana. Le aprieto el brazo en la tráquea y noto cómo se ahoga bajo mi presión antes de intentar apartarme en vano.

—¿Tú eres el que has comprobado los Q7? —pregunto.

Asiente intentando tomar un poco de aire a pesar de que sigo apretándole la garganta.

—¿Y dónde te has sacado la formación de mecánico? ¿En un circo?

Le agarro el brazo y lo giro con violencia para ponerlo contra la pared. Pone cara de dolor porque mantengo el brazo prisionero a su espalda y lo obligo a separar las piernas para cachearlo y comprobar si tiene algo raro en los bolsillos. O en alguna otra parte.

—Los coches estaban bien antes de salir.

—¿Estás diciéndome que yo he estropeado los frenos?

Le tiro un poco más del brazo antes de que una mano me agarre del cuello y me eche hacia atrás. Mientras veo como el otro imbécil se ahoga, me libero en un segundo y fulmino con la mirada al tipo que me ha separado de mi presa.

Fox.

—Los frenos funcionaban antes de salir —dice en tono grave.

—¿No estás vigilando la habitación del príncipe? —le grito.

—Máquina, Goose y Fire se encargan.

Asiento, todavía molesto.

—Los vehículos estaban en perfecto estado antes de salir —confirma el mecánico al que le he golpeado la tráquea. Tose antes de continuar—: Han pasado el control esta mañana, ¡no entiendo cómo ha podido suceder! Voy a comprobarlo yo mismo.

—No vas a comprobar nada, la has cagado y vas a tener que asumirlo. ¡Voy a arreglármelas para que recojas tus cosas y salgas de aquí en menos de lo que canta un gallo!

Fox me coloca una mano en el brazo y me dice:

—Cálmate, Nine. Por ahora, nadie es culpable.

—Sí, lo somos todos. Sin excepción. ¡Este palacio es un puto coladero! Y eso tiene que cambiar, así te lo digo. ¿Dónde está Mads?

—En el despacho del rey.

Sin más dilaciones, salgo del garaje ignorando a mi compañero, que está llamándome. Recorro los laberintos del palacio hasta llegar frente a una gran puerta de madera cerrada. Hay dos guardias delante, entre ellos Pearl, con el que me crucé la noche de la recepción.

—Su Majestad está ocupado —dice con voz grave.

—Dígale que es urgente.

Me observa en silencio antes de asentir a su compañero, que desaparece. El auricular del guardaespaldas crepita y acaba por abrirme la puerta sin inmutarse. Primero entro en un vestíbulo y, luego, me llevan a la gran sala donde se ubica el despacho del rey. El fuego de una chimenea chisporrotea en un rincón, cerca del tablero de ajedrez. Me inclino delante de la silueta del monarca Filip.

—Le ruego me disculpe, Su Majestad, por solicitar verle tan tarde.

Cuando me enderezo, frunzo el ceño ante el rostro serio del jefe de seguridad, que está de pie al lado del rey.

—¿No está con el príncipe?

—Hemos tenido un problema —anuncio sin preámbulos—. He tenido que traerlo urgentemente al palacio.

Desvío la mirada hacia el papel blanco que Mads sostiene entre las manos, quien lo levanta un poco y asiente a mi pregunta silenciosa.

—¿Qué dice?

—«La próxima vez será la buena» —recita el soberano con voz ronca.

Me da espalda, se mesa el pelo y mira fijamente un punto invisible delante de él. Observo de reojo a Mads, que permanece apartado con los hombros tensos.

Esta vez ha sido demasiado.

—El príncipe *debe* saberlo. Si no lo tiene al tanto de la situación, Su Majestad, lamento decirle que pretendo desobedecer deliberadamente su orden directa para informarlo de inmediato. Está en peligro y no puedo trabajar en tales condiciones. O es alguien de nosotros o es alguien de fuera con conexiones internas, ¡pero quienquiera que haya sido, ha podido entrar en su dominio sin que nadie se dé cuenta para manipular uno de nuestros coches! Casi morimos todos. ¡Esto no puede seguir así!

El rey se tensa. Se dirige a mí con los brazos a la espalda. Intento evitar la mirada de reproche de mi jefe y me concentro en el rostro cansado del soberano.

—Haga venir al príncipe, agente Pearl.

Capítulo 10

Léonard

La información se me atasca en la garganta un instante y, luego, me aterriza como un bloque de piedra en el estómago.

Me tiemblan las piernas y me hundo en el primer asiento que veo, un sillón delante de la mesa de ajedrez. Escondo la cara entre las manos e intento asimilar todo lo que mi padre acaba de confesarme. Cuando mi cerebro lo entiende al fin, el corazón se me acelera y levanto bruscamente la cabeza.

—Quiero verlas.

—¡Ni hablar!

No ha hablado el rey, sino Nine. Lo miro sorprendido y no necesito ver la cara de mi padre o la de Mads para saber que tienen la misma expresión que yo. El guardaespaldas aprieta los dientes, lo que le ensancha los músculos de la mandíbula y le da a su rostro una expresión amenazante, casi aterradora. A mi pesar, veo el sueño de esta noche materializado con una precisión desconcertante. Vuelvo a observar la misma mirada inquietante, siento esa misma presencia familiar y peligrosa, oigo esa misma voz ronca y autoritaria. Algo me crepita en el pecho y lo reprimo con fuerza para concentrarme en lo que está pasando aquí. El 4x4 en el que iba ha sido saboteado.

—Capitán Galbero.

—Su Majestad —responde el interesado.

Los dos hombres se estudian en silencio y parece que están teniendo una conversación mental. Es invisible, flota en la atmósfera y vuelve el aire irrespirable. O es que mis pulmones no consiguen respirar bien. Entre mi accidente, mi amnesia, esta atracción repentina, este desconcierto persistente, mi inapropiado sueño y el sabotaje del coche… me siento acosado, ahogado por muchas emociones contradictorias.

—Dele la que hemos recibido hoy.

Mads asiente y desliza la mano derecha en la chaqueta del traje para sacar un sobre blanco rasgado por encima. Me levanto de un salto ignorando el mareo que siento y se lo arranco de los dedos sin miramientos. Despliego el papel y recorro rápido el texto, son trozos de periódicos que forman una frase:

La próxima vez será la buena.
El Salvador

—¿El Salvador?

—Así firma todas sus cartas —confiesa mi padre mientras se acerca a la ventana.

Tengo un nudo en la garganta del pánico. Lo observo en busca de una mirada de consuelo, de una luz que me tranquilice y que me diga que todo irá bien, que solo es una pesadilla. Pero no transmite nada de eso. Tiene los rasgos de la cara cada vez más cansados y ahora entiendo por qué. Lleva semanas guardando esta información secreta y sufriendo, desarmado e impotente, amenazas en contra de su hijo sin conseguir pararlas.

—¿Quién es?

—No lo sabemos.

—¿Madre está al corriente?

—Es la reina —zanja él—. Está al corriente de todo.

—¿Y Pia?

Niega con la cabeza. Por supuesto que no lo sabe. Si no, me lo habría dicho.

—¿Dónde están las otras?

—En manos de la policía.

—¿Qué dicen?

—Léo…

—¡Padre!

Pone mala cara, pero no me regaña. Nunca le hablo con este tono en público, ya sea delante de nuestros guardias, nuestros criados o nuestros súbditos. Porque no es lo que esperan de mí. Ahora siento, no obstante, que es la única forma de hacerlo reaccionar.

—Me incumbe más que a nadie en esta habitación. Tengo el derecho de saber de qué se trata. Un loco está enfadado conmigo y quiero saber por qué.

—Todos queremos saberlo, por eso los equipos están activos día y noche. Nadie te hará daño.

Casi me ahogo en una risa irónica.

—Sin embargo, *tu equipo* no ha sido capaz de comprobar que el coche no estaba en buen estado para usarlo. ¿Y si hubiéramos ido a toda velocidad?

Mi padre esboza una mueca y oigo un suspiro a mi espalda.

—¿Esto está relacionado con mi accidente?

Un silencio pesado cae en la habitación. El puñetazo invisible que me da esta confesión tácita me revuelve el estómago y por fin lo entiendo. Esta es la otra cara de la moneda de todo este teatro de seguridad, de guardias pegados, del doble de personal y de la nueva normativa de carretera. Yo tenía razón en la hipótesis de la premeditación, y me es difícil contener el *shock.*

—¿Por qué no me han dicho nada?

Me vuelvo hacia Mads, que clava la mirada en la mía, arrepentido.

—Pensamos que era lo mejor.

—¿Lo mejor? —protesto.

Mi antiguo agente aprieta los labios y concentro la atención en mi padre, que continúa inmediatamente:

—No estabas en est…

—¡Chorradas!

Tiro la carta al suelo bajo la mirada atónita de mi padre. Una arruga de descontento le surca la frente mientras coloca los puños sobre el escritorio.

—Tendría que haberme avisado desde el principio. ¡Tenía derecho a que me informaran!

Estoy fuera de mí y olvido por completo la presencia de terceras personas y los convencionalismos que debería respetar delante del rey. Ahora mismo estoy frente a mi padre y no delante de la Corona.

—¡Casi me matas!

—Lo sé…

—No se repetirá mientras esté bajo mi protección.

—¿En serio? —respondo con furia volviéndome hacia Nine—. Porque me parece que ha pasado justamente cuando tenía que dedicarse a mi seguridad estos dos últimos años, capitán Galbero.

Se estremece antes de responder con un gruñido sordo:

—Aquella noche no trabajé. A partir de ahora, no le dejaré nunca. Comprobaré cada vehículo, cada itinerario, cada habitación…

—¿Hasta cuándo? —le interrumpo.

—Hasta que tengamos a ese psicópata en nuestras manos.

Me mira fijamente, como si hubiera olvidado delante de quién se encuentra hasta el punto de ni siquiera intentar controlar sus reacciones. Se entromete en la conversación sin permiso y se dirige a nosotros de una forma que no debería. Como si estuviéramos en un espacio-tiempo donde no existe ninguna barrera. Porque lo único que importa es esta amenaza que planea por encima de mi cabeza y que espera una cosa: la oportunidad de caer.

—Su Alteza —interviene Mads—, entiendo que esté enfadado por no haber dispuesto de toda la información.

—¿Enfadado? —me burlo—. Eso es un eufemismo.

La furia me domina por haber sido excluido del secreto. Una parte de mí creía que era responsable del accidente por culpa de haber cometido alguna imprudencia o de una elevada tasa de alcohol. Sin embargo, un hombre ha sido el que me ha privado deliberadamente de dos años de mi vida. Su identidad y sus reivindicaciones aún son totalmente desconocidas, y esto es así desde hace semanas. Se me nubla la vista, el corazón me martillea en el pecho y tengo miedo, un miedo atroz de que haya un loco detrás de mí sin que nadie pueda hacer nada. Un nuevo mareo casi me tira al suelo, pero dos manos fuertes me agarran y rodean los hombros.

Nine me sostiene, el calor de sus manos me atraviesa la tela de la camisa y se me irradia hacia la piel. Quiero gritarle que me deje, que no necesito su ayuda, pero no me muevo. Permito que me estabilice hasta que me recupero. No es la primera vez que se acerca a mí de esta manera. A menudo me roza la espalda con la mano o me pasa la yema de los dedos por el brazo. Siempre lo hace cuando se produce una situación especial, para cumplir con su función. Aun así, su manera de tocarme me provoca siempre la misma sensación extraña e inconveniente en el estómago.

«Y en mis sueños es peor».

Me pongo rígido, como quemado por su contacto, y me suelta.

—Por eso no quería decirte nada —aclara el rey en tono preocupado—. Léonard, queríamos protegerte de todo esto, dejarte tiempo para recuperarte. Pero el capitán Galbero insistió en que lo supiera. Y después de lo que ha pasado esta noche, teníamos que contártelo todo.

El aludido permanece detrás de mí y su presencia, tan molesta como tranquilizadora, me hace sofocarme más.

—Ve a descansar, te sentará bien.

—Necesito tomar el aire —respondo para disgusto de mi padre, que entorna los ojos, vencido.

Esquivo a los dos agentes mientras respiro hondamente, abro la puerta del despacho y desaparezco por el pasillo sin mirar atrás.

Todas estas revelaciones me dan vueltas en la cabeza y lo aclaran todo, empezando por la obsesión por mi seguridad y la desagradable sensación de que me escondían algo. Ahora lo sé. No soy responsable. Alguien está en contra de mí y no tengo ni idea de por qué. Recorro rápido los pasillos del palacio e ignoro a los empleados con los que me cruzo y que se inclinan a mi paso. Cuando empujo la pesada puerta de entrada, el frío glacial me golpea el rostro. Solo llevo un jersey por encima de la camisa y la temperatura bajo cero de finales de noviembre se me cuela bajo la ropa y me cala hasta los huesos. Con todo, no doy media vuelta y continúo mi ascenso hasta el hueco que hay detrás de la conserjería.

Me pego a la pared de piedra y cruzo los brazos antes de respirar profundamente. Ojalá pudiera recordar, aunque fuera un único detalle. Un fragmento de un evento. Una imagen. Una pista. Cualquier cosa que me permitiera entender cómo todo ha podido venirse abajo en tan poco tiempo. No creo que haya sido malo. Desde que nací, siempre he hecho lo que me han pedido. He seguido una enseñanza específica vinculada a mi rango. He participado en la vida de la Corona sin rechistar. Casi todo el tiempo, dejé mi adolescencia a un lado para cumplir con mis funciones. Siempre he intentado aportar lo mejor de mí para satisfacer a mi padre, a mi familia y al pueblo. Soy joven. No soy perfecto, puedo mejorar y lo sé. Tengo muchas cosas que aprender. ¿Quién podría enfadarse conmigo por ser quien soy y por hacer lo que hago hasta el punto de querer hacerme daño? No tiene ningún sentido.

Me siento solo, débil y desarmado ante una situación que se me escapa. Incapaz de poder ayudar a resolver una investigación sobre mí.

«Putas secuelas colaterales.

Puta memoria».

—¿Su Alteza?

Abro los ojos de golpe y me vuelvo hacia la voz ronca que me llama. El agente Galbero está a varios metros de mí dudando entre quedarse o irse. Hay que decir que, aunque las paredes de esta propiedad pertenezcan a mi familia y a mí, esta zona no es

realmente mía. Estoy justo donde lo vi cuando volví del hospital, en un espacio reservado a los empleados. Reservado a los de seguridad. Sin embargo, por una razón que se me escapa, aquí me siento bien; como protegido y alejado del mundo exterior.

Nine lanza una mirada a su alrededor y avanza para colocarse en el sitio en el que estoy. Su intrusión me hace echarme un poco hacia atrás, por lo que se detiene antes de apoyarse en la fachada en silencio. Está a una distancia razonable, ya que su hombro no llega a tocar el mío. No obstante, desde donde está, consigo notar el olor intenso y amaderado de su perfume. El aroma viril que libera hace que los músculos me vibren en una mezcla de sosiego y de agitación. Trago saliva. Con *esto* también he soñado esta noche.

—¿Me permite?

Miro su gesto por el rabillo del ojo y veo que tiene un cigarro en la punta de los dedos. Levanta el pitillo y espera mi aprobación. Asiento. Con un ruido seco y rápido, una llama aparece en el mechero y enciende el tabaco. Rodea con labios carnosos el extremo del Camel y aspira una gran bocanada que vuela como un humo blanco a nuestro alrededor.

No puedo apartar los ojos de él, y admiro su perfil, cautivado por los movimientos de su boca, su nuez, la punta redondeada de su nariz, las pestañas negras que le perfilan los ojos oscuros y las cejas tupidas. Un mechón castaño le cae revuelto por la frente y lo aparta con la mano. Trago saliva con dificultad mientras unas ganas repentinas de nicotina —que no había sentido desde que vine aquí— me invaden.

—¿Yo fumo?

Mi pregunta sorprende a mi interlocutor. Contrae los hombros y detiene el gesto. Con el cigarro suspendido delante de los labios, clava los ojos en los míos. Es lo único que he conseguido decirle para detener el análisis demasiado detallado de mi cerebro.

—No. No le gusta.

Rompo el contacto visual y apoyo la cabeza en la pared que se alza a mi espalda. El silencio se levanta entre nosotros y pongo la mente en blanco gracias a la tranquilidad del lugar. Lo olvido todo,

hasta la conversación que he mantenido hace un momento en el despacho de mi padre. Una ráfaga de viento trae con ella una nube de perfume masculino mezclada con el humo del tabaco y me provoca un sentimiento de *déjà vu.* Me enderezo inmediatamente, con el corazón a mil. Ni siquiera debería estar aquí con él.

—¿Está seguro?

La mandíbula de Nine se contrae y responde, con absoluta rotundidad:

—Sí.

Suspiro mientras Nine da una calada al cigarro, casi acabado. Gira la cabeza hacia mí y clava la mirada en la mía.

—Es que…

Vuelvo a mirarle los labios, que se humedece con la lengua. En un segundo, aparece una imagen en mi mente. Furtiva. Confusa. Borrosa. Y un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Sí?

Cierro al instante los ojos con la esperanza de que ese *flash* que he creído ver aparezca de forma más clara. ¿Era un recuerdo? ¿Un fragmento de mi sueño? No sabría decirlo. Sería incluso incapaz de saber lo que representaba. ¿Un lugar? ¿Un rostro? La sensación que me ha provocado era muy familiar.

—¿Príncipe Léonard?

Abro los ojos cuando Nine se está apartando de la pared. Sus anchos hombros se ciernen sobre mi cuerpo, que inclino contra el edificio, y sus pupilas se iluminan con un brillo indescifrable.

La proximidad de su carisma me hace tragar saliva con más fuerza y respondo:

—No, nada.

Me alejo de la fachada y doy unos pasos hacia delante mientras se me acelera el corazón.

—Odio sentirme tan indefenso —admito después de inspirar profundamente.

—Lo sé, pero confíe en mí. Vamos a descubrir lo que está pasando y lo detendremos todo.

Me sorprende el giro que toma la conversación, puesto que no era el sentido original de mi frase. En cualquier caso, ahora que menciona las cartas anónimas y el accidente, me doy cuenta de que, incluso en una situación así, soy incapaz de gestionar nada.

—Su padre ha colocado a los hombres más experimentados en el caso. Se ha encargado de contratar a los más curtidos y a los mejor entrenados para vigilarle.

Me vuelvo y veo que se ha acercado a mí. Sus palabras me resuenan en la cabeza y, de pronto, soy consciente de una cosa. Si quiero sentirme útil, ser menos débil, tener menos miedo ante toda esta adversidad… tengo que ser como él. Como ellos. Debo estar «entrenado».

—Enséñeme a defenderme.

Arquea las cejas sorprendido y perplejo. Voy a tener todo el tiempo del mundo para arrepentirme de esta orden, pero ahora me parece legítima y justificada. Aunque sea con él.

—¿A defenderse? —repone escéptico.

—Sí. Quiero aprender a luchar.

El guardaespaldas extiende las manos con las palmas hacia abajo.

—Espere, no sé si…

—Me sentiría más seguro si conociera algunas técnicas de combate. ¡O si supiera usar un arma!

Su rostro se endurece al instante.

—Olvide eso. No pienso enseñarle a disparar.

—¿Le da miedo que luego pueda usarlo en contra de usted, agente Galbero? —digo con ironía.

Pliega los labios en una sonrisa arrogante y niega con la cabeza.

—No sería ni el primero en intentarlo ni el primero en equivocarse.

Molesto por su réplica, que me despierta curiosidad, me dispongo a pedirle más detalles, pero continúa:

—De acuerdo. Voy a enseñarle las bases de la defensa personal. Dudo que sea necesario, ya que ese es mi papel, pero si es lo que

usted desea…

—En efecto.

—De acuerdo —resopla con resignación.

Sin embargo, siento que solo está fingiendo. Lo advierto en la forma que tiene de mirarme y de colocarse. Parece casi tranquilo por formarme en el combate, incluso… ¿satisfecho?

Capítulo 11

Nine

—Fox a Nine.

Me suena el auricular y pongo el dedo en el botón que llevo agarrado a la camisa para encender el micro.

—Nine a la escucha.

Lo digo en voz baja. Levanto la mirada hacia el príncipe, que está sentado en un sillón de cuero a varios metros de ahí y sumido en su lectura. Es su primer día verdadero de descanso de la semana. A pesar de las ojeras que le veo, parece que está bien, pero estoy seguro de que, en el fondo, siente esta pausa como una liberación.

—Pollo te releva. Nos vemos en la conserjería.

—¿Hay algún problema? —le pregunto.

Mantengo la concentración fija en Léo, en su perfil perfecto, su indiferencia glacial y su gracia natural. Inspiro al escuchar un golpe ligero en la puerta y la manilla que se abre. Me aparto para dejar entrar a Pollo. Se ha quitado el mechón de pelo y esbozo una ligera sonrisa. Muy ligera, puesto que parece que solo se da cuenta de la mirada de alerta con que observo a mi alrededor.

—Capitán —me saluda.

—El inspector Osten está aquí —continúa Fox por el auricular.

Rodeo a Pollo y, con la mano en el pomo de la puerta que ha dejado abierta, lo escruto mientras le advierto:

—Hasta que no haya vuelto, no le quites los ojos de encima. Bajo ningún concepto.

—¿Y si necesita ir a mear?

—Bajo… Ningún… Concepto.

Mi voz grave ha tenido que resonar en la pieza porque, en el momento en el que fijo otra vez la atención en Léo para asegurarme de que no se ha movido, ya no veo su perfil, sino sus dos ojos azul celeste.

—A sus órdenes.

Salgo de la estancia como una exhalación y cruzo el palacio con premura. Atravieso el patio principal, llego delante del enorme edificio de piedra que domina el espacio y me adentro en él. La entrada está bien custodiada, no hace falta levantar la cabeza para saber que las cámaras de seguridad siguen mi avance. Saludo con un gesto de la cabeza a los guardias que veo, pero no me detengo, sino que continúo caminando hasta llegar a la sala donde sé que me esperan. Llego ante la puerta gris, tomo aire con con fuerza y llamo mientras hago girar el pomo. Todos los ojos se dirigen a mí y me topo con la mirada familiar de Fox. La mayoría de los chicos de mi unidad están aquí, además de cinco agentes de la guardia del rey, quien se encuentra ausente debido a una reunión con el Consejo. De todos modos, imagino que este encuentro es solo una sesión preliminar antes de que Mads le entregue un informe detallado y conciso al monarca.

—Capitán Galbero, estábamos esperándole para empezar —dice el jefe de seguridad con tono cargado de sinceridad—. Déjeme presentarle al inspector Osten, a la frente de la investigación.

El tipo en el que centro la atención tiene unos cincuenta años y no pasa del metro setenta. Lleva la camisa un poco arrugada, como si se la hubiera puesto sin perder el tiempo en plancharla: lo típico de las personas que dedican su vida al trabajo. Como yo; con la diferencia de que mis trajes siempre están impolutos gracias al servicio de tintorería puesto a nuestra disposición en la Guardia Real; debemos estar impecables. Sin duda, los hombres de mi índole tienen muchas aptitudes, y hay quien considera algunas

excepcionales, pero planchar no es una de ellas. Osten me sonríe cortésmente mientras se inclina sobre la mesa. El rubio cabello le cae sobre la frente pálida y me tiende la mano con seguridad, ajeno a los mechones que le acarician la piel. Se la estrecho y aguardo con interés cualquier reacción de dolor en sus ojos mientras se la aprieto con fuerza. Aunque noto que la fuerza de su mano se debilita, no rechista y permanece como una piedra hasta que se la suelto.

—¿He pasado la prueba? —comenta con una mueca divertida.

Se masajea la palma de la mano e ignoro la mirada asesina de Mads detrás de él.

—Inspector Osten, le presento al capitán Galbero, encargado de la protección de Su Alteza Real, el príncipe Léonard.

—He visto su expediente —admite.

No pongo mala cara. Sé que está intentando alterarme al decirme que sabe quién soy, pero lo que él ignora es que, en esta habitación, yo soy el más peligroso. Con quien debe tener mucho cuidado y, sobre todo, cuyo favor debe ganarse. Un paso en falso y me tiro sobre él. Porque sobre él recae la pesada tarea de descubrir quién está detrás de todo esto.

—Nine, siéntese. Ahora sí podemos empezar.

Rodeo algunas sillas y me siento en la que está al lado de Fox mientras me cruzo de brazos.

—¿Cuál es tu impresión? —me pregunta mi compañero.

—Si ha venido él mismo cuando podría haber traído a sus subordinados es porque va a decirnos algo grave.

En realidad, no le estoy respondiendo a la pregunta. Fox quiere saber qué pienso de Osten. Si es bueno. Si es capaz de cerrar la investigación. Si tiene agallas. Porque todos pasan por mi juego del apretón de manos. Es mi forma de ver si son capaces de manejar la presión. Sea cual sea. Y no suelo equivocarme con la gente. Analizo. Todo el tiempo. Y las apariencias engañan. En el caso de Osten, tiene buena pinta.

—Voy a ir directo al grano —empieza el inspector—. Por fin hemos conseguido los vídeos de las cámaras de seguridad. Los habían dañado, pero nuestros servicios han conseguido recuperar las

imágenes. Antes de decirles lo que ha salido, me gustaría que los vieran.

Se me hiela la sangre y me pongo tenso en la silla. Osten se mueve un poco al tiempo que usa varios mandos con habilidad para encender el proyector por encima de nuestras cabezas. Las luces se apagan y los siguientes segundos son los más largos y dolorosos de mi vida. Me enderezo con las manos pegadas a las rodillas para soportar el repentino peso causado por la tensión de mi torso. Tengo el cuello rígido, la cabeza me hormiguea y el corazón no deja de latirme en el pecho cuando las imágenes empiezan a desfilar en la pantalla blanca. Es la primera vez que estamos contemplando lo que realmente pasó. Hemos visto las fotos, pero nadie lo ha sabido realmente. Nadie lo ha visto nunca. Porque aquella noche Léo iba solo. No había guardaespaldas ni coche blindado, solo un R8 con el que a veces salía a dar una vuelta. Siempre conmigo. Crispo las manos y me agarro la tela de los pantalones negros del traje. Su Audi gris antracita aparece en la pantalla. Tiene la cara cortada a la altura la nariz, pero está claro que él es quien conduce. Pasa varios semáforos en verde, las imágenes se entrecortan y luego siguen su dirección hasta que un vehículo no identificado irrumpe también en pantalla: un enorme Hummer negro de dimensiones surrealistas. El parachoques no es original y no hace falta ser un gran analista para darse cuenta de que los materiales usados se colocaron específicamente para hacer daño. El R8 nunca tuvo la más mínima posibilidad, sobre todo en la ciudad, donde no podía usar toda su fuerza. Léonard sigue conduciendo, ajeno a la amenaza que va detrás de él, hasta que el vehículo le corta el paso por primera vez.

Se me encoge el estómago.

«Vuelvo a escuchar su voz».

Lucho por no cerrar los ojos.

El Hummer embiste y obliga a Léonard a dar un volantazo brusco. El choque es inevitable. El deportivo pasa por encima de una barrera de seguridad para empotrarse varios metros más lejos, de modo que corta la circulación que viene en sentido inverso. El auto sale volando y da varias vueltas de campana sobre sí mismo hasta

quedarse inmóvil, completamente descoyuntado. El Hummer desaparece.

Me levanto de golpe y no espero a que las luces se enciendan para salir velozmente de la sala por una de las puertas. Contengo las náuseas en un intento de detener el pánico que me obstruye la garganta. Las crisis, las situaciones de estrés, los imprevistos, lo desconocido…, me he preparado toda la vida para esto. Me formaron para reprimirme, para actuar instintivamente sin temor y ni miedo. Todo está en la mente. Sin embargo, mientras esas terribles imágenes siguen desfilando por mi cabeza —el choque, el accidente, el coche—, el dolor me golpea con fuerza. Es sordo, invisible, pero lo destruye todo a su paso. Porque se trata de Léo.

—¿Bailey?

Me vuelvo rápido, con zumbidos en las orejas y la respiración entrecortada ante la idea de que habría podido perderlo. Serio, Fox me observa a cierta distancia intentando no acercarse demasiado a mí por miedo a molestarme. Como si estuviera delante de un animal salvaje.

—¿Estás bien?

—Lo siento —respondo con voz ronca—. Estaba… Me ha…

Por primera vez en la vida, no sé qué decir. Me quedo de pie con los brazos pegados a ambos costados, sin una excusa creíble que dar a mi compañero.

—No te preocupes —me dice—. Estas cosas pasan.

Me paso una mano nerviosa por el pelo corto.

A mí no. Nunca. Jamás.

—Han seguido sin nosotros.

—¿Por qué no te has quedado?

—Quería venir a buscarte. Ver si estabas… bien.

Me mira sin decir nada mientras inspiro con fuerza para borrar las imágenes, la voz de Léo en el auricular, el pánico que siguió a todo ello. Recuerdo cada palabra, cada frase que pronunció, porque las he escuchado un número incalculable de veces estos últimos meses. Es todo lo que me queda de él. De nosotros. De lo que pasó. Un

mensaje de voz que guardo de recuerdo. Un secreto inconfesable. Casi malsano. Solo para asegurarme de que no lo he soñado todo.

Nuestra relación.

—Vamos.

Doy un paso para esquivar a mi compañero, pero este me bloquea el camino con la mano y me toca pecho, ahí donde el roto corazón me roto late sin descanso.

—Bailey —suspira—, me arriesgo a que me corten la lengua después de lo que voy a atreverme a decirte, porque tú mismo querrás cortármela.

Frunzo el ceño y permanece ante mí para cortarme el paso, sin que yo proteste.

—Nadie va a ofenderse por lo que acaba de pasar, por tu salida inesperada de la sala tras ver el vídeo. Porque todo el mundo sabe que estás cabreado con nosotros desde el accidente. Nos culpas por lo que pasó. Y te culpas por no haber estado allí.

Me trago las palabras que han amenazado con cruzar la barrera de mis labios, esto es, esa información crucial que haría que todo el mundo supiera que es culpa mía. El culpable soy yo y nadie más. No es Léonard por haber escapado de los guardas, ni ellos por no haberlo visto salir. Nadie tiene la culpa de nada… salvo yo.

«Porque iba a mi casa».

—Pero, tío, sé que es más que eso.

Fox debe notar la transformación que se está produciendo dentro de mí en este momento, porque se echa hacia atrás y me aparta la mano del pecho, de ese punto donde el corazón me trastabilla y me cae en picado hasta el estómago. Le lanzo dardos con la mirada, pero no se mueve y observa cada una de mis expresiones.

—No es del mismo mundo, Bailey.

Un año y medio de relación a escondidas. Y, ahora, una reacción mía nos traiciona. Me he pasado semanas enteras muerto de preocupación. La noche del accidente, fui al hospital aunque no estuviera de servicio. Lo que no llamó la atención a nadie. Y he tenido que ver esas *putas* imágenes para que se tambaleen mis barreras. Quiero negarlo, hacer como si lo que me ha dicho mi

compañero y amigo no tuviera sentido. Mentir para protegerme. Para protegerlo. Porque lo que pasó no teníamos derecho a hacerlo. Ni ayer, ni ahora, ni nunca. ¿Los secretos? He nacido para mantenerlos. Trabajé en secreto durante años. Nunca he hablado. Ni siquiera bajo tortura. Sin embargo, ahora mismo, mientras Cole me estudia en silencio, siento que una compuerta se abre en mí y respondo con amargura:

—¿Crees que no lo sé?

Con los ojos clavados en los suyos, veo cómo la sorpresa deja paso a la confusión.

—Entonces, ¿ni siquiera vas a negarlo?

Me vacío de aire los pulmones mientras bajo la vista al suelo, completamente resignado. Los zapatos nuevos me duelen muchísimo. Están tan encerados que estoy seguro de que podría verme reflejado en ellos si me acercara un poco más. Levanto los ojos de nuevo al rostro de mi amigo. Parece turbado, sorprendido, pero ni una pizca de juicio le deforma los rasgos. Confío en pocas personas. Mi oficio siempre me ha enseñado a no hacerlo, a permanecer alerta. Pero a Cole le confiaría mi vida, y creo que es eso lo que me impulsa a seguir:

—No. Tienes razón. No era solo mi príncipe, pero se acabó. El vídeo me ha sorprendido, pero no volverá a ocurrir. Y tú no volverás a mencionarlo.

No dice nada y se aparta para dejarme avanzar.

—Lo siento.

Nunca sabré si lo ha dicho por lo que me ha forzado a confesar o por la propia confesión en sí. Evidentemente, sé una cosa: no dirá nada. A nadie.

Cuando llegamos a la sala de reuniones, solo queda Mads. Fox me adelanta para reunirse con nuestro jefe delante de la mesa grande en la que está guardando papeles.

—Se han perdido la reunión.

Ni siquiera nos mira a los ojos.

—Pollo ten…

—Me he sentido un poco débil —digo antes de que Fox mienta por mí.

Esta vez me observan los dos, conscientes de una cosa: la palabra «débil» nunca ha formado parte de mi vocabulario.

—Han encontrado una matrícula —repone sencillamente Mads para cortar por lo sano la tensión que, de pronto, se ha instaurado en la sala.

Saca una foto de la carpeta. La agarro sin miramientos.

—Están buscando a los distintos propietarios del automóvil. Parece que lo robaron varios meses antes del accidente.

—¿Un vehículo blindado? —pregunto mientras examino el parachoques más de cerca.

—Materiales militares. Al menos, eso es lo que se sospecha según los fragmentos encontrados en el vehículo del príncipe. Un blindaje especial, poco usado entre los civiles. Están reuniendo todo lo que tienen para encontrar de dónde viene.

—¿Una organización? —pregunta Fox.

—Eso casaría con esto.

Nuestro jefe recupera la carpeta para sacar de ella una fotografía nueva, donde aparece un cuello en el que, gracias al zum, se distingue un tatuaje del tamaño de una pelota de golf.

—¿Qué es, una especie de serpiente? —digo sin dejar de mirar la foto.

El animal está como enrollado alrededor de una luna extraña. No tiene sentido.

—Están analizándolo, pero podría pertenecer al logo de un grupo de activistas. Están vigilando a algunos. No sería la primera vez que han tratado de derrocar la Corona.

—¿Con tanta violencia?

Mads sacude la cabeza en señal de negación ante la pregunta de Fox.

—¿Y el móvil del príncipe? —le pregunto—. ¿Han conseguido recuperar la información?

Tengo un nudo en la garganta. Mi pregunta no es trivial. En ese móvil podría haber cosas comprometidas. Sobre mí. Sobre nosotros. Empezando por mi número personal, al que llamó la noche del accidente y en el que dejó un mensaje de voz demasiado largo como para ignorarlo.

—No. Ha quedado inservible.

El alivio me invade, pero, antes de que Mads pueda añadir algo más, la alarma de la conserjería suena a nuestro alrededor: dos sirenas inconfundibles que anuncian un desplazamiento real.

—Pollo a Nine.

Enciendo el micrófono mientras me alejo de la mesa y me dirijo a la salida de la conserjería. Todo el mundo se mueve por los pasillos y veo que se forman los equipos para ir a sus respectivos puestos.

—¿Dónde estás?

—El príncipe está durmiendo. ¿Lo despierto?

No me sorprende esta información. Llevo ausente casi una hora y, aunque el príncipe esté mejor, aún duerme mucho. Acelero el paso y entro por la parte de atrás del ala oeste a un ritmo raudo.

—¡Ni se te ocurra! —gruño.

Quizá está mejorando, pero su estado todavía es frágil. Pollo podría sacudirlo como a un cerezo con lo habilidoso que es. Hago una mueca al tiempo que casi me pongo a correr hasta los aposentos de Léonard. Tiene una inauguración en menos de cuarenta y cinco minutos y, si han activado los equipos, es porque la salida es inminente. Cuando llego delante de su habitación, Pollo no se ha movido de su puesto.

—Reúnete con los chicos en el garaje.

—¿No quieres…?

—Garaje. Ahora mismo.

Mi voz cortante le hace temblar. No termina la pregunta y se va. Tomo aire con fuerza mientras miro la gran puerta que conduce a la habitación de Léo. Dudo, pero la abro después de haber llamado un par de veces. Hace muchísimo calor en la habitación. Las cortinas no están corridas, por lo que no me cuesta llegar hasta la silueta

dormida del heredero. No sé qué habrá visto Pollo, pero lo que distingo ante mí me provoca unos celos demasiado familiares. Tiene el pelo revuelto sobre la frente y la boca ligeramente abierta. Uno de los brazos está colocado debajo de la cabeza mientras que el otro le desaparece bajo la manta. No lleva camiseta y su torso está desnudo, expuesto. Los abdominales marcados que tenía antes han dejado lugar a unas líneas más finas, cinceladas. Un cuerpo esbelto que no conozco, pero que me muero de ganas de tocar. Me detengo en la mitad de la habitación cuando desliza la sábana con el pie y deja descubierta la parte de arriba de la cadera.

Me palpo el bulto que ha decidido alojarse en mis pantalones en un intento de apaciguar la molestia de mi incipiente erección.

«¡Este no es el momento!».

Suspiro y me acerco a la cama. Permanezco ahí mirándolo hasta que me hablan por el auricular.

—Esperan a Sunshine en la escalinata en diez minutos. Earth llegará enseguida.

Me gustaría replicar que Sunshine no saldrá de esta habitación mientras no haya dormido lo necesario, pero me contengo. Una puerta oculta chirría justo cuando iba a tocarle el mechón que le cruza la frente, e instintivamente me aparto. Una mujer de unos veinte años entra en la habitación en silencio y lleva en las manos un traje que imagino que es el que Léonard debe ponerse para su salida.

—Llega tarde —exclamo.

Mi voz grave retumba en el silencio de la habitación y distingo cómo el cuerpo de Léonard se tensa en la cama.

—Debería haber estado preparado desde hace quince minutos.

—Estaba durmiendo, señor.

—¿Algún problema?

La voz somnolienta del príncipe provoca que dejemos de hablar. Vuelvo la cabeza hacia él. Con el rostro demacrado por la fatiga, se ha enderezado de forma que se le ha contraído el vientre del esfuerzo.

No he fallado en mi análisis.

Abdominales más pequeños, pero abdominales.

«Y ahora mismo pasaría la lengua por ellos».

—Nos vamos en diez minutos, Su Alteza.

—¿Qué hora es?

Se despereza antes de agarrar el reloj.

—Las tres y veinte de la tarde.

Sale corriendo de la cama y, como siempre que sus movimientos son demasiado apresurados, impacientes o, simplemente, desordenados, se marea. Lo hace menos que antes, pero lo bastante para que los reflejos se me hayan agudizado cada vez que le sucede. Así que lo agarro antes de que se tuerza el tobillo en el escalón de la cama. Esperaba cualquier cosa, salvo el sofoco que me inunda en cuanto su cuerpo entra en contacto con el mío. Como tiene el pecho totalmente desnudo, al pegarse a la fría chaqueta de mi traje se echa a temblar y, antes de que pueda acostumbrarme a la calidez de sus caderas bajo mis manos, me aparta con violencia. El olor familiar de su piel provoca que algo se me encoja en el estómago, y retrocedo dos pasos.

—Le espero fuera —exclamo—. Tiene cinco minutos para vestirse.

Entonces salgo de la habitación como un rayo, con el corazón a mil por hora y con la desagradable sensación de haber tocado algo que ya no me pertenece.

* * *

Miro fijamente la carretera con las manos pegadas al volante del Range Rover que hemos tomado para ir al barrio de Torbjon, donde han abierto una escuela. El rey y el heredero deben aparecer para la inauguración antes de volver al palacio al final de la tarde. Se ha organizado todo para que solo estén una hora —ni un minuto más— desde el momento en que salgan de los vehículos blindados en los que vamos. Cuatro coches forman el convoy, y nosotros vamos en el último.

—Llegada prevista en seis minutos.

Fox me mira para asegurarse de que he recibido la información. Asiento.

—Recibido —responde él en mi lugar.

—¿Suboficial Bakke?

La voz del príncipe se eleva desde el asiento de atrás y echo un vistazo por el retrovisor para ver cómo dirige los ojos azules a mi compañero.

—¿Su Alteza?

—¿Puede poner música?

Fox se inclina sobre la radio, pero antes de encenderla, Léonard lo detiene:

—No, la radio no.

Duda.

—Tengo una canción en la cabeza desde hace un rato. ¿Puede ponerla?

—Claro, ¿sabe el título?

Mantengo la atención fija en los carteles de las calles que desfilan, atento al más mínimo coche sospechoso, a la vez que trato de ignorar la presencia de Léonard detrás de mí. Soy consciente de cada gesto, de cada inspiración y de cada movimiento de su pelo. Todavía puedo sentir su piel bajo los dedos y su suspiro de sorpresa en el cuello cuando lo estabilicé por poco al salir de la cama. No tuve que bajar los ojos para saber que solo llevaba unos calzoncillos.

—Es una canción antigua. No conozco al autor, pero dice «Oh darling, darling stand by me, oh, oh…».

Se me crispan los dedos en el volante y me atrevo a mirar por el retrovisor, donde sorprendo al príncipe con el ceño fruncido y una expresión de fastidio por haber canturreado cuando sabe que el decoro le impone cierta compostura.

—Me temo que no le soy útil, Su Alteza. Mi cultura musical se limita a las canciones actuales.

Sin volverme hacia ellos, me limito a sacar el teléfono del bolsillo de la chaqueta. Lo coloco en el salpicadero y lo desbloqueo. Nadie

está hablando en el coche y pongo una lista de reproducción que llevo meses sin escuchar. La que me hacía pensar demasiado en *él.* El emoji del sol como nombre de la lista aparece e ignoro la mirada de desaprobación de Fox.

«Sunshine».

Es el nombre en clave que usamos para el heredero de los Björnen. Él no lo sabe, al contrario que Fox.

Ben E. King comienza su dulce melodía. Su voz grave, el ritmo, la letra, todo suena en el habitáculo. Me late el corazón y solo pienso en una cosa: la vez en la que Léo estaba sentado cerca de mí y cantaba como si fuera un hombre normal, como si fuéramos una pareja normal.

I won't cry.
No, I won't shed a tear.
Just as long as you stand, stand by me.
And darling, darling stand by me.[1]

Los coches de delante se paran y apago el motor mientras guardo el móvil. Salgo del vehículo con rapidez y le abro la puerta a Léonard con el rostro tenso. Me mira desde el asiento de atrás. Tengo la mano en la puerta y lo contemplo en silencio hasta que sale. Los *flashes* de las cámaras de fotos le obligan a entrecerrar los ojos e instintivamente le pongo la mano en la espalda para invitarlo a avanzar. Es un reflejo estúpido que me cuesta otra descarga eléctrica desde el pecho hasta la entrepierna. Fox separa a la muchedumbre con gestos rápidos para liberar la vía. Delante, distinguimos al rey rodeado de sus guardias.

—No se detenga, Su Alteza —le susurro al oído.

Juraría que lo he visto estremecerse, pero, entre el jaleo de los periodistas y el movimiento de la multitud, estoy demasiado absorbido por las amenazas potenciales como para prestar atención. Le presiono los riñones y lo animo a avanzar. Solo le veo de perfil, pero gira la cabeza para clavar los ojos en los míos una fracción de segundo y murmurarme con dientes apretados:

—No vuelva a tocarme, Nine.

Luego adelanta el paso y, con una sonrisa de circunstancias en la cara, se deja fotografiar hasta que alcanza a su padre. Me quedo plantado como un idiota al lado del coche conforme la guardia real avanza poco a poco detrás del príncipe antes de volver a mi sitio con tanta diligencia como tristeza en el corazón.

Capítulo 12

Léonard

—Creo que me había prometido un entrenamiento.

Los anchos hombros del guardaespaldas se contraen y se vuelve hacia mí. Pliega la boca y muestra los dientes. Con un lento movimiento de la lengua, se humedece los labios rosados y me obligo a apartar la mirada. Prefiero centrarme en sus ojos risueños que no en ese ademán que hace sentir mariposas en el estómago.

El error monumental de haber pedido un entrenamiento con él me está explotando espectacularmente en la cara, más aun que las palabras tan reveladoras de mi última lectura:

> «La única forma de liberarse de una tentación es ceder a ella. Resista y su alma enferma a fuerza de desear lo que se prohíbe».

En este momento, me gustaría empujar a Oscar Wilde desde el tejado del palacio porque de ninguna manera voy a ceder a la tentación. Nunca.

Aunque sienta que este entrenamiento someterá el «nunca» a una dura prueba.

—No le prometí nada. Usted me lo pidió y yo tomé nota.

Su camiseta blanca de mangas largas está mojada por el cuello y unas perlas de sudor se le deslizan por la piel del cuello. Sus *joggers* caqui le aprietan las caderas estrechas y los tobillos desnudos. No lleva zapatos. Se aleja del saco de boxeo y cruza el suelo tapizado del *dojo* con indolencia para llegar hasta mí. Parece que está en su ambiente y no debería apreciar tanto el aura de seguridad que emana de él.

Sigo sintiendo el mismo anhelo en el alma, con lo que le suelto de golpe:

—¿Y si se lo ordeno?

Se le escapa una risa grave que me hace alzar una ceja mientras cruzo los brazos. Unos mechones marrones se le pegan a la frente y se los aparta con la muñeca. Tiene las manos metidas en mitones negros. Se quita el velcro antes de tirarlos al suelo con un sonido sordo.

—A sus puestos.

Entorno los ojos perplejo.

—¿Es una orden?

—Quizá. Yo también puedo ser autoritario.

Aprieto los labios para contener una sonrisa divertida.

—¿Pretende entrenar con esa ropa?

Nine señala con la cabeza los pantalones grises de cuadros que llevo y el polo blanco que me se me pega al pecho.

—Es un chándal de deporte —me defiendo con irritación—. Acabo de salir de una reunión con el Consejo. ¡Me he puesto lo que la ayuda de cámara ha querido darme!

Vuelve a tener el reflejo de humedecerse los labios y, esta vez, no desvío la atención. Observo el movimiento con detalle y el calor vuelve a extenderse por mi estómago.

«Joder».

La imagen que desprende es exactamente la misma que en mis sueños. Maldigo a mi subconsciente por haberse dejado llevar hasta este extremo y a mi sentido de la observación por haberle hecho justicia. Este hombre es exageradamente atractivo.

—¿En serio? Parece más bien que está preparado para ir a la pista de baile de uno de sus clubes de alto copete, y no para ir a entrenar. Me sorprende que no tenga nada con lo que vestirse de forma adecuada, Su Alteza.

Se ríe y lo observo con seriedad. Es atractivo, pero tremendamente exasperante.

¡Y prohibido!

—¿Está haciendo una broma, capitán?

—Puedo hacer muchas cosas, príncipe Léonard —responde con voz rota y el rostro serio.

Sus penetrantes ojos se clavan en los míos y nos observamos en silencio. Se me desboca el corazón sin que pueda controlarlo y me echo ligeramente hacia atrás, como para protegerme.

—¿Vamos a luchar o no?

—No. No lucharemos.

Me dispongo a rebelarme cuando él continúa:

—Voy a enseñarle a defenderse.

—Está jugando con las palabras, agente Galbero.

Se ríe y se coloca en el centro de la lona de entrenamiento mientras me pongo frente a él.

—Antes de empezar…

—Está hablando mucho, estoy empezando a preguntarme si no está ganando tiempo —le desafío con arrogancia—. ¿De verdad es tan bueno como está intentando hacerme creer?

Un sonido grave le resuena en la garganta. Es una especie de exclamación gutural que me reverbera en el pecho y se desliza más abajo. Es la primera vez que hablamos tanto los dos y descubro una faceta de él que desconocía. Una actitud tranquila. Serena. No tiene los rasgos tan duros como de costumbre y, en un mes, es la primera vez que lo veo sonreír tanto. Es sarcástico, algo travieso y bastante agradable. Me siento bien y a gusto.

Incluso demasiado a gusto.

Una alarma invisible se me enciende en la cabeza sin que sepa de qué me está avisando. Aunque, en el fondo, no tengo ningún

control. Sé que voy a soñar con este momento y que va a degenerar en… Pero, mientras solo sea un sueño, no cruzo el límite.

—No se preocupe, en un momento comprobará que no he mentido.

—Entonces, dígame, ¿qué tengo que hacer para que podamos empezar de una vez?

—Aquí no hay decoro. De ninguna clase. Usted no es el príncipe y yo no soy su guardaespaldas. Usted es el alumno y yo soy el instructor.

—¿No quiere que nos tuteemos, ya que está? —le contesto.

—Mi *dojo,* mis reglas.

Cruzo los brazos y lo observo con frialdad. Mi pequeño juego para dejar clara mi superioridad parece que le divierte más que otra cosa y levanto las manos derrotado. Si quiero tener la posibilidad de que me dé lo que quiero, debo darle lo que me pide.

—Somos iguales. Pero no crea que eso le autoriza a olvidar quién es fuera de aquí.

—No se preocupe por eso. Sé perfectamente cuál es mi lugar.

Un velo oscuro le cubre las pupilas durante una fracción de segundo, pero se le esfuma en cuanto se pone la máscara de entrenador.

* * *

Repito el entrenamiento por décima o undécima vez. A decir verdad, he perdido la cuenta a partir de la tercera puñalada ficticia. Ha insistido en enseñarme a defenderme ante un arma blanca porque, aparentemente, es el medio de agresión más extendido y enseguida entiendo por qué. Es muy fácil de usar y de bloquear. Nine tiene muy buenos reflejos y no me deja la más mínima oportunidad de escapar del ataque. Peor aún, acentúa la humillación tirándome al suelo todo el rato. Vuelvo a caerme peligrosamente hacia atrás, pero dos brazos fuertes que me rodean los hombros amortiguan el

impacto. Me levanto con rapidez, empapado de sudor y con algunos mechones rubios que me escuecen sobre la piel de la nuca.

—Ya se lo he dicho: no permanezca estático y anticípese.

—Lo sé, pero va demasiado rápido.

—¿Porque cree que un agresor iría más lento para protegerlo? ¿Cree que querrá dejarle tiempo para prepararse?

Gruño de frustración y vuelvo a colocarme delante de él. También tiene calor, pero no creo que esté en el mismo estado que yo. Me queman las mejillas, me palpitan las sienes y el sudor me cae por la espalda. Me falta el aire y el corazón me late con vehemencia en el tórax mientras a él casi no se le eleva el pecho, como si el ejercicio no le hiciera ningún efecto. Sin embargo, se ha estado moviendo tanto como yo desde hace más de media hora y ya estaba entrenando antes de que yo llegara.

Retiro lo que he podido decir. No mentía. Este hombre tiene experiencia. Y, a su lado, parece que soy un niño de cinco años que está intentando empujar un tronco de un árbol con un dedo. ¿Por qué el agente Ake ha tenido el privilegio de apodarse «Máquina»? Claramente, el guardaespaldas que tengo delante de mí se lo merece más.

—Volvemos a empezar.

—No puedo más, lo dejo —jadeo.

Levanto una mano mientras me pongo la otra sobre el pecho. Los músculos de su cuadrada mandíbula se le contraen.

—He dicho que *volvemos a empezar.*

Lo miro de arriba abajo con ademán enfurruñado mientras hace girar el puñal de plástico entre los dedos de manera arrogante.

—Léonard, usted ha solicitado mi ayuda. No hace falta que me ponga cara de niño mimado. No pararemos solo porque esté sudando un poco.

Abro la boca, anonadado por sus palabras. Antes, la primera vez que me llamó por mi nombre, me quedé sin aliento. Como cuando nos dan un puñetazo en el estómago lo bastante fuerte para cortarnos la respiración. Durante un instante he creído que había sido por la sorpresa causada por el *shock,* ya que ningún

guardaespaldas me ha llamado nunca así. Ni siquiera Mads, aunque lo conozco desde que nací. Pero ahora que lo vuelve a hacer, me provoca el mismo sobresalto en el pecho y el pelo del antebrazo se me eriza. Olvido incluso el comentario inapropiado que acaba de hacerme.

—Mi *dojo,* mis reglas —repite en tono risueño—. A sus puestos.

Totalmente desconcertado, hago lo que me dice y vuelvo a mi sitio. Repito el ejercicio varias veces con ahínco y me esfuerzo por ahogar todas las sensaciones que me vibran por el cuerpo. Y al cabo de un rato —que me parece una eternidad—, consigo al fin debilitar un poco su agarre del mango del arma y, lo que es mejor, rozarle la cara para desviar su atención. Vislumbro un brillo de sorpresa en sus ojos y me echo hacia atrás, maravillado por haber estado a punto de alcanzar mi objetivo.

—Está bien. Volvamos a intentarlo.

Entusiasmado por este —casi— logro, vuelvo a empezar, dispuesto a ignorar la quemazón que siento en los músculos y los pulmones. Esta vez, el cuchillo se le cae al suelo, y esbozo una sonrisa orgullosa.

—¡Otra vez!

—Ya está bien por hoy —me ordena Nine sacudiendo la cabeza.

—¿Tiene miedo de que la próxima vez le rompa un hueso? —le pregunto con un poco de insolencia.

El agente se ríe y se acerca al banco, del que coge una toalla gris.

—Es más probable que sea usted quien se arriesgue a resultar herido.

—Engreído.

—Realista.

Nos miramos sonriendo y, por un momento, siento una conexión entre nosotros. Es tan breve que no me da tiempo a analizarla cuando me golpea con la toalla en la cara.

—¿Dónde ha aprendido tantas cosas? —le pregunto mientras me seco la piel húmeda.

Nine recoge los guantes que había tirado antes y se coloca bien las bandas de velcro.

—En el Ejército.

—¿Pasó allí mucho tiempo?

Se limita a asentir y se adueña de la botella de agua a los pies del banco para beber un trago.

—¿Por qué lo dejó?

Me pica la curiosidad y quiero saber más cosas sobre él. Aunque haya notado un poco de humanidad durante nuestro entrenamiento, con sus bromas y su dulzura en algunos gestos, permanece impasible la mayor parte del tiempo. Es un verdadero autómata. Una pared imposible de demoler. No deja que pase ninguna emoción y trabaja con fervor y perseverancia. Como la mayoría de los guardaespaldas, en realidad, pero resulta más pronunciado en él. Y, a mi pesar, me intriga mucho.

—Quería servir a la Corona de otra forma.

—¿No tiene otros sueños?

Borro la imagen que vuelve a entrar en mi mente con un puñetazo mental. No *ese tipo* de sueño.

Me tiende la botella y sacudo la cabeza. Vuelve a colocarle el tapón encima y lo enrosca para cerrarla.

—¿Además de protegerle a usted y a mi país? No. He nacido para esto.

La manera en la que el «usted» suena me hace casi poner mala cara, como si no estuviera hablando realmente de un miembro de la familia real.

—Vaya a cambiarse, Su Alteza. El rey no debería verlo en este estado.

Su frase rompe el ambiente más íntimo que acabábamos de instaurar en el *dojo* y me invade una decepción inesperada. Nine se aleja y levanta a su paso una corriente de aire fresco.

—Vuelvo el viernes que viene para otro entrenamiento —le digo a la espalda.

—Es mi día de descanso.

La voz grave del agente resuena en la sala vacía y silenciosa.

—Entonces, el sábado.

—¿Es una orden?

Apoya la mano en el marco de la puerta mientras sus dos pupilas negras me estudian con malicia.

—Puede ser.

Nine desaparece de la habitación con una sonrisa sesgada en la comisura de los labios mientras la ola de calor retoma su curso en mi pecho.

Capítulo 13

Léonard

No sé qué es lo que ha obrado en mi favor esta noche, pero me han permitido ir al Icone. Obviamente, hubiera preferido ir a otro club. No me ha gustado mucho el lugar, básicamente por la clientela. Nuevos ricos, sobre todo niños y niñas de papá que piensan que el dinero les concede todos los derechos y les confiere una educación que no tienen. Son groseros, condescendientes y carecen de buenos modales.

Es algo que detesto.

Pero no voy a quejarme. Tengo la oportunidad de salir de fiesta con mis amigos fuera del palacio. La primera desde que volví. Me da la sensación de que hace una eternidad de la última vez. Y, a pesar del sitio en el que estoy, me siento maravillosamente bien, como un joven normal de mi edad. Bueno, si olvidamos mi cargo y el peligro que se cierne sobre mí. Es cierto, no es el Element, pero al menos salgo de palacio para divertirme.

¡No está nada mal!

Después de la semana pasada haciendo malabarismos entre mis migrañas que aparecen sin avisar, las citas con el médico de familia y la vuelta progresiva a mis obligaciones, no he tenido tiempo de hacer gran cosa. Pero sí de dormir y de entrenar una vez con Nine.

En otras palabras, la alfombra roja empieza a ponerme de los nervios.

—Veo que toda la caballería se ha desplazado hasta aquí —se burla Ulrik, a mi derecha.

Miro hacia arriba. Veo al instante a los diez guardaespaldas de la Guardia Real, que están diseminados por el club. Y eso tiene el don de molestarme. Siento que solo los veo a ellos y su presencia es como un neón en letras fluorescentes por encima de mi cabeza que reza: ¡el príncipe Léonard Björnen de Saryha está aquí!

En cuanto a la discreción, es un fracaso. Si ya de por sí no paso desapercibido, ahora con todos esos hombres de negro es mucho peor. Empiezo a ser realmente consciente de todo lo que sucede. Me pongo tan alerta que siento que veo una amenaza cada vez que alguien se mueve cerca de mí. Incluso ahora, con mi guardia personal en torno a mí, me cuesta aliviar la tensión de los músculos, ese ligero miedo que ahogo como puedo en mi tercera copa de champán.

La música es ensordecedora y los bajos me retumban en el pecho. Una mezcla de «La Vache» de Milk Inc. suena a lo largo y ancho de la abarrotada sala. Intento varias veces mover la pelvis siguiendo el ritmo, pero no consigo relajarme.

—Tus guardaespaldas deben estar encantados de estar aquí.

Vuelvo la cabeza hacia Ulrik, que está bebiendo un sorbo de un brebaje marrón con olor a vodka. Sonrío y recorro la sala con la mirada antes de tropezar instintivamente con un cuerpo musculoso que lleva un traje oscuro. Nine observa a la muchedumbre atentamente, aunque la expresión tirante de su rostro me indica una cosa: la elección de la música no le gusta mucho. ¿O es el lugar?

Sonrío, aliviado al saber que está soportando esta fiesta al igual que yo debo soportar su presencia, y vuelvo a poner la atención, alegre, en mi mejor amigo.

—Me encanta volver a verte con nosotros —confiesa este—. ¡No sabes cuánto he echado de menos estos momentos contigo!

—Y yo. Me gusta haber vuelto y poder salir del palacio.

Si antes dirigía la mirada a la gente que se contonea delante de nosotros, ahora sus dos pupilas negras están puestas en mí. Ya no se ríe y me mira con un brillo muy especial en los ojos.

—No vuelvas a darme un susto así.

Tiene la voz ronca, casi quejumbrosa. Se me hace un nudo en la garganta y lo único que se me ocurre para relajar el ambiente es decirle:

—¿Tanto alcohol has bebido ya? Que yo recuerde, te volvías tonto a partir de cuatro vodkas. Estás perdiendo facultades.

Me hace una mueca y me empuja riéndose.

—No estoy perdiendo facultades, mocoso.

Me ahogo de la risa y nos miramos en silencio. Aunque en el grupo todos sean amigos íntimos, nadie es tan íntimo como Ulrik. Para ellos no soy el príncipe heredero, pero aun así me demuestran cierto respeto. Una limitación de la que a veces les cuesta separarse. Todos salvo mi mejor amigo. Y, por eso, se ha ganado este lugar especial. Con él, siempre he sido únicamente Léo.

—Lo siento. No quería preocuparos.

—Lo sé.

Concentra su atención en la sala y yo hago lo mismo. Estamos en un nivel elevado, a diferencia de los otros clientes del club, y la ubicación tan poco céntrica de nuestra mesa nos da intimidad. La salida de emergencia está a menos de un metro, lo que significa que seríamos los primeros en abandonar la sala si fuera necesario. Hemos entrado por esa misma puerta. Es una especie de entrada de artistas, para las personas importantes. ¿El príncipe heredero? Es la mayor celebridad del reino si ignoramos a mi padre. Aunque dudo que él haya puesto un pie jamás en este tipo de lugar. Además, tal y como está organizado, el sitio que tenemos también permite tener una vista panorámica de todo el club y de las idas y venidas a nuestro alrededor.

Las notas de la música electrónica llegan a su fin y empieza otra canción del mismo estilo. Muevo los pies y los hombros. Me encanta bailar, fundirme con la muchedumbre y divertirme, pero esta noche algo me retiene. La preocupación. El miedo. La vergüenza. Después

de todo lo que me ha pasado —y me sigue pasando—, no consigo poner la mente en blanco. Relajarme para disfrutar de verdad. Incluso con el ejército de guardaespaldas que me sigue como a su sombra. Y menos aún cuando veo todos esos rostros que no forman parte de mi mundo y que me lanzan miradas de envidia. Aunque ahora sé que no es porque se interesen por mí, sino más bien porque ven en mí una forma de alcanzar la cúspide de la escala social. Aparecer al lado de un príncipe aumenta tu popularidad, y más aún desde que este sale en las portadas de los periódicos y ha olvidado una parte de su vida. Me separo de la barandilla para sentarme en un banco de cuero que hay más al fondo.

Ulrik se deja caer a mi lado mientras habla con el grupo que está ahí sentado. Me revuelvo nervioso el pelo y doy otro trago a mi copa. Se me va la mirada a la cabeza de una bonita pelirroja que sobresale entre dos barrotes. Frunzo el ceño y recuerdo instintivamente las palabras de mi hermana:

«Me confesaste que salías con alguien».

Se me crispan los dedos en la copa.

«No era de nuestro rango».

Sigo mirando con disimulo a la desconocida mientras trato de imaginarme qué pasaría si el destino me pusiera en su camino. Tal vez era esta chica de la que quizá estaba enamorado. Por quien al parecer lo iba a dejar todo, pero de la que no recuerdo nada.

«Una plebeya».

El club está lleno de ellas. Es cierto que son nuevas fortunas, pero se trata de jóvenes que vienen de un medio por debajo del mío y del que no debería proceder mi futura pareja. En algún lugar la habré conocido.

Siento que mi mejor amigo se mueve para coger una botella de vodka. Se sirve otra copa y me ofrece rellenar la mía con champán. Asiento mientras tengo la cabeza llena de preguntas. Liv y Léna bailan entre risas al final del banco y Lorenzo y Tobias se han levantado para apoyarse en la barandilla. Así que me atrevo a preguntarle:

—¿Te hablé de alguien?

Inclinado hacia delante, reduzco el espacio entre nosotros para que solo pueda escucharme él.

—Siempre me hablas de alguien —responde divertido—. ¿A qué «alguien» te refieres?

Sonrío con incomodidad y bajo la vista hasta los dedos con los que sostengo la copa.

—A una persona con la que salía antes de mi accidente.

Se pone a toser, lo que me hace levantar la vista. Se ha puesto rojo por falta de aire.

—No es momento de ahogarte, Rik.

—Lo soñarías —bromea.

Da un trago y añade:

—¿Tú, con alguien?

Casi no me mira y me contraria que se haya echado hacia atrás. Entorno los ojos para intentar analizarle la expresión de la cara, pero como se ha agachado para añadir un poco de coca cola a su copa, no puedo distinguirle bien los rasgos.

—Sí, eso parece.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

Se yergue de nuevo, con aire preocupado.

—Pia. Se ve que lo dije antes del accidente.

Vuelve a esquivarme la mirada.

—No sé por qué le habrías dicho nada así. ¿Seguro que lo entendiste bien?

Me resulta raro que se lo haya contado a mi hermana y no a Ulrik. Aunque tenga confianza con ella, sabe menos secretos míos que mi amigo.

—¿Por qué habría…?

—¡Chicos! ¿Pedimos otras botellas?

Lorenzo se sienta de golpe en el asiento vacío al lado de mi mejor amigo, que se levanta entre la muchedumbre para tirar a Tobias del brazo.

—¡Buena idea! Voy contigo.

Y desaparecen.

—Oye, ¿estás contento de haber vuelto al mundo de la noche? —dice el español con voz pastosa.

Apoltronado en el banco, ha apoyado uno de los pies en el borde del puf donde está sentada una de las hermanas Hagen.

—Mola —me fuerzo a decir.

En el fondo, tengo un sabor amargo en la boca. Una sensación de no haber acabado la conversación por la partida precipitada de Ulrik. Pia no me mentiría. Pero Ulrik tampoco. Sin embargo, sus versiones no coinciden. Y eso acentúa un poco más mi malestar.

Capítulo 14

Nine

Me abro paso entre la muchedumbre para colocarme en la tarima donde están todos sentados. Nadie advierte mi llegada y me coloco a varios metros, entre las sombras. Los proyectores y todas las luces estroboscópicas de la discoteca destellan tanto delante de mis ojos que me veo obligado a fruncir el ceño con cada movimiento de la cabeza. Los clubes son un infierno para la labor de vigilancia. La proximidad, el ruido, el alcohol y todos los excesos posibles e imaginables que ampara la oscuridad me hacen estar más alerta que nunca. Gracias a mi formación en las Fuerzas Especiales, incluso de noche en un campo de minas me mantengo al acecho. Como un depredador. Me pongo de cuclillas con el auricular, que crepita cada vez que uno de mis chicos anuncia un cambio de posición. Tenemos suerte de poder escucharnos a pesar de la música de degenerados que están poniendo aquí. Odio salir, pero cuando se trata de sitios en los que los bajos son tan monstruosos, hasta me debilita. Echo un vistazo a Léonard con la esperanza de que quiera largarse de este antro de mierda dentro de poco.

Estaba tranquilo, pero he tenido un momento de debilidad —el tercero en varios días, si tenemos en cuenta la velada abortada en el Element y su pequeño capricho con el Aston Martin— al acceder a dejarle salir esta noche. He dejado hablar a mi parte buena, la que lo daría todo por poner una sonrisa en su cara. Solo para

asegurarme de que está disfrutando de un rato con sus amigos lejos del estrés, de los focos, de las obligaciones y de la amenaza que planea sobre su cabeza. Es el Icone, no es su sitio habitual, por lo que el riesgo era menor, pero eso no impide que seamos unos quince los que vigilemos la zona. El gerente ha recibido la orden de comprobar todos los DNI, de ficharlos y de detenerse cuando se alcance la fatídica barrera de trescientas personas. Ha hecho una mueca cuando se lo he dicho —«joder, perderé dinero»— nada más llegar, aunque la presencia del príncipe le dará muchísima publicidad. A mí me da igual su dinero, solo quería que Léonard estuviera seguro. Trescientas personas para quince tíos es factible. Si fueran más, la fiesta sería una mierda.

—Me muevo al oeste. Pollo, Gary, id a la entrada norte.

Fox cruza sin perder detalle la multitud y se coloca un poco más lejos. Entonces, un cuerpo se pega a mi lado y me giro hacia esa fuente de calor que conozco como la palma de la mano. Si viene a decirme que nos vamos, soy capaz de saltarle al cuello.

Literalmente.

—¿Tenían que ser tan visibles?

Su tono es tajante y el olor a champán le impregna el aliento. Me gustaría reírme de sus mejillas enrojecidas, de la dilatación de sus pupilas y de su forma de inclinarse ligeramente hacia mí. Como si la distancia de seguridad no contara cuando tienes tres gramos de alcohol en la sangre.

—Nuestro trabajo es protegerle, Su Alteza.

—¿Tenía que traer a todo su regimiento?

Arquea las cejas con severidad y se cruza de brazos mientras apoya un hombro de forma despreocupada contra la pared. Se ha bebido cinco copas de champán y ha mojado los labios en, al menos, dos copas de sustancias desconocidas. En otras palabras, empieza a llegar a su límite. Me abstengo de señalárselo. Parece bastante enfadado desde hace varias horas.

—No quiero contradecirle, Su Alteza, pero para tener un regimiento se necesitan cuatro mil hombres. Vería a muchos más si ese fuera el caso.

Gruñe y yo permanezco impasible.

—Regimiento, división, qué más da. Me ha entendido.

Hace aspavientos con la mano y desvío la mirada detrás de él. Ulrik nos mira fijamente y hace un gesto con la barbilla hacia mí para asegurarse de que lo tengo todo controlado. ¿De verdad es una pregunta pertinente? Me limito a asentir para concentrar mi atención en el príncipe, que pone cara de estar molesto.

—Veinticinco mil hombres para una división.

—¡Pare!

Me aguanto la risa.

—Está atrayendo todas las miradas.

—Eso se llama disuasión, Su Alteza. Cuanto más nos vean, menos se acercarán.

—Sí, lo he entendido —murmura él.

Se pasa una mano por el pelo con cansancio.

—Quiero volver a casa.

Se levanta y no necesita mirarme para darme la orden. Enciendo el micro mientras se aleja para volver con su grupo de amigos:

—Sunshine vuelve a la base. Todo el mundo a sus puestos.

Mis hombres se mueven como uno solo y Fox se reúne conmigo en la plataforma. Permanezco en un segundo plano mientras Léonard se despide de sus amigos y se dirige a la salida.

—Pollo ha perdido una lentilla —me dice Fox—. Voy a tener que conducir por él.

Le lanzo una mirada de irritación.

—¿Te estás quedando conmigo?

Niega con la cabeza y frunzo el ceño. Primero, el mechón; y ahora las lentillas. El nuevo va a acabar cabreándome.

—Lleva tú su coche —ordeno hecho una fiera—. Pero que no vuelva a hacer lo mismo o se larga. Ya sabes cómo va esto.

Mi voz restalla en el aire como último aviso y él se limita a asentir sin decir ni una palabra. Léonard pasa delante de nosotros, nos ignora a propósito, y le seguimos el paso en silencio. Los hombres cierran filas a su alrededor y salimos de la discoteca en una nube de

humo. Subimos a nuestros respectivos coches, detrás del edificio. Sostengo la puerta abierta para el príncipe, pero me esquiva y se desploma delante, en el asiento del copiloto. Me quedo ahí plantado, sorprendido, con la mano en la puerta que ha sorteado y la cierro para sentarme al volante.

—Debería sentarse detrás, Su Alteza.

—Debería arrancar, agente Galbero.

Toma aire y cierra los ojos con la cabeza apoyada en el cristal. Me resigno a dejarlo donde está, sin reparar en la sensación de familiaridad que despierta en mí. Teníamos la costumbre de colocarnos así cuando estábamos los dos solos en el coche. Él delante y yo al volante. Ponía su lista de reproducción y hablábamos como dos personas normales.

Pero eso era antes.

Arranco a toda velocidad para seguir a los tres coches que van delante de mí y que se adentran en la ciudad. Son más de las tres de la mañana y puedo notar la tensión en los músculos del cuello. Permanezco impasible y sigo estudiando con atención todo lo que me rodea.

—Lo siento —murmura Léo.

Vuelvo la cabeza hacia él y le sostengo la mirada unos segundos. Un príncipe no se disculpa nunca y, por un momento, tengo la sensación de que es solo el hombre con el que compartía mi vida.

—Por haber sido tan agresivo antes.

No respondo nada, pero se me encoge el corazón de ternura. Quiero tocarle la pierna para tranquilizarlo, como habría hecho antes, pero me contengo.

—No volverá a pasar.

—No parece que se encuentre bien.

Se sorbe los mocos y me obligo a no mirarlo.

—Estoy cansado de todo esto.

—¿Está bien?

Se queda en silencio y, si no fuera totalmente consciente de que está mirándome el perfil, creería que se ha dormido.

—No sé —responde con sinceridad.

Su voz ronca me reverbera en el pecho y noto toda la angustia que intenta esconder. Sé que está fingiendo. Finge que todo va bien, que lo está manejando, que lo controla. En el fondo, se deja llevar, aguanta, sufre. Y saber que no tengo ningún poder para calmarlo acaba por romper algo dentro de mí. Me masajeo la nuca, él se aclara la garganta.

—¿Nunca duerme, Nine?

Esbozo una sonrisa.

—Dormiré mañana.

—¿Día de descanso?

Asiento. Debería estar en mi casa desde medianoche. Me habían liberado oficialmente de mis funciones, pero no iba a irme de la discoteca mientras él siguiera en ella. ¡Mejor reventar que dejar de mirarlo! Me quedan unas horas.

—Su mujer se alegrará de verlo llegar a las…

Se inclina sobre el salpicadero para comprobar la hora.

—A las tres y doce. Bueno, si es que se va ya.

—Primero le llevo.

Se remueve en el asiento y siento que mi respuesta no le convence.

—Ni siquiera reacciona a mi pregunta.

—No era una pregunta.

No, era una afirmación totalmente ridícula que implica a mi mujer y a mí. Si supiera que la única persona con la que quiero pasar esta noche y el resto de noches de mi vida se encuentra en este coche, dejaría de hacerme rabiar bajo una aparente curiosidad. Reconozco el tono que emplea es el mismo que utiliza siempre que quiere obtener alguna información. En este caso, está intentando saber más sobre mi vida. Y, en lo más profundo de mí, reaviva una esperanza que había perdido. Porque si quiere saber si comparto mi vida con alguien es porque le interesa. Y si le interesa…

Aparto el pensamiento con un movimiento de cabeza y sorprendo a Léonard mirándome.

—¿Tiene una mujer que le espera? —me pregunta entonando la cuestión de forma exagerada—. ¿Es así para usted una buena pregunta?

Me río bajo su mirada inquisitoria.

—No estoy casado.

—¿Una novia, entonces?

—Tampoco.

Suspira retorciéndose en su asiento.

—No es muy charlatán —se queja.

—No sabía que teníamos que hablar.

Se cruza de brazos, contempla con la mirada ausente la carretera que desfila ante de él y continúa con una voz traviesa:

—No tiene ni una señora Galbero ni una novia. ¿Es de los que pertenece a varias mujeres?

Sus penetrantes ojos azules se clavan en los míos en cuanto lo miro y aprovecho ese momento para decirle con sinceridad y determinación:

—Prefiero a los hombres.

Mis palabras resuenan entre nosotros y leo en sus ojos el momento en el que entiende su sentido. Ese instante en el que se da cuenta de que no, de que nunca habrá una señora Galbero porque las únicas personas que entran en mi cama tienen un rabo y un par de huevos. Se endereza en el asiento, pálido, y no dice nada más a lo largo del trayecto.

Se han sentado las bases y me alegro de ver que eso lo ha hecho reaccionar.

* * *

Cuando llego a casa, el frío de mi estudio me hace temblar. Subo la calefacción, tiro las llaves en el bol de la entrada y me quito el abrigo. Guardo las cosas de la moto en un armario y me arrastro hasta la nevera. Miro la hora que parpadea en el microondas y saco

una botella de cerveza. La abro con un golpe al cuello en una esquina de la encimera y le doy varios sorbos.

La noche ha sido especialmente larga y el final del trayecto hasta el palacio aún más. Sentía que Léo me escudriñaba, pero no dijo ni una palabra hasta que lo dejé delante de su cuarto. Si no lo conociera tan bien, creería que el anuncio de mi homosexualidad lo ha desanimado. Estamos en el siglo XXI, el hecho de que le declare que soy gay no debería afectarle. Sin embargo, tengo la sensación de que le ha dado muchas vueltas a la información y una parte de mí no puede evitar pensar que es porque le intereso. Solo que todavía no lo entiende.

Saco el teléfono del bolsillo del vaquero y lo desbloqueo en el último mensaje que he recibido. Me gusta estar vestido de civil, las botas han dado un respiro a mis pies, doloridos por los zapatos del traje, y por fin puedo rascarme la espalda sin temer que se me desgarre la camisa. Aunque estén hechas a medida, cuando llevo más de veinticuatro horas con una puesta, siento que se me ciñe tanto a la piel que se me va a quedar pegada. Odio esa sensación. Las arpilleras polvorientas que apestan a sudor las controlo, pero me cuesta un poco más acostumbrarme a los trajes, y quitármelos de noche es una de las mejores sensaciones que existen. Aunque eso implique un día de descanso, lejos de mis funciones, de mi papel y de *su protección.* Se me encoge el estómago ante la idea de haberlo dejado. Me masajeo la frente, bebo las últimas gotas de la cerveza y me derrumbo en el sofá. Abro al final el mensaje de mi mejor amigo, Torsten, y respiro con pesadez ignorando la bola que tengo en la garganta.

He vuelto.
Duración indeterminada.
¿Nos vemos esta semana?

Sonrío mientras escribo una respuesta rápida. Hace más de tres meses que no sé nada de él. Estábamos en la misma unidad en el

Ejército. Cinco años juntos. Catorce misiones. Eso curte. Eso une. Él se reenganchó mientras yo aproveché la oportunidad para que me contrataran en la Guardia Real. Dejar el Ejército fue duro para mí. Sobre todo teniendo en cuenta que eso fue lo que me hizo seguir vivo: la idea de entrar en él. Pero, tras siete años de ver la peor mierda, necesitaba un respiro. Y no hay nada más bonito que servir a tu país directamente al lado de la Corona.

Cuando quieras, hermano.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá mientras miro fijamente al techo con una mirada sombría. El cuerpo me está gritando que me vaya a dormir, pero me quedo ahí con la botella vacía en las manos mientras se me vienen a la memoria muchos recuerdos. Los que habría preferido olvidar. Los que me forjaron. Bajo la mirada hacia el brazo mientras observo el principio del tatuaje que me cubre la piel desde la muñeca hasta el codo. Es el dibujo de un león enorme. No necesito levantarme la manga para verlo. Lo conozco de memoria. Cada rasgo, cada sombra, cada movimiento de la aguja. Me lo hice al volver de mi primera misión. Los chicos y yo fuimos durante dos meses a África Central y, además del símbolo de mi unidad, para mí era el símbolo de un cambio. De una nueva vida, de una nueva oportunidad. De una familia.

Toco el teléfono para mirar la pantalla. La clásica foto de un paisaje sin alma. Las que se encuentran en todos los teléfonos y no representan nada. No tengo ninguna foto. Nada que me recuerde a mi vida de antes. Los asilos. Las familias de acogida. La miseria. Nada.

Lo desbloqueo, deslizo el dedo maquinalmente por el registro de llamadas y, luego, por la mensajería. Es lo único que me queda y que he escuchado cientos de veces estas últimas semanas. Efímero, doloroso, pero presente. Para siempre. Me pego el teléfono a la oreja después de haber pulsado sobre el *play,* cierro los ojos e inspiro:

«Bailey. Estoy de camino. Me esperas, ¿no? (Se aclara la garganta). Abre el vino, quiero una copa en cuanto llegue. (Se ríe). Te echo de menos, amor. (Suspira). Mierda, se me ha escapado. ¡Vas a matarme! (Vuelve a reírse). Tengo que borrar este mensaje antes de que lo escuches. ¡Voy para allá! Me… (Se calla). ¡Bailey! ¡Creo que me siguen! ¡Luego te llamo! (Cuelga)».

Pulso otra vez, pongo el altavoz y me tumbo en el sofá. Suena su voz. Otra vez. Hasta que me quedo sin fuerzas para pulsar y caigo por fin dormido.

Lo echo de menos.

Capítulo 15

Léonard

Cuando salgo de la sala del Consejo, estoy muerto. Tres horas hablando sobre una de las reformas de presupuesto para reducir el impacto económico relacionado con algunos gastos que mi padre quiere aprobar desde hace más de un año. De ahora en adelante, el texto está en manos del Parlamento, que tiene hasta mañana para decidirse. En resumen, una mañana que ha sometido mi concentración a una dura prueba y que hace que quiera volver a tumbarme en mi cuarto para no salir de él el resto del día. Pero hoy tengo una misión un poco especial y tengo que buscar a Mads. Me froto nervioso la parte de atrás de la cabeza y atravieso el pasillo. Veo al jefe de seguridad en la entrada y me precipito bien hacia las escaleras para llamarlo.

—¡Agente Mads!

Se detiene en medio de la entrada y se vuelve hacia mí. Bajo los últimos escalones con decisión mientras él recorre el espacio que nos separa para colocarse delante de mí.

—¿Qué puedo hacer por usted, Su Alteza?

Dobla los labios en una sonrisa que le acentúa las arrugas de la comisura del ojo. Tiene la barba salpicada de canas, igual que el pelo corto de la cabeza. Es un hombre de apariencia corriente, que se ha achaparrado un poco con la edad. Recuerdo que tenía un

aspecto más firme y esbelto cuando yo era niño. Parece más bajo… o quizá es que lo he superado en altura con mi metro ochenta.

—Estoy buscando mi ordenador. ¿Sabe dónde está guardado?

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Se lo ha preguntado a Lars o a Rikke?

—Me han aconsejado que se lo pregunte a usted.

Me encojo de hombros mientras Mads se ríe. Son las primeras personas a las que se lo dije, pero ni el mayordomo ni la institutriz me lo han sabido decir.

—Voy a ir a ver a la conserjería. Puede que esté en la caja fuerte.

—Gracias.

Inclina la cabeza y se aleja hacia la puerta de entrada.

—¡Mads! —vuelvo a llamarlo—. ¿La policía ha conseguido recuperar los datos de mi antiguo móvil?

El guardaespaldas niega con la cabeza con una mirada de disculpa.

—El contenido es irrecuperable. Pero confíe en nosotros, príncipe Léonard. Encontraremos a quien se encuentra detrás de esta amenaza.

Debería sentirme aliviado, pero realmente no lo estoy. Hace otra reverencia y sigue avanzando hacia la salida, con lo que me quedo solo en la entrada del palacio. O al menos aparentemente, porque Nine ronda por allí. Pienso en su confesión de la noche anterior, que ojalá no me hubiera afectado tanto y que intento enterrar en lo más profundo. Nine es gay. Hundo las manos en los bolsillos de delante de mis chinos beis y voy a la planta de arriba al tiempo que busco algo que hacer para dejar de pensar. Recorro los pasillos hasta llegar al ala que comparto con mi hermana. Llamo a la puerta y entro en cuanto ella me invita a pasar. Está tumbada en la cama con unas gafas de montura dorada sobre la nariz y tiene un libro en las manos. Los miércoles le toca clase en casa. Y, viendo la hora que es, estará en un descanso antes de volver con su profesor.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú? —me responde cuando me siento a su lado.

—Acabo de salir de una sesión del Consejo.

Echo un vistazo por encima de su cabeza y leo algunas palabras del libro que tiene abierto. Ella se ríe.

—¿Y has pensado en venir a molestarme para desconectar?

—Exacto —la pincho—. ¿De qué va?

Señalo con la cabeza la novela que acaba de cerrar y de dejar sobre su vientre plano.

—De una chica que deja su país para ir a vivir a Estados Unidos y se enfrenta a muchos problemas.

—Tiene buena pinta —ironizo.

En el fondo, parece un pestiño. Pia sonríe y me da una suave palmadita en el hombro.

—A mí me gusta mucho.

Nos quedamos tumbados en silencio antes de que suene un golpe en la puerta. Me levanto rápidamente y abro. Greta, nuestra institutriz, está en el umbral con lo que reconozco que es la funda de mi ordenador entre las manos.

—Príncipe Léonard —empieza mientras hace una reverencia ligera y grácil—. Tengo lo que estaba buscando. El agente Mads lo ha encontrado y me lo ha dado para usted.

Me tiende la bolsa y la agarro con entusiasmo, encantado de haberlo encontrado.

¡Es justo lo que necesitaba!

—Gracias, Greta.

—Si me necesita, estoy con Rikke.

La sexagenaria vuelve a inclinarse y le sonrío con ternura. La conozco desde que soy niño, ella es prácticamente la que nos ha criado a mi hermana y a mí. Por su horario, debido a las cargas reales, mis padres no tenían tiempo de encargarse de nosotros todo el tiempo. En las familias acomodadas, es habitual que las institutrices se encarguen de la educación de los descendientes. Greta nos bañaba y nos daba de comer, nos obligaba a hacer los deberes y nos enseñaba a vestirnos y a comportarnos bien. A medida que crecíamos, nos dejaba más espacio, pero solíamos

acudir a ella si necesitábamos algo. Siempre estaba disponible y dispuesta a ser útil. Respeto muchísimo a esa mujer. Es como nuestra segunda madre y, aunque nos trate con todo el respeto que su condición de empleada requiere, sé que nos considera sus hijos. De hecho, no creo que tenga. Cuando era niño y le preguntaba sobre quién le esperaba fuera, siempre desviaba la conversación. Desde que tengo uso de razón, vive entre estos muros.

Greta se aleja y cierro la puerta detrás de ella con el portátil pegado al pecho.

—¿Qué es?

—Mi ordenador.

Me acerco a la cama donde Pia se ha erguido, con las piernas dobladas y los pies bajo las nalgas. La alegría me desborda, pero ella entrecierra los ojos con suspicacia.

—¿Padre sabe que lo has recuperado?

—Por supuesto —confirmo al sentarme—. Estaba ahí cuando el médico ha venido a visitarme esta mañana. Ha escuchado tan bien como yo que vuelvo a estar autorizado a ver pantallas, a hacer deporte y a retomar mi vida de antes.

—Y aun así, has entrenado con tu guardaespaldas antes de esta confirmación oficial.

Me río.

—Padre ha autorizado a que salga de discotecas y hasta me he comprado un móvil nuevo —añado en tono de broma dando golpecitos al bolsillo en el que está guardado el teléfono—. A tres días de la prescripción médica, no pasa nada. Habían dicho un mes y ya ha pasado. A finales de la semana, retomo oficialmente todas mis funciones. ¡Antes puedo divertirme un poco!

Saco el ordenador de la funda y, después de enchufarlo, lo coloco delante de mí. Cruzo las piernas con la vista puesta en la pequeña luz que indica la carga de la batería.

—Bueno, vamos a ver qué hay dentro.

—Espero que haya muchos secretos que desconozco.

Pia se acerca riéndose y pega el hombro al mío envolviéndome en su olor floral, tan familiar. Pulso el botón de encendido y aparece una barra de descarga en la pantalla.

—Me gustaría sobre todo recuperar lo que he perdido del móvil. Tengo la esperanza de que en la nube haya datos que se hayan grabado automáticamente.

—¿Crees que tendrás información sobre esa famosa…?

—¿Chica?

Me vuelvo hacia ella y la sorprendo mientras me mira con curiosidad.

—Sí.

—Eso espero —exclamo.

Escribo mi contraseña rezando por dentro no haberla cambiado en estos dos últimos años, y suspiro de alivio cuando aparece la pantalla de bienvenida. Aprieto los puños satisfecho y deslizo el cursor para recorrer las carpetas del escritorio. Aparecen antiguos mensajes, pero solo son conversaciones con mi familia y amigos. No hay ningún nombre o número desconocido. Abro la carpeta de fotos y la última es del 15 de junio de 2020, señal de que no la sincronicé más adelante con el teléfono. Algunas imágenes están hechas en la calle, otras de fiesta. Los eventos más recientes me son totalmente extraños, pero todas las caras me resultan familiares. Pia tenía razón cuando me dijo que estos dos últimos años fueron iguales que los anteriores.

La alegría de ver imágenes que mi cerebro ha borrado da paso a la decepción de no descubrir nada demasiado importante. Sobre todo, porque no hay ni rastro de mi relación olvidada. Mi amargura aumenta y Pia me coloca una mano en el antebrazo.

—Vuelve a la página de bienvenida, quizá ahí encuentras carpetas que puedan darte alguna pista.

Su voz dulce calma mi consternación y ahuyento mi malhumor para continuar con la búsqueda. Recorro el nombre de los álbumes uno a uno. La mayoría solo son documentos que reúnen notas, escritos administrativos o invitaciones a eventos. Los correos

electrónicos no son más interesantes, y toda la información que leo es más aburrida e impersonal que la precedente.

Me dispongo a cerrarlo, consciente de que el ordenador no me a va a ser más útil que antes, cuando Pia dice con una voz aguda:

—Espera, mira.

Coloca el índice sobre la pantalla y señala una carpeta sin título perdida en medio del conjunto de álbumes. Hago clic en ella y aparecen tres archivos numerados. Son códigos, o quizá fechas, sin que ninguno de ellos me recuerde a nada. Hago clic sobre el primero y descubro fotografías panorámicas de la capital que tuve que hacer un día. Es cierto que son muy bonitas, pero no tienen ningún interés. Hago lo mismo con la segunda, donde encuentro algunas fotos de mis amigos: Ulrik riéndose, Liv y Lorenzo haciendo el tonto, coches, paisajes que reconozco sin problema por haberlos visto más de una vez. Hago clic con energía en la última, llamada 180918, mientras suspiro de exasperación, pero no se abre. En lugar de eso, emerge una ventana y me pide una contraseña. Me tenso.

—¿Qué es? —pregunta mi hermana.

Me encojo de hombros, tan confundido como ella.

—Es raro, no tienes contraseña en ningún otro documento.

Escribo todas las contraseñas que suelo usar y siempre aparece la misma frase:

«La contraseña es incorrecta, vuelva a intentarlo».

Insisto antes de levantarme gruñendo ante el humillante fracaso. Se me tensa el cuerpo de frustración.

—¿Crees que está relacionado con la chica?

—A no ser que tenga algo más que esconder que una relación con una «campesina» —me quejo con agotamiento.

Respiro ruidosamente ante la mirada inquieta de mi hermana pequeña, que sigue sentada sobre el colchón.

—Lo que me pregunto es ¿por qué no ha intentado contactar contigo?

—¿Cómo?

—A ver, tu accidente fue portada en todos los medios de comunicación. Estoy segura de que hasta en la otra punta de Saryha se informó del suceso. Tendría que saberlo. Si estabais unidos, habría intentado saber de ti. A no ser que…

Se calla y se agarra un mechón por el que desliza los dedos en un gesto de agitación.

—¿A no ser que no sintiera lo mismo por mí?

Lo que me faltaba. Estaba claramente dispuesto a abdicar por esa chica y ella, por su silencio, está confirmando las dudas de mi hermana. No me quería. Renunciar al trono habría sido un verdadero deshonor para mi familia, una conmoción. Pero hacerlo por alguien que me habría abandonado después hubiera sido una humillación de orden público.

—Sí, o ella… está relacionada con tu accidente.

La sorpresa y el desconcierto deben leerse en mi rostro, porque mi hermana se levanta rápido y se acerca a mí.

—Bueno, ¿nunca lo has pensado?

—No, ni siquiera se me había ocurrido.

—Sabes que no quiero darte miedo. Lo digo porque me parece muy raro que no tengas noticias de ella. Parecías tan enamorado…

Las dudas de Pia se abren camino en mi mente y analizo todas las posibilidades en silencio, a pesar del nerviosismo que va invadiendo mi ánimo.

—Quizá no sabía cómo retomar el contacto —respondo—. Si no es de mi rango, no tenía ninguna forma de acercarse a mí.

—Los teléfonos existen.

—Pero yo ya no tenía ninguno —replico—. Todo desapareció tras el accidente. ¿A lo mejor ha intentado llamarme al móvil que la policía no ha podido recuperar?

—Tiene tu dirección.

—¿Y si, sencillamente, no sabe escribir?

Pia se aleja sacudiendo la cabeza hasta la ventana y observa un momento las vistas.

—Tienes razón, quizá tenía miedo. Todo el mundo sabe lo de tu amnesia… No podías ponerte en contacto con ella. Seguramente piensa, y con toda la razón, que no la recuerdas. Tal vez ha intentado protegerse para no sentirse herida por tu indiferencia.

No puedo imaginarme lo que ha podido sentir y se me encoge el corazón con la simple perspectiva de haber causado ese daño a alguien. Nadie debería enfrentarse al olvido de un ser querido. Sobre todo, de forma tan brutal.

—Aun así, prefiero esta opción a que esté implicada en mi accidente.

—Y yo —admite mi hermana.

Me giro hacia la cama y observo con una mirada ausente la pantalla del ordenador en la que sigue abierta la ventana para escribir la contraseña.

—Tengo que buscar la forma de abrir esta carpeta. Quizá es lo que necesito para recordar. Quizá es el impulso que me falta.

Pia me sonríe poco convencida. Los médicos han asegurado que era prácticamente imposible que recuperase la memoria. Debería seguir viviendo y creando nuevos recuerdos en lugar de buscar en vano traer el pasado al presente.

Pero continúo aferrado a ese «prácticamente» porque, en el fondo, tengo miedo de estar perdiéndome algo.

O a alguien.

Capítulo 16

Nine

Sin ni siquiera darme la vuelta, sé cuándo Léonard entra en el *dojo.* Su presencia sobrecarga algo en el ambiente. Es imperceptible, pero me provoca cosquillas en el estómago. Inspiro y me separo del saco de boxeo que he empezado a golpear para calentar antes de que llegue. Tengo las manos protegidas por vendas, que me voy quitando mientras lo miro a la cara.

—Llega tarde.

Mi comentario provoca que él arrugue el entrecejo. Hoy lleva una ropa mucho más adecuada que la de la semana pasada, probablemente comprada con presteza por uno de sus empleados. Son unos pantalones cortos y anchos sobre unas mallas negras que se le ciñen a las largas y atléticas piernas. Tardo un poco en concentrarme en otra cosa hasta que suspira de exasperación.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Porque yo no trabajo?

Mi tono cortante lo echa hacia atrás y se frota la nuca, lo que le tensa la camiseta de licra sobre el brazo. Tiro las vendas al suelo y me coloco en la lona.

—A sus puestos.

Murmura algo entre dientes y lo ignoro, a la vez que, con la mano, lo invito a que se una a mí.

—¿No va a morderme, agente Galbero?

Esbozo una mueca burlona y lo veo relajarse. Al parecer, mi frialdad lo ha sorprendido. Hay que decir que la última vez el ambiente fue muy amigable. Como antes. Y confieso que hoy tengo miedo de que ese ambiente se me suba a la cabeza. Me distancio y lo examino.

«Autocontrol, Bailey».

—Para esta sesión, le propongo trabajar en tres contraataques a puño limpio.

—Vale, ¿subo?

—La semana pasada estuvo lejos de ser satisfactoria —me burlo para hacerlo enfadar—. Más le vale que esta vez sea mejor. Si no, dudo que pueda hacer nada por usted, Léonard.

Pone mala cara.

—El alumno aprende lo que el maestro le enseña. Quizá debería cuestionarse algunas cosas.

Ignoro su pulla y me muerdo el labio para no sonreír. Su expresión se transforma en una sonrisa y un sonido grave de divertida incredulidad se me escapa de la garganta, pronto ahogado por la risa de Léonard. Más suave. Y cautivadora de cojones.

—Se acabó la charla.

Asiente, esta vez muy serio, y me acerco a él. Permanece atento cuando le agarro la muñeca. Ignoro la sensación de calor que ello me provoca en la mano y le miro fijamente a los ojos.

En ese momento, me alegro de haberme decidido de nuevo por las mangas largas. Eso evitará el contacto reiterado sobre su piel.

«Jodida… piel».

—Primera agresión, la más corriente: alguien le agarra así.

Lo empujo hacia mí y resbala hasta que nuestros pechos entrechocan. Jadea y retrocede. No lo he soltado.

—En este caso, su única opción es levantar el codo hacia fuera —le explico reprimiendo lo que siento—. Lleve luego la mano hacia usted y dé un golpe seco.

Lo intenta y lo suelto para ilustrar mis palabras. Asiente y repetimos el ejercicio varias veces.

—Pero usted me suelta queriendo —dice—. En la vida real, ¡el hombre que quiera tirarme, me tira!

Me río.

—Si no le suelta —continúo rodeándole de nuevo el brazo con los dedos—, golpee a su adversario. Mano, rodilla, pie. Use lo que quiera donde quiera.

Dirige los ojos instintivamente a mi entrepierna y doblo la boca en una sonrisa confiada.

«Mi tranquilidad olímpica por la zona sur es ejemplar».

—Apunte a las partes más sensibles de un tipo.

Le sale solo el golpe y tengo los buenos reflejos de echarme hacia atrás justo antes de que me golpee los testículos con la rodilla. Se libera de mí.

—¿Y cuando se trata de alguien como usted? —gruñe—. Me enseña cosas que ni siquiera puedo usar en su contra.

—Contra mí no tendrá que defenderse, Léonard. Yo le protejo.

Refunfuña escépticamente y le invito a volver a hacer los distintos movimientos que acabo de enseñarle. Esta vez, le dejo hacer. Sus gestos son lentos, tranquilos y no provocan ningún daño físico. Está ganando seguridad y agilidad a medida que repite el entrenamiento. Eso me gusta.

—La muñeca es fácil —admite.

—Pasemos al estrangulamiento.

Se pone tenso y le coloco las manos con cuidado alrededor del cuello. Le rodeo la garganta con los dedos y noto cómo traga saliva despacio. Empiezo a sentir su esfuerzo en la nuca, que se le ha empapado de sudor. Casi quiero acariciarla y disfrutar de los recuerdos que evoca en mí esta sensación de su piel suave y húmeda por el esfuerzo. No deja de mirarme a los ojos y se queda ahí plantado, observándome y esperando a que pase a la explicación. Me aclaro la garganta antes de decir:

—Si alguien lo estrangula de cara, levante los brazos, gire a un lado y dele un codazo seco hacia abajo. Eso le hará soltarse.

—¿Y si no lo consigo?

—Vuelva a empezar, pero, mientras se gira, dele un golpe en la barbilla y luego apunte a sus partes íntimas con la rodilla.

Lo intenta varias veces sin problema. Responde infatigablemente a mis órdenes, las asimila, fracasa, pero sigue intentando empujarme y defenderse. Noto cómo se le doblan los músculos que le agarro con las manos. Se le entrecorta la respiración y, cuando se deshace una última vez de mí con éxito, se seca el sudor de la frente con el antebrazo. Se le han pegado algunos mechones por el cuello y las sienes. En el momento en que se pasa la lengua por los labios entreabiertos, una imagen suya bastante nítida me aparece en la mente. Me giro para ir a buscar una botella de agua y tener algunos segundos de descanso. Al volver, ligeramente refrescado, veo que no se ha movido de la lona.

—Y si mi agresor me agarrara por detrás…

Casi me tropiezo en un escalón invisible.

«Me… cago… en…todo».

Cierro los ojos e inspiro. Mala idea, pues casi me mareo cuando su perfume me llena los pulmones. Esbozo una imperceptible mueca y corro sin moverme en un intento de estimularme otros músculos del cuerpo y distraer el cerebro.

«Tranquilo, Bailey».

—Se lo enseño.

Me coloco detrás de él y me esfuerzo, en vano, por mantener una distancia razonable entre los dos. Deslizo el brazo sobre su hombro y le agarro con cuidado el cuello. Él no protesta.

—Cuando vea que se le acerca el brazo del asaltante, gire directamente la cabeza para protegerse la tráquea.

Lo hace. Lo repetimos varias veces para asegurarnos de que controla las distintas variantes. A veces agresivo, a veces suave, consigue bloquear algunos de mis ataques. Me siento orgulloso porque en dos entrenamientos ha progresado mucho.

—Con las dos manos, le agarra el antebrazo para obligarlo a soltarse. Si así no funciona, golpéele con la palma de la mano en los…

Me callo y él se echa a reír. La vibración de su caja torácica me reverbera más abajo y cierro los ojos para intentar pensar en algo repulsivo.

«Una abuela en bañador».

«Una herida infectada».

«Un muñón con costra».

Siento náuseas.

—Se habla mucho de los testículos en este deporte.

—Es la parte más débil del hombre.

La voz no me sale con normalidad, sino que se trata de un sonido gutural que, a juzgar por la reacción de la piel de su nuca, nos sorprende a ambos. Se adelanta para soltarse y no opongo resistencia. Inspira antes de girarse, la impasibilidad pintada en el rostro. Sin embargo, tengo la sensación de que nuestra cercanía lo altera más de lo que le gustaría hacerme creer. Como si su cuerpo se acordara.

El mío, al menos, se acuerda de todo. Demasiado bien.

—¿Le gustaría descansar?

Niega con la cabeza.

—Vale.

Lo invito a ponerse delante de mí. Respiro calmadamente para intentar no distraerme.

—Dese la vuelta.

Le rodeo con los brazos el pecho. Se tensa.

—Relájese, Léonard. No le haré daño. A ver, si su adversario le agarra así, dejándole los brazos libres, tendrá que aprovechar esa ventaja para arrastrarlo hacia delante con usted. Debe hacer caer su centro de gravedad. Para ello, debe inclinarse al máximo y darle golpes en la mandíbula lo más fuerte posible.

Se inclina y, esta vez, soy yo quien flaquea. La sensación de esa piel húmeda bajo mis manos y ese trasero pegado a mis partes, que

se me estremecen dentro de los *joggers…* es demasiado para mí. Así que lo empujo.

No es el momento de empalmarse.

—Partamos de la base de que controla esta parte —digo ante la mirada de sorpresa que me dedica—. Vuelva.

Esta vez, coloco los brazos de tal forma que aprisiono los suyos, pero me mantengo unos pasos a distancia para no tocarlo en ningún otro lugar. Me obligo a detener todo lo que me pasa por la cabeza.

—Si lo tiene inmovilizado de esta manera, solo podrá usar las manos.

«Es un entrenamiento, Bailey, un entrenamiento. Normalmente, nada te desconcentra».

Pero normalmente no estoy desesperado por tener sexo con él.

—¿Las manos?

Baja la mirada para darse cuenta, igual que yo, de que están justo a la altura de las caderas.

—¿Y dónde tengo que poner las manos, agente Galbero?

Se echa hacia atrás, lo que provoca que se rocen sus nalgas y la parte baja de mi vientre. Más comedido que el anterior, ahora es un gesto totalmente voluntario y me quedo sin aliento. No me muevo, le rodeo el cuerpo con los brazos, me aprieta la espalda contra el pecho, tiene las manos a dos centímetros de mis caderas. Siento que se me pone dura y se inclina bruscamente para soltarse, pero eso provoca que nos caigamos los dos. Él, boca abajo. Yo he tenido los reflejos de contenerme antes de caerme sobre él, pero hay una parte de mi cuerpo que no ha tenido tanta suerte. Y está por debajo de la cintura. La postura no puede ser más equívoca y me trae muchos recuerdos. Él debajo de mí. Yo en él. Él gimiendo. Se ríe y me levanto como si acabara de quemarme. Es imposible esconder mi erección. De rodillas en el suelo, me elevo sobre él mientras se gira para tumbarse boca arriba. Su mirada no se aparta de mí, sino que va descendiendo hacia abajo, hacia el pecho, hacia la camiseta un poco levantada y hacia la protuberancia dura entre las piernas. Trago saliva. Arruga la frente y no espero a que diga nada, me pongo de pie de un salto.

—Se ha acabado el entrenamiento.

Voy corriendo hacia mi toalla, agarro la botella de agua y salgo dando grandes zancadas del *dojo.* Tengo todo el cuerpo cargado de energía. Aún siento el calor de sus nalgas, la malicia en su voz, el contacto de sus músculos firmes contra mi polla erecta. Lo ha visto.

Abro la puerta de los vestuarios con tanta violencia que golpea contra la pared. La habitación está vacía. A esta hora, soy el único que entrena. Lo he hecho para que nadie nos moleste.

Y va y me pasa esto.

Una puta erección.

Tiro la toalla en el banco de en medio y voy directamente a mi taquilla, de donde saco el móvil. La sala es muy pequeña. Es solo un sitio en el que podemos cambiarnos y ducharnos si hace falta antes de seguir trabajando. Un auricular sin cable está colgado cerca de un espejo y permite estar informado en cualquier momento por si sucediera algo. Y realmente necesitaría que sonara ahora mismo. Cuando desbloqueo el móvil, veo un mensaje de Torsten en la pantalla que no me calma en absoluto.

Tengo que irme esta noche.
Para un S1.
Nos vemos cuando vuelva.

«Código de seguridad nivel 1. Toma de rehenes».

Cierro los ojos y aprieto el puño. El día no puede empeorar. Gruño mientras tiro el móvil y agarro el gel de ducha. Me desnudo sobre la marcha. Sigo erecto, incluso después de esta noticia alarmante de mi mejor amigo. Porque aún tengo la atención demasiado fija en Léonard, al que he dejado sobre el tatami. Debería haber puesto una excusa. Debería poder dar una explicación racional a mi reacción. Un reflejo puramente mecánico relacionado con la falta de sueño, una próstata sana o una forma física demasiado buena. Todo lo que un hombre podría entender. Aunque no hubiera podido engañarme a mí mismo con unas excusas

lamentables. Porque sé que él es el que ha provocado todo esto, y nada más. Este tío me vuelve loco. Cada gesto, cada palabra, cada movimiento, cada pestañeo me altera y se me olvida dónde vivo o cómo me llamo. Fue una idea de mierda aceptar entrenarlo. Este tipo de acercamiento resulta inevitable. Además, no he follado desde hace semanas.

En realidad, desde que desapareció de mi vida.

Con nadie.

Me miro la polla y veo que sigue firme.

Me acerco a las duchas colectivas y abro el grifo. El agua no tarda en calentarse y no me molesto en enfriarla. Ahora, de golpe, necesito vaciarme y este vestuario es el lugar ideal para soltar mi frustración. Nadie va a venir a joderme y Léonard ya habrá salido a refugiarse en sus aposentos. Si esta noche conservo mi trabajo es porque tengo una flor en el culo. Pero ahora mismo no es lo que más me preocupa. Sin esperar más tiempo, me sujeto el sexo con la mano. No sé cuántas veces he realizado este gesto estas últimas semanas. Demasiadas como para contarlas. Siempre con el mismo fervor, las mismas fantasías y la misma finalidad: una sensación de insatisfacción permanente. Porque pensar en él no es estar con él. Dentro de él. Pero me da la sensación de que hoy será distinto. Porque mi sexo ha sentido su calor. Aunque estuviéramos vestidos, hacía una eternidad que no sentía su cuerpo contra el mío y es revitalizante. Excitante. Sus ojos azules brillantes, su sonrisa juguetona, su voz sarcástica y su risa sorda. Se me contraen todos los músculos mientras me hago una paja y, con ayuda de la mano libre, me sostengo en la pared. Inclino la cabeza hacia la alcachofa de la ducha, de donde sale el agua, y gimo con la cara sumergida.

Me aprieto la erección con más fuerza y sigo acariciándome entre jadeos. Mis movimientos son rápidos y espasmódicos. Me cuesta respirar, noto un hormigueo en los riñones. Las duchas se llenan de vapor a una velocidad increíble y el cuerpo se me calienta con las sacudidas. Los músculos del brazo derecho están tensos del esfuerzo, pero no paro. Deslizo los dedos por los testículos y tiro de ellos antes de concentrar otra vez toda la atención en mi longitud.

Alterno las velocidades y acelero la cadencia cuando siento que me tiemblan las piernas por la postura forzada. Decenas de imágenes de Léo me cruzan la mente. Vuelvo a pensar en la forma que tenía de mirarme cuando entraba en él. En su sonrisa traviesa cuando jugaba con mis nervios. Cuando me lamía. Cuando me la chupaba. Gimo. Suelto un sonido bestial que no controlo y las caderas puntúan mis movimientos. Me follo con la mano sin moderación, ignorando todo a mi alrededor.

—¿Nine?

No sé si estoy soñando o si es real, pero esa voz es todo cuanto necesito oír para estimularme aún más. Aumento la fuerza con la que agarro mi polla enhiesta y cada vez me siento más excitado a causa de todas las sensaciones que permito que me invadan. Apoyo la cabeza en el brazo que tengo contra la pared, la mano me aprieta más la erección y la inflama mientras emito un ronco jadeo bajo la ducha. Estoy ya cerca y, cuando vuelvo la cabeza, me topo con su mirada azul grisácea que desaparece un segundo antes de que eyacule en grandes y calientes chorros sobre los fríos azulejos.

No lo he soñado.

Léo estaba ahí.

Por si mi erección en pleno entrenamiento no hubiera bastado, con lo que acabo de hacer, me arriesgo de verdad a perder mi trabajo.

Soy un imbécil. Y para colmo, ni siquiera he conseguido saciar un cuarto de mis deseos.

Capítulo 17

Léonard

Un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza, entregado a la torridez de sus caricias.

—Continúa.

Mi petición obtiene como respuesta un sonido gutural, a medio camino entre una risa y un gemido, que me reverbera en el abdomen. Agarro sus nalgas firmes y levanto las caderas para frotar mi rígido miembro contra la masa caliente que está encima de mí. Las sensaciones son tan estimulantes que me resulta imposible contener los jadeos.

—¿Cómo va?

—¡Humm!

Hunde la cara en mi cuello y noto su aliento cosquilleándome sobre la piel; y luego sube hasta mi mandíbula. Me besa con labios húmedos en la mejilla y en los pómulos antes de devorarme con avidez la boca. Actúo con la misma torpeza que si una fiebre abrasadora me consumiera, y noto los músculos entumecidos por el placer que me provoca su cuerpo moviéndose sobre mí.

—Dime lo que quieres, Léo.

—Humm.

Suspiro y le paso los dedos por la mata de pelo. Miro su boca, que desciende con avidez hasta mi ombligo, lamiendo y

mordisqueando cuanto encuentra a su paso. Sus manos me acarician el pecho con fervor. Observo cómo las venas se le abultan bajo la piel. Contemplo casi reverentemente sus anchas uñas, que me arañan como si quisieran marcarme.

—Léo…

Su respiración ardiente se desliza sobre la fina piel de mi bajo vientre mientras mantiene la cabeza a unos centímetros de mi sexo duro. Aparto la vista de sus manos para mirarlo a los ojos.

—Humm…

Dos ojos oscuros me miran fijamente a la vez que una lengua me chupa con dulzura el miembro.

—No pares…

—¡Príncipe Léonard!

Un calor intenso y húmedo me rodea el glande y gimo con ganas.

—Nine…

Abro los ojos y me enderezo con violencia, tengo la respiración entrecortada. Las sábanas se me pegan a la piel y levanto el edredón para refrescarme, ya que estoy ardiendo. Una protuberancia me deforma los calzoncillos, donde se dibuja una mancha húmeda y gruño mientras me paso con cansancio una mano por el pelo empapado.

Es, por lo menos, el cuarto sueño erótico del mes. Es aceptable para un hombre de mi edad con una sexualidad tan poco activa —en mi posición, las posibilidades están restringidas y más vale ser prudente—. Además, ¿quién no lo hace con regularidad? Ni siquiera debería sentirme molesto por despertarme excitado. Sin embargo, me enfado con mi subconsciente por haberme permitido imaginar este tipo de escena.

«Otra vez».

Porque el protagonista de este fantasma recurrente siempre es el mismo: mi guardaespaldas.

Cierro los ojos y resoplo ruidosamente.

Si no me hubiera dicho que le atraían los hombres, habría podido hacerlo desaparecer de mis pensamientos —o, al menos, quiero convencerme de eso—, puesto que me parecía evidente que no jugaba en la misma liga.

Como si se tratara de la única razón por la que he estado reprimiendo todo lo que ha provocado en mí desde que he vuelto. Ojalá eso fuera todo…

Pero tuvo que decirlo en voz alta, lo que creó una brecha mucho más grande. O peor, ha impedido que se cierre al mostrarse tan vulnerable en esa postura tan íntima en la que lo sorprendí en las duchas del *dojo.* Lo que yo hacía allí y por qué fui para allá sigue siendo un gran misterio.

¿Cómo puedo cerrar los ojos cuando imágenes tan reales y que parecen creadas para satisfacer mis fantasías más locas destellan como un faro en pleno mar?

Mi cuerpo ardió en el segundo en el que vi esa espalda esculpida perlada por el agua.

Esos hombros cuadrados que se movían al ritmo de cada sacudida.

Esas venas henchidas por el esfuerzo y que sobresalían bajo la piel de sus antebrazos.

Esos dedos, que sé que son un poco callosos, que rodeaban con fuerza su…

Llaman a la puerta y el sobresalto me hace apretar la mandíbula. Echo la cabeza hacia atrás mientras profiero una maldición. Estoy aún más empalmado. No debería ponerme en este estado ni excitarme hasta este punto. Ni siquiera después de meses de abstinencia y de años de estar acallando ese interés. Me gustan las mujeres. Me casaré con una mujer porque así es como se supone que debe ser. Pero, entonces, ¿por qué pienso en él de esta forma?

Intento bajar la presión tirando de mi pene erecto. Sin éxito. Me levanto y agarro unos *joggers* del suelo cuando vuelve a sonar un nuevo golpe desde el pasillo.

—¿Príncipe Léonard?

Se me sonrojan las mejillas cuando la voz de Nine atraviesa la puerta. Me quedo inmóvil en medio de la habitación, el elástico de los pantalones me cae lentamente por las caderas y apenas disimulo la erección.

—¿Está despierto? Príncipe Léon…

Abro un poco la puerta y solo muestro el pecho desnudo. Los ojos oscuros del guardaespaldas se clavan en los míos antes de que se fije en que no llevo camiseta. Con un rápido vistazo, me observa los hombros, los pectorales y los abdominales, para luego concentrar toda la atención en mi cara mientras deja una estela de fuego a su paso. Arquea una ceja castaña y me pongo rojo.

Ahora mismo soy incapaz de discernir si sabe lo que está pasando nada más mirarme a lo más profundo de los ojos. Si sabe que lo he visto, que acabo de soñar con él. Si sabe que lo deseo.

Esta atracción repentina e incontrolable que siento es mala. Muy mala. Y está prohibida por un número incalculable de razones.

El corazón me golpetea en el pecho. Dirijo la mirada sin querer hacia sus manos, que le reposan a ambos costados del talle. No es una parte del cuerpo que me atraiga por regla general. No son más que manos. Pero en él son más que eso. Son una tentación, un recuerdo, un deseo al que no puedo dar respuesta.

Me doy una bofetada mental y me obligo a concentrarme en su rostro, avergonzado por la gran atención que advierto en él. Me escruta antes de añadir con voz sorda:

—Su Majestad su padre le espera. El convoy sale en diez minutos.

—¿Y me despierta ahora?

Hago una mueca de indignación mientras que los labios de Nine se doblan en una sonrisa. Esos mismos labios que ayer formaban un círculo, llevados por el placer que le daba su mano, y que hace unos instantes, en mi sueño, me rodeaban el miembro.

Se me hace la boca agua.

«Estoy metido en un lío de cojones».

—Le llamé a la puerta hace media hora. Y le he gritado, pero no he obtenido respuesta por su parte. ¿Prefiere que entre la próxima

vez?

—¡No! —exclamo—. Yo…

Tomo aire nervioso. Me aguanto de decir que no es la primera vez que entra para despertarme porque ya lo hizo la semana pasada. Salvo que es capaz de decidir que, a partir de ahora, él mismo se asegurará de que me despierte. Y, sinceramente, no estoy preparado para eso. Sobre todo si estoy soñando y él es el protagonista. Me moriría de vergüenza si me viera con la polla dura como una piedra y un pajarito me dijera que el sueño es real y… En fin, que la cosa podría salirse de madre.

—Solo debo acostumbrarme a programar el despertador en mi móvil nuevo. Le veo abajo en un par de minutos.

—Su Alteza.

Nine se inclina, no sin volver a recorrerme el pecho con la mirada. La caricia de esos ojos sobre la piel parece que dura una eternidad y no puedo evitar que se me ponga la piel de gallina. Le cierro la puerta en las narices antes de que se dé la vuelta.

«Mierda».

* * *

El día pasa lentamente, hasta el punto de que me cuesta concentrarme en otra cosa que no sea la presencia de Nine. A pesar de volver a salir y de dedicarme a otras obligaciones reales con mi padre, mi mente no deja de divagar. He conseguido achacar mis lagunas momentáneas al cansancio y a la poca concentración. No parece que mi padre esté enfadado conmigo. Al fin y al cabo, tengo que ponerme al día de muchas semanas de asuntos del reino. En el fondo, no obstante, no me engaño a mí mismo, porque sé perfectamente que todo va bien en ese sentido. Ya no me olvido de cosas, analizo tan rápido como antes y puedo estar atento durante horas sin que me duela la cabeza o sin tener que desconectar un rato.

Ahora no tiene nada que ver con mi cuerpo; o sí… de una parte que se halla mucho más abajo de mi cerebro. Y es una lata. Cada

vez que me muevo, lo siento detrás de mí: su calor, la rigidez de sus hombros, el olor tan embriagador, masculino e indeterminado que le caracteriza. Su presencia silenciosa me recuerda sin cesar a todos los sueños en los que aparece con una claridad desconcertante, así como a la escena que transcurrió bajo la ducha, lo que me provoca unos escalofríos involuntarios.

No sé qué me pasa, pero esta sensación de pérdida progresiva del control me agobia, por lo que, cuando volvemos a palacio después de haber encadenado varias reuniones con el Consejo y de haber participado en sus debates, estoy agotado. Literalmente. Y llego casi a añorar las largas semanas de tranquilidad que he tenido durante mi convalecencia. No había echado de menos fingir delante de tanta gente y empiezo a preguntarme hasta cuándo aguantaré este ritmo. Hago una señal con la cabeza a mi padre, que entiende que me retiro, y cruzo la entrada.

—Su Alteza.

Casi me tropiezo en el primer peldaño de las escaleras. Debería haber sabido que seguía ahí. Pero estaba tan decidido a volver a mis aposentos que casi se me olvida que la persona de la que intentaba huir me sigue como si fuera mi sombra. Vaya donde vaya. Me vuelvo hacia Nine con una seguridad ficticia. Tiene las manos detrás de la espalda y está recto como un palo. Este tío es una pared. De piedra dura e inquebrantable.

«Salvo bajo la ducha».

—¿Pue…?

Me observa con aquella mirada oscura y me quedo sin aliento. Me muerdo la lengua en un desesperado intento de acallar mis pensamientos. No es momento de pensar en él *así.*

—¿Va todo bien?

—Claro —exclamo más rápido de lo me hubiera gustado.

Rechazo con un puñetazo mental todo lo que no va bien. He nacido para fingir, para que parezca que soy de mármol esculpido. Así que no voy a arredrarme por la cara de preocupación de Nine y permanezco firme.

—Bueno, quiero decir, ¿todo OK?

Un ataque de pánico me obstruye la garganta y me muevo un poco hacia atrás ante la idea de que se haya dado cuenta de mi agitación. No deja de mirarme. Me pongo rojo al tiempo que un calor me invade el pecho hasta el abdomen y desciende hacia mi bajo vientre.

—Sí, Nine, todo OK.

Mi voz es sincera y él da un paso atrás. No sé si era la respuesta que se esperaba, pero me doy la vuelta y subo las escaleras corriendo para escapar a toda costa de esta situación vergonzosa. Y, sobre todo, para detener este tumulto de emociones que siento desde hace días.

¿Qué me pasó para que lo siguiera hasta los vestuarios después de nuestro entrenamiento? Entre las ideas absurdas que he tenido, esta supera de lejos todas las otras.

Ya nada será como antes.

Y, sinceramente, me alegro de que no haya podido verme ahí plantado admirando cómo se daba placer. Dios mío, habría sido aún más vergonzoso de lo que ya es…

Capítulo 18

Nine

Estoy tirado en el sofá con una cerveza en la mano y zapeando. En la tele hay varios programas sin interés y acabo viendo un reportaje: «Nuestras fuerzas armadas en Siria». Frunzo el ceño, me yergo y aprovecho para agarrar el móvil, que acaba de vibrar. Odio ver este tipo de imágenes porque me recuerdan la persona que ya no soy, que Torsten está en una misión y que no me arrepiento ni un segundo de haber dejado las Fuerzas Especiales. Algunos pensarían que, como soy adicto a la adrenalina, nunca me contentaré con un trabajo tan aburrido como el que me ofrece la Guardia Real. Pero es como comparar la sal y la pimienta. Tanto el uno como el otro son indispensables. Mi yin y mi yang. Mientras que lo desconocido, el cansancio y la tensión permanente de uno me apasionaban, el otro me da vida. Me gusta todo de mi trabajo: las salidas oficiales, la alerta, el entorno urbano en el que nos movemos y los imprevistos que nos encontramos. Nunca nada es igual. Nada.

Dejo la cerveza en la mesa de centro y desbloqueo el mensaje de Fox. Aprieto la mandíbula, porque no suele ponerse en contacto conmigo cuando está trabajando a menos que sea importante.

Ha querido ir a Element.

Me levanto de inmediato y me dirijo hacia la entrada sin pensarlo, sin aliento y con una presión en el pecho que aumenta sin que pueda impedirlo. Miedo. Tecleo el número de mi compañero mientras me pongo las viejas y gastadas botas *rangers.* Responde en un segundo y la emprendo con él:

—¿Te estás quedando conmigo, Cole? ¡Largaos de allí, es una orden!

La música ensordecedora me retumba en el oído.

—No estás de servicio, Bailey. Nadie consigue hacerle cambiar de opinión como tú. A nosotros no nos escucha. Lo sabes muy bien.

—Joder, ¿pero a qué está jugando? ¡Allí está en peligro! ¿No podíais avisar al rey?

Agarro una gruesa sudadera que me pongo en varios pasos para poder seguir con el móvil pegado entre la mejilla y el hombro.

—El rey ha aceptado que salga. Llevamos todo el equipo. Nine, descansa, que nosotros lo gestionamos, ¿vale? Está a salvo, solo te avisaba porque…

Se calla un segundo antes de añadir:

—Porque quería que lo supieras.

—Voy para allá.

Le cuelgo y agarro el casco de la moto. Cierro la puerta sin prestar atención al sonido del móvil en el bolsillo y me precipito por las escaleras, que bajo a toda velocidad hasta el aparcamiento subterráneo. Me subo a la moto con determinación y la arranco con un movimiento de la muñeca. Estoy fuera de mí y se nota en cómo conduzco: zigzagueo entre los vehículos haciendo como si no oyera los cláxones inoportunos cuando estoy a punto de saltarme un semáforo en rojo o estoy demasiado cerca de un coche. El viento glacial de la noche se me mete en la sudadera y me arrepiento de haber salido sin la chaqueta. Llego al Element en menos que canta un gallo y aparco detrás del edificio. Empieza a nevar y algunos copos me caen por el cuello. Reprimo un escalofrío y dejo el casco en el manillar. Entonces meto las llaves en el bolsillo trasero de los pantalones, de donde saco el móvil.

Ya he llegado. Abre.

No espero mucho y el rostro contrito de mi compañero cruza la puerta.

—Era tu día de descanso, Nine.

—Me la pela —replico—. Sois unos inconscientes, joder.

—Es el príncipe.

Me lo dice con un tono categórico y yo gruño. No sé muy bien hasta qué punto Léonard puede obligarnos a hacer lo que quiera. Tiene poder porque es nuestro superior, y encima es el heredero, con lo que dentro de poco también será nuestro soberano. Si quiere algo, lo consigue. Digamos lo que digamos, debemos limitarnos a hacer nuestro trabajo y posibilitar que sus deseos se hagan realidad.

—¿Dónde está?

Fox va delante de mí por el pasillo del almacén y me abre la pequeña puerta que lleva al lado oeste de la pista de baile. De pronto, nos invaden el sonido, el calor y las luces que brillan alrededor de los cuerpos brillantes.

—Como siempre —me grita al oído.

Me señala con la barbilla donde se halla el príncipe y enseguida clavo la mirada en la gelidez de la suya.

«Deja de jugar, Léo».

Me cruzo de brazos sin dejar de observarlo y no sé quién de los dos está más contrariado: yo porque él se pone en peligro cuando no estoy de servicio o él por verme aparecer como una fiera. Me acerco rápidamente a él, que se levanta dejando la copa en la mesa. Se separa de su grupo de amigos y lo sigo varios metros hasta que se vuelve hacia mí. Casi nos chocamos, me echo hacia atrás al instante. El sitio en el que se detiene está apartado, escondido detrás de las barandillas que rodean la zona VIP donde ha querido ponerse con sus colegas, y estamos a oscuras.

—No diga nada —dice levantando una mano delante de mí.

Me prohíbe hablar con un chasquido de la lengua y me mira con desprecio, parece molesto.

—No tiene nada que hacer aquí, Nine. Solo quería pasar una noche tranquila, así que vuelva a su casa.

—¿Tranquila? ¿En este club? Su Alteza, aquí corre más peligro que en cualquier otro lugar.

Se encoge de hombros con indiferencia y espeta:

—Pues entonces haga su trabajo, agente Galbero, y déjeme despejarme.

Me esquiva levantando una corriente de aire y se apresura a reunirse con sus amigos. Me quedo ahí plantado, dispuesto a echarlo todo por la borda para que se venga conmigo. Inspiro con fuerza y me hundo las manos en el pelo.

—Tómate una copa, Bailey —dice Fox, que se reúne conmigo—. Esta noche no trabajas. No me obligues a informar a Mads sobre tu comportamiento.

Se lleva un dedo al auricular transparente y se separa un poco para dar una orden:

—Pollo, vete a la entrada sur.

—Sabes por qué estoy aquí —le digo.

Mi compañero deja el aparato y echa un vistazo detrás de él, donde Léonard está tomándose una copa de un trago ante las risas de sus amigos.

—Y sabes lo que pienso.

Suspiro y me miro las asquerosas botas. Ni siquiera me he cambiado de pantalones al salir y estoy vestido como un tipo que aún se cree en el Ejército, con unos antiguos pantalones cargo que parecen un traje de faena usado y desgastado. Parezco un tipo de veinte años que no tiene nada que hacer en una discoteca distinguida de la capital. Si no conociera tan bien al gerente, ya me habrían echado a patadas.

—Ve a ver a Arold al bar.

Me mira de arriba abajo y aprieta los labios.

—Y no llames demasiado la atención.

Me río porque con esta ropa es complicado. Solo faltaría que me pusiera la capucha de la sudadera para mejorar el disfraz de chico

barriobajero. Soy un estereotipo ambulante. Sorteo a mi compañero a paso seguro y me dirijo al bar. Arold me ve antes de sentarme en uno de los taburetes y me pasa una copa.

—*Whisky* sin hielo.

Lo agarro al vuelo y me lo bebo a palo seco. En cuanto lo dejo en la barra, se une su hermano mayor. Esta vez, lo saboreo porque la noche va a ser larga y no pienso largarme de aquí hasta que *él* esté seguro. Y mejor no emborracharme.

—¿No estás de descanso?

Miro de reojo al dueño, que está secando varios vasos con movimientos hábiles. Está vestido como todos sus empleados: un traje de tres piezas gris antracita. El uniforme de la casa.

—Ha habido un pequeño imprevisto —respondo con una mueca seca.

Señala con la cabeza a mi espalda.

—Tu imprevisto lleva ya cuatro copas —dice—. Deberías advertir a tus chicos de que puede acabar en mal estado.

Se me tensa la nuca y miro a Léonard, que está riéndose en su torre de cristal.

—No estoy de servicio. Esta noche no decido nada.

Arold se inclina ligeramente sobre mí con una sonrisa de complicidad en los labios.

—¿Quieres que me encargue yo?

—¿De veras?

Se ríe.

—A partir de ahora, tu príncipe solo va a beber agua —confirma guiñándome el ojo.

Me echo a reír mientras ignoro el escalofrío que me ha provocado el pronombre posesivo que acaba de usar y vuelve al trabajo, orgulloso de su pequeña artimaña. Me llevo la copa a los labios y me giro hacia la pista. Siento algunas miradas curiosas sobre mí, pero me abstraigo y permanezco concentrado en Léo y en toda su pandilla. Ahora está de pie en medio de su círculo. Baila con una de las hermanas Hagen y le rodea el cuerpo delgado con los brazos. Se

contonean siguiendo un ritmo lascivo y la hace reír a pleno pulmón. Hace una eternidad que no veo a Léonard así: contento y despreocupado. Se me encoge el pecho y doy otro sorbo al *whisky.* Lo contemplo un rato, concentrado en cada uno de sus gestos, de sus reacciones y sus risas. Esta noche está magnífico, despeinado y con la camisa negra que le queda como anillo al dedo. La tiene remangada y deja medio descubiertos sus fuertes brazos, que me cuesta dejar de mirar. Siempre me ha gustado esa parte de él. No sé por qué, seguramente por las venas que se le hinchan bajo la piel clara o las manos anchas y delicadas que mueve con habilidad. Me quedo sin aliento y vuelvo a pensar en esas mismas manos sobre mí, en su cuerpo contra el mío y en esos ojos azules, límpidos y cautivadores. Aprieto el puño contra la pierna.

Empalmarse aquí no es buena idea. Sobre todo cuando sabemos cómo acabó la última vez que me dejé llevar así. Una erección dolorosa, una fantasía irrealizable, un deseo prohibido. Mi polla se acuerda, pero *él* también. Y aunque no haya querido hablar de ello, sé que ya no es lo mismo. Me rehuye, se tensa cuando estoy cerca de él y se echa hacia atrás cada vez que nuestros cuerpos se acercan. Esta distancia me mata, pero solo puedo condenarme a mí mismo y a mi comportamiento incontrolable en las duchas. Debería arrepentirme de que me haya sorprendido. Sin embargo, no lo hago porque eso le ha hecho reaccionar, y huir es su forma de darme la razón.

Dejo el vaso en la barra y me levanto sin dilación para ir a los baños más cercanos. Mover las piernas entumecidas ayuda a que circule la sangre, pero el miembro no se me ablanda. Joder. Suspiro al entrar en la habitación oscura. Todas las paredes son negras y la luz ilumina los lavabos de mármol blanco. Estos baños apestan a rico; será la primera vez que haga pipí en un sitio tan lujoso. Normalmente, cuando estamos de servicio hacemos nuestras necesidades en el patio de atrás de la discoteca, en el cambio de turno. Pero esta noche soy solamente un cliente cualquiera. Si obviamos mi ropa… Las copas las pone la casa. Suelen ser refrescos, aunque, al final de la noche, a veces nos tomamos una copa antes

de volver. Forma parte de los secretos bien guardados de la Corona. Es un poco irresponsable, dada la situación actual… Hacía mucho tiempo que no tomaba nada aquí, pero Arold no se olvida de las bebidas preferidas de la gente.

En cuanto abro la puerta de una de las cabinas del baño, la de la entrada se mueve detrás de mí. Me giro y no tengo tiempo de distinguir el rostro del intruso que la cierra detrás de él. Sin embargo, sé muy bien quién es: el cogote erguido, el pelo rubio, los hombros cuadrados, la camisa negra. Contraigo todo el cuerpo y, cuando se da la vuelta, le clavo los ojos en el perturbador azul de los suyos. Frunce el ceño, lo que provoca que se le ensombrezca aún más la mirada.

—Usted no pinta nada aquí, Nine.

Me habla en tono altivo y arrugo la nariz de asco. Odio cuando hace eso: humillarme. Porque al Léo que conocí le abominaba comportarse así, esto es, mostrar a los demás que era superior. El que está enfrente de mí esta noche, no obstante, es distinto. Está muy seguro de sí mismo. Menosprecia mucho. Seduce mucho.

—Quiero que se vaya.

Hago una mueca. Se detiene a varios centímetros de mí.

—¿No tiene otra cosa que hacer por las noches además de pegarse a mi culo?

Le brillan los ojos y noto su respiración en la cara. El aliento le huele a vodka, pero el olor de su piel oculta el resto. Le tiembla la nuez y le miro a los labios. Ha bebido antes de que yo llegase. Mucho. Arold me lo ha confirmado. Y hace más de una hora que estoy aquí y se ha tomado dos copas más. Menos cargadas que las anteriores, pero que empiezan a hacerle efecto en la piel. Tiene las mejillas rojas y se le pegan algunos mechones al cuello. Me humedezco los labios con la lengua y veo cómo sigue con los ojos mi movimiento. Esbozo una sonrisa burlona.

—Me ha dicho que haga mi trabajo, príncipe Léonard.

Frunce el ceño.

—Y mi trabajo consiste en protegerlo. Día y noche.

Pongo énfasis en la última palabra y contrae la mandíbula. Me pone la mano con firmeza entre las piernas, no con tanta fuerza como para hacerme daño, pero sí con bastante como para agarrarme la polla, que está dura como una piedra. La tensión, que ha subido desde el instante en el que ha empezado a reprenderme, se carga todas mis defensas.

Es Léo. Y yo solo soy un hombre.

Me rodea la erección con los dedos y no puedo contener un gemido. Es casi un gruñido bestial, de pura frustración. Muevo las caderas sin contenerme, para que apriete más. Me acerca la cara y detiene la boca a varios centímetros de mi oreja. Trago saliva. Desliza los dedos por mi miembro y su respiración me provoca una serie de escalofríos en el cuello.

—Parece bastante dura para ser alguien que *solo* quiere protegerme.

Se separa inmediatamente y me encuentro jadeando contra la puerta del baño, con la respiración entrecortada, la mirada ardiendo y el corazón preparado para explotarme en el pecho. Cuando nuestras miradas se encuentran, leo en la suya una excitación no disimulada. Se me encoge el estómago y me precipito hacia él para retenerlo. Lo agarro por el cuello y le bloqueo con el brazo. Nuestras miradas permanecen enlazadas la una en la otra, pero ahora me topo con un estoicismo fingido. Sé que, en el fondo, está cachondo. No necesito mirar hacia abajo para ver que él también se ha empalmado. Lo conozco perfectamente y emana excitación por todos los poros.

—Quizá esta vez necesito ayuda —le murmuro en la cara.

El deseo vuelve a iluminarle los ojos. El recuerdo de mi goce solitario en las duchas del *dojo* se hace palpable entre ambos. Pero no me da tiempo a deleitarme en ello porque me empuja para salir del baño. La burbuja explota, pero la tensión se me sigue acumulando en el pecho. Herido en lo más hondo, me abalanzo sobre él. En cuanto toca el pestillo con los dedos, lo cojo de las muñecas y le aprieto las manos contra la madera recia de la puerta. Tengo todo el cuerpo pegado al suyo, hasta tal punto que es

perfectamente consciente del calor de mi polla en la parte baja de su espalda. La erección me tiembla y me acerco a su oído. Se le pone la piel de gallina en la nuca y lanza una furtiva mirada a mis manos. Le acaricio el lóbulo de la oreja con los labios y le murmuro con voz lasciva:

—¿Te gustó verme mientras me masturbaba, Léo?

Me aprieto más contra él y lo oigo gemir con la frente apoyada en la puerta y la respiración entrecortada. No responde nada, pero echa hacia atrás de forma casi imperceptible las nalgas para acercarse más a mi ingle. Lanzo un gruñido.

—¿Sueñas con eso por la noche?

Entonces, como ha hecho él antes, lo suelto en un abrir y cerrar de ojos. Se tambalea y se gira hacia mí para analizarme —tiempo de sobra para que me dé cuenta de cómo le ha alterado lo que le he dicho— y desaparece del baño cerrando la puerta detrás de él.

Si ahora no me he pasado de la raya, ya no entiendo nada.

Pero, joder, en lo más profundo de mí sé que su cuerpo se acuerda. Sabe que lo nuestro es inevitable.

Me miro la polla embutida en los pantalones cargo demasiado apretados. Sigo queriendo masturbarme, pero, sinceramente, este no es el sitio ideal para hacerlo. Y, por una vez, me gustaría no hacerlo solo. Voy directamente a los lavabos de mármol para hundir la cabeza bajo el agua fría. Permanezco un buen rato recuperando el aliento y, cuando la puerta se abre y aparece un dandi vestido como la reina de Inglaterra, salgo para volver a la discoteca. La música rítmica de antes se ha transformado en un sonido más tecno; me pitan los tímpanos.

Que acabe pronto la noche.

Me dirijo al bar y Arold me da, sonriendo, la copa que apenas había empezado antes. Me giro cuando una silueta aparece a mi lado y tropiezo con el rostro de Ulrik. Me sonríe y me hace una señal con la cabeza para preguntarme si puede unirse. Es la primera persona de su rango a la que conozco que es lo suficientemente educada como para comprobar que no molesta. En general, los ricos beben y los pobres no tienen nada que decir. Pero él siempre pide

permiso, como si temiera importunar. Entiendo por qué es el mejor amigo de Léo y por qué siempre ha sabido lo nuestro. Se sienta a mi lado en silencio mientras pide con educación otra copa.

—¿Cómo estás, Bailey?

Apoya un codo en la barra y me estudia. Debo decirlo todo con la cara, porque se aclara la garganta antes de añadir rápidamente:

—Menuda pregunta más estúpida. Perdón.

Niego con la cabeza y los ojos puestos, muy a mi pesar, en la única persona con la que quiero estar esta noche.

—Bien. Como puedes ver, estoy bien acompañado.

Levanto la copa y se ríe. No le molesta mi confianza. Conozco lo bastante a Ulrik como para permitirme este tono. Es amigo de Léo desde que la niñez y siempre nos ha apoyado. En público, soy un guardaespaldas. En privado, somos dos amigos que tienen en común un amor incondicional por nuestro príncipe. El suyo es platónico. El mío, apasionado.

—Me alegro de verte —dice—. Pensaba que esta noche descansabas.

Me mira la ropa y se aguanta la risa.

—No puedes evitarlo, ¿no?

—La Guardia Real es mi vida.

«Él es mi vida».

Nos miramos fijamente y no necesito decirle esta última frase porque asiente mientras me coloca una mano en el hombro.

—¿Has venido a consolarme? —pregunto con ironía.

—¿Consolar a Nine? Eso es imposible, ese hombre es un iceberg.

Me guiña el ojo antes de levantarse.

—Quería saludarte mientras él está en otras cosas.

Echamos un rápido vistazo a Léonard, que está bailando en la zona VIP sin ser consciente de que, a varios metros de él, hablamos del pasado.

—¡Voy a irme antes de que me vea hablar contigo y me pida explicaciones!

—Gracias por haber venido.

Esbozo una sonrisa sincera y me inclino un poco.

—Gracias a ti por estar ahí para él, Bailey. —Toma aire y añade con voz seria—: Aún no es consciente de ello, pero tú eres lo mejor que le ha pasado.

Unos recuerdos incontrolables me oscurecen la mirada.

—Estás aquí ahora —dice como si me leyera la mente—. Siempre lo has estado.

Me sonríe y desaparece, y me deja con la copa de *whisky* aún llena y un montón de emociones que intento controlar.

«Y siempre lo estaré».

Capítulo 19

Léonard

«¿Te gustó verme mientras me masturbaba, Léo?».

Me bebo el resto de la copa de un trago y hago una mueca cuando el alcohol me baja rápidamente por la tráquea y me quema con fuerza.

«Claro que me gustó».

Como tocar su erección.

Me apoyo en la barra del bar ignorando las miradas que me lanzan los otros clientes del club. Necesito algo más fuerte que me haga olvidar. Es irónico si sabemos que lo único que quiero es recordar mis dos últimos años de vida. Y creo que mi cuerpo lo ha entendido bien, porque incluso con litros de vodka aún tengo una memoria muy clara. Y un deseo muy fuerte.

Otra idea de mierda la de haberlo seguido al baño.

Quería que se fuera del Element porque por fin tenía una noche de descanso. Pero su olor, su mirada y su aliento me han quemado el cerebro. En lugar de actuar con sensatez, he hecho lo más insensato —y, de lejos, lo más excitante— de la noche. No sé si el objetivo era alterarlo o satisfacer una fantasía. En cualquier caso, el placer que he visto en él me ha superado. La sangre me ha hervido y se me ha concentrado toda en el mismo sitio. Debería estar muy enfadado. Sobre todo después de la afrenta que me ha hecho.

Tutearme como a un vulgar compañero suyo. En otras circunstancias, le habría recriminado esa falta de respeto. Se ha extralimitado tanto de su estatus que debería haberlo puesto en su lugar. Sin embargo, su confianza y su cercanía me han excitado hasta tal punto que me he visto incapaz de hacerlo. Y el timbre ronco de su voz y su duro cuerpo pegado al mío… Ha sido como si él estuviera donde se supone que tenía que estar. Ha sido increíble. Un gran escalofrío me ha recorrido todo el cuerpo y la única opción que me ha quedado ha sido huir, dado que la de abalanzarme sobre él no era factible.

Siempre he cuidado de esconder esa parte mía que se siente atraída por los hombres, y me enerva haber tenido este repentino deseo de transgredir esta regla precisamente con *él.* Porque no temo nada cuando estoy junto a él; bueno, sí… a mí. Y eso me horroriza.

«Príncipe amnésico. Antes pareja de una plebeya, y ahora excitado por su guardaespaldas».

Me río con amargura delante de la copa vacía y levanto la cabeza hacia Arold, que se pone delante de mí.

—¿Puedo tomar un vodka doble con Coca-Cola?

—Por supuesto, Su Alteza.

Me sonríe con educación y se acerca a las distintas botellas escondidas bajo la barra, en la que nunca pido; mas esta noche estoy haciendo todo lo que no suelo permitirme. Como si mi cuerpo necesitara rebelarse. No es que tenga prohibido ir yo mismo a buscar mis bebidas, ya que hago lo que quiero. Pero la prudencia exige que no desvele en voz alta lo que consumo para evitar riesgos. Esta noche me da igual. Solo quiero molestar al hombre que me mira con severidad desde el otro lado de la barra. Está sentado frente a su copa de *whisky* y su mirada negra clavada en mí no tiene el efecto deseado. Debería alentarme a seguir las normas e impedir que cometa cualquier estupidez, pero me anima a querer enfrentarme a él. Entonces, con cierto desafío, agarro la copa que me da Arold y la levanto hacia Nine. Doblo los labios en una sonrisa orgullosa y me la bebo de un trago antes de secarme la boca con el dorso de la mano. Una mueca me contrae la cara, y no es por el

alcohol, sino por su ausencia. No es más que Coca-Cola, de modo que le dedico una mirada inquisitiva al gerente. Este se encoge de hombros y se me acerca:

—Vaya a ver a Nine, ha sido idea suya.

Vuelvo la cabeza y fulmino al guardaespaldas con la mirada. Esta noche, él no es más que un simple civil y no tiene que darme ninguna orden. Es la segunda vez que excede los límites de sus funciones. Nine levanta su copa, divertido, y se la lleva a los labios sin dejar de mirarme con un brillo travieso en los ojos.

Quiero matarlo.

Voy a alejarme de la barra para acercarme a él cuando me dan un empujón en el hombro. He de agarrarme al respaldo de la silla de mi izquierda para no caerme, mientras me vuelvo hacia el individuo que ha chocado conmigo, que levanta las manos en señal de disculpa. Con un movimiento de barbilla, indico al agente de seguridad que iba a intervenir que todo va bien. Vuelvo a concentrarme en el hombre de pelo negro que permanece a mi lado. Tiene una sonrisa indescifrable en la cara, está estudiándome.

—Es difícil acercarse a ti con toda la tropa que te rodea —dice riéndose.

El efecto de las numerosas bebidas que he tomado es tan rápido como inesperado, puesto que se me nubla la vista y me doy cuenta de que habría preferido que no llegara en ese momento. Al final, me alegro de que mi última copa haya sido un refresco.

—Pero ahora por fin estamos solos.

—¿Sabes a quién te diriges con tan poco respeto?

Se pasa la lengua por los blancos dientes con arrogancia y clava los ojos marrones en los míos. Lo miro con desprecio, pero mis sentidos se embotan cada vez más.

—Oh, sí, sé muy bien con quién estoy hablando. Apestas a petulancia y a dinero a kilómetros a la redonda, príncipe Léonard.

Me escupe su asco a la cara. No le entusiasma la Corona, está claro. Su actitud no me gusta, y mucho menos su cercanía. Hay mucha gente que me odia por la calle, aunque sé que su objetivo no soy específicamente yo porque les suele costar diferenciar entre mi

estatus y la persona que soy en realidad. Pero que me ataquen a la cara es raro. Esta es otra de las razones por las que no salgo de mi zona VIP y no voy a pedir a la barra. Tendría que haberme limitado a hacer como siempre, sobre todo con el peligro que se cierne sobre mí últimamente. Aprieto la mandíbula, cabreado por su insolencia y por mi incapacidad para calmarme. Por querer beber para olvidar, ahora estoy demasiado borracho para actuar de forma correcta.

—Eres menos valiente sin tu perro guardián, ¿no?

—¿Quién te ha dicho que su perro guardián no está aquí? —gruñe una voz sorda detrás de mí.

Doy un paso atrás y me choco contra un pecho duro. Dos brazos me rodean y me apartan. En una fracción de segundo, Nine está delante de mí y no veo nada de lo que sucede por culpa de su amplia espalda. Y también me cuesta escuchar lo que está pasando a causa de la música ensordecedora y los oídos que me zumban. Pero de pronto todo va muy rápido, me tiran hacia atrás y casi me caigo de espaldas. Una ola de pánico se extiende por el club y me doy cuenta de que está pasando algo. Como siente que mi cuerpo se aleja del suyo, Nine se gira al instante. Cuando quiere reaccionar, ya está rodeado por dos hombres. Le saltan al cuello mientras que un tercer individuo me arroja al suelo. No sé si se debe al miedo o al alcohol, pero mi mente está como paralizada. Se me han olvidado todos los movimientos que he aprendido en el *dojo* y mi único reflejo es colocarme las manos en la cara para protegerme. Me llega un primer golpe en la sien y me tambaleo. La frente y el pómulo me laten de dolor, al igual que la cabeza, que me retumba. El segundo llega igual de rápido y, cuando estoy preparado para recibir un tercero, un puño firme me agarra y me levanta como un peso muerto para alejarme. Es todo lo que soy en este momento, estoy vacío y resignado. Porque he bebido demasiado y porque el primer impacto ha sido demasiado fuerte, y la situación, demasiado inesperada. La música sigue sonando en la discoteca. Sin embargo, ya nadie baila. Es como si la Tierra hubiera dejado de dar vueltas. Estoy totalmente desestabilizado y anestesiado, con la mirada fija en la escena de violencia que se desarrolla delante de mí. Personas de

buena familia están peleándose con mis hombres. Personas con las que quizá me he cruzado, a las que quizá he hablado y que esta noche me odian. Sin que yo sepa el porqué. Vuelan los golpes, que cada vez son más breves e incisivos. Luego, la masa que me mantenía apartado de la pelea me empuja aún más lejos.

—Estoy protegiendo a Sunshine —oigo que gritan a mi lado.

—Nine, yo me encargo.

Fox aparece delante de mí. Los agentes de la Guardia Real recuperan el control de la situación, algunos empuñan sus armas en dirección a jóvenes que hay en el suelo. El pecho caliente contra el que me he chocado gruñe y una voz que conozco perfectamente dice con más fuerza:

—¡No! El príncipe se queda conmigo. Tú asegúrate de que nadie se escapa. Los quiero a todos.

Nine me tira hacia atrás y me pasa un brazo alrededor de la cintura para mantenerme contra su costado. Controla la velocidad con la que avanzamos por la discoteca y, en poco tiempo, estamos fuera. El viento glacial me cala la camisa y los huesos. Sin embargo, no estoy tiritando y ni siquiera siento el dolor en la sien. Me quedo petrificado, vencido por el estupor de lo que acaba de ocurrir.

«Joder».

«¡Jo-der!».

Llegamos delante de una enorme moto que está aparcada a un lado del edificio. La reconozco porque lo he visto varias veces subido en ella cuando entraba a trabajar. Un vehículo ruidoso y que no le pegaría a nadie que no fuera él. Un hombre misterioso y oscuro sobre una moto enorme. Luego, me doy cuenta de que se dispone a llevarme a palacio y me crispo.

—No puedo —grito con la boca entumecida.

—Solo he bebido dos copas. No se preocupe, conduciré lento. —Hace una pausa—. Lo siento, debería haber tomado un coche, pero así era más rápido y… No le soltaré, ¿vale? Si noto que se suelta, nos paramos. Pero no le dejaré aquí.

—¡No es eso!

Sacudo la cabeza y en ese momento me vuelve el dolor. Una migraña fulgurante me invade y me llevo una mano a la frente.

—Príncipe Léonard, ¿se encuentra bien?

Noto que se acerca, como si fuera a tocarme, pero se aguanta.

—Puedo montar en moto —le aseguro—. Pero no puedo volver a palacio en este estado.

Aunque ya estábamos bastante cerca el uno del otro, el paso que da nos aproxima todavía más. Se quita la sudadera con un gesto hábil y se baja la camiseta, que se levanta sobre los fuertes abdominales, lo que me permite avistar una cicatriz por encima de la ingle.

Un magnífico tatuaje le cubre uno de los brazos, que examino por encima antes de que me dé la sudadera y su único casco.

—Póngase esto y esto.

Parece furioso, pero siento la preocupación de su voz como una caricia y hago lo que me pide sin protestar. Esbozo una mueca cuando me doy en la sien dolorida con el casco y contengo un gemido.

—No me lleve a palacio —insisto.

Él no me responde y me invita a subir a la moto antes de comprobar rápido que me he atado el casco al cuello. Desliza los dedos calientes por mi barbilla y cierro los ojos, para disfrutar de la ternura de sus gestos tras la violencia que he sufrido antes de volver a abrirlos. Está mirándome la boca. No pensaba que estuviéramos tan cerca. Tenemos los labios a tan solo varios centímetros y siento su aliento en la mejilla. Este breve instante me tranquiliza y olvido el drama que acaba de ocurrir. Olvido que hombres como yo se han peleado contra mí y contra la Corona por defender lo que sea. Olvido el odio que he notado en los ojos del desconocido en el bar, porque suele pasarme cuando estoy con Nine. Es una especie de paréntesis atemporal extraño. El guardaespaldas se aleja antes de subirse a la parte delantera de la moto. Toca con la espalda mi pecho e inspiro con fuerza mientras un escalofrío me recorre la espalda.

—Nine.

Con un giro de muñeca rápido y seco, hace rugir con fuerza el motor, lo que ahoga mi voz. Da una patada al caballete.

—Por favor —susurro lastimosamente sin saber si me oye.

—Agárrese a mí.

Me coge una de las muñecas y me coloca la mano sobre su vientre fuerte y sin protección. Hago lo que me dice y me muevo para pegarme más a él. Choco la pelvis contra sus nalgas y el calor que irradia por su espalda me llega tanto al vientre como a la entrepierna. Sigo con la mano sobre su vientre y él dice:

—Tranquilo, no le llevo a palacio.

Entonces, arranca y desaparecemos del patio trasero del club mientras suenan sirenas de policía por el barrio.

Capítulo 20

Nine

Soy el primero que baja de la moto y me acerco directamente a Léo para quitarle el casco. Vuelve a clavarme la mirada, cuyo calor noto sobre la piel, e intento ignorar las palpitaciones de mi corazón. La última vez que vino, no era este desconocido. Dejo que ponga un pie en el suelo y, con un aire un poco incómodo, escruta todo lo que hay a nuestro alrededor.

—Estamos en el aparcamiento subterráneo de mi edificio.

Se tensa y lo estudio a hurtadillas mientras recupero el móvil, que me ha vibrado antes en el bolsillo de los pantalones. No digo nada y me limito a invitarlo a seguirme. Lo hace en silencio y actúo como si no me encogiera el estómago sentir su presencia. Abro la conversación con Fox y leo:

> La policía ha pillado a todo el mundo. No he dicho que estabas con el príncipe.
>
> Oficialmente, está en casa de Ulrik.
> No me metas en un lío.

Y lo que ha pasado en la discoteca a lo mejor no tiene nada que ver con el tema, pero vuelve mañana lo más pronto posible.

Si Mads se entera de que estabas aquí, te pone de patitas en la calle y no podré salvarte el culo indefinidamente.

El recuerdo de Léo en el suelo hace que me estremezca. Puedo volverlo a ver recibiendo el primer golpe, el choque de su cabeza contra el asqueroso suelo de linóleo mientras a mí me bloqueaban dos tipos que también estaban intentando tirarme. Menuda panda de novatos. Se creen que la riqueza da poder. Si los ponemos en un cuadrilátero, no se quedaría ni uno en pie. Pulso el botón del ascensor y me guardo el móvil.

—A su padre le comunicarán mañana que ha pasado algo en el Element.

Rechina los dientes y lo contemplo. Está mirando fijamente un punto invisible justo delante de él. Se le empieza a formar una marca en el pómulo y noto una punzada de dolor en las entrañas.

«No debería haber pasado por esto».

—Debería decirle a Ulrik que estoy bien.

—Ya lo sabe —respondo cuando las puertas se abren y muestran un ascensor vacío—. Oficialmente, usted está en su casa.

Entro el primero y Léonard me observa desde fuera con semblante de perplejidad. Finalmente, entra también y pulso el botón de mi planta.

—Quizá debería llamarlo.

—Debería descansar, Su Alteza. La noche ha sido larga.

Él resopla y yo esbozo una sonrisa. Salimos del ascensor y llego delante de la puerta de madera maciza de mi casa. Abro y accedo al oscuro vestíbulo. Todo está exactamente como lo he dejado antes de irme. Mi armario sigue abierto delante de un montón de ropa y zapatos de todo tipo, y la cerveza por la mitad preside la mesa de centro. Mi apartamento es pequeño. Tiene dos habitaciones sin

lujos, pero dispongo de dos grandes ventanales que dan a una terraza bastante agradable de día. Por la noche, entran sobre todo las luces de la ciudad. Enciendo la lámpara de la pared, tiro las llaves en el bol de la entrada y dejo el casco en un rincón. La puerta se cierra detrás de mí y me siento de golpe invadido por un calor familiar. Un sentimiento de bienestar, una euforia que me recuerda lo que tenía antes. Él, aquí. Cierro los ojos y escucho cómo se aclara la garganta.

—¿Está seguro de que no le molesta que esté aquí?

Me giro y veo que tiene las mejillas enrojecidas. Vergüenza. Me encanta cuando está así, un poco indeciso, dubitativo. Antes, me habría acercado a él y le habría tirado de la camisa para tenerlo entre mis brazos. Le habría murmurado unas palabras íntimas para que se pusiera más rojo y quizá él me habría empujado al sofá para que pudiera llevar a cabo todo lo que estaba pensando. Pero esta noche, debo conformarme con lo mínimo. Debo permanecer en mi lugar.

—Puede quitarse los zapatos.

Señalo el armario con la cabeza.

—Voy a buscar algo para curarle, si no el moratón será demasiado grande mañana. Siéntase como en casa.

Entonces, lo dejo ignorando adrede su pregunta sin respuesta. Que se piense que esto no es su casa es mucho más doloroso como para decirle lo contrario. Me dirijo al cuarto de baño y me tomo un poco de tiempo para respirar. Tengo las manos fijas en el borde del lavabo y miro mi reflejo en el espejo. Tengo el pelo revuelto y el rostro algo demacrado, pero no tengo ninguna marca de pelea, a diferencia de Léo. La ropa está perfecta —si ignoramos el hecho de que es vieja— y, si no tuviera alguna herida en los dedos, no sospecharían ni por un segundo que esta noche me he peleado. Agarro el botiquín de primeros auxilios que está cerca de la bañera y vuelvo al salón. Léonard se ha aventurado a entrar en la habitación. Sigue llevando mi sudadera y ha hundido las manos en ella como si le perteneciera. Siento fuego en las entrañas porque es *mi* hombre con *mi* sudadera. Y es la cosa más bonita que he visto en estos

últimos meses. No me oye llegar y lo observo inspeccionar todo lo que hay a su alrededor. Con los labios apretados, se para delante del aparador donde hay varias fotos y cuadros. Todas son de mis años en el Ejército. Torsten y yo embarrados después de una semana en la selva amazónica, donde hicimos un campo de formación. La unidad Lejón al completo antes de que tres de nosotros perdieran la vida en condiciones sórdidas. Yo al lado de niños en África Central el día antes de un ataque en el que los mataron a todos. Toso, Léo se sobresalta y se da la vuelta. El rojo de sus mejillas se intensifica y me acerco a él calmadamente.

—No quería…

—Están ahí para verlas —respondo para tranquilizarlo.

—Venga a sentarse en el sofá, he encontrado una pomada para la cara.

No se hace de rogar y se sienta. Se mantiene con la espalda recta, todo digno, y me entran ganas de echarme a reír, porque tengo varias imágenes de él menos tieso en este sofá, nuestro sitio preferido cuando nos veíamos a solas. El sofá ha visto de todo. Bueno, sobre todo nuestros dos culos. No puedo disimular mi hilaridad y Léonard me mira intrigado.

—¿He hecho algo gracioso?

—No. Disculpe.

Trago saliva y me siento a su lado. Rebusco en el botiquín y saco la crema. Abro el tubo con un gesto hábil y le esparzo la pomada por las mejillas. Se me para el corazón mientras él se estremece y el aliento se le corta. Tenemos las dos caras tan cerca que veo cómo se le dilatan las pupilas. Me quedo un poco más así antes de darme una patada mental para recuperar la compostura. El momento en los baños de la discoteca me parece lejano y no quiero violentarlo aquí. No está en su casa, acaba de sufrir un intento de agresión y se encuentra en el antro del hombre más peligroso que existe. En fin, peligroso para él al menos. Aunque parece que no se ha dado cuenta de eso aún. Le extiendo la crema con rapidez, intentando hacerle el menor daño posible y, luego, la meto de nuevo en el botiquín.

—No me ha mentido —comenta alegremente.

Lo miro levantando una ceja sorprendido.

—Vive solo. ¿No hay ninguna señora Galbero o… señor?

Esbozo una sonrisa mientras la atmósfera se carga. Creo que he sido bastante claro con respecto a ese tema varias horas atrás. Cuando pegué el cuerpo al suyo.

—¿En las fotos salen sus antiguos compañeros? —añade con rapidez.

—Era mi unidad cuando estaba en las Fuerzas Especiales, sí.

Baja la mirada hacia mi brazo. El enorme tatuaje que representa a un león rugiendo me dibuja la piel desde la muñeca hasta el codo. El símbolo de mi unidad. Mi orgullo. Nadie lo ha visto en el trabajo porque siempre llevamos camisa y yo siempre llevo manga larga. Pero es algo de lo que estoy muy orgulloso.

—Unidad Lejón —digo con entusiasmo levantando el brazo—. Entré a los dieciocho en el Ejército. En los Lejón, a los diecinueve. Seis años de servicio, veintidós misiones.

—He visto la cicatriz en…

Se calla como si se diera cuenta de su confesión, que implica que ha visto una parte de mi cuerpo que está escondida la mayor parte del tiempo.

—Una bala —confirmo tocando la zona por encima de mi camiseta—. No llegó lejos. De hecho, fue la segunda. Antes me impactó otra en la pierna.

Me palmeo la parte alta de la pierna derecha y veo su mirada clavada en mis dedos. La excitación empieza a acelerarme la respiración.

—¿Ha matado a mucha gente?

Esta vez, me río de verdad.

—¿Ha hecho muchas ceremonias oficiales? —respondo en el mismo tono.

—Bastantes.

—Pues a bastantes también —repito.

Sonríe, es la segunda cosa más bonita de la noche. Le brillan los ojos y se me derrite el corazón. Me levanto por instinto para tratar de dar varios pasos atrás y apaciguar así la emoción que me pone un nudo en la garganta.

—¿Una cerveza? Debo de tener Skøll frías.

—Creía que esta noche solo podía beber agua.

—Mientras esté conmigo, puede saltarse las reglas.

Realmente necesito una cerveza. Él asiente entre risas y vuelvo con dos botellas abiertas. Bebe un trago con entusiasmo y sé que disfruta al saborear el primer sorbo. Es su cerveza preferida.

—¿No se arrepiente de no seguir en el Ejército?

Niego con la cabeza.

—Creo que, aunque siempre quise formar parte de él, las cosas pasan por una razón.

—¿Por qué se salió?

—Volví de una misión complicada en Somalia donde…

Me detengo y bebo un trago para que pase la ira.

—Digamos que las cosas no fueron como estaba previsto. Varios caímos en una emboscada. Acabamos en un agujero golpeados, torturados y sufrimos muchas cosas nada divertidas. Dos se quedaron allí; yo necesité alejarme.

Léonard me mira con intensidad, con los ojos llenos de ternura. Esta historia se la conocía de memoria hace apenas unos meses. Suspiro.

—Mi mejor amigo, Torsten, se ha reenganchado por tres años. El hecho de dejarlo fue un gran golpe, pero sé que está con nuestros hermanos. Están cuidándose entre ellos.

—¿Y por qué entró tan pronto? Quiero decir… A los dieciocho años uno quiere salir de fiesta y conocer gente, no acabar en una guerra que no podemos controlar.

Me río y lo miro hundirse un poco más en el sofá. Tiene el codo apoyado en el borde, ha doblado una pierna contra él y lo contemplo vestido con mi sudadera. Parece que está a gusto, como en casa, y eso me encanta. Enormemente.

—Con dieciocho años, quería tener libertad —confieso—. Después de una vida moviéndome mayoritariamente entre familias de acogida, era el principio de algo nuevo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por su infancia —dice—. No debió ser fácil.

Me encojo de hombros con indiferencia.

—No lo fue. Pero no me quejo de mi destino. Me gusta mi vida tal y como es.

Esboza una sonrisa y agarro el mando de mi equipo estéreo para poner el CD que sigue en el lector. Una música bastante *soul* se extiende a nuestro alrededor y Léo continúa:

—¿Ha pasado por muchas familias distintas?

—Por nueve.

Me mira, abre la boca de sorpresa y dice:

—Nine.

Asiento mientras me acerco la botella a los labios. Cuando llegué a palacio y tenían que ponerme un nombre en clave, pensé primero en el que los tíos de mi unidad militar me habían puesto al entrar. Era un nombre un poco tonto, solo porque no apuntaba bien con el arma cada vez que encontraba a uno de nuestros objetivos. Sin embargo, acababa de dejarlos para entrar al servicio de un nuevo tipo de célula y en verdad necesitaba dejar de lado todo lo que había vivido en el Ejército para empezar de nuevo. Nine me pareció lo lógico. Era también parte de mí y me había forjado como persona.

Permanecemos sin hablar, disfrutando sencillamente del ambiente tranquilo. No sé qué hora es y me da igual, porque ahora mismo podría amanecer y no querría estar ninguna otra parte del mundo que no fuera aquí con él. Posa la mirada en la mía y advierto que también nota esta chispa particular entre nosotros, esta atmósfera hogareña que siempre ha habido cuando estamos juntos. Luego, como movido por un resorte, se levanta de un salto y deja la cerveza en la mesa de centro.

—Creo que deberíamos acostarnos —exclama—. Mañana debemos volver a palacio y… No me gustaría preocupar más a mi padre. Voy a intentar llamar a Ulrik, yo…

—Puede dormir en la habitación.

También me levanto y nos encontramos uno enfrente al otro. Nos estudiamos, tenemos la respiración cada vez más entrecortada.

—Primera puerta a la izquierda —le digo con voz grave—. Las sábanas están limpias.

Le brillan los ojos y me siento intranquilo. En otro contexto —es decir, hace seis meses—, él mismo me hubiera arrastrado a la cama. Habríamos hecho el amor toda la noche sin preocuparnos de si a la mañana siguiente teníamos que estar a las diez, a las ocho o incluso a las seis en palacio. Simplemente, habríamos disfrutado del hecho de estar juntos. Él baja los ojos hacia mis labios en un gesto involuntario y murmura:

—Buenas noches, Nine.

Se va a mi habitación y cierra la puerta. Respiro profundamente, con las manos sobre la cabeza.

«Joder».

Recojo las botellas vacías y las meto en la basura. Luego, vuelvo al salón para tirarme en el sofá. Aún está caliente por su cuerpo, y su olor me envuelve por completo. Tengo unas ganas tan intensas de tumbarme a su lado que me duele muchísimo. Cierro los ojos con fuerza para borrar la imagen que tengo de él en mi cama casi desnudo. No me ha pedido ropa para cambiarse y no me lo imagino durmiendo vestido. Como resultado, tengo una erección y ni siquiera tengo el valor de intentar masturbarme furtivamente, no fuera a regresar al salón. Una vez es un incidente aislado; una segunda podría ser muy mal recibida. Acabo por quitarme la camiseta y colocar un brazo en el reposabrazos para apoyar la cabeza. Si hay algo positivo en las siestas rápidas durante las misiones es que puedo dormir en cualquier sitio y en cualquier momento.

* * *

Un chirrido sobre el parqué me hace abrir los ojos de golpe. El cielo está aún oscuro. Me levanto poco a poco, al acecho de lo que sea que se haya movido, y descubro una silueta ligera que cruza mi salón de puntillas. Sonrío y me incorporo sobre los codos, mientras lo observo a hurtadillas. Desaparece en la cocina y me reúno con él con la misma discreción. El apartamento no está totalmente a tinieblas. Las luces de la ciudad todavía se filtran por el salón y mis pocos electrodomésticos tienen relojes que parpadean. Las 4.46. Hemos dormido menos de una hora. Apoyado en el marco de la puerta, ni siquiera me he tomado la molestia de anunciar mi presencia o de encender la luz, de forma que maldice al verme en la penumbra.

—¡Me acaba de dar un susto de muerte! ¿Por qué se ha levantado?

Me mira y se fija en que estoy a medio vestir como él. Llevo solo los pantalones y él se ha puesto los chinos antes de salir de la habitación. Por arriba ambos vamos desnudos y, como ya se ha acostumbrado a la oscuridad, me examina de los pies a la cabeza. Conozco esa mirada. Tenía la misma cuando anteayer llamé a su puerta: febril y llena de indecencia. La misma mirada que me dedicaba cuando estaba a punto de desnudarme para follar. Me cruzo de brazos y observa mis movimientos mientras toma aire con fuerza.

—Le he oído andar. ¿Tenía una pesadilla?

Nuestros ojos se cruzan y no se separan. No me responde y esbozo una petulante sonrisa ante su elocuente silencio.

—¿Era un buen sueño entonces? —continúo, y me acercó a él.

—Tenía sed —responde, eludiendo la pregunta y girándose hacia uno de los muebles de la cocina.

Abre un armario y se pone tenso cuando me coloco detrás de él. A propósito, le toco la espalda con el pecho. No sé muy bien a qué estoy jugando, pero me lanzo de cabeza a ello, sin poder aguantarme. Él deja la mano suspendida en el vacío. Me inclino un poco más hacia delante, lo que obliga a mis caderas a entrar en

contacto y con su trasero. Él reprime un gemido, pero no puede evitar que un sonido gutural y ahogado se le escape.

—Voy a ayudarle, Su Alteza.

Levanto el brazo para deslizarlo por el suyo. Nuestros pechos desnudos se tocan y noto que el corazón le late desbocadamente. Cuando le toco los dedos, se gira. Nos separan unos pocos centímetros. Nuestros ojos se buscan instintivamente y me mira sin decir nada. Tiene una erección. Muy fuerte. Y si no supiera el efecto que tengo sobre él, diría que su sueño le ha hecho empalmarse.

«Bingo».

—¿Has soñado conmigo?

—¿Te gustaría? —responde con la misma insolencia.

Está desafiándome. Su cuerpo entero me grita que lo tome aquí y ahora, con urgencia, pero la altivez sigue brillándole en los ojos, algo que en realidad me gusta, porque se cree que no soy capaz de hacer que dejen de quemarme. Y es que no sabe que hace unos meses lo hice ceder. Acerco un poco más la cara a la suya y su aliento me cosquillea en los labios. Está rígido y las palpitaciones de nuestros dos pechos se corean la una a la otra. Ambos lo estamos pasando mal, pero ninguno quiere dar el paso de separarse.

Pero yo sé qué pasará.

—¿Lo notas, Léo? —murmuro—. ¿Notas lo bien podríamos estar juntos?

Me aprieto contra sus caderas y echa la cabeza un poco hacia atrás. Abre los labios y finjo que me acerco a su boca. Lanza un ruido de protesta al ver que me echo hacia atrás con una sonrisa.

—Es mejor que un sueño —continúo—. Sé que tú también lo sientes.

Le coloco una mano en la cadera y le rodeo el talle con el brazo. La parte baja de su espalda está pegada contra la barra de la cocina, que le está aplastando los riñones, pero no se mueve ni un milímetro.

Estoy jugando con fuego, eso está claro. Pero ¡joder, me encanta!

—Dime qué quieres que te haga.

Empujo mi cadera contra la suya. Él gime. Vuelvo a hacerlo con más fuerza. Porque está tremendamente receptivo.

—Nine.

El tono es quejumbroso, y yo tampoco puedo más. Todo en mí está gritándome que lo ponga encima de esta puta encimera y lo tome. Que le haga el amor con fogosidad y pasión. Quiero recuperarlo. Quiero volver a saborear su piel, sentir la dulzura de su sexo, hundirme en él y hacerle jadear mi nombre. Entonces, gruño con aplomo:

—Dime, Léo.

Su boca me silencia y me explota el pecho. Su boca atrapa la mía y me trago un jadeo de sorpresa. Hunde la mano en mi pelo y me acerca a él. Introduzco la lengua en busca de la suya y el sabor con el que vuelvo a encontrarme me estremece con más fuerza. No ha cambiado. Es el mismo de antes. Suave, embriagador, alegre. Mi erección palpita y me aprieto un poco más a él. Nuestro beso se vuelve más ardiente y lascivo. Subo la mano por su pecho y lo acaricio, disfrutando de sus curvas tan familiares, a pesar de los músculos más delgados. Me dispongo a bajar hacia su ombligo para migrar más al sur, a la fuente del deseo. Pero, de pronto, siento pánico y un nudo en la garganta. No se halla en su estado normal. El sueño erótico, las copas que se ha tomado, la repercusión de su agresión. Estoy aprovechando un momento de debilidad. Uno de esos en lo que no eres tú mismo. En los que actúas sin saber, llevado por la confusión. Me echo hacia atrás con fuerza reprimiendo un montón de sensaciones devastadoras. Léonard se tambalea en mis brazos. Con los ojos aún cerrados, echa la cabeza hacia atrás y tengo la impresión de que está soñando despierto. Me siento miserable.

—Debería volver a acostarse.

Abre los ojos y me observa con estupor. Baja la mirada sobre mi erección aún tensa y se toca los labios.

—Ha sido un error —digo con voz grave—. Lo siento mucho.

Entonces, salgo de la cocina para encerrarme en el baño. Me meto en la ducha, esta vez fría porque no hay hueco para deseos prohibidos. Todo esto debe parar mientras no se acuerde de lo nuestro. Apoyo la cabeza en los azulejos helados y respiro con fuerza.

«Puta amnesia retrógrada».

Capítulo 21

Léonard

He dormido muy mal. Y no es por la resaca que tengo o por el moratón que me ha aparecido esta noche y me desfigura la cara. No. No he dormido en toda la noche —o, al menos, las pocas horas que he tenido para descansar— porque era muy consciente de la presencia de Nine en la habitación de al lado; de su olor por todas las sábanas; de su energía que rezumaba en cada centímetro cuadrado de la habitación.

Y el estado de nerviosismo en el que estoy me impide sentir cansancio. Casi son las siete de la mañana y aún no ha salido el sol. Tengo la cara pegada al cristal y observo con mirada ausente el paisaje delante de mí. Casi lamento no ir en moto, porque así habríamos evitado que la tensión aumentara. No hay por qué temer la falta de conversación subidos en ella; en cambio, el silencio sepulcral que se alza en el habitáculo del coche desde que hemos salido de su apartamento no me ayuda a calmarme. Apenas hemos conversado desde que nos hemos levantado y el ambiente es cada vez más incómodo. De hecho, no hablamos desde lo que ha pasado en su cocina. Ha vuelto a su papel de guardaespaldas que mantiene las distancias entre nosotros y eso me contraria más de lo normal. Como si hubiera soñado la escena, a pesar de que tengo un claro recuerdo de sus labios sobre los míos y de sus manos sobre mi cuerpo. La sensación de su miembro duro y erecto. Es la segunda

vez que lo siento en menos de veinticuatro horas. Un récord para alguien que oculta cuidadosamente desde hace años su atracción por algunos hombres. Tengo la sensación de que, con Nine, la normalidad y los convencionalismos no existen. O hace que se me olviden en cuanto ronda cerca de mí.

—¿Puede poner música? Parece que vamos a la cárcel.

Nine se aguanta una risa y se desliza la mano en el bolsillo delantero de los pantalones. Se ha cambiado los que llevaba la noche anterior por los de su traje de guardaespaldas. Aunque el negro debería estilizar la silueta de la gente, en él es todo lo contrario. Parece más ancho e imponente. Conecta el móvil en el salpicadero y lo desbloquea con el pulgar. Espío por el rabillo del ojo sus movimientos mientras pone una lista de reproducción cuyo nombre es el emoticono del sol amarillo. Me contengo de hacerle el comentario sarcástico de que no tengo ganas de escuchar canciones de verano. Pero, a decir verdad, ahora mismo creo que puedo soportar cualquier cosa mejor que el silencio.

Escucho las primeras notas de «The House of Rising Sun» de The Animals y echo la cabeza atrás para pegarla al asiento de cuero.

—Me encanta esta canción —confieso cuando pasa el estribillo.

—Lo sé.

Vuelvo la cabeza hacia él con una ceja levantada.

—¿Lo *sabe?*

—Le sirvo desde hace dos años —me recuerda—. Sé lo que le gusta, sí, y estoy atento a su bienestar.

Un calor particular se me extiende por el estómago mientras se me ocurre otra idea de lo que me gusta. Tengo la sensación de que no hacía realmente referencia a mis gustos musicales y no puedo evitar que se me acelere la respiración. Le observo el perfil y las manos antes de desviar la mirada cuando me encuentro con la suya. Respondo:

—Es el principio fundamental en la Guardia Real. Debe saberlo todo. Y, si no es así, se le paga para adivinarlo o anticiparse.

Escucho cómo Nine se ríe.

—Pida a nuestros agentes que le pongan música, le aseguro que no sabrán qué le gusta escuchar. ¡Pondría la mano en el fuego!

—Entonces, ¿usted es el más observador, agente Galbero?

Lo miro y me sonríe. Con el codo apoyado en la ventana, se pasa los dedos por los labios.

O el más pretencioso, a elegir.

—Podría decirse.

—Déjeme adivinar. Su carrera en las Fuerzas Especiales le ha dado tal habilidad —ironizo.

No me gusta la sensación que me produce en el pecho, la idea de que me conozca hasta tal punto. Es demasiado abrumadora. Demasiado inquietante.

—¿Porque tengo cualidades?

Desvía la atención de la carretera para concentrarla en mí. Solo dura un segundo antes de que vuelva a concentrarse en la conducción, pero basta para que se me acelere el corazón.

—Podría decirse —murmuro yo también.

En cualquier caso, son rasgos de carácter que preferiría no apreciar tanto.

Sonríe y toma la salida de la izquierda para meterse por la carretera que lleva al palacio. Estamos solo a dos minutos de nuestro destino y, aunque deseaba que el trayecto fuera más corto cuando me he sentado en el coche, ahora me gustaría que durara más. Suena «Save Tonight», de Eagle-Eye Cherry, y digo:

—Si le pidiera que me preparara algo para comer, ¿qué haría?

—¿Quiere ponerme a prueba?

Nine se ríe cuando me ve esbozar una sonrisa de desafío y asegura con voz sorda:

—Un plato asiático. *Sushi,* fideos chinos o *ramen.*

—Esa era fácil. ¿Una película?

Echa un vistazo al retrovisor antes de desviarse a la derecha para que le adelante un coche.

—Algo reciente —continúa sin dejarme tiempo para analizar por qué está reduciendo la velocidad.

Miro el contador y veo que está conduciendo a una velocidad más baja de la autorizada. ¿Está intentando alargar el trayecto?

—No le gusta lo que se ha hecho antes de los 2000. Y depende de su humor. Suele elegir una película de guerra o de tipo dramático cuando se siente deprimido. De lo contrario, prefiere una comedia o algo más cerebral. No le atraen mucho las películas de miedo. Nunca ha entendido por qué a la gente le gusta pasar miedo con esas… *tonterías.*

Me quedo un momento sin voz, asombrado por tantas precisiones y verdades. Pero prefiero perder la lengua a hacerle ver que tiene razón.

—¿Un artista al que me gustaría ver en concierto?

—Ya ha visto a todos los que le gustaría.

—¿Un país que me gustaría visitar?

—Igual. Ya ha ido a todos, pero le gustaría volver a Canadá.

Responde rápidamente, sin ni siquiera pensar, y me agobia tanto como me sorprende.

—¿Tiene respuestas para todo?

Nine se ríe y se encoge de hombros.

—¿Una época en la que me hubiera gustado vivir?

Permanece en silencio y gira hacia el camino que lleva a la inmensa puerta de hierro forjado del dominio. Los guijarros del camino rechinan bajo las ruedas y estamos rodeados de unos cien árboles podados a la perfección con las ramas cubiertas de nieve.

—Una en la que no fuera príncipe.

La exactitud de sus palabras me contrae el estómago. Frena el vehículo a varios metros de la entrada del palacio y el silencio cae en el habitáculo, a pesar de la canción de Sting que acaba de empezar. El coche está aparcado detrás de otros de los empleados. No hay nadie en el patio delantero. Sin embargo, se filtran luces por las ventanas de la conserjería y del ala del personal. Nos observamos sin mediar una palabra, el aire se carga de electricidad y de palabras no pronunciadas hasta que Nine dice:

—Deberíamos darnos prisa antes de que Sus Majestades nos vean.

Abre la puerta y deja que una corriente de aire helado entre en el vehículo, y yo abro la mía antes que él. Andamos hasta la parte trasera de la cocina y entramos en la oscura habitación. Solo está iluminada la bodega y, antes de avanzar por el pasillo, Helle aparece delante de nosotros. Me sobresalto mientras mi guardaespaldas se coloca delante de mí como un muro protector.

—Este no es su sector —declara con agresividad la joven auxiliar de cocina que no parece haberme visto.

—¿Usted no es ayuda de cámara?

Me separo para que la empleada me vea y, al hacerlo, se tensa y se pone roja.

—Su Alteza —balbucea con una reverencia.

—¿Desde cuándo está en la cocina? —grita Nine.

La miro. Está fusilando a Helle con la mirada, con la mandíbula apretada y los puños apretados.

—Gustav necesita ayuda. Se la he ofrecido. Rikke y Mads han aceptado que cambie de servicio.

La actitud amenazadora del agente de la Guardia Real no parece desestabilizar a la joven. Ella levanta el mentón en señal de desafío.

—Vuelva a trabajar —gruñe Nine mientras me lleva hasta la puerta que conduce al pasillo.

Muevo el hombro para quitarme su mano de la espalda.

—Todavía sé andar y sé dónde tengo que ir, gracias.

El agente sigue detrás de mí mientras avanzo sin hacer ruido hasta las escaleras del servicio.

—La chica no le ha hecho nada.

—No me gustan los cambios de equipo. Sobre todo cuando no se ha avisado a seguridad —contesta molesto.

Subimos a la planta de arriba que lleva a mi ala sin cruzarnos con nadie y llegamos, al fin, delante de mi habitación.

—Parece que Mads está al corriente. Y hace varias semanas que ella está en la cocina.

—¿Cómo lo sabe?

—Me crucé con ella al volver del hospital.

Fox aparece al otro lado del pasillo y avanza con resolución. Nine se inclina, abre la puerta y me empuja adentro.

—Descanse hasta que sea la hora de prepararse, Su Alteza.

Entonces, cierra tras él y me deja solo en la habitación sumida en la oscuridad. Suena una conversación ahogada detrás de la pared, enciendo la luz y me echo en la cama. El olor no tiene nada que ver con las sábanas en las que estaba hace una hora. Deslizo los dedos por la suave tela y me sorprendo porque me gustaría que fuera más recia. Más rugosa. Suspiro.

No tengo nada de ganas de dormir.

* * *

—No, pero mira tu cara.

Un brillo de preocupación se pinta en sus ojos y me mordisqueo el labio inferior, triste por haberla puesto en ese estado.

—Estoy bien, madre. El médico ha dicho que solo era un arañazo.

—Acabas de salir de varias semanas de convalecencia. ¡No deberíamos haberte dejado! ¡Mira lo que ha pasado!

Me acaricia la mejilla con cariño. El reencuentro con mi padre esta mañana ha sido un poco menos agradable. Me ha excluido del programa real hasta que no vea al médico. No quería sembrar ningún rumor por el golpe de la mejilla. En otras palabras, me he pasado el día en mis aposentos dando vueltas como un león enjaulado.

—No volverás a ir allí.

Su voz es firme e inquebrantable. Se echa hacia atrás. Sé que no cambiará de opinión y, mientras que esta historia no se solucione, no podré volver a salir de palacio para ir de fiesta. Aunque se lo pida a mi padre, este se pondrá del lado de su mujer. Ella siempre ha tenido la última palabra en lo que incumbe a sus hijos, a pesar de lo

que se pueda pensar. Y me da mucho más miedo enfrentarme a ella que al rey. Asiento, derrotado, y me abotono el cuello de la camisa.

—Menos mal que esta máscara lo esconderá.

Levanta el objeto negro para inspeccionarlo antes de dejarlo en la cama. Me acerco al espejo y miro mi reflejo para comprobar que tengo bien ajustada la chaqueta en las muñecas. El baile de esta noche es uno de los pocos eventos en los que no llevo el traje rojo oficial y tengo vía libre. Así que he optado por un esmoquin verde imperial que me resalta el dorado cabello. Mi madre se acerca y me agarra con delicadeza el brazo para ajustarme las mangas de la camisa —ya estaba bien puesta, pero no se lo digo—. Da un paso atrás y me examina el cuerpo con ojo de experta. Luego, sonríe satisfecha.

El vestido rojo le cae perfectamente por los esbeltos hombros, y el moño alto, adornado con su tiara de diamantes blancos, destaca su rostro delicado. Está preciosa, ya se lo he dicho al menos tres veces desde que entró en mi habitación.

—¿Pretendes peinarte hacia atrás?

—Sí —afirmo con voz insegura.

—¿Y si te diera una forma más en movimiento?

Esbozo una sonrisa mientras ella arquea una ceja en señal de interrogación.

—Estás empezando a acostumbrarte a mis mechones rebeldes, ¿no?

Se ríe y se coloca una mano en el pecho.

—Parece que sí. Cada vez me gustas más peinado así. Pero, de todos modos, intenta ponerle un poco de orden.

Me señala el pelo desordenado con un dedo que exhibe una manicura perfecta y sonríe.

—Entendido.

Me da un beso tierno en la mejilla y se dirige a la puerta.

—Estate preparado a las siete.

Asiento y observo cómo sale de la habitación en el reflejo del espejo. Aún tengo un poco de tiempo, ya que el reloj no marca ni y

media. Me llaman por teléfono cuando me quedo solo y corro a cogerlo. En la pantalla aparece el nombre de Ulrik y contesto mientras me quito la chaqueta.

—¿Estás preparado para la gran noche? —exclamo.

—¡Me duele muchísimo la cabeza! Prométeme que esta noche solo beberé agua.

Es cierto que ayer no se cortó con la bebida.

—Por supuesto —bromeo—. Pero después de la primera copa de champán, no podrás cumplir con tu palabra.

Ulrik se ríe y agarro el ordenador antes de sentarme en el escritorio. No sé por qué, pero me he pasado el día pensando en esa puta contraseña y, aunque haya probado varias veces sin éxito, quiero insistir. Con un poco de suerte, encontraré esa puñetera clave y abriré la carpeta.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Un poco afectado por lo que pasó ayer —confiesa.

Miro el teclado del ordenador con un sabor amargo en la boca.

—Y yo.

—Bueno, quiero decir… ¡Mierda! ¿Cómo pudo pasar? ¿El Element no debería ser un lugar seguro?

Tengo los dedos inmóviles, echo la cabeza hacia atrás y respiro con fuerza. Los recuerdos de la pelea del día anterior se me reproducen como una película en la mente. Nos llamamos cuando estaba en casa de Nine y pasamos un buen rato hablando por teléfono. Sin embargo, lo que ha pasado aún nos parece irreal.

—No tengo ni idea.

—Espero que esos cabrones la paguen. Me odio muchísimo por haber sido incapaz de ayudar.

Me río ante su familiaridad y añado en tono firme:

—Tú no tienes nada que ver. Es algo que sorprendió a todo el mundo, y tú no eres guardaespaldas.

—Lo sé —se resigna.

Como me pone un poco nervioso volver a hablar de ese caótico final de la noche, enciendo el ordenador.

—¿Qué han dicho tus padres?

—Nada. Al menos, no delante de mí. Estaban de acuerdo en que fuera.

—Fue una idea estúpida.

—Sí —murmuro con un nudo en la garganta por el remordimiento—. De todas formas, tengo prohibido volver.

—Es comprensible, no vamos a volver hasta dentro de mucho tiempo. Te lo aseguro.

Nos quedamos en silencio un rato y recorro la pantalla de bienvenida del ordenador antes de pulsar en la carpeta con la contraseña.

—¿Rik?

—¿Sí?

Oigo ruidos en el altavoz del teléfono y me doy cuenta de que está vistiéndose.

—Necesito tu ayuda para una cosa.

—Dime.

—¿Recuerdas algún evento destacado en estos dos últimos años?

—¿Cómo? —se apresura a preguntar.

Mientras tengo el móvil atrapado entre la mejilla y el hombro, tecleo con energía, pero me aparece un mensaje de error con cada intento de contraseña.

—¿Una fecha importante quizá? Algo que hayamos hecho que me haya marcado.

—Humm, ¿las vacaciones en las Maldivas?

—¿Hemos ido a las Maldivas? —pregunto sorprendido.

—A finales de 2018, sí. Unos días antes de fin de año. Del once al dieciséis de diciembre.

Lo apunto y la ventanilla de error aparece por enésima vez.

—Otra cosa.

—¿Mi cumpleaños?

—Ya lo he probado.

—Me tranquiliza que no lo hayas olvidado.

Me río, pero empiezo a sentir una tensión en los músculos y sacudo las piernas con vigor.

—¿Qué estás buscando exactamente? Dímelo, porque no tengo ni idea de lo que estamos haciendo y te daré pistas equivocadas —se ríe.

Lo imito con un poco menos de entusiasmo y respondo:

—Tengo una carpeta en el ordenador que no consigo abrir. Al parecer, necesito una contraseña, pero no la encuentro.

—¿Has probado todos los nombres, las fechas y todos los otros códigos que sueles usar?

—No soy tonto. Es lo primero que he hecho.

Mi mejor amigo se parte de risa y sacudo la cabeza al tiempo que pongo los ojos en blanco. Daría lo que fuera por tener al menos una cuenta en una red social. Parece que los jóvenes de mi edad publican en ellas su vida entera y, si hubiera sido normal, ahí hubiera empezado a buscar. Pero un príncipe no es como todo el mundo y Facebook, Twitter, Instagram u otras aplicaciones no existen en mi mundo.

—¿Cuál es el nombre de la carpeta?

Le repito los números y respira con fuerza.

—¿Te suena de algo? —le pregunto con esperanza.

—No.

Su tono es concluyente, lo que hace que me pase una mano por la cara.

—Prueba con tu plato preferido.

—No funciona.

—Y… ¿tu alcohol preferido?

Escribo la palabra «champán», que me devuelve otro mensaje de error.

—Tampoco —gruño.

—¿Qué has puesto?

—Champán.

—Prueba con Baileys.

Frunzo el caño.

—¿El licor de crema de *whisky?* No me gusta el *whisky.*

Confundido, lo intento con lo que me dice.

«En el punto en el que estoy…».

—Tampoco funciona —suspiro decepcionado—. Lo dejo.

—¿Cómo lo has escrito? —me pregunta.

—Pues como se pronuncia.

—¿Con una S?

—Sí.

Se me empieza a notar la impaciencia por la voz.

—Quítala entonces.

Resoplo una vez más, harto de probar sin éxito, y escribo la nueva contraseña. Esta vez, no aparece ninguna ventana. Se me desencaja el corazón cuando se abre la carpeta y me quedo mudo y boquiabierto.

—¡Joder! —digo.

—¿Era esa?

No parece sorprendido, pero estoy demasiado centrado en lo que tengo delante de mí como para preocuparme por ello. Me he puesto rígido.

—Rik, yo…

Tengo la mano suspendida sobre el teclado, recorro con la mirada fotos desconocidas y se me forma un nudo en la garganta.

—Te dejo. Hasta esta noche.

Cuelgo rápido sin esperar a que me responda. Tengo ante mí tres imágenes de un hombre sin rostro. La sien me bombea, hago clic en la primera. En primer plano, aparece un pecho totalmente desnudo tumbado sobre una cama deshecha y unos abdominales prominentes. El hombre tiene los brazos escondidos bajo una almohada y la imagen se detiene a nivel de sus hombros. La sábana le llega por debajo del ombligo, pero hay que mirar bien para saber que está desnudo.

Trago con dificultad, me pongo rojo y paso a la segunda. Supongo que es la misma persona —esta vez está vestida—. Lleva

un jersey negro. Está de espaldas, delante de un cielo oscuro. Está demasiado lejos como para distinguir algo con precisión, pero al menos constato que tiene el pelo castaño.

«Vale, esto es rarísimo».

Me quedo inmóvil, se me va a salir el corazón por la boca y pulso en la última foto, que se amplía.

Está tumbado bocabajo, con la cabeza vuelta al otro lado del objetivo y solo veo una cosa: una parte del tatuaje del brazo del hombre.

Doy un brinco y me tambaleo.

Es un enorme león negro. Podría ser cualquiera, pero reconozco al instante las curvas delicadas de la tinta en la piel tras haberlas contemplado un buen rato ayer mismo. Se me ha encendido la luz tan fuerte en la cabeza que pierdo el equilibrio.

¿Por qué tengo fotos de Nine desnudo en mi ordenador?

Capítulo 22

Nine

—Deja de suspirar —digo al escuchar a Fox a mi derecha.

—Este trasto es insoportable.

Miro hacia él y lo encuentro pasándose el dedo debajo de la máscara veneciana para rascarse la mejilla. Toda la guardia real lleva la misma, de un color oro impersonal. Cuando el rey nos ordenó que nos la pusiéramos durante la reunión preparatoria, creí que me moría del susto. La verdad es que parecemos unos perfectos imbéciles con los trajes negros y este maldito chisme de plástico que nos aprisiona más que otra cosa. Tener que vigilar a través de dos viejas hendiduras al nivel de los ojos es un infierno. El pasamontañas es como una segunda piel, ¡pero esto es un engaño! Ha sido una mierda de idea, nunca me habían impuesto algo tan estúpido. Pero cuando el rey lo exige, ¡la guardia real obedece! En eso consiste nuestro trabajo.

—Deja de quejarte.

—¿Prefieres que te hable de ayer por la noche?

Me tenso y mi amigo se ríe. Lo miro mientras mantengo los brazos en la espalda y me concentro especialmente en el grupo que tenemos a tres metros. Léonard no ha mirado ni una sola vez en dirección a mí, pero sé que me ha visto y que me reconoce porque

cada vez que paso detrás de él, se le tensan los hombros. Me ignora aposta y eso me enerva cada vez más.

—No hay nada que decir.

—¿Os habéis acostado?

—Cállate, Fox.

Se ríe y lo ignoro.

—No, si os hubierais acostado, no serías tan borde.

—*Siempre* soy borde —ironizo.

—Así no vas a conocer a nadie.

Se me encoje el pecho, pero mantengo la expresión lo más impasible posible. Sé lo que está intentando hacer y no me gusta. Cuando volví esta mañana con el príncipe y nos vio delante de su habitación, se acercó rápidamente para hablar conmigo. Acababa de dejar a Léo en su *suite* y Fox estuvo comiéndome la cabeza durante unos quince minutos. Mads no sabe que estuve en el Element. Los tíos arrestados de ayer siguen bajo custodia sin que se haya establecido ninguna relación directa con el asunto del príncipe y todo el mundo piensa que Léo pasó la noche en casa de Ulrik. Pero Fox está enfadado conmigo porque ha mentido por mí y es el tipo más fiel que conozco. Es leal, y eso, para mí, no tiene precio. Hablarme de eso en mitad de la velada es su forma de decirme que no me preocupe. Y eso me pone de peor humor.

—No necesito a nadie.

—Tienes que olvidarlo.

Respiro hondo, pero mi respuesta se corta porque cambian la música. Se me encoge el corazón y mi mirada se encuentra en un segundo con la de Léonard. Tiene una mano apoyada en la cintura de la duquesa de Brievi, está guiándola al centro de la sala de fiestas. Todo el mundo se aparta para dejar espacio a la grácil pareja que forman. Las primeras notas de *jazz* de «Fever», de Peggy Lee, suenan en la sala y Léo lleva a su acompañante en un baile con ritmo y muy sensual. Todo mi ser arde de celos, pero soy incapaz de dejar de mirarlos: la forma en la que rodea con las manos la cintura delgada de Edith, los movimientos que le describen los hombros en su esmoquin verde de tres piezas cuando la coge en brazos y la hace

girar en el aire… Nadie se mueve a su alrededor, todos están pendientes de la perfección que desprende la pareja. Sin embargo, Léo no me quita ojo. Después de pasarse horas evitándome, escoge este preciso momento para subyugarme por completo. Las palabras más sugerentes de la canción me llegan a las entrañas y me sofoco.

When you put your arms around me.
I get a fever that's so hard to bear.
You give me fever, when you kiss me.
Fever when you hold me tight.
Fever! In the morning.
Fever all through the night![2]

En este momento, siento que todo desaparece a nuestro alrededor: los invitados, el reino, los convencionalismos, lo prohibido. Solo estamos él y yo. Y las palabras que me transmite a través de la música y de este intercambio de miradas. Dejo escapar todo el aire que estaba conteniendo en los pulmones, trastornado por lo que está pasando, antes de volver a la realidad cuando deja de mirarme. Se ha roto el encanto, pero no consigo resignarme a dejar de contemplarlo. Alguien me apoya una mano en el hombro y me doy cuenta de que la música ha parado. Los dedos de Fox se crispan sobre la tela de mi chaqueta y desvío la atención para observarlo con la mandíbula apretada.

—Tienes un gran problema, amigo. Y si quieres saber mi opinión, no sois disimulados. No hace falta que te diga lo mal que me parece esta situación. Tanto para él como para ti.

Me da un ligero codazo en las costillas y pulsa su micro.

—Aquí Fox, paso a la entrada sur.

Me guiña el ojo detrás de la máscara y me deja solo con mi angustia y mi mal humor. Soy un manojo de nervios, de frustración y de deseo. Sin embargo, otro sentimiento que aún no me había permitido sentir aflora y supera al resto. Esperanza. Porque lo que he leído en la mirada de Léo ahora no era rechazo. Era algo más

intenso, algo que me recuerda a lo que teníamos. Cuando lo veo abrirse paso entre la multitud en dirección a mí, el corazón se me embala. No me mira y se limita a colocarse a mi lado sin decir ninguna palabra. El olor de su perfume me estremece y me deja sin aliento.

—¿Algún problema, Su Alteza? —pregunto en un tono más ronco de lo que me hubiera gustado.

Mantengo la vista fija delante de mí por miedo a flaquear si vuelvo a encontrarme con sus ojos claros. El calor que me transmite su hombro hace que me vibren los músculos y que me carraspee.

—Tenemos que hablar.

Su tono franco me hace girar la cabeza por instinto. Le examino el perfil, cada centímetro cuadrado de piel que le veo a través de la máscara. Traga saliva y me fijo en la rigidez de su boca, apretada en una fina línea. Cada vez estoy más nervioso, pero no digo nada porque añade con mucha seriedad:

—Tengo fotos tuyas en mi ordenador.

No sé si es la información o que me tutee lo que hace que el estómago me dé un brinco, pero un millón de hormigas parecen devorarme el cuerpo. Aprieto las manos a la espalda con fuerza suficiente para contener el temblor de los dedos. Cuando por fin cruza su mirada con la mía, me cuesta mantener una respiración regular.

—Fuera, en diez minutos.

No sé cómo he conseguido pronunciar esta frase de forma tan clara, pero un nudo vuelve a obstruirme la garganta. Es una mezcla de pánico y de alivio porque, aunque no tenga idea de cómo voy a explicárselo, en cierta manera, él *lo sabe.* Y si está aquí es porque no ha rechazado por completo el pasado que nos une.

—¿Dónde? —me pregunta.

Noto que duda y me doy cuenta de que los dos estamos en un estado parecido. Está a punto de ponerle palabras a recuerdos olvidados y la curiosidad da lugar a la agitación.

—Ya sabes dónde.

Y me voy primero sin saber cómo pueden sostenerme aún las piernas. Cruzo la sala en rápidas zancadas y, cuando me topo con la mirada de Fox, frunce el ceño. No sé qué habrá visto, pero sus ojos tienen un brillo indescifrable y asiente de forma imperceptible.

Llego a la parte de atrás de la conserjería en menos de tres minutos. Donde lo vi por primera vez desde su accidente; donde se refugió sin darse cuenta desde que volvió; donde hemos compartido tantos momentos juntos. Me estremezco y me masajeo la nuca, nervioso. Saco el paquete de tabaco atascado en la chaqueta del traje y me quito la máscara enseguida. Cuando enciendo el cigarro e inspiro con fuerza, la nicotina se me filtra con la velocidad del rayo en los pulmones. Fumo como si mi vida dependiera de ello, intentando rebajar la presión que me oprime el pecho. Doy la última calada cuando suenan unos pasos en la gravilla. Son raudos y desordenados. Cuando llega delante de mí, se desliza la máscara detrás de la cabeza. El cordón le marca ligeramente la piel del cuello. Me examina con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de su carísimo traje. Sigue teniendo la mejilla marcada por un moratón y quiero ponerle un dedo sobre la piel hinchada, pero me contengo. Me deshago del cigarro en el frasco que hay detrás de mí y me apoyo en la pared. Me siento un poco más relajado, pero sé que no va durar mucho.

Ahora mismo, me odio por ponerme tan nervioso cuando se trata de él. En cualquier otra circunstancia, habría estado impasible.

—¿Va a mentirme, Nine?

Estudio su rostro torcido por una mueca contrariada y me cruzo de brazos para intentar no abalanzarme sobre él.

Volvemos a los convencionalismos y a ese «usted» de mierda.

—No.

—Entonces, ¿qué son esas fotos?

Sigue con las manos metidas en los bolsillos, pero mueve el pecho; le baja y le sube con rapidez y le falta el aliento. No sabe qué preguntarme, no sabe qué hacer ni qué pensar y verlo en ese estado de preocupación creciente me encoge el estómago.

—¿Qué sale?

—¿Quiere ganar tiempo? —pregunta con fastidio.

Una sonrisa irritada me deforma la boca.

—Si quieres que te dé respuestas, voy a necesitar algo más que un «he encontrado unas fotos».

Contrae la mandíbula ante mi cercanía, se mordisquea el labio con frustración y respira hondo. Al fin y al cabo, él es quien ha empezado y ahora no puede echarse atrás.

—Tengo una carpeta con una contraseña en el ordenador. Cuando la he abierto, había tres fotos. Una de ellas…

Se detiene y veo que se pone rojo, a pesar de que ha anochecido a nuestro alrededor. Duda, toma aire ruidosamente y añade con voz tensa:

—En una de ellas aparece un hombre con un tatuaje.

—¿Un tatuaje?

—*Tu* tatuaje.

Bajo la mirada hacia mis brazos, escondidos en la chaqueta del traje.

—¿Cómo has conseguido abrir la carpeta?

Se pasa nerviosamente la mano por el pelo y me quedo hipnotizado por el movimiento de sus dedos entre las sedosas ondas rubias. Se ha puesto un poco de cera, pero eso no quita la apariencia natural de su cabello. Me encanta cuando va peinado así.

—He encontrado la contraseña.

Enarco una ceja, intrigado. Aún me acuerdo de la vergüenza que le dio cuando descubrí las fotos en su móvil antes de que las volcara en el ordenador para más seguridad. Se disculpó por haberlas guardado y fue la primera vez que vi al príncipe tan vulnerable. Era una forma torpe de registrar nuestros encuentros furtivos y prohibidos. En aquel momento, comprendí la profundidad de sus sentimientos hacia mí y que podía guardarse todas las fotos que quisiera si esa era su forma de desvelármelo. Me había latido tan fuerte el corazón que tuve que hacer un esfuerzo por contener lo que nos prohibíamos decir: aquellas fatídicas palabras que habrían sellado para siempre nuestra relación. Lo quería con locura y sabía

que él también. Me lo había demostrado innumerables veces cuando se lo permitía. Pero decírnoslo en voz alta era demasiado para nosotros. Porque eso habría implicado cosas imposibles. Sabíamos que nuestra relación pendía de un hilo y que, si nos permitíamos darle ese giro, no podríamos dar marcha atrás. Era un acuerdo tácito entre nosotros.

Sin embargo, no puede haber encontrado la contraseña sin contar con sus propios recuerdos. Porque ya no sabe cómo me llamo.

—¿Cómo la has recuperado? —insisto, con la secreta esperanza de que haya recuperado un poco de memoria, aunque sea algo ínfimo e inconsciente.

—Hablé con Ulrik por teléfono.

Lanzo un suspiro de exasperación que él no entiende y me separo de la pared con brusquedad. Pongo los brazos en jarras y me acerco a Léonard. Aunque no demasiado, para evitar la tentación de tocarlo, pero lo suficiente para notar el olor a madera de su perfume y el calor de su aliento.

—¿Cuál era esa contraseña? —sigo indagando.

Quiero escuchar decírselo porque hace una eternidad que no le escucho pronunciar mi nombre. Que no lo ha vocalizado como si le perteneciera.

—Un alcohol que me gustaba. Antes.

Traga saliva porque doy un paso más y lo obligo a levantar la cara hacia mí. Esbozo una sonrisa divertida y le pregunto:

—¿Y puedo saber cuál es ese alcohol, Léonard?

Su mirada roza de forma imperceptible mis labios antes de clavarse en la mía para decir:

—Bailey.

Se me para el corazón y hago un acopio de autocontrol para no saltar sobre su boca y tragarme esas dos sílabas. En mi cabeza hay un zafarrancho de combate. Hace algunas semanas me esforzaba para no dejar ni una pequeña pista sobre nuestro pasado, pero esta noche estoy cansado de hacerlo. Entrego las armas, consciente de que no me estoy inventando lo que está pasando entre nosotros.

Vale la pena luchar por nuestra historia y quiero ser capaz de hacerlo por los dos. Se acabaron las mentiras, se acabó el fingimiento: se merece la verdad.

—Sabes que no es un alcohol, ¿no?

Inspira con fuerza y se muerde el interior de la mejilla. Entonces, decidido, digo con orgullo:

—No creo que me haya presentado, príncipe Léonard Björnen de Saryha. Soy el agente Nine, pero mi verdadero nombre es Bailey Galbero. Capitán Bailey Galbero.

Se le tensa todo el cuerpo y, cuando trato de acercar la cara a sus labios, se echa hacia atrás.

—¿Qué es esta locura? —exclama—. Nine, ¿por qué tengo fotos tuyas en mi ordenador? ¿Por qué estás casi desnudo en una de ellas? ¡¿Por qué el código de desbloqueo de la carpeta es tu nombre?! ¿Por qué…?

Respira agitadamente con las manos enlazadas encima de la cabeza y mira hacia arriba completamente confundido.

—Léo.

—*Léonard* —me corrige él—. Me llamo Léonard y soy tu príncipe.

Se me encoge el vientre de desesperación.

—Su Alteza —gruño a regañadientes—. Puedo explicártelo todo.

—Explícate.

Se cruza de brazos y yo inspiro con fuerza, en busca de la mejor forma de contarle la verdad de manera que le haga el menor daño posible.

Pero ¿cómo confesarse a alguien que ha olvidado su relación?

No hay ninguna forma correcta.

—Salíamos juntos.

Mi frase estalla en el aire y Léo se tambalea. Me acerco a él para agarrarle el brazo y estabilizarlo, pero él mueve el hombro con fuerza para desasirse.

—Estás mintiendo. Mi hermana me dijo que yo salía con una mujer. Con una plebeya. Ulrik nunca me habría ocultado tal cosa si supiera que eras tú. ¡Estás mintiendo!

—Léo —le suplico—. Puedo explicártelo todo, por favor, te lo juro. Pero no es un buen mom…

—¡Léo!

Una voz me interrumpe y me coloco instintivamente delante del príncipe, como una muralla, cuando veo a un intruso por detrás de la conserjería. Nadie sabe dónde pueden encontrarnos y, cuando el mejor amigo de Léonard aparece delante de nosotros, me siento aún más desamparado. Odio la forma en la que están pasando las cosas, estoy cabreado porque me interrumpan, pero más aún por no haber confesado a Léo todo antes. Por querer protegerlo, he actuado de la peor manera. Y temo que nunca me lo perdone.

—Hablando del rey de Roma… —se irrita Léonard—. ¿Qué quieres, Ulrik?

El príncipe, con los brazos cruzados sobre el pecho, me esquiva y observa a su mejor amigo. Este último, totalmente confundido, columpia la mirada de uno a otro antes de decir:

—Tu padre te está buscando.

Sigue contemplándonos mientras permanecemos en silencio y añade en voz baja:

—¿Os he interrumpido?

—No.

Léonard se dirige a la sala de fiestas sin mirar atrás. Lanzo un gruñido de descontento y me encojo de hombros ante la incomprensión que leo en el rostro de Ulrik. Vamos a haber de tener todos una conversación muy intensa, pero ahora debo volver a mi puesto.

Cuando llego a la sala, me alejo de Ulrik, me enciendo de nuevo el auricular y vuelvo a mi sitio bajo la mirada insistente de Fox. Tiene la amabilidad de no decirme nada, pero sé qué está pensando y eso me hace más daño.

«No sois del mismo mundo».

«Olvídate de él».

Los invitados han empezado a quitarse las máscaras progresivamente, lo que ayuda a nuestro trabajo de vigilancia.

Recorro rápidamente la sala con la mirada y no me cuesta encontrar a Léonard. Está al lado de sus padres, hablando con Edith de Brievi. Ella se ríe, tiene una mano apoyada en él, y su sonrisa me destruye por dentro. Estoy literalmente hirviendo de ira, como si hace cinco minutos no hubiera estado conmigo, yo no hubiera estado a punto de besarlo y él no hubiera descubierto nuestra historia.

Respiro hondo.

«Tranquilo, Nine».

Un movimiento en la entrada atrae de pronto mi atención. Intrigado, me acerco a ese alboroto impreciso y, entonces, todo va muy rápido. Los gritos y el pánico se propagan como un reguero de pólvora entre los invitados y empujo a todo el mundo a mi paso. Suena un disparo en la sala de fiestas y se me hiela la sangre. Agarro por instinto mi Glock. Las órdenes se acumulan en el auricular, pero ignoro las voces, consciente de que solo hay una persona a la que quiero tener en mi campo de visión y que necesito proteger. Con la mirada alerta, aparto a empujones a la gente que me obstaculiza el paso en mi camino hacia Léonard. Cuando lo veo por fin y nuestras miradas se cruzan, parece muy asustado. Corro hacia él mientras los guardias ya han rodeado a la familia real para intentar sacarlos rápido. Pero la desbandada del gentío, provocada por culpa del primer disparo, hace que la intervención de los servicios de seguridad sea complicada. Entre tanta confusión, suena un segundo disparo, y los agentes de seguridad siguen gritando instrucciones. Llego donde está Léonard y lo agarro por la muñeca para acercarlo a mí. Tengo el arma en la otra mano y no sé qué es lo que sujeto con más fuerza. No dejamos de mirarnos y, cuando abre la boca para decirme algo, advierto que algo se agita detrás de él.

—Léo —murmuro.

Por instinto, me coloco delante de él para protegerlo con mi cuerpo. El dolor del impacto llega incluso antes de que el ruido de la bala que silba en el aire me llegue a los oídos. El torso se me sacude hacia atrás, lo que provoca que suelte el arma a causa del dolor, pero me apoyo con firmeza en las piernas para mantenerme de pie. Se me crispan los dedos en la mano que mantengo prisionera y mi

espalda tropieza con un cuerpo. Me arde el brazo y noto cómo me brota la sangre de él. Se me nubla la visión, pero me muerdo la lengua para permanecer concentrado y evitar así que me caiga de la intensidad de la herida. Mantengo la mano de Léo contra la mía y me aferro a esa fuente de calor para no tambalearme.

«Tengo que ponerlo a salvo».

Un tercer disparo retumba entre las paredes, pero esta vez el cuerpo sin vida de un desconocido se desploma a varios metros delante de mí. Clavo los ojos en el arma aún humeante de Fox que acaba de neutralizar al objetivo, pero no consigo distinguir nada más porque las piernas me ceden. Me doy de cabeza contra el suelo y todo se vuelve borroso. Lucho por mantener los ojos abiertos, buscando con la mano la que he perdido al caerme, pero solo me rodea el vacío y el frío. Gimo y giro la cabeza de un lado a otro cuando una marea negra se abalanza sobre mí y me bloquea la vista. Unas manos recias y fuertes me presionan la herida abierta, que sigue sangrando profusamente, y siento que me hundo en un agujero negro, con la mente embotada y dolorida por la sorpresa, antes siquiera de haber podido asegurarme de que *él* está bien.

Capítulo 23

Léonard

Unos gritos se propagan a mi alrededor, pero lo único que veo es a Nine desplomándose delante de mí. Una ola de pánico me obtura la garganta y me ahogo, congelado ante el charco de sangre que se extiende a mi alrededor. Se me para el corazón, pero muevo los pies solo para acercarme y reunirme con él. En cuanto doy un paso, unos brazos me agarran de los hombros.

—¡Su Alteza! —grita Fox.

Me impide seguir avanzado, por lo que miro sorprendido, con la boca entreabierta. Está serio de preocupación y tiene los músculos de la mandíbula apretados, pero aun así me empuja con fuerza para salir de aquí. Carga todo su peso contra mí para moverme y veo, aturdido, el barullo que se desarrolla a su espalda. Veo que la habitación se vacía a una velocidad impresionante mientras no dejo de fijarme en los hombres agachados sobre el cuerpo inerte de Nine.

—Él… —digo con el estómago revuelto.

Quiero decirle que no puedo irme sin él. No puedo dejarlo aquí mientras está tumbado en el suelo desangrándose. No *quiero.*

—Su seguridad es prioritaria.

Echo un vistazo a Fox, que me agarra para que ande. Está preocupado, mira hacia delante y dedica toda su energía a hacerme salir de aquí para ponerme a salvo. He visto la relación que tiene con

el agente Galbero. Son amigos. Y pondría la mano en el fuego por que está tan preocupado como yo. Sin embargo, me saca de la sala sin darse la vuelta y deja a su compañero en manos de otros guardaespaldas que gritan órdenes que no oigo.

En menos que canta un gallo, me catapultan al asiento de cuero de uno de los coches reales al lado de mi hermana. El protocolo está claro: en caso de amenaza contra la Corona, los soberanos y los herederos son separados para llevarlos a sitios distintos, lejos de palacio. Mis padres deben estar ya en otro vehículo y no los veremos hasta pasado un buen rato. Estoy destrozado, conmocionado, furioso e impactado por un montón de emociones que me invaden por completo. Estaba hablando con la familia de Brievi. Estaba con Edith cuando empezó el tumulto porque alguien acababa de entrar en la sala con un arma. El primer disparo nos aterrorizó, pero mi único reflejo fue buscar a Nine con la mirada.

¿Por preocupación?

¿Porque sé que estoy —y me siento— seguro cuando él está ahí?

¿Por ambas cosas?

Llegó corriendo y me pegué a su cuerpo protector. Me sentía a salvo. Me sentía todopoderoso. Hasta que el segundo tiro volvió a rasgar la sala y, con el tercero, dejó de apretarme la mano. Había entrelazado nuestros dedos y pensaba que nunca iba a soltarlos, pero se desplomó a mis pies.

El motor del 4x4 ruge y las ruedas crujen sobre la gravilla mientras nos aleja del alboroto imperante. Con el corazón encogido, me agarro al asiento y me esfuerzo por reprimir las náuseas que tengo. Echo un vistazo aturdido hacia Pia. Recta como un palo, no muestra ninguna emoción, pero sé que está en el mismo estado de estupor que yo.

«Ha habido disparos».

Pliega los labios rosas en una débil sonrisa cuando le acaricio los dedos fríos con un gesto que pretende ser tranquilizador. Es magnífica y admiro la fuerza exterior que transmite, su apariencia impasible, estoica e imperturbable. En este momento veo la capacidad que tiene para hacer lo que se espera de ella y cumplir

con su papel en cualquier situación. Ha nacido para esto. A mí, en cambio, los eventos me han sobrepasado. Estoy lívido, lo noto. Y me gustaría agarrar otra mano que no fuera la suya; una mano que he perdido y cuya ausencia me aterra. El Q7 va muy rápido y se mete en el camino dejando una estela de polvo a su paso. No sé ni dónde están mis amigos y sus familias, ni siquiera si hay alguien más herido aparte de Nine. Se me encoge el corazón cuando vuelvo a ver la imagen del agente sin vida. La detonación me retumba en los oídos como un recuerdo glacial y vuelvo a verlo caerse, inerte y ensangrentado.

—¿Estás bien? —susurra Pia.

Me escruta preocupada. Sin darme cuenta, le he apretado la mano con más fuerza y he girado la cabeza para inspeccionar el paisaje que desfila a través del parabrisas de detrás. Inspiro con fuerza y asiento.

«¡No, no estoy bien! ¡No estoy nada bien!».

Pero ¿para qué preocuparla más con mi angustia cuando acabamos de escapar por los pelos de una catástrofe?

¿Cómo una persona armada ha podido entrar en el recinto del palacio y disparar a la gente?

¿Y si le hubiera dado a Pia? ¿Y si hubiera matado a mis padres? ¿O a mis amigos?

Suspiro y me hundo en el asiento de cuero. Decenas de coches de policía con las sirenas a todo volumen pasan al lado de nuestro coche con un estruendo bestial y se me encoge el corazón cuando una ambulancia, que los está siguiendo, nos adelanta. Cierro los ojos e intento encauzar el nerviosismo que me agita el pecho.

Me doy cuenta de que puede que las palabras que he dicho antes a Nine hayan sido las últimas; de que tal vez no me lo encuentre nunca más delante de la puerta de la habitación; de que no volveré a toparme con su mirada oscura y determinada; de que no habrá más entrenamiento secreto en el *dojo* de palacio; de que no sentiré de nuevo su presencia cercana y reconfortante; de que nunca sabré nuestra historia. Y eso me revuelve el estómago.

Él era la pieza del puzle que me faltaba y ha dejado que le disparasen para protegerme.

Pero, lo que es todavía peor, en cuanto he sido consciente de que quizá nunca más estará conmigo, he comprendido lo que me gusta estar con él. Lo que me tranquiliza su presencia.

* * *

Nos han traído a una de las propiedades de la Corona, un inmenso chalé cuya localización siempre ha sido un secreto, escondida en un maletín con candado que solo había que abrir en caso de fuerza mayor. Llegado el momento, solo le han comunicado la dirección a un escaso número de miembros de la Guardia Real, mientras que a los demás les han vendado los ojos durante el trayecto. Nos han seguido unos diez hombres, pero solo cinco se quedarán en la casa principal. El resto del equipo vivirá en los cobertizos adyacentes. A juzgar por los innumerables caminos de tierra y de montaña que hemos tomado y los inmensos pinos que nos rodean, diría que estamos en medio de uno de los bosques del reino. Saryha es conocido por sus grandes espacios de montaña, por lo que es fácil que cualquier persona se esconda entre los bosques nevados. En resumen, no tengo ni la más remota idea de dónde estamos, pero tengo la sensación de que se parece a las fotos que he visto del chalé Ragrann, situado al noroeste del reino. Una zona buena para hacer esquí, pero mucho menos atractiva si hay que estar encerrado en ella por tiempo indefinido.

Reina un silencio sepulcral desde que llegamos, hace una hora. Eso no ayuda a calmarme. Me siento agotado, física y mentalmente. El descubrimiento de las fotos, la confesión de Nine, los disparos, su desaparición, nuestra huida precipitada… Me parece surrealista. Sin embargo, cuando veo lo que me rodea, la realidad es aún peor. Me desplomo en el sofá mientras Pia vuelve al salón. Se ha cambiado y ahora lleva un conjunto de color beis bajo una rebeca blanca con forro. Yo no he tenido fuerzas ni de quitarme el esmoquin ni de

ducharme. Solo he sido capaz de sacarme la chaqueta y desabrocharme las mangas de la camisa para subírmelas.

La casa es bastante grande, tiene tres plantas y unas vistas a un lago helado. Es la primera vez que estoy aquí y no me siento cómodo. La decoración es acogedora, pero esto no es mi hogar.

Mi hermana se sienta a mi lado y entra una corriente de aire helado cuando se abre la puerta principal, por la que aparecen Fox y Rock, seguidos de Máquina. Los tres hacen una reverencia antes de alejarse por el pasillo para reunirse con sus compañeros en el despacho del sótano.

Mi hermana apoya la cabeza sobre mi hombro y hundo los dedos en sus rizos, para acariciarle con suavidad el cuero cabelludo. En realidad, intento relajarme a mí mediante este gesto, pero no me funciona.

—¿Crees que nuestros padres estarán bien?

A pesar de la tranquilidad de su voz, está tensa.

—Sí —intento calmarla—. Dentro de poco sabremos algo de ellos, no te preocupes.

Aunque estemos lejos del palacio, las altas autoridades deben seguir las normas al pie de la letra, empezando por el rey y la reina. Están obligados a activar medidas de crisis y a seguir un protocolo estricto. Solo tenemos que esperar a que todo esté bajo control antes de que puedan contactarnos.

Nos quedamos así un rato hasta que una voz rompe el silencio.

—Su Alteza.

Me enderezo y hago que Pia, que estaba tumbada sobre mí, se mueva. Máquina está de pie en el centro de la habitación y me examina. Ha sido más rápido de lo que me esperaba…

—Si desea seguirme…

Miro a mi hermana, que se sienta para dejar que me levante. Según el orden de las cosas, yo debo ser informado primero. Ambos sabemos que es así, pero, a pesar de todo, noto que la contrariedad la hace palidecer. Le acaricio la mejilla y ella me sonríe en respuesta. Sigo al guardaespaldas y bajamos al sótano. Con la respiración

agitada, lo adelanto cuando me abre la puerta del puesto de seguridad.

Todas las miradas están puestas en mí y avanzo a paso seguro. El pánico me hace temblar por dentro, pero logro disimularlo, como si mi mundo no estuviera desplomándose. Hay muchos ordenadores colocados sobre las paredes oscuras y algunas pantallas encendidas retransmiten imágenes del recinto, incluidas las habitaciones interiores. Echo un rápido vistazo a la de mi hermana, sola en el sofá.

Fox me tiende un teléfono y lo agarro intentando controlar el temblor de los dedos. El objeto es negro y más grueso que un aparato normal. Sé a ciencia cierta que solo está conectado a un satélite, lo que provoca que no se pueda localizar. Me llevo el auricular al oído y se me llena el pecho de alegría cuando escucho la voz de mi padre, que está deletreando una serie de cifras y letras. Respondo automáticamente con un código para demostrar mi identidad y él suspira aliviado.

—Léonard, ¿cómo estáis?

El tono de su voz es suave, pero noto cierta preocupación.

—Todo va bien. ¿Y vosotros? ¿No tenéis nada?

—Estamos a salvo —se limita a decir.

Me muero de ganas por preguntarle dónde están, pero me contengo. Pueden hallarse a varios kilómetros o en la otra punta del país, pero no puedo saberlo.

—Fox se hace cargo del equipo, que ahora está bajo tu mando. Ya no dependéis de mí hasta que volvamos a palacio.

Trago saliva con dificultad, anonadado por el golpe. No es tanto por la responsabilidad que me atañe, sino por la información que me ha dado mi padre.

Si el agente Fox es ahora el jefe, eso significa que Nine ya no es de la Guardia Real. Y si él ya no forma parte, eso significa que…

Un fuerte dolor me comprime el pecho. Bajo la cabeza y miro fijamente la mesa de madera en la que apoyo la mano que tengo libre para mantener el equilibrio.

—Entendido —digo con un nudo en la garganta.

Sé que nota mi malestar, pero no me lo tiene en cuenta. Los agentes delante de mí me observan hablar con el rey, inmóviles, sin que ninguna emoción se lea en sus rostros.

—Volveremos a hablar en unos días. Entretanto, no salgáis de la propiedad bajo ningún pretexto.

Asiento aunque sé que no puede verme. A continuación, me recuerda una parte del protocolo que me sé de memoria. Sin embargo, la escucho atentamente al tiempo que trato de reprimir todo el cúmulo de emociones que me invade.

—¿Padre? —le digo cuando ha acabado.

No reacciona y entiendo que está esperando a que siga:

—¿El ataque está relacionado con mi accidente?

—No estamos seguros de nada, pero es un atentado contra la Corona y todas las brigadas están en ello. Al parecer, un miembro del personal habría metido el arma y la policía ya está investigando las pistas de quién pudo haberlo ordenado.

Me quedo sin voz debido a la información.

—Se prudente, Léonard. Cuidaos tú y tu hermana.

No hace falta que diga nada más para que yo entienda la intención de sus palabras. Los apelativos cariñosos nunca han formado parte de nuestro vocabulario.

—Lo haré.

—Hasta pronto, Léonard.

—Adiós, padre.

Suena el tono de espera al otro lado del auricular y un silencio pesado invade la sala de mandos. Devuelvo el teléfono a Fox. El agente toma la palabra y ordena a sus compañeros que se reúnan con el resto del grupo para volver a sus puestos. Me quedo atónito, con la vista perdida en un punto frente a mí, plantado en medio de la habitación mientras esta se vacía. Un agente se sienta en un sillón, al fondo de la estancia, e inspecciona minuciosamente los movimientos en las pantallas. Cuando levanto la mirada, me topo con los ojos de Fox, que me está observando. Me pongo recto y adopto una fachada de decoro. Fingir. Pretender. Nunca ha sido tan

importante como hoy, cuando la familia real está en peligro. Tengo que ser fuerte y responsable. Tengo que serlo. Por Pia. Por mis padres. Por Saryha.

—Ahora usted dirige el equipo —le digo al guardaespaldas.

Él asiente.

—Pero tengo una pregunta…

Un suspiro me ahoga la voz y me maldigo a mí mismo por no haber sido capaz de permanecer impasible más de diez segundos. Los ojos del suboficial emanan un brillo extraño y aprieta los labios como si lo hubiera entendido. Guiña el ojo al hombre del sillón y se concentra en mí.

—Venga conmigo, Su Alteza.

Atravesamos el despacho y subimos a la planta de arriba. En el salón, veo que Pia ha desaparecido. Fox inspecciona la zona y, en cuanto confirma que estamos solos, se coloca delante de mí.

—No sé si aún está vivo —declara—. No sabemos nada de la central desde que salimos de palacio. Las órdenes son protegerlo a usted, pase lo que pase con cualquiera de nuestros agentes. No podemos distraernos de nuestra misión, Su Alteza. Lo siento.

Me limito a asentir de nuevo en silencio mientras me aumenta la presión en el pecho y me arrastro hasta las escaleras más cercanas.

Dormir. Lo odiaba al volver del hospital. Y hoy solo quiero que nadie me despierte.

Capítulo 24

Léonard

Quince días más tarde

Estoy envuelto en capas de ropa de abrigo, pero el aire glacial me aguijonea como si me clavaran un centenar de agujas en la cara. Hundo las botas en la nieve mientras ando pesadamente por los caminos que rodean el lago congelado de la propiedad.

—No me canso de este paisaje.

Una nube blanca se escapa de los labios de Pia, que observa la naturaleza maravillada. Con las manos metidas en los bolsillos de mi grueso abrigo de invierno, hundo la barbilla en el cuello del jersey.

—Yo tampoco —confieso—. Es tranquilo, agradable.

Aunque los días sean tan similares entre ellos y todo el contacto con el exterior esté prohibido, es relajante estar aquí. Lejos de los convencionalismos de palacio. Si ignoramos a los dos guardaespaldas que nos siguen a una distancia razonable y las cámaras que vemos en los árboles del camino, vivimos como personas normales. Por la mañana, nos despertamos con el sol y nos distraemos como podemos durante el día. A veces tomamos el aire, como hacemos hoy, aunque sin traspasar las enormes tapias de la finca. Cuando el tiempo no es bueno para pasear, leemos, jugamos a las cartas o vemos la televisión. No tiene nada que ver con nuestras

costumbres y es agradable no estar obligado a seguir un programa definido al minuto ni tener que encadenar reuniones, participar en eventos públicos o estudiar los futuros proyectos de ley. Aunque el deber y el trabajo me hayan seguido. Todas las compras las hace la guardia real, que se las arregla para salir con discreción a horas aleatorias e ir a sitios distintos. Para nuestra alegría, Greta se unió al equipo poco después de que llegáramos. Nos aporta una presencia familiar reconfortante mientras se encarga de mantener la casa limpia.

Pia se agacha y recoge una piña del suelo. Frota el cono espinoso con los dedos enguantados y la inspecciona con entusiasmo.

—Podríamos decorar el chalé, ¿no?

Escondo la tristeza que me invade mediante una sonrisa. Queda muy poco para Navidad y será la primera vez que la pasemos sin nuestra familia.

—¿Con esto?

Señalo con la cabeza lo que tiene en la mano.

—¿Por qué no? Si recogemos suficientes, podríamos dejarlas por todos lados.

El brillo que le ilumina los ojos me hace tragarme la respuesta negativa. Realmente no tengo ganas de celebrar nada este año ante el giro que han dado los acontecimientos, pero, al ver el adorable mohín de mi hermana pequeña, decido ceder a sus deseos. Al fin y al cabo, estamos juntos los dos y eso ya es una suerte. Me pongo de cuclillas y recojo las ramas más bonitas mientras ella elige las piñas.

Estoy absorto en nuestra tarea, que realizamos en silencio, pero los pensamientos me pululan por la mente. Como llevo haciendo desde hace quince días, pienso en Nine y se me encoge el corazón. Aún no he tenido el valor de contar a mi hermana la información que descubrí la noche del baile. A veces quiero confesárselo todo para desahogarme, pero la aprensión y el miedo ganan, y no lo hago.

Las pocas veces en las que he hablado con mi padre o mi madre por teléfono, conversamos sobre el reino. La mayor parte del tiempo paso los días gestionando a distancia ciertos asuntos patrimoniales y asegurándome de que los asuntos que están en curso en el palacio,

y que me han sido transmitidos, no contengan ningún secreto para mí. Casi me he puesto al día de lo que me perdí estos dos últimos años y aunque el chalé me ofrezca un paréntesis agradable, sé cuál es mi lugar. Y sigue sin gustarme. Me he enterado de que la investigación está avanzando y de que se había infiltrado un pequeño grupo anarquista, pero nuestra vuelta a casa no está prevista aún. En cierto sentido, es un alivio; en otro, solo posterga lo inevitable. Esta es la única información que tengo en mi poder. No sé nada de él y creo que nadie ha sabido nada desde que llegamos aquí, o piensan que no quiero saberlo. Como si ser príncipe implicara que nos da igual lo que pase con los empleados del reino. Confieso que no me atrevo a preguntar a Fox. A veces tiene esa forma de observarme que me hace temer ser demasiado previsible para él. Por supuesto, sería fácil justificarme si le digo sencillamente que la vida de los hombres que trabajan para mí me interesa, pero sé que con Nine es más que eso. Las cosas ya son bastante complicadas de gestionar como para añadir la casilla de «me atrae un hombre que no es ni más ni menos que mi guardaespaldas y que, además, ha desaparecido»: correría el peligro de flaquear. Así que, en vez de eso, me quedo callado y cavilando en un rincón a la espera de que me comuniquen algo. Miro las fotos que descubrí en mi ordenador demasiado tiempo para considerarse normal o aceptable; imagino cosas y me creo nuevos recuerdos; especulo sobre sucesos que a buen seguro nunca han ocurrido…, solo para rellenar un vacío. Para justificar mis reacciones descontroladas, mis pensamientos y mis sueños. Todo gira en torno a él, y resulta tan confuso que cada vez paso más noches despierto. Se ha convertido en una obsesión permanente. Como si mi subconsciente y mi cuerpo se acordaran de nuestra historia y me lo dijeran, aunque seguramente esté muerto y no vuelva a verlo jamás.

Intento borrar con un movimiento de cabeza la imagen de su cuerpo inerte y hundo las manos desnudas en la nieve. La piel se me vuelve roja y me duele, pero no la tapo. Engañar a mi cerebro para que se concentre en otra cosa que no sean mis desvaríos se ha convertido en una costumbre.

—¿Crees que deberíamos llevar más?

Con los brazos cargados, Pia me mira insegura. Me río ante las pintas que tiene. Con la recolección de piñas, se le han escapado varios mechones de pelo del gorro que le caen sobre los ojos, mientras que se han llenado de tierra los pantalones beis. Sacudo la cabeza, sonriendo. Si nuestros padres nos vieran…

—No sé, ¿pretendes abastecer a todo el país?

Emite una risa cantarina y me saca la lengua.

—También podemos decorar las habitaciones —sugiere.

Frunzo los labios, para nada contento ante esta perspectiva.

—La tuya, si tú quieres. Pero no pienso tener eso al lado de la cama —me burlo.

Pone los ojos en blanco y se ríe. Recorremos los últimos metros que nos separan del chalé con las manos llenas. Pia da saltos como una niña, tiene el rostro radiante. Verla así me hace olvidar mis problemas y la sigo con paso rápido.

* * *

Empieza a anochecer y las luces del salón se filtran a través de los ventanales. Veo a mi hermana y a Greta en el centro de la habitación con las manos repletas de los adornos de Navidad que han comprado Máquina y Goose. Ha sido un riesgo mandar a varios hombres para esa misión, pero la institutriz ha hecho una lista que han respetado al pie de la letra. A final, el encanto de esta época ha hechizado a todo el mundo y todos se han puesto manos a la obra para traer a este lugar un ambiente festivo. Es un momento atemporal, ¡y me gusta!

—¿Qué piensa de este, príncipe Léonard?

Fox señala con la punta del hacha un pino enorme.

—¿No es demasiado grande?

El guardaespaldas da una vuelta al árbol para inspeccionarlo con atención. Es el tercero que me enseña y, aunque los otros eran pequeños, este me parece inmenso.

—Si me lo permite —dice Rock—, estoy seguro de que Su Alteza la princesa Pia se alegrará de tener uno de este tamaño.

—Tiene razón —le respondo mientras me doy la vuelta.

Le encanta cuando tocan el techo y es lo único que se ve en la habitación. En palacio le pasa siempre. Aquí no estoy seguro, pero ¿por qué no probarlo?

—Aprobado —se alegra Fox.

Con un movimiento seco, golpea el tronco con fuerza y hace que el pino se tambalee. Antes de que haga otro movimiento, intervengo:

—Me gustaría probar.

El pelirrojo se endereza y duda antes de tenderme la herramienta cortante. Casi se me cae el hacha antes de agarrarla con ambas manos.

—Tiene que apuntar al corte que yo ya he hecho, Su Alteza.

Asiento y balanceo toda la parte alta del cuerpo para golpear el tocón de madera. Lo hago varias veces antes de que toda la conífera se desplome en el suelo. El esfuerzo me ha relajado y ha libertado una agradable sensación en mi cuerpo. Respiro, revitalizado, mientras suelto el hacha y observo con orgullo mi trabajo.

—¡Bravo, Su Alteza! —aplaude Rock.

Rodeo el árbol con una sonrisa y me agacho para agarrar la punta.

—¿No quiere ponerse mis guantes, príncipe Léonard? —propone Fox a mi derecha.

Niego con la cabeza. No soy de porcelana y una espina en el dedo no me hará daño. Cojo una rama grande y la levanto, al igual que Rock, que está al otro lado. Fox se dispone a venir a ayudarnos en cuanto ve que lo intentamos hacer un par de veces, pero cambia de opinión cuando le digo con la mirada que nosotros lo gestionamos. Levanta las manos sonriendo. En mi familia, es tradición escoger el pino en un bosque y es un evento bastante mediatizado. Pero, en general, fingimos que lo abatimos cada uno por turnos para la fotos de los periodistas y, como además el pino suele medir el triple que este, es necesario usar un artefacto

mecánico para transportarlo hasta el palacio. Hoy me alegro de haber participado en la recogida hasta el final.

—¡Es enorme! —exclama Pia cuando entramos en el chalé.

Dejamos la conífera en el parqué y me levanto secándome la nariz, que me gotea, con el dorso de la mano. El gesto no es nada agraciado y todo el mundo lo ve, pero nadie me hace ningún comentario. Se han olvidado un poco los convencionalismos últimamente, lo cual me alegra.

—Yo lo he talado —digo sacando pecho.

Mi hermana me da palmadas con una risita.

—¡Felicidades, hermano!

Su tono de voz es burlón, pero noto un deje de orgullo. Me froto las manos, me quito el abrigo y lo cuelgo en la pared. Empieza una lista de reproducción en el altavoz portátil y suena una de las canciones de Pia en el salón. Rock y Fox se encargan de aguantar el pino mientras que los otros guardaespaldas se van para volver a sus puestos.

Unas guirnaldas luminosas decoran la chimenea, donde las llamas hacen crepitar los troncos y la enorme mesa de madera está adornada con nuestros hallazgos de la tarde. La encimera de la cocina también se ha decorado y se han colgado lámparas en forma de copos de nieve por las paredes. Cada mueble tiene su adorno, y lanzo un silbido de admiración.

—Es magnífico —le felicito.

Nuestra institutriz coloca las manos en los hombros de mi hermana para darle un tierno abrazo.

—La señorita Pia está inspirada.

Las mejillas de la aludida se enrojecen y aclara entre risas:

—Me ha ayudado mucho, Greta.

—Lo único que he hecho ha sido seguir sus órdenes. Se le da bien la organización, señorita Pia.

Sonrío mientras mi hermana se ruboriza por el efecto del halago. No soy el único que se ha dado cuenta de que tiene aptitud para dirigir. Incluso cuando éramos niños, le encantaba dar órdenes, que

yo seguía sin rechistar, pues me divertía agradarla. Cuando crecimos, siguió interfiriendo en varios asuntos relacionados con el palacio. Creo que nuestra madre ha tenido mucho que ver en el desarrollo de su interés por la gestión. Yo siempre he estado un poco menos preocupado por estas cosas. A decir verdad, ya entonces la perspectiva de estar atrapado en el mismo papel que desempeñaba mi padre no me gustaba nada. Supongo que siempre he llevado en la sangre esa necesidad de rebelión y de normalidad.

—Entonces, princesa Pia, ¿cuáles son sus órdenes para el pino? —pregunto bromeando, con las manos metidas en los chinos grises.

Escucho y ejecuto cada una de sus instrucciones con minucia. Rock y Fox, que van y vienen por la habitación, opinan con alegría cuando se les pregunta. Suenan las primeras notas de una canción de Haley Reinhart cuando ya ha anochecido. Reconozco la pieza «Can't Help Falling in Love» y la tarareo sin darme cuenta. El ambiente es acogedor y familiar. El fuego que arde me sofoca, me quito el jersey color burdeos de cuello alto y me quedo en un polo negro de mangas largas. Sentado con las piernas cruzadas en el suelo, pongo las últimas bolas doradas en las ramas de abajo.

—Espero que sea una broma —grita la voz de Fox.

Tiene el teléfono en la oreja, parece furioso. Miro cómo el agente sale sin preocuparse por ponerse un abrigo y observo a Pia, que se ha quedado inmóvil. Rock aparece en el pasillo y le pregunto mientras me levanto:

—¿Qué pasa?

—Nada grave, Su Alteza.

No noto ninguna señal de mentira en su rostro y relajo los hombros. Sin embargo, la curiosidad crece dentro de mí y tengo el presentimiento de que algo raro está sucediendo. Unas voces suenan fuera y no distingo ninguna palabra coherente debido a las gruesas paredes y a la música que suena por el altavoz. No sé si salir, pero no me da tiempo a devanarme los sesos cuando se abre la puerta con el guardaespaldas. Tiene el pelo pelirrojo salpicado de nieve, está serio, pero en su mirada se transparenta cierta alegría.

Otra persona lo sigue, con la cabeza agachada hacia los pies, que golpea con energía contra el suelo para sacudirse la nieve. Lo primero que veo es el pelo negro azabache del individuo. Se me corta la respiración cuando dos iris oscuros se elevan y se clavan en los míos.

«Nine».

Capítulo 25

Nine

Unos minutos antes

Las puertas de hierro forjado se abren automáticamente en un chirrido estridente después de haber dado mi nombre por el portero automático, y piso el acelerador. Las ruedas rechinan sobre la nieve y conduzco despacio por el camino iluminado, con el corazón en un puño. Veo agitación delante del chalé y aparco frente a uno de los cobertizos, a varios metros de la entrada principal. Cuando bajo del 4x4, dos agentes aparecen a mi lado.

—Joder, Galbero, ¿de verdad eres tú? —pregunta Gary.

—¡Sabíamos que habías salido, pero no esperábamos verte tan pronto! —exclama Goose.

Este último me abraza con tanta fuerza que casi me aplasta contra su gran pecho. Una de sus torpes manos me aprieta el bíceps herido y hago una mueca.

—Qué alegría, tío. ¿Qué haces aquí?

Mantiene las manos sobre mis hombros y me examina de la cabeza a los pies. Pone mala cara cuando me ve el vaquero desteñido y las botas militares especiales para la nieve. Él debe de estar muerto de frío con esos zapatos impecablemente lustrados. Incluso a trescientos kilómetros de palacio, el decoro sigue siendo

una prioridad. Me vuelvo a poner maquinalmente el abrigo para que el frío no cale en exceso la lana del jersey. Unos cuantos copos se me meten por el borde del cuello y me echo a temblar.

—Estaban hartos de mí en el hospital —bromeo—. ¡Así que pensé que tenía que ir a molestar a otra persona!

—No me sorprende —se ríe Gary—. Qué alegría verte, capitán.

—¿Estás de servicio? —me pregunta Goose—. Los vaqueros y eso no van bien. Fox está al mando desde que…

Se calla y esbozo una sonrisa apesadumbrada.

—Desde que me dispararon, sí, lo sé. He visto a Mads.

El ruido de una puerta que se abre de golpe y unos pasos rápidos acompañan el tono de llamada de mi teléfono. No necesito comprobar el nombre de la pantalla para saber de quién se trata. Me vuelvo hacia Fox, que se detiene en el umbral. Su mirada aturdida recorre mi silueta y mantiene una mano nerviosamente en el móvil que tiene en la oreja. El mío sigue sonando en vano antes de que cuelgue para acercarse a mí.

—Nine, ¿qué haces aquí, joder?

—¿Me has echado de menos? —me burlo.

Me empuja y me choco contra el coche recién aparcado. Me mira fuera de sí.

—Joder, pero ¿qué haces aquí? —repite—. ¡Es un sitio secreto y no estás trabajando! ¿A qué estás jugando?

Como bienvenida, ¡esta deja mucho que desear! Ya sospechaba que no iba a gustarle verme llegar de forma inesperada, pero, sinceramente, que se queje cuanto quiera, no pienso irme. Frunzo el ceño e ignoro el dolor que su movimiento brusco me causa en el brazo. Estoy de pie, pero eso no significa que esté totalmente curado. La bala me atravesó el bíceps; era de un calibre pequeño, pero podría haberme hecho una herida mucho más grave si el impacto se hubiera producido cinco centímetros más a la derecha. Se podría decir que el francotirador era torpe y que no es fácil deshacerse de mí. Me han dado, pero la convalecencia es menos complicada que si me hubiera tocado una articulación o uno de los órganos vitales, en cuyo caso estaría muerto. O al menos habría

perdido bastante sangre como para hacer algo más que desmayarme.

—Quiero trabajar.

—¿Y el brazo?

Me mira el sitio donde me dispararon delante de él y yo cruzo por instinto las manos a la espalda en una postura enhiesta y protocolaria. Como si el dolor fuera insignificante.

—He estado peor.

Él suspira. Sabe que es verdad.

—Eres un coñazo, Nine. Estás herido, no deberías estar aquí.

Él baja la mirada, me analiza el jersey y pone mala cara ante mis zapatos. Sí, bueno, la ropa no es la apropiada, pero al menos estoy operativo.

—Estoy en forma. Sabes muy bien que necesito algo más para dejarlo, Fox.

—Se necesitan al menos seis semanas para curarse de una herida de bala. Lo sabes mejor que yo.

Me quedo de piedra. La última vez que me dispararon fue durante una misión en la época en la que estaba con los Lejón. El impacto se produjo en un sitio peor. Aún tengo una marca en el abdomen. Si me hubieran dado dos centímetros al lado, no lo hubiera contado. Supongo que aún no ha llegado mi hora.

—Estoy bien, Fox.

Me escruta y ni Goose ni Gary dicen una palabra. Nos quedamos los cuatro mirándonos hasta que mi amigo me abraza también. Su estrujón es brusco y viril. Me da un efusivo puñetazo en la espalda y lo escucho decirme al oído:

—Me has dado un susto de muerte.

—No te desharás de mí tan fácilmente —me río.

Me aprieta entre los brazos y se separa, pero mantiene una mano en mi hombro.

—Estarás convaleciente, pero no cuentes conmigo para mimarte como a una princesa, Galbero. Yo soy el que manda, ya sea capitán o no, y más te vale ser útil.

—No estoy con un pie en la tumba —digo empujándolo—. Aún sé usar la pistola.

—Perfecto. Venga, mueve el culo.

Se pasa rápidamente una mano por el rojo cabello para quitarse algunos copos que le han caído. Lo que es una pérdida de tiempo, ya que la nieve empieza a caer más fuerte y nos moja cada vez más la ropa. Rodeo el todoterreno de la Guardia Real para sacar una bolsa de yute en la que he metido algunas cosas. No llevo gran cosa, solo lo suficiente para vivir aquí varios días. Inspiro fuerte y me la cuelgo del hombro sano.

—De todas formas, vas a tener que contarme cómo Mads ha aceptado esto —gruñe Fox metiéndose en el camino de entrada.

—Me adora —presumo.

Pone los ojos en blanco y abre la puerta principal. El calor del lugar me acaricia el rostro y golpeo los zapatos en el felpudo para quitarme la nieve. Cuando levanto al fin la cabeza, me encuentro con la única persona que quería ver con impaciencia. La que he intentado borrar de mis pensamientos durante mi hospitalización, pero por la que he hecho trescientos kilómetros con un brazo aún débil a fin de garantizar su seguridad. Me tenso entero y el aire se me bloquea en los pulmones porque, aunque me haya preparado para verlo, no esperaba sentirme así. Tiene los rasgos cansados de la fatiga y la preocupación, el pelo largo tras varios días sin peluquero y no lleva camisa: parece un tío normal, no el príncipe heredero de Saryha. No, delante de mí es solo Léo. Mi Léo. No sé cuánto tiempo nos quedamos mirándonos, pero Rock me hace volver a la tierra.

—Me alegro de volver a verte, Nine.

Desvío la mirada para sonreír a mi compañero. Él se acerca a mí y me da una palmadita entre los hombros.

—Tienes buen aspecto.

—Solo es un arañazo —bromeo—. Ha sido más el miedo que otra cosa.

Cuando vuelvo a mirar a Léonard, me parece que aprieta la mandíbula. Al parecer, no le gusta mi humor.

—Su Alteza —digo haciendo una reverencia—. Princesa Pia.

—Agente Galbero.

La voz grave y ronca de Léonard me vibra en el pecho y me enderezo para mirarlo. Se ha quedado un poco atrás mientras los hombres empiezan a moverse a nuestro alrededor. Hasta que al final solo estamos él y yo en la entrada.

—Espero que no esté enfadado conmigo por haberlo dejado tanto tiempo, Su Alteza.

Tiene un brillo indescifrable en los ojos y se me encoge el corazón. Lo peor de todo ha sido estar tan lejos de él. Esa ausencia forzada, ese no saber dónde había ido. Dos semanas es mucho tiempo, sobre todo cuando estás sumido en una confusión total. He pasado miedo a diario por si le sucedía algo cuando yo no estaba con él. Aunque lo cierto es que se encontraba bien protegido. Confiaría mi vida a Fox. Pero él no es yo. Hasta que no me asegure *personalmente* de que las condiciones de seguridad de Léonard son impecables, nada me hará pegar ojo.

—¿Vuelve a trabajar?

—No del todo —dice Fox, que aparece de nuevo al lado del príncipe—. El capitán Galbero no estará al mando hasta que no volvamos a palacio. Aquí está como apoyo. Se alojará en uno de los cobertizos.

—¿Y por qué no aquí? —le pregunta Léonard esquivándome la mirada—. Aquí quedan habitaciones disponibles y es mi guardaespaldas.

Fox lo mira en silencio. Frunce el ceño y me lanza una mirada extraña. Yo me quedo atónito, pero contento por su propuesta.

—Como usted quiera, Su Alteza.

Luego, sin decir nada más, el príncipe se vuelve hacia el árbol. No dejo de mirarlo y lo observo agarrar una bola que retuerce mientras sigue delante de la enorme conífera.

—¡Sígueme! —exclama Fox.

Me señala las escaleras con la cabeza y, tras una última mirada a Léonard, las subo detrás de él. Recorremos un largo pasillo antes de desviarnos a un ala más pequeña donde el techo y las vigas nos

obligan a bajar la cabeza. Entra en una habitación de unos quince metros cuadrados con una cama que ocupa la mitad del lugar.

—Rock, Máquina y Pollo están en las habitaciones de enfrente. Gary y yo estamos en la primera planta. El príncipe y la princesa están en la segunda contigo, puertas cinco y siete respectivamente. El cuarto de baño está a la izquierda, al salir. Hay todo lo necesario de higiene.

—Como un hotel —bromeo.

Mi compañero ni siquiera esboza una sonrisa y se apoya en el armario de madera de brazos cruzados.

Va a ser la hora de la fiesta.

—Cole…

—¡Calla! —me interrumpe—. Mira, Bailey, no te confundas, estoy supercontento de que estés bien. No estaba preparado para enterrarte. Pero, joder, ¡quiero matarte por haber venido hasta aquí! ¡Es una irresponsabilidad! No puedo creerme que Mads lo haya autorizado. ¡No puede dar información confidencial a todos sus hombres! ¿Te imaginas que te hubieran seguido? Además, joder, ¡no estás curado!

Abro la boca para protestar, pero levanta una mano para que siga callado.

—He visto que no levantas el brazo izquierdo. Has hecho una mueca al agarrar la mochila del maletero y, cuando te he dado un abrazo, he notado que te has tensado por precaución. No eres el único observador. Te duele, no me hagas creer lo contrario. ¡Quince días por una herida de bala es un suicidio! Confío en ti y sé que no habrías venido si no te hubieras visto capaz, pero no me digas que no hubieras preferido estar en tu casa para recuperarte del ataque tranquilamente. Tú y yo sabemos muy bien por qué estás aquí.

Me paso nerviosamente la mano por la nuca, que se me ha agarrotado. El trayecto ha sido agotador, y admito que me habría hecho mucha falta una noche de sueño completa antes de que me echen la bronca. ¡Pero no podemos elegir cuándo nos va a caer una!

—Cole, todo va bien.

Él gruñe.

—Los médicos están tranquilos y he recuperado el uso del brazo. Tengo que tomarme la medicación, que carece de efectos secundarios; te lo prometo, no soy un suicida. Y he de cambiarme la venda cada dos días. Si quieres jugar a las enfermeras, ¡te paso las prescripciones!

Me hace una peineta y me río.

—Que te den, Nine.

Percibo hilaridad detrás de su escudo de enojo y digo con voz franca:

—Tienes razón, no estoy aquí por tus ojos bonitos. Y no voy a mentirte sobre eso. Me duele, sí. Es una bala, no un arañazo. Me han operado durante cuatro horas porque me explotó dentro del brazo y me ha hecho muchísimo daño. Pero soy duro, he estado varios días en rehabilitación y he recuperado los reflejos. Estoy cada vez mejor.

—Si eres un estorbo, te echo de aquí a patadas. ¿Me has entendido?

Me río.

—Créeme, no tendrás la ocasión, suboficial. Mads me ha hecho pruebas de aptitud antes de irme. Era tan escéptico como tú, pero las he pasado todas. Sabes muy bien que nuestro equipo funciona. Soy una parte clave del mismo y es una estupidez que paséis de mí.

—Sí, *eras* clave antes de que dispararan.

Tuerzo la boca en una sonrisa amarga.

—No me provoques, Fox. Aún puedo romperte la boca.

—¿Qué ha dicho Mads exactamente? —añade ignorando mi amenaza.

—Que era incapaz de seguir las órdenes y que, si cometía aunque fuera un solo error, mejor que emigrara a otro país antes de que me pusiera las manos encima.

Fox se ríe.

—Él es el que vino a buscarme cuando salí del hospital —revelo, más serio—. Le dije que vendría con o sin su ayuda. La Guardia Real es mi vida. Si no me sintiera capaz, me habría quedado en casa. Me

conoces, y no habría puesto en peligro la vida de… del príncipe y de la princesa.

Me mira sin decir nada mientras se muerde el labio inferior con obstinación.

—Deberían haberte llamado para avisar de que venía —añado.

—Lo han hecho.

—Entonces, ¿por qué me molestas? —gruño—. ¿Qué significa todo esto?

—Significa que, aunque Mads lo haya autorizado, no estoy de acuerdo. Estás haciendo una tontería, Nine. ¡Venir aquí es una estupidez! He visto cómo os habéis mirado cuando has llegado. Todo esto va a acabar mal. Y no cuentes conmigo para cubrirte si tienes que salir del país.

Me quedo sin aliento por segunda vez en pocos minutos, porque es la primera vez que no disimulo al mirar a Léonard. Pero la novedad es que él tampoco.

—Un verdadero hermano —ironizo.

Se adelanta para enlazarme los hombros con el brazo.

—¡Bienvenido a casa, hermanito!

Inspira, se acerca a mi jersey y me huele de nuevo haciendo una mueca.

—Ve a ducharte, apestas. Nos vemos abajo, ¡te haré un resumen de todo!

Dicho lo cual, desaparece cerrando la puerta y me deja solo en la habitación que ahora es mía hasta nueva orden.

Tiene razón, por fin estoy en casa. Porque esté donde esté, *él* es mi casa.

Capítulo 26

Léonard

No sé cuánto tiempo llevamos jugando Pia y yo, pero cada vez me cuesta más concentrarme en nuestra partida de cartas. Es cierto que al ser dos, los juegos son limitados y estamos encadenando las partidas desde que decidimos jugar después de cenar. Hace algunos días, pensar en la posibilidad de que alguien la emprendiera contra mí o mi familia me provocaba casi una crisis de pánico. No tenía miedo por mí, sino más bien por acabar solo. Solo para gobernar. Solo para dirigir el país cuando no tengo más que veintidós años. Solo con mis demonios. Hoy, estoy sobre todo cansado por lo que está pasando. Bueno, o al menos lo estaba hasta que cierto guardaespaldas ha aparecido hace unas horas y ha acabado con todo lo demás.

Tiro una de las cartas en el montón en medio de la mesa.

—¡He ganado! —alardeo recogiendo mi parte.

—No cantes victoria tan rápido —refunfuña mi hermana—. La partida no ha acabado.

Me río, aunque no estoy prestando atención al juego. La redundancia y repetición de los movimientos no es lo que me impide concentrarme, sino más bien saber que Nine está en la planta de abajo. Entre las mismas paredes que yo. Sano y salvo.

Ha pasado por el salón antes y no ha vuelto del sótano. Cuando lo he visto, todo dentro de mí se ha desconectado. Me he quedado con la mano suspendida en el aire y paralizado, con los ojos clavados en él. Tenía el pelo húmedo de la ducha que acababa de darse. Llevaba una camiseta blanca de mangas largas sobre el fuerte pecho que se le vislumbraba sin problema —además, mis dedos se acuerdan muy bien— y uno pantalones cargo beis que le caían sobre las estrechas caderas. Cuando va con traje es un hombre guapo; cuando viste informal, ¡es una visión que hay que adorar! Y yo lo he adorado. Demasiado para considerarse decoroso. Ha hecho una señal a Fox, que estaba al otro lado de la habitación, y me ha echado una mirada. Rápida, y tan anodina como íntima, lo que me ha provocado una sensación rara en el estómago. Ha bajado las escaleras hasta el sótano, seguido de su compañero, sin girarse, y me he quedado mirando el sitio por el que acababa de desaparecer con el corazón encogido.

No nos hemos dirigido la palabra desde que se ha apropiado de la habitación y me pregunto si realmente tendremos ocasión. El chalé no es el palacio, es muy raro estar a solas, aparte de para dormir. Es muy frustrante, sobre todo si se tiene en cuenta que me he pasado días imaginándolo a dos metros bajo tierra, sin saber nada de él y pensando que no iba a verlo nunca más. No sé si era la idea en sí de que hubiera desaparecido lo que me hundió la moral o el hecho de no haber llegado nunca al fondo de nuestra historia. Si no fuera tan bueno mintiéndome a mí mismo, diría que la segunda opción es la que gana. Pero, joder, cuando lo he visto en la entrada, he comprendido que no podía seguir ignorándolo. Lo he echado de menos. Y me he sentido aliviadísimo al verlo.

—¡Léo!

Me sobresalto, dejo de mirar a las escaleras y me vuelvo hacia mi hermana pequeña, que arruga los ojos.

—¿Vas a jugar?

—Perdón.

Tiro mis cartas sobre la mesa de centro que está entre nosotros y ella las recoge. Sin darme cuenta, miro hacia las escaleras de

nuevo y me pongo rojo al ver que Pia vuelve a observarme.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondo rápido para no parecer sospechoso.

De no ser por el tumulto de emociones que me está haciendo perder la cabeza. Todo… va… de… perlas.

Sentado en la alfombra, me enderezo y pego la espalda al sofá. Luego, doblo la pierna y me llevo la rodilla al pecho. Ignoro la mirada que me dirige mi hermana y muestro un diez de picas que ella dobla con una sota de trébol.

—Me alegro de que Nine haya vuelto.

No respondo, ante el temor de que delate mi turbación con la voz.

—Me habría entristecido que no siguierais juntos —continúa.

—¿Cómo?

Levanto la cara deprisa y muevo nerviosamente la pierna doblada.

—Es decir… ¿A qué te refieres? —le pregunto más comedido.

—Pues que antes de tu accidente lo estimabas mucho. Si no me equivoco, solo querías estar con él cuando salías de palacio.

Ella recupera sus cartas y yo hago lo mismo con manos temblorosas.

—Es mi guardaespaldas, no debería sorprenderte.

Ella se encoge de hombros y trago saliva para que me desaparezca la tensión que noto en la garganta.

—Aun así, me habría dado pena que no trabajara para ti. Está muy entregado.

—Es su trabajo —argumento con voz ronca.

Aunque ahora tengo otras cosas en la cabeza que distan mucho de lo que un guardaespaldas debería hacer con su protegido. Y, entre ellas, una destaca clara y distintamente: la encimera de su cocina.

Acerco más la rodilla al pecho intentando hacer que baje la presión que siento entre las piernas. No habría podido imaginar una situación peor: mi hermana hablándome de Nine y yo con un

principio de erección ante el simple recuerdo de nuestros últimos momentos.

—Los agentes de la Guardia Real han firmado para dar su vida con el fin de proteger a la Corona —confirma levantando los ojos hacia mí—. Pero siento que, para él, es más que un simple contrato.

Ella se ríe tímidamente mientras se me acelera la respiración.

—¿Sabes? A veces pienso que…

Pia se calla cuando suenan unas voces en la escalera, detrás de mí. No dejo de mirarla, ha levantado la cabeza para mirar a los hombres que están entrando en el salón, pero soy incapaz de leer en su rostro si ella sabe más de lo que yo pensaba. Sin embargo, la presencia de Nine me hace desviar la atención hacia él y que me detenga en sus ojos. Se me para el corazón un momento. Ha metido las manos por la parte delantera de sus pantalones y miro, aunque no quiera, los músculos tensos de sus brazos que se le ciñen al jersey. Obnubilado por esta imagen, no veo que el grupo se separe y, en un segundo, solo quedan Rock, Fox y él.

Pia se levanta y se acerca al mueble de madera de donde ha sacado las cartas mientras Greta vuelve a aparecer de no sé dónde. Sigo nervioso, pegado a la base del sofá mientras intento que se reduzca mi excitación.

—¿Les caliento la comida, señores?

—Será un placer —dice el nuevo líder al tiempo que se acerca a la barra de la cocina.

Rock se sienta en un taburete alto y Nine se queda apartado mirando un punto imaginario delante de él. La posición de sus brazos y la luz del día dejan entrever una venda blanca debajo de la tela del jersey. Lo cubre de la espalda al codo y parece más gruesa a nivel del bíceps. Recuerdo la imagen de su cuerpo inerte y de la sangre que se esparcía por el suelo y se me baja la erección. Por el contrario, la bilis me sube por la garganta y suspiro con fuerza, desconcertado. Rápidamente, el agente Galbero se gira para ocultar la herida y me concentro en su cara. Me mira fijamente con la boca apretada y el ceño fruncido. Nos contemplamos un buen rato y, entonces, él esboza una discreta sonrisa. Siento que entiende mi

desasosiego y que está intentando calmarme, como si tuviera el poder de hacerlo, como si siempre lo hubiera hecho. Pero en lugar de tranquilizarme, logra que se me tensen aún más los hombros.

Vamos a tener que hablar.

—¡A la mesa, capitán!

Me levanto rápidamente mientras él se aleja, lo que rompe la conexión estrecha y asfixiante que se había establecido entre nosotros, y me siento en el sofá. Pia aparece delante de mí con tres cajas de juegos de mesa en la mano y dice:

—He encontrado esto, ¿cuál te apetece?

Me encojo de hombros.

—A mí me apetece un Trivial —continúa ella dejando las cajas—. Es de los 2000, pero puede ser simpático.

Levanta la tapa y lee por encima las reglas antes de hacer lo mismo con una segunda caja. Yo intento recuperar la compostura y mantener una actitud neutra.

—Si no, el Jungle Speed. ¡Me encanta!

Voy a decirle que no somos suficientes, pero ella pregunta:

—Greta, ¿va a hacer algo ahora?

La institutriz se separa del grupo de hombres.

—¿Qué puedo hacer por usted, princesa Pia?

—Jugar con nosotros.

—¿Qué actividad desea hacer?

—Jugar al Jungle Speed. ¡Venga, es muy divertido!

Pia agarra la caja y deja las otras dos en el suelo. Cuando éramos niños, Greta jugaba con nosotros, a veces fuera y a veces en nuestras habitaciones. Era nuestra institutriz, ese era su papel. Ahora que somos jóvenes adultos, no ha cambiado demasiado y solo Dios sabe lo bien que nos sienta volver a este tipo de costumbre.

—Princesa Pia, ¿se le ha olvidado que no soy muy buena con los juegos de mesa?

—Va a jugar superbién, Greta —dice mi hermana antes de elevar la voz—. Señores, dense prisa en acabar la comida. También los esperamos.

Nine se vuelve para mirar a mi hermana con una sonrisa divertida en la cara antes de poner los ojos en mí. Yo me giro de inmediato.

—Aún tenemos trabajo, Su Alteza —declara Fox apartando el plato—. Quizá en otro momento.

—¿Está quemándose el chalé? —pregunta mi hermana.

Fox frunce el ceño y yo pongo los ojos en blanco. Allá vamos.

—No, Su Alteza, pero…

—¿Nos ataca una jauría de jabalís?

Fox niega con la cabeza incrédulo.

—¿Solo son tres para protegernos esta noche?

El auxiliar esboza una sonrisa de derrota.

—No, Su Alteza.

—Entonces, pueden jugar. Tómenselo como una orden —exige repartiendo las cartas—. Venga.

—No se hace esperar a una princesa —anuncia Rock engullendo el último bocado. Y luego añade en voz baja, pero no lo suficiente para impedirnos oírlo—: ¡Voy a daros una paliza, tíos!

Se frota las manos y rodea la mesa para unirse a nosotros. Los otros dos se levantan, con lo que dejan que sus platos casi vacíos presidan con orgullo la encimera. Sin embargo, Nine sigue con los brazos pegados a ambos costados del cuerpo. Está examinando los dos sitios que siguen libres en la mesa: un sillón de cuero cerca de mi hermana y un lugar a mi lado. Se mordisquea el labio antes de echar un vistazo rápido a Fox. Me fijo en su intercambio silencioso, pero soy incapaz de adivinar el significado.

Soy consciente de que he dejado de respirar mientras esperaba que el cojín se hundiera junto a mí. Cierro los ojos e inhalo el olor electrizante del guardaespaldas.

Así que a mi lado.

* * *

—¡Aaah!

El grito estridente e infantil de mi hermana, que se adueña del tótem de madera con rapidez, nos hace estallar en carcajadas.

—¡He vuelto a ganar! —exclama encantada.

Una amplia sonrisa se le pinta en los labios, pero le sigue enseguida una mueca enfurruñada.

—Espero que ninguno de ustedes haya perdido aposta.

Señala el objeto delante de nosotros.

—No, princesa. ¡Es que usted es muy buena!

Pia se mueve nerviosamente en el suelo, orgullosa del comentario de Fox.

—Vas demasiado rápido, no tengo tiempo ni de ver las cartas —refunfuño.

A decir verdad, mi lentitud no se debe a la falta de habilidad, sino a la presencia opresiva de Nine a mi lado. De hecho, me da miedo lanzarme sobre el tótem y cogerle la mano de paso. Sentir aquella piel bajo los dedos provocaría demasiadas sensaciones imposibles de disimular en este pequeño grupo que formamos los seis.

Me desestabiliza bastante tenerlo tan cerca y ser tan consciente de él. Hemos sobrepasado muchos límites y sé cosas demasiado importantes como para ser capaz de permanecer de piedra. Ahora que ha vuelto, el alivio, las ganas de hablarle, de entender y de llenar los vacíos en mi memoria intensifican mi forma de reaccionar ante él.

—¡Nunca has sido bueno, hermano!

Me contengo de hacerle un gesto obsceno y me río, mirando a mi vecino sin pensarlo. Nuestras miradas se cruzan y bajo los ojos con las mejillas ardiendo. Empieza la siguiente partida e intento ignorar el brazo del agente que roza el mío. El calor de su cuerpo resulta difícil de obviar, y las sacudidas que me provoca en el cuerpo, aún más.

—*Yes!* —grita Rock—. Ya está, estoy empezando a cogerle el truco.

—No ibas a darnos…

Nine se calla y veo cómo mueve los labios para decir en silencio «una paliza» de manera exagerada, lo que hace reír a Fox.

—Es por respeto a las damas —se defiende Rock.

—¡Entonces están dejándome ganar de verdad!

—¡En absoluto! —replica Fox—. Lo que Rock no consigue decir, princesa Pia, es que es muy engreído y, por lo visto, no tan bueno en el juego como parece.

Nine ahoga una risa tosiendo con fuerza y ese movimiento le hace balancearse sobre mí de forma que nuestros hombros se tocan. Me estremezco y me obligo a mirar el tótem de madera en la mesa de centro. Luego, lo espío de reojo sin poder evitarlo. Las comisuras de los labios se le levantan con una sonrisa, los ojos se le entrecierran de hilaridad y su cara refleja felicidad. Su voz franca me electriza la piel. Es magnífico, y me sorprendo imaginando lo que hemos podido haber hecho estos dos últimos años cuando quedábamos. Mis ojos aterrizan sin querer en esas manos firmes que agarran las cartas. Las venas que palpitan bajo esa piel dorada me llevan por instinto al preciso momento en el que se agarraba el pene. Me quedo sin aliento e intento tomar aire sin comerme el olor de su gel de ducha. Está claro que hemos ido más allá de unos simples besos. Lo que vi bajo la ducha, el fuego que despertó en mí, lo que hablamos en su cocina… Que yo recuerde, nunca me he acostado con ningún hombre. Pero noto que sí ha ocurrido. Con él.

Un deseo ardiente prende dentro de mí y dejo de mirar al guardaespaldas para concentrarme en el juego. ¡No es momento de tener otra erección!

—Le toca, príncipe Léonard.

La voz suave de Nine, a varios centímetros de mí, da al traste con mi estabilidad. O quizá es solo este exceso de preguntas sin respuestas, este torbellino de emociones y mi incapacidad para tener las ideas claras desde hace semanas. Me siento agotado y acorralado. Coloco las cartas en la mesa con un aparente control a pesar de mi agitación interior.

—Voy a retirarme —respondo.

—¡Oh! —exclama Pia—. ¿Te encuentras bien? Estás pálido.

Al momento, aprieta los labios, molesta por haber llamado la atención sobre mi salud cuando no estamos solos. Nine se tensa y siento que me escruta. No me atrevo a mirarlo y me limito a asentir.

—Estoy cansado. Solo necesito descansar.

«Y dejar de pensar».

Me levanto a la vez que los agentes y Greta, quienes me hacen una reverencia cortés. Me alejo del salón velozmente y subo a mi habitación.

Las horas que siguen son interminables y no puedo conciliar el sueño que sé que sería reparador. Lo único que me da vueltas en la cabeza es el agente Nine.

Este capitán Galbero que hace unos meses era un desconocido y que, ahora, es imposible que lo borre de la mente.

Debería rechazarlo. Imponerle límites. Debería recordarle su lugar y el mío, olvidar lo que me ha confesado, lo que hemos hecho. Fingir que todo esto no tiene ninguna importancia, que no tiene ningún efecto en mí, y borrar las fotos de mi ordenador para no volver a pensar en él.

Yo soy el príncipe, y él, un guardaespaldas.

Tenía la «suerte» de no recordar nada al salir del hospital. De disponer de la posibilidad de hacer las cosas de otra forma. Sin embargo, tengo la desagradable sensación de que haga lo que haga y pase lo que pase, el camino ya está trazado.

Estoy destinado a desearlo.

Me levanto de la cama, agarro la ropa, me visto con rapidez y voy al lugar donde sé que encontraré las respuestas. Necesito entender qué éramos. Quiero tener la conversación que nunca hemos tenido y que me debe.

Capítulo 27

Nine

Tengo la mano pegada a la puerta de madera de mi habitación y miro a Léonard con sorpresa. Pensaba que había ido a acostarse y, aunque me hubiera gustado ir a comprobar que todo estuviera bien, recurrí a mis años de autocontrol para no hacerlo. Y eso que he tenido que pasar delante de su cuarto, así de fuerte es mi mente a veces. Aunque, cuando él está delante de mí, acostumbra a debilitarse un poco.

Desde el umbral, se retuerce nervioso el dobladillo de la camiseta sin evitar pasear la mirada por mi pecho desnudo. Hace varias semanas habría sabido ignorar el brillo de esos ojos, solo por proteger mi corazón herido y roto. Pero, desde entonces, las cosas han cambiado; él sabe que lo he deseado. Sabe que hemos tenido una historia y, lo que es más, tengo un recuerdo muy muy vívido de su cuerpo tibio contra el mío en la encimera de mi cocina. Esa noche en la que lo saqué de las garras de un grupo de imbéciles —que quise desollar vivos— y en la que no pude evitar la tentación de su boca, de su piel dulce y del brillo de sus ojos. Carraspeo y desvío la atención de mis pantalones, que empiezan a apretarme. Me aparto inmediatamente para dejarlo pasar.

—¿Pasa algo?

—¿Le molesto? —pregunta él, a la vez, con las manos entrelazadas.

Esbozo una sonrisa y contemplo divertido el rincón donde se esconde avergonzado. Ya no está pálido en absoluto, sino que se le colorean las mejillas con un tono mucho más atractivo. Recuerdo ese mismo rubor en su cara cuando se ponía a jadear sobre mí y respondo con seguridad:

—Estaba cambiándome la venda. Pase.

Le doy la espalda y oigo cómo se cierra la puerta. Una respiración pesada sigue a la mía y cierro los ojos.

«Joder. Lo echo de menos, pero es peor cuando está a mi lado».

Inspiro con fuerza y me vuelvo hacia él. Se ha quedado en la entrada de la habitación y lo veo examinar su alrededor. Se tropieza con mi mochila, que está tirada en el suelo y de la que sobresale algo de ropa.

—¿Necesitas algo?

Me muerdo el labio porque mi pregunta le ha hecho echarse hacia atrás un poco y tengo el reflejo de acercarme para retenerlo.

—No me molestas —continúo.

Me mira fijamente y suspira.

—Usted…

Aprieta los labios y me observa, antes de darse cuenta de todos los apósitos que hay sobre la cama.

—¿Necesitas ayuda?

Enarco una ceja con sorpresa.

—Yo… —suelto, falto de palabras—. Sí. Vale.

Me acerco al colchón y me siento en él. Cojo el desinfectante para empapar una tira de gasa. Antes de quitarme la venda que tengo pegada al bíceps, él me ayuda y se me contraen los músculos. Levanto la cabeza y me pierdo en su mirada clara. Se me corta la respiración y soy incapaz de separarme de él. Léo agarra el apósito con los dedos y separa la venda con cuidado. Entorna los ojos para concentrarse en la tarea. Tiene la cara peligrosamente cerca de la mía mientras se dedica a limpiarme la herida, que sigue abierta. Me

tiembla la piel al contacto del frío del líquido y Léonard se pone tenso.

—Lo siento —susurra.

Me limito a negar con la cabeza, no tanto para contradecirle como para dejar de mirarlo. Las cejas rubias, la rotunda mandíbula, la curva de esos labios rosados, la forma estrecha y orgullosa de la nariz… Tomo aire al darme cuenta de que había dejado de respirar. Luego, su olor me enciende los sentidos y se me doblan los dedos sobre la tela áspera de los pantalones. Léo no parece reaccionar a nuestra proximidad, ensimismado en quitarme los restos de sangre seca que hay sobre la antiestética cicatriz.

—¿Te duele?

Su voz dulce me saca de mi letargo y nuestros ojos se encuentran una fracción de segundo antes de que él desvíe la mirada. Solo tengo que levantar la mano para tocarlo; un dedo apenas y sentiré la piel de su codo. Me sé de memoria la sensación que me provoca su tacto. Sin embargo, aprieto los puños y recupero la compostura.

—Otras veces ha sido peor.

Me mira la ingle y las piernas antes de volver a subir hacia mi cara. Esta vez, clava la mirada en la mía y no la aparta. Las sostenemos durante unos segundos, quizá unos treinta. Y nada más me importa porque, al tenerlo cerca de mí, me doy cuenta de que sí, de que hay cosas que duelen. Como cuando el hijo del vecino me desencajó la mandíbula cuando tenía catorce años. Como cuando me dispararon —varias veces incluso— durante una operación secreta. Como cuando me torturó un grupo de rebeldes en un remoto pueblo somalí. He sufrido en la vida.

He perdido a personas que quería.

Y lo he superado.

Sin embargo, hay una cosa a la que no consigo acostumbrarme y que me duele inmensamente. Mucho más que todos mis problemas juntos. Hoy, mi sufrimiento es sordo. Invisible. Profundo. Irremediable. El trabajo, el deporte, el sueño, los chutes de adrenalina, nada me alivia.

Nunca.

Estoy condenado a vivir con este dolor latente e insostenible que me irradia desde el pecho cada vez que *él* está ahí. Soy consciente de ello y me resigno, porque nada puede reparar un corazón roto.

Y estoy seguro de que, ahora mismo, él también lo siente. Porque, aunque finja, sé que está escondiendo algo, algo que trata de enterrar bien adentro en cuanto me ve. Y me duele. Muchísimo.

Sus dedos fríos me aprietan la piel dolorida y se echa hacia atrás de golpe. Una calidez sofocante se hace presa de mí a pesar de la distancia que nos imponemos y, cuando me miro el brazo, me doy cuenta con tristeza de que ya me ha puesto la venda.

—Gracias.

Yo también me levanto. Da varios pasos hacia atrás, se choca contra el enorme armario detrás de él y las mejillas se le sonrojan ligeramente. Cojo la camiseta que he sacado de la mochila y me la pongo. Cuando me vuelvo hacia él, tuerce la cara con una mueca que reconozco demasiado bien como para no alegrarme de verla.

«La decepción de ver desaparecer algo bonito».

—¿Algún problema, Su Alteza? —me burlo cortésmente.

—Ninguno.

Traga saliva antes de mirarme.

—Entonces, ¿volvemos a tratarnos de usted, agente Galbero?

Me río.

—Creo que no te he hablado de usted desde que has llegado —exclamo recogiendo los productos esparcidos por la cama.

—«Su Alteza» —repite con desdén.

Suspiro.

—Es lo que eres, Léonard.

Me hubiera gustado que ese comentario no fuera tan frío, pero, cuando levanto la cara, no leo un gesto de decepción en sus rasgos, sino una profunda desazón.

—Cuéntame.

Me quedo inmóvil.

—Cuéntame lo que pasó entre nosotros. Lo que he olvidado, lo que estaba haciendo aquella noche solo en mi Audi. ¿Por qué no estabas conmigo?

Tiro el material médico en la mochila y me apoyo en la pared en una postura que espero denote apatía, pues siempre me ha resultado fácil fingir indiferencia. Es una especie de coraza que tengo, aunque en el fondo me sienta vacío y sufra. Me cruzo de brazos con cuidado para no hacerme daño en el bíceps malo y empiezo a contarle lo que quiere saber, con una voz más grave de lo normal:

—Empecé a trabajar para ti el 18 de septiembre de 2018.

Me detengo, lo observo fijamente sin decir nada a la espera de que asimile esta primera información. Y no tardo en ver el momento en el que lo entiende, porque abre y cierra los labios de inmediato.

—El nombre de la carpeta —murmura.

—Ese día me las hiciste pasar canutas —continúo con una sonrisa—. Parecido a cuando volviste a palacio.

Ahora es él quien sonríe y pone los ojos en blanco instintivamente. Me río, pero el dolor de recordar me lacera el pecho. Me paso una mano nerviosamente por la cara y suspiro.

—No te gustaba que te hubieran quitado a Mads. Yo era nuevo, pensabas que no tenía experiencia y pretendías hacerme saber cuál era mi sitio.

Se le desvanece la sonrisa y prosigo, incapaz de detenerme:

—Los meses siguientes fueron de lo más normal. Recepciones, ceremonias, reuniones oficiales. Me seguías odiando, intentabas sacarme de quicio. Salías a escondidas por la noche y tratabas de escapar de mi vigilancia en cuanto podías, solo para ponerme a prueba. Entonces, un día, sencillamente paraste. Creo que estabas harto de escapar de mí.

Se aleja del armario y se desploma en la silla del escritorio, con la cabeza apoyada entre las manos.

—¿Léo?

—No pares —me ordena.

Me acerco a él y me siento al borde del colchón. Quiero ponerle una mano detrás de la cabeza, acariciarle la nuca y masajearle los músculos tensos como hice muchísimas veces en el pasado, aquellos días en los que se sentía acorralado. Pero me contengo.

—Un día te llevé a palacio después de una noche en el Element. Estabas borracho y te costaba andar. No era la primera vez que eso ocurría en aquella época, pero no podía preguntarte qué era lo que te pasaba. Mi papel no consistía en inmiscuirme en tu vida, no debía olvidar que solo era un guardaespaldas. Me lo habías hecho prometer el primer día y quería mantener mi trabajo, incluso a pesar de que…

Me callo y él levanta la cara. Tiene los ojos enrojecidos y me mira como si tratara de contener un sollozo.

—Incluso a pesar de que, después de ese día, creí que me quedaba poco tiempo contigo…

Frunce el ceño.

—Me besaste —admito—. Después de eso, había dos opciones: o bien asumías tu responsabilidad, pero preferirías acabar con mi contrato por razones éticas, o simplemente me echabas.

Se levanta con tanta brusquedad que choca con el respaldo del asiento mientras la respiración se le entrecorta. Me quedo quieto, con los ojos fijos en los suyos, y no puedo evitar disfrutar de la reacción que le ha provocado mi confesión.

—Asumiste la responsabilidad, pero no me despediste.

Aunque eso ya lo sabe. Si no, no estaría aquí.

—Me atraías —continúo—. Me di cuenta en tan solo unas semanas… —Hago una pequeña pausa antes de seguir—: Sentía cosas por ti. Nunca intenté nada. Nunca. Y, si no hubieras dado tú el primer paso, seguramente nunca lo habrías sabido.

Esta vez soy yo quien se levanta, desbordado por el torrente de recuerdos que me inunda, y empiezo a dar vueltas por la habitación. Respiro ruidosamente, incapaz de hacer que baje el nudo que me obstruye la garganta.

—La noche de tu accidente era mi día de descanso.

Tomo el teléfono y lo desbloqueo, consciente de que lo que estoy a punto de hacer puede asustarlo aún más. Porque no es solo un recuerdo abstracto: es una prueba.

—Venías hacia mi casa, algo que solías hacer cuando no estaba en la Guardia Real. No era la primera vez. Esquivar la vigilancia de los agentes y escaparte era tu especialidad, pero lo dejaste pronto conmigo.

Me río.

—Te pillaba cuando intentabas hacer cualquier cosa, pero los otros…

Respiro hondo y pulso en el mensaje de voz. Su voz suena en la habitación y cierro los ojos con fuerza, luchando por contener las lágrimas que me queman en los párpados.

«Bailey. Estoy de camino. Me esperas, ¿no? Abre el vino, quiero una copa en cuanto llegue. Te echo de menos, amor».

Nos miramos y advierto que se le tensan los hombros.

«Mierda, se me ha escapado. ¡Vas a matarme! Tengo que borrar este mensaje antes de que lo escuches».

Bajo la mirada hacia la pantalla del teléfono, sorprendido por las palabras que continúan y que me sé de memoria, por haberlas escuchado todas las noches desde que nos separaron.

«¡Voy para allá! Me… ¡Bailey! ¡Creo que me siguen! ¡Luego te llamo!».

Apago el teléfono y me lo guardo en el bolsillo de atrás de los pantalones.

—Después de esto, no me cogiste las llamadas.

Nos sumimos en un silencio pesado y examino a Léo. Inmóvil, sigue con la mirada clavada en mí. Tiene la boca abierta, como si estuviera buscando las palabras o el aliento, pero no consiguiera encontrar ni una cosa ni otra. Escondo el temblor de los dedos pasándomelos por el pelo. Me caen algunos mechones encima de la frente y me los quito con un movimiento de cabeza.

—¿Viniste a verme al hospital?

Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones y lo miro fijamente.

—No.

Creo que noto cómo se le tensan los hombros, pero su máscara de heredero vuelve en un tiempo récord y no me deja ver si mi admisión lo hiere. No añado nada, porque ¿para qué agobiarlo con ese tipo de detalles? Me prohibí ir a visitarlo solo porque el primer día me presenté en la sala de espera como un loco y desperté sin duda demasiado interés como para repetirlo. No podía volver a ponernos en peligro por culpa de mi imprudencia. Hice como cualquier agente: esperé a que nos llegaran las noticias. Hasta el día en que nos citaron en la sala de reuniones de palacio. Léonard acababa de volver, estábamos alerta desde el anuncio de su llegada y solo pude verlo una vez. Había que asegurarlo todo y los agentes de la guardia del rey se encargaron de llevarlo hasta el recinto. Más tarde, entendí por qué nos habían quitado esa asignación. Éramos los daños colaterales de su amnesia y el rey no quería agobiarlo con rostros desconocidos.

—¿Bailey?

El pecho me hormiguea y clavo la mirada en la suya. Se desploma nuevamente en la silla y se coloca los brazos sobre las piernas; se le ve relajado. Me examina con atención. Los oídos me arden al volver a escuchar mi nombre en su boca.

—¿Durante cuánto tiempo salimos?

El brillo de sus ojos ha cambiado y no consigo descifrar cuáles eran las palabras que en realidad quería decirme.

—Todo empezó unos seis meses después de que yo llegara.

Me observa, y ahora la mirada se le ilumina de un modo más familiar. Mantengo un semblante estoico, con las manos aún metidas en los pantalones para impedirles que se aventuren a otro lugar, e intento que mi actitud sea digna. Como la de un soldado. Erguido e impasible. Sin embargo, un deseo brutal me inunda las venas y el aire se carga con una tensión palpable.

—¿Hemos…?

Echa hacia delante la barbilla, de manera que me siento atraído por una parte más al sur de su cuerpo. Ha separado las piernas y un bulto le deforma la bragueta de los pantalones. Permanezco inmóvil ante esta visión tan inesperada como tentadora y doblo el labio en una sonrisa juguetona. En este momento, sé *perfectamente* cómo van a ir las cosas. No tengo dudas porque se trata de Léonard y me conozco sus reacciones de memoria. Me anticipo a ellas y lo que adivino bajo su coraza me complace hasta unos extremos inimaginables.

—Sí.

—¿Y estaba… bien?

—Estaba *muy* bien —confirmo—. Siempre lo ha estado.

Desliza la mirada disimuladamente sobre mi boca y me escruta cuando me paso la lengua por el labio inferior con unas segundas intenciones más que obvias. Entonces, desvía la mirada hacia mis hombros y mi pecho, escondido bajo una camiseta negra básica, antes de detenerse en mis manos, que tengo metidas en los bolsillos. Las mira con deseo, y suspira lo suficiente como para que yo sepa qué está pensando, de modo que las saco poco a poco.

«Eso es, Léo…».

Traga saliva, mira cómo me crujo los dedos y me acaricio el vientre. En otro contexto, eso habría podido ser un gesto totalmente púdico. Ahora, estoy trayéndole recuerdos que le ha costado borrar.

—Te gustan mis manos.

Separa más las piernas sin darse cuenta y se mordisquea el labio. Todas mis terminaciones nerviosas están crepitando y solo esperan una cosa: ver cómo se deja llevar.

—Son manos —dice con impertinencia.

Me río y doy un paso hacia él.

—Sueles observarlas —continúo—. Te veo cuando crees que no. Sé en lo que piensas cuando las miras.

Respira con fuerza con la boca abierta y es incapaz de separar los ojos de los ademanes que hago sobre mi pecho.

—¿Sabes en qué pensaba el otro día?

Bajo una de las manos a la parte alta de mis pantalones y él gime mientras echa la cabeza hacia atrás. Me ofrece una imagen completa de su cuello, donde se le mueve la nuez. Soy incapaz de parar.

—Pensaba en ti.

Me abro el botón y su mirada lasciva pasa de mi cara a mi mano, que está bajándome la bragueta.

—Tócate —digo para hacerlo reaccionar.

Mi sexo, embutido en los calzoncillos, me grita que lo libere, pero me controlo. No quiero estropearlo todo a fuerza de precipitación. Él todavía no ha dicho nada. Todavía no ha hecho nada.

—¿Es una orden? —me provoca.

—Mi habitación, mis reglas.

Sonríe de esa manera que me da ganas de ponerme de rodillas delante de él y de ofrecerle todo lo que desee con la lengua. Una alegría enorme me quema en las entrañas al ver cómo se quita también los pantalones mientras mueve las caderas con dificultad para bajárselos por debajo del culo. Gritaría de victoria si no me atrajeran tanto sus movimientos.

—¿Y cuáles son sus reglas, capitán Galbero?

—No necesitas esos calzoncillos.

Me palpita el miembro, pero no hago nada porque quiero disfrutar del espectáculo. Quiero volver a ver al Léo que conocí, despreocupado, seductor, erótico. Quiero que actúe sin cuestionarse nada y que tome lo que desea. Y esta noche lo conseguiré cueste lo que cueste. Se quita la tela prieta y libera su pene recto y soberbio.

«Aquí estamos».

—Tócate —repito con voz ronca.

Se cierra los dedos alrededor de la polla y respira con dificultad. Echa la cabeza a un lado, pero no deja de mirarme cuando empieza a mover lentamente el puño alrededor de su glande hinchado. No hay pudor alguno en su forma de ser, de estar, de admirarme. Se ha soltado. Se me corta la respiración y me paso los dedos por mi propio sexo.

—¿Te gusta ver cómo me masturbo, Bailey? —consigue decir a pesar de su excitación.

Oírle pronunciar las mismas palabras que yo unas semanas antes en los baños del Element hace que me estremezca. Ve cómo me llevo los dedos a mi propia erección y las mejillas se le colorean más todavía. Está jadeando. Tomo toda mi longitud en un suspiro de éxtasis. Me tiemblan las piernas cuando me saco la polla para masturbarme con energía. No dejo de mirar el vaivén de Léo, más lento y comedido.

—Bailey.

Lo único que hace es susurrar mi nombre, pero me basta para perder la cabeza. Dejo de tocarme para abalanzarme sobre él. Caigo a sus pies y le tiro de los pantalones para bajárselos hasta la mitad de la pierna. Me mira enfebrecido mientras su miembro late a varios centímetros de mí. Respira con fuerza y le soplo sobre el glande ligeramente húmedo. Contrae la mandíbula y, entonces, me lo meto en la boca. No dejamos de mirarnos y él lanza un improperio mientras me coge del cabello. Me aparto y le hago cosquillas en la vena con la punta de la lengua.

—No pares.

Vuelvo a agarrarle la polla, pero esta vez me la meto en la garganta con tanta fuerza que he de reprimir las náuseas, al tiempo que él gruñe y me tira del pelo. Empiezo a subir por su miembro con los dedos y ellos mismos se dirigen al sitio en que sé que sentirá placer. Es como un gesto automático, me transporta a meses atrás, pero no preveo su inesperada reacción: me da un fuerte empujón que me envía de espaldas contra la cama. Describo una mueca de dolor, ya que la única forma que tengo de contrarrestar la caída es apoyándome en el brazo herido para aguantarme.

—¡Mierda!

Léonard se precipita sobre mí absolutamente aterrorizado. Le tiemblan los dedos, pero me agarra por la espalda para ayudarme a levantar.

—Lo siento. Yo…

No termina la frase y se pone rojo, con aspecto de estar completamente perdido. Le agarro la cara y lo obligo a mirarme. Me he hecho muchísimo daño, pero intento borrar el dolor para concentrarme en todo lo que me importa: Léo y lo que casi le obligo a hacer.

—Yo soy el que lo siente —murmuro.

Avanzo un poco más y le doy un ligero beso en los labios. Bufa de frustración en cuanto me separo.

—Perdóname. No lo he pensado.

Le beso en la mejilla. Él suelta aire.

—No haremos nada que no quieras.

Le beso la punta de la nariz. Me aprieta la cadera con los dedos y me acerca más a él. Nuestros penes se chocan. Apoyo la frente en la suya e intento calmar el ardor que me quema las venas. He dejado hablar a mi excitación y he estado a punto de hacer algo de lo que nos hubiéramos arrepentido los dos: él, porque no tenía ganas, y yo, porque iba a actuar demasiado deprisa. Léo ya no es el Léo que conocí.

—No haremos nada que no estés dispuesto a hacer. Mi habitación, *tus* normas.

Le beso la comisura de los labios, que vuelve a tener abiertos.

—Lo siento —añado con arrepentimiento—. Tendría que haber empezado por aquí.

Me fundo en sus labios y los beso con avidez. Gime en mi lengua y la hundo para entrelazarla a la suya. Me explota el corazón cuando noto su sabor y su olor, y se mezclan con el sabor de su miembro, aún presente en el fondo de mi paladar. Lo acerco a mí y nos caemos en la cama. Él se ríe al chocar contra mi pecho mientras me recorre con la mirada el cuello desnudo. Me huele la piel antes de morderla con avidez.

—Tócame —me dice al oído—. Por favor, acarícíame.

Aprieta las caderas contra las mías y rodeo con la mano su erección caliente y aún húmeda de saliva.

—¿Así? —le pregunto.

Gime y asiente. Marca el ritmo moviéndose de atrás hacia delante sin dejar de jadear. Le masturbo mientras le beso la sien, la mejilla y la mandíbula y le paso un dedo debajo de la barbilla para levantarle el rostro hacia el mío. Con las mejillas rojas de excitación, reduce la distancia hacia mis labios. Me besa, primero con pudor, y la punta de su lengua me toca ocasionalmente la boca antes de que me ponga las manos en el pelo y me atraiga a él. Esta vez, me besa con más fuerza. Me muerde el labio inferior hasta que me hace gemir y empuja su sexo contra mi mano. Está encima de mí y lo separo con el hombro sano para inclinarme sobre él. Le quito los chinos, que le dejan al descubierto las piernas esbeltas y fuertes. Me sorprende contemplándolas y levanta la barbilla con orgullo.

—Aún está muy vestido, capitán Galbero.

Le guiño el ojo seductoramente y me quito la camiseta para enseñarle el pecho. Toco la venda que me ha puesto antes de separar el elástico de los calzoncillos atrapados en los vaqueros.

—Más.

Obedezco y me quito el resto de la ropa y, en esta ocasión, acabo completamente desnudo. Cuando levanto la mirada, él se quita la parte de arriba y me quedo sin aliento. Me mira la cicatriz de la pierna —la menos estética de todas— y me tumbo sobre él sin más preámbulos mientras toda la piel se me pone de gallina. Tiene el mismo olor que antes y, aunque le haya cambiado un poco la figura, la sensación de su cuerpo bajo el mío me hace arder de impaciencia. Tengo las manos colocadas cerca de su cabeza y lo observo sin hablar. Le beso la frente. El corazón me retumba en el pecho tras este tierno gesto que solía hacer cuando nadie nos veía y cierro los ojos para que las lágrimas dejen de escocerme. Y entonces ahogo un grito porque Léo ha cogido nuestros sexos y los aprieta. Cuando vuelvo a mirarle a esos ojos claros, el estómago se me encoje. Le empujo el puño y nuestras pollas se frotan lascivamente entre ellas.

—No has perdido la mano —le pincho entre gemidos.

—Aprendo rápido.

—Dame la mano.

Levanta la única que tiene libre y niego con la cabeza. Frunce el ceño y le sonrío con burla.

—La otra.

Deja su tarea y le agarro la mano, cuya palma lamo lascivamente antes de volver a colocarla en su lugar. Cuando vuelvo a mover mi miembro contra el suyo, la saliva provoca una sensación embriagadora y Léo gime aún más. Sigo con las sacudidas y me deleito en la fricción de nuestros sexos juntos. Enrollo la mano sobre sus dedos para que apriete más. Tiene la boca abierta, respira con fuerza y hundo la lengua entre sus labios con ganas mientras nos masturbamos cada vez más velozmente.

—Voy a correrme —le digo en un jadeo.

Mi glande vuelve a golpear el suyo y no consigo aguantarme más. Soy el primero que eyacula, murmurando palabras que espero que sean incomprensibles, perdidas en medio de su nombre que repito sin parar. Mi semen facilita la fricción, con lo que se corre inmediatamente en un gruñido sordo y sincopado, con la atención clavada en mi mirada, que el orgasmo ha nublado. En cuanto dejo de temblar, me echo sobre el colchón con los ojos fijos en el techo blanco mientras intento controlar los movimientos del pecho. Léonard se levanta y, antes de que salga de la cama, lo agarro.

—¿Te vas? —pregunto, presa del pánico.

—Necesito secarme.

Vuelve a estar distante y suspiro frustrado.

—No te muevas.

Me agacho hasta el suelo para recoger la camiseta de mangas largas que he llevado puesta todo el día y se la doy.

—Gracias.

Hay duda en su voz. Se gira, para ocultar las manos de mi vista, y se las seca con rapidez. Luego me devuelve la camiseta, examinándome de paso el pecho desnudo, y lo atraigo hacia mí.

—Estás aterrorizado —le digo mientras lo rodeo con los brazos.

Se tensa a mi contacto y se me encoge el corazón. Deja caer mi camiseta sucia al suelo.

—No.

—Mentiroso.

Se ríe; pero no es esa clase de risa que emana sinceridad y franqueza, sino más bien la de un tipo que no sabe dónde meterse. Un tipo que se arrepiente de lo que acaba de hacer, que no sabe cómo salir de la habitación en la que acaba de follar. Y me siento como una mierda.

—Digamos que… ahora que está hecho, siento menos… confianza y seguridad en mí mismo.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho? —le pregunto con voz ronca.

—Sí.

A mi pesar, tuerzo el gesto porque, si no confía en nosotros después de lo que ha pasado, no sé qué más puedo hacer. Cómo puedo tranquilizarlo. Quiero decirle que todo irá bien y que no debe tener miedo, pero me limito a suspirar mientras lo libero de mi forzado abrazo.

Al fin y al cabo, es evidente que lo único que quiere es largarse de aquí. Así que es mejor que haga lo que siempre he hecho: dejarle espacio.

—Voy a volver a mi habitación.

Con los ojos fijos en el impersonal techo, suprimo como puedo la angustia que me invade. Me paso el brazo sano bajo la nuca, mientras soy muy consciente de cada movimiento que hace en la habitación. Se pone la ropa interior, recoge los pantalones y se viste de nuevo con la arrugada camiseta. Avergonzado, se aclara la garganta. Imagino que abre la boca para decir algo, pero reina el silencio, y, por fin, la puerta se abre despacio antes de cerrarse detrás de él, lo que me sume en un silencio total. Siento un peso asfixiante en el pecho y se me forma un nudo enorme en el estómago que me va subiendo poco a poco a la garganta, donde se queda atascado pese a mis esfuerzos por tragármelo. Cuando me paso los dedos por la cara, me seco las lágrimas con rabia.

Hacía meses que no lloraba. Pero esta noche no he podido aguantarme más.

Capítulo 28

Léonard

Respiro con la atención puesta en el lago helado que hay delante de mí. No tengo nada de ganas de volver dentro del chalé y de arriesgarme a cruzarme con Bailey.

Ha sido necesario un momento de debilidad, un deseo demasiado abrumador para poder ahogarlo, una voz demasiado vibrante para ignorarla, que aquí estoy, pensando en él por su nombre de pila.

Tiro una piedra con rabia.

Eso es algo que nunca debería haber cambiado. Nunca. Era agente Galbero. Nine. Capitán. Todo menos Bailey. Incluso después de habernos besado en su casa. Incluso después de lo que me confesó la noche de la recepción. Incluso después de haberme enterado de nuestra antigua relación. Había conseguido guardar distancia, que me impuse a pesar de todo lo que sentía. Pero desde ayer…

Suspiro hundiendo más las manos en los bolsillos del abrigo.

Desde ayer, no consigo sacarme su nombre de la cabeza. Estoy metido en un berenjenal. Porque hemos cruzado la línea roja, hemos ido demasiado lejos como para poder volver atrás.

He luchado durante años contra las sensaciones que algunos hombres despiertan en mí y he cedido más en un mes de lo que he

hecho en toda la vida.

Me inspecciono los zapatos; tengo los pies helados por la nieve, que no ha dejado de caer estos últimos días. No me siento la punta de la nariz y echo la cabeza hacia atrás con la mirada perdida.

Dios mío, casi me he acostado con Nine.

«¡Puto Bailey!».

He tenido algunas aventuras con mujeres, pero se cuentan con los dedos de la mano. Siempre han sido pocas. A escondidas. No podía liarme con cualquiera. Una palabra suya y mi nombre aparecía públicamente. Lo que pasó ayer…

Fue mi primera vez con un hombre, al menos la única que yo recuerde.

Y soy incapaz de decidir a cuál de mis sentimientos quiero dejar ganar a partir de ahora: al placer intenso que sentí hasta en lo más hondo de las venas o al pánico que me destroza desde que acabé.

«—¿Viniste a verme al hospital?

—No».

«No».

El pecho se me retuerce de dolor.

Obtuve la respuesta que necesitaba escuchar. La que me tendría que haber hecho salir de la habitación, con la convicción de que no era buena idea quedarme allí. La que ahora acaba de convencerme de algo que no había pensado antes y que debería ser evidente: no sentíamos lo mismo. Estaba dispuesto a abdicar por él. ¿Y qué iba a conseguir? Nada. Una relación condenada al fracaso, dos vidas divergentes, dos personas demasiado distintas. Tendría que haber usado su confesión tácita como epifanía para hacer cesar esta espiral infernal en la que me sumerjo en cuerpo y alma cuando estoy junto a él. En lugar de eso, me he bajado los calzoncillos y he hecho lo que me apetecía hacer, perdido por completo en esos iris suyos, turbios de deseo.

Cierro los ojos cegado por el sol que se abre paso a través de una nube gruesa y blanca.

«Es lo que eres, Léo».

Su Alteza. Y él es mi guardaespaldas. Nunca debería haber sido nada más, y mi amnesia me había dado una oportunidad para no volver a caer en los engranajes de una relación sentimental tan exaltada como prohibida. Sin embargo, es como si mi cuerpo recordara lo que mi cabeza ha olvidado. Se agita y protesta, lejos de resignarse a lo que mi cerebro le dicta.

«Quería mantener mi puesto».

El trabajo que tanto le gusta y que nunca abandonaría. ¿Y por qué razón debería siquiera pensarlo? Por ninguna. Si hubiera querido volver conmigo después del accidente… lo habría hecho. Mi segunda oportunidad está ahí, la que me da el universo para no tropezar dos veces con la misma piedra, para que no abandone mi estatus ni el orden establecido desde que nací en pos de una relación desconocida. De un hombre inalcanzable. Aunque cada vez me sienta más ahogado por los convencionalismos y por todo lo que se espera de mí, es lo que soy.

Y por todo me odio. Por haber intentado poner una barrera y no haberlo conseguido. Por haber sucumbido y haberlo arrastrado conmigo a una relación imposible.

Vuelvo a sorberme la nariz helada y me la froto con la manga del abrigo. Una rama se rompe detrás de mí y me doy la vuelta sobresaltado.

—Perdóname, no quería darte un susto.

Pia sonríe envuelta en un poncho de lana beis y un gorro negro que le cubre toda la parte de arriba de la cabeza.

—Llevas aquí más de una hora, vas a coger frío.

Me encojo de hombros mientras ella se sienta a mi lado sobre una roca helada. Balancea las piernas hacia delante y hacia atrás.

—No estás bien.

No es una pregunta. Bajo la cabeza para poner la vista el sendero que tenemos a nuestros pies con el ceño fruncido. Necesitaría llamar a mi mejor amigo, aunque él me haya escondido cosas que podrían haberme ayudado a aclararme y a evitarme esta situación.

—No has soltado prenda en todo el día, ayer y esta mañana…

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería tu vida si no hubieras sido una Björnen?

Se me corta la voz al final de la frase. Pia se vuelve hacia mí y me escruta con preocupación.

—¿Te refieres a si no hubiera sido la princesa de Saryha?

Asiento y concentra su atención en el lago.

—Nunca —confiesa sincera—. Me gusta mi vida.

Se hace un silencio entre nosotros antes de que ella afirme:

—De hecho, lo único que me he permitido imaginar ha sido estar en tu lugar. —Se frota las cejas y añade—: Ser la primogénita. La heredera de la Corona.

Me sonríe y desliza las manos enguantadas bajo las piernas. Su confesión no me sorprende, más bien al contrario, y me da pena. Sé que ella siempre ha sido mucho mejor que yo en lo que la familia exige. Cumple con sus obligaciones con alegría y sin reticencias. O, en todo caso, no como yo. Que ella sea una mujer no es impedimento para la sucesión. Aunque desde hace varias generaciones los primogénitos hayan sido hombres, ya ha sucedido que una Björnen nazca antes que un hijo y dirija el reino. Quizá por eso ella y yo ya hemos pensado en cómo habrían sido nuestras vidas si hubiéramos venido al mundo en orden cambiado.

—¿Ya hemos tenido esta conversación antes?

Mi hermana niega con la cabeza y me lanza una tímida mirada.

—Bueno, casi la tuvimos el día que me confesaste que querías abdicar. Además, en ese momento me imaginé cómo sería ocupar tu lugar algún día. Tenía una ínfima esperanza de que ese fuera el caso si hubieras seguido adelante con tu idea. —Se muerde el labio—. Perdóname. No debería decir todo esto. No es nada apropiado.

—Sí —me apresuro a contradecirla—. Me gusta saberlo, pero… —Respiro con fuerza—. No sé de dónde he sacado el valor para imaginarme algo así. Abdicar… Me parece un sueño irreal. Mi papel es sustituir a padre y no me atrevo a pensar en la decepción que le haría sentir si tomara tal decisión. Y a madre…

—Los dos sabemos que no es factible. Has nacido para reinar, y padre y madre no aceptarían nunca que renunciaras a tu título.

Ella baja la cabeza para contemplar lo que está pasando más abajo. De pronto, siento que me ahogo por el rumbo de la conversación y lo único que se me ocurre para dejar de pensarlo es anunciarle:

—La encontré.

—¿A la chica de la que me hablaste? —exclama con sorpresa.

Tengo la boca abierta y un vapor blanco se me escapa de los labios.

—¿Te han vuelto los recuerdos? ¿Qué te ha dicho?

Trago saliva ruidosamente y me tiro del gorro para intentar esconder las mejillas enrojecidas. Digamos que hemos hablado menos de lo que habríamos debido, pero me guardo esa información para mí.

—Pia… —empiezo.

Sacudo la cabeza sin estar preparado para contárselo todo. Mi intento por cambiar de tema es un fracaso estrepitoso porque el pánico me obstruye rápidamente la garganta. Conozco a mi hermana y, aunque confíe en ella, me da miedo la reacción que pueda tener. Clavo la mirada en la suya. Parece contenta por mí y estoy a punto de decepcionarla. Aun así, confieso en un murmullo:

—No era una mujer.

Ella se echa hacia atrás.

—¿Cómo?

—Es un hombre —aclaro—. Y, como ya sabías, no era de nuestra clase social. Pero no sé qué es peor, la verdad.

El peso que siento sobre los hombros parece haberse doblado. Me levanto de un salto de la roca para acabar con esta lamentable conversación. Vuelvo a hundir las manos en los bolsillos del abrigo y me acerco a la orilla del lago dando patadas a algunas piedras conforme avanzo. La confesión aún me quema en la lengua y saco todo el aire de los pulmones mientras rezo para que mi huida marque el final de lo que he iniciado. Pero el crujido detrás de mí me indica que Pia me sigue y se pone a mi lado.

—¿Él sabe que tú lo sabes? —acaba diciendo.

—Sí.

—¿Y que querías abdicar por él?

—No me ha hablado de eso y yo tampoco lo haré.

Cojo aire y levanto la barbilla para observar el cielo nublado. Él no debe saber ese error porque anunciárselo lo volvería real.

—No me arriesgaría a mostrarme más vulnerable y frágil delante de él de lo que ya lo he hecho. No sé cómo fue nuestra relación, así que prefiero que no sepa las intenciones que tenía con él. Es un hombre entregado a su trabajo, tal y como yo lo estoy a mis funciones. Es mejor que la cosa se quede así.

Me balanceo de una pierna a otra mientras Pia permanece impasible a mi izquierda.

—Pero ¿cómo lo conociste si no es de nuestra clase social?

—¿Eso es con lo que te quedas? —me sorprendo—. ¿No te ha impactado lo que te he dicho? ¿No te impacta que sea un hombre?

—¡No! Claro que no. ¿Por qué debería?

Me mira estupefacta y me siento un poco idiota por haber podido imaginar aunque fuera un segundo que sería capaz de juzgarme. Si hubiera tenido agallas de contárselo antes, quizá todo esto no habría ocurrido, o sería distinto.

—Eres mi hermano. Es cierto que preferiría que fuera un aristócrata o un duque o yo qué sé, porque es más fácil de gestionar públicamente. Pero que sea un hombre o una mujer no me importa.

Esbozo una sonrisa ante el discurso de mi hermana pequeña. Tal vez no tiene aún la edad para entender todos los problemas que una relación entre dos hombres puede causar a nuestro nivel en la sociedad, pero la ternura de sus palabras me tranquiliza.

—De todas formas, da igual quién sea, puesto que esto no irá a más —confieso—. Me casaré con la mujer que padre y madre escojan y cumpliré con las funciones que me asignen, como debe ser.

—Me parece triste.

—La vida no es de color de rosa —señalo con un poco de amargura—. Es lo que hay, Pia. Y esto es lo que somos.

—¿Es tan inconcebible que estés con él o con otra persona?

Ella me mira con los labios apretados y un aire decaído. Los cuatro años que nos separan me parecen un abismo. Su juventud se hace patente en la posición que adopta ante una cuestión tan importante. Me entran ganas de protestar porque sus libros no la ayudan a ser objetiva con este tema, pero ¿quién soy yo para juzgarla?

—Soy el príncipe heredero, ¿qué quieres que haga?

—Vivir en tu época —declara ella con energía—. Estamos en el siglo XXI y los matrimonios homosexuales llevan años legalizados. Kyrre se casó con un hombre.

—Kyrre no está en la línea directa de sucesión, es un primo lejano de padre. Nunca estará al frente del reino.

—¿Y qué?

Se echa hacia atrás como si yo acabara de decir una aberración. No puedo enfadarme con ella por idealizar un mundo que no es el nuestro. Por muy aceptada y extendida que esté la homosexualidad, no es factible entre nosotros, los líderes del mundo.

—Pia, no sería un desgraciado si me casara con una mujer que me gustara. Me atraen y quiero fundar una familia.

—No te has visto cuando me hablaste de él, cuando me dijiste que era distinto —responde ella—. Lo que vi en tus ojos aquella noche… Nunca te había visto así.

—El tiempo verbal que has usado en tu frase es revelador. Él *era* distinto. Hoy en día *es* distinto.

—¿Aún lo quieres?

Esta vez soy yo quien se echa hacia atrás y se me acelera la respiración. Se me pone rígido todo el cuerpo porque una sensación peculiar se me extiende por los músculos ante los recuerdos que tanto he intentado reprimir durante las últimas horas. Él y yo en esa habitación.

«¿Lo quiero?».

—Ni idea —admito con el corazón encogido—. Pero esa no es la pregunta, nunca habrá él y yo. Es así y hay que aceptarlo. Solo

quería que lo supieras.

Ella se cruza de brazos con tristeza. Me arrepiento de haber tenido esta conversación al ver su expresión taciturna. Parece triste e indignada por todo lo que acabo de contarle. Me acerco a ella y le acaricio la sonrosada mejilla. Algún día entenderá que la vida es así. Que tiene sus altos y sus bajos, pero, sobre todo, sus obligaciones.

—Estaré encantado con mi futura mujer, no te preocupes —intento tranquilizarla.

Aunque tenga más bien la sensación de que me estoy tranquilizando a mí mismo ante mi nueva decisión.

—Sus Altezas —dice una voz grave.

Nos giramos a la vez. Pia por la sorpresa y yo porque he reconocido ese timbre de voz que me hace estremecer. Clavo la mirada en los ojos oscuros de Nine, que me miran fijamente desde lo alto de la roca. Vestido con un simple jersey de cuello alto verde oscuro y unos vaqueros rasgados, no parece sufrir por la temperatura bajo cero.

Daría lo que fuera para no encontrarlo tan guapo.

—Deberían volver. Hace frío.

—Ahora vamos —anuncia mi hermana.

Él inclina la cabeza en una reverencia sin dejar de mirarme —lo que me pone mariposas en el estómago— antes de dar media vuelta en silencio. Se aleja y me cuesta no seguirle con los ojos hasta que desaparece dentro del chalé.

Nine me atrae, no puedo negarlo. Tanto que me duele.

¿Cómo he podido llegar a esto?

Una risa cristalina se eleva a mi lado y, ahora que ya no puedo ver al guardaespaldas, mi atención regresa a Pia, que me está estudiando con un brillo de diversión en la mirada. Arqueo una ceja confundido.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No sé por qué no me he dado cuenta antes —exclama—. Cuando me has dicho que era un hombre. Seguramente me ha

cegado tu terquedad. Me molestaba verte tan severo contigo mismo y tan prisionero de tus deberes.

Se echa a reír un segundo antes de fruncir el ceño.

—No te confundas, me gusta que seas leal a la Corona, pero… ¡Madre de Dios!

Se lleva la mano a la boca mientras escruta el ventanal del chalé, y a mí se me hace un nudo en la garganta.

—Ha tenido que ser un infierno para el pobre. Tú lo habías olvidado y él se acordaba de todo y se pasaba el día a tu lado.

Se me acelera la respiración sin que pueda controlarla.

—Ilumíname, me cuesta seguirte —le miento.

En el fondo, me maldigo por haber sido tan estúpido cuando Nine ha aparecido delante de mí. He sido incapaz de apartar la mirada de él, con lo que le he dado señales más que reveladoras a mi hermana pequeña, la muy cotilla.

—Nine. Léo… —murmura—. Es él, ¿no?

La frialdad del aire me congela los pulmones. Me aclaro la garganta, dispuesto a dar un riñón para que esta escena se acabe de una vez por todas.

—Sí, lo es.

Se ríe de nuevo.

—Eso explica todo. Era muy fácil que os conocierais. Lo veías todos los días. Y sus miradas… Esa manera tan suya de no dejarte ir *nunca,* ni de cerca ni de lejos… Esa devoción…

Lanza otro par más de carcajadas y yo me quedo muerto de vergüenza, con la boca apretada y las manos metidas en los bolsillos. Devoción que él ha escondido bastante bien. Lo último que yo sé es que ha evitado cuidadosamente compartir sus recuerdos conmigo.

—Y yo que creía que te protegía hasta ese punto por deber —se ríe—. Y tú…

Me clava el dedo en pecho. Apenas lo siento por todas las capas de ropa que llevo.

—¿De verdad quieres hacerme creer que no hay nada entre vosotros después de la mirada que acabáis de echaros?

—Deja de ver amor por todos lados —concluyo, ya harto.

—Deja de ser tan cerrado y terco, eres un incordio.

—¡El incordio eres tú! No sé de qué me estás hablando.

—No estás en el reino. Nadie te mira. Aquí no eres príncipe. Deja entonces de negarte a admitir que ese hombre… —señala en dirección al chalé— podría morir por ti. De hecho, casi ocurre hace bien poco.

Se me para el corazón y afirmo con energía:

—¡Porque es su *trabajo!*

Sacude la cabeza en señal de desaprobación.

—No debería habértelo contado, no son más que tonterías.

Mi hermana suspira y pone los brazos en jarras.

—¿Podrías pensar en ti y no en padre, madre o el reino por una vez en tu vida?

—No sé qué pretendes hacer, Pia, pero déjalo ya —espeto.

—No —repone ella—. No sabemos cuánto tiempo nos queda aquí. Y tienes la increíble suerte de estar aquí solo con él. ¡Ni siquiera está trabajando! ¿No crees que te mereces soltar un poco las riendas después de lo que has pasado?

Trepa por el sendero para aterrizar en la roca que hay encima de mí, con lo que su delicada silueta, perdida dentro del poncho, se cierne sobre mi cabeza.

—Eso deberías decírmelo tú. ¿No crees que más bien deberías hacerme prometer que no volveré a dejarme llevar? ¿No piensas que ya debería estar preparado para mi salida, para mi coronación? ¿Por qué me das una bendición que ni siquiera debería existir? Pia, ¡voy a ser rey!

—¡Tienes veintidós años! —exclama—. Léo, eres mi hermano. ¿Te he mentido alguna vez?

Me encojo de hombros.

—Nunca te he ocultado nada. Algún día serás rey, sí. Gobernarás, serás bueno, tendrás ayuda y estarás acompañado. Qué más da que

sea la duquesa de Brievi o un hombre o N…

—¡Para! —la interrumpo con brusquedad—. No puedes decir eso.

Ella sacude la cabeza decepcionada.

—Léo, solo quiero que seas feliz. Quiero que hagas una pausa. Has pasado por mucho este año. Por favor —me implora—, no te arrepientas de nada.

Levanta una mano cuando voy a responder y me hace una señal para que me calle.

—Prométeme que te lo pensarás. Prométeme que, cuando cruces la puerta de entrada, reflexionarás sobre todo lo que te acabo de decir. Sobre el sitio en el que estamos, sobre lo que acabamos de pasar… todo. Quizá te des cuenta de que solo se vive una vez. Así que no, seguramente no es el consejo más apropiado que puedo darte, pero, Léo… Disfruta de los años tranquilos que te quedan y vive un poco para ti.

Entonces, me deja plantado en el frío glacial, envuelto en un abrigo en el que me estoy quedando helado hasta los huesos. Nunca la he visto hablarme con tanta madurez como ahora. Me quedo solo, con el eco de sus palabras como única compañía resonándome hasta lo más hondo del corazón.

Capítulo 29

Nine

Cuando llego a la cocina, Greta está tarareando una canción de Donna Summer y me acerco a ella con curiosidad.

—¿Necesita ayuda?

Da un salto y se da la vuelta con mano en el corazón.

—Me ha asustado, capitán.

Me río y miro hacia atrás, atraído por unas voces que vienen de la planta de arriba. Hundo las manos en el bolsillo delantero de los vaqueros, rasgados por las rodillas. Parezco un mendigo, pero, mientras Fox diga que no estoy de servicio, pretendo molestarlo con la ropa cuanto pueda. Cuando me he cruzado con él en el pasillo esta mañana y me ha visto las pintas, me ha llamado «capullo» y me he muerto de risa. Estaba desanimado porque, técnicamente, no me ha metido de manera oficial en su equipo a pesar de la opinión de Mads, de modo que disfruto enormemente haciéndolo rabiar. Me hace trabajar y me da órdenes, pero se corta porque está enfadado conmigo por estar aquí porque cree que todavía estoy débil. No ha entendido que un hombre que protege a quien ama no está ni se siente débil, sino que es peor que cualquier cosa: es temible. En algún momento acabará por ceder y volveré a mi puesto en la Guardia Real. El rey ha colocado a Fox a la cabeza del equipo del chalé, pero, cuando volvamos a palacio, me restaurará en mi rango.

Entretanto, dejo que disfrute de su poder sobre mí, aunque confieso que me juego bastante. Es como si hubiera vuelto al Ejército, cuando molestaba a mis superiores con Torsten. Siento una punzada de nostalgia dentro de mí y confino los recuerdos en el fondo de la mente.

—Estoy haciendo crepes. Es tradición en Nochebuena —informa Greta—. ¿Ya se le ha olvidado? Hubo una época en la que estuvo en la cocina conmigo.

Me inclino para robarle una de sus creaciones y así no tener que responder a su comentario. Me golpea la mano, pero ya es tarde porque la crepe acaba en mi boca y la disfruto con ganas.

—Es incorregible, agente Galbero. Cada año igual.

—¿Ya se le ha olvidado? —la pincho.

Me golpea con una espátula y me echo a reír. Nunca lo reconocerá, pero le encanta cuando le robo la comida. Se siente halagada y, desde que empecé hace dos años al servicio de los Björnen, siempre picoteo de sus platos.

—Déjeme a mí. El año pasado las quemó un poco.

—El año pasado, Su Alteza real y usted no dejaron de molestarme —señala en tono de crítica, pero con una sonrisa—. Se comieron la mitad del plato antes de que pudiera ofrecérselo a la princesa.

Lanzo una carcajada, pero en verdad reprimo la alegría que me causa ese momento que ya pertenece al pasado. Puede que las crepes de Greta sean uno de los mejores recuerdos que tengo desde que ingresé en la Guardia Real; eso y conocer a Léo, pero ese es otro asunto, mucho más personal.

—Me esmeré en hacer la mitad del plato. Siguiendo sus buenos consejos.

La agarro de los hombros para apartarla de los fogones.

—Ocúpese de lo que le queda. Yo me encargo de acabar esto.

—¿No tiene nada más emocionante que hacer, capitán?

—Capitán. Agente Galbero —repito—. Greta, ¿cuántas veces tengo que decirle que me llame Bailey mientras no esté de servicio?

Ya que, en fin, técnicamente, no estoy de servicio.

—Otra vez, seguro —bromea.

Pongo los ojos en blanco y agarro un paño que me echo al hombro.

—Los hombres de abajo quieren café —comento con desparpajo —. Había venido a hacérselo.

—¿Cuántos son?

—Tres: Fox, Goose y Gary.

Ella lanza un suspiro de decepción.

—¿A estas horas? No van a dormir por la noche.

—De hecho, creo que ese es el objetivo —confirmo—. Es Nochebuena y hemos de estar alerta.

—¿Hay novedades sobre los asaltantes?

Niego con la cabeza mientras pongo masa cruda en una sartén.

—Al parecer, Mads nos hará un informe en unas horas. Se ve que la policía tiene información nueva. Si quiere saber mi opinión, es cuestión de días.

Sonríe y me coloca una mano en el brazo.

—Me alegro de que haya vuelto, Bailey. Y de que esté bien.

La miro a los ojos, donde solo leo admiración y mucha ternura. Le devuelvo la sonrisa. Retira la mano mientras se quita el delantal.

—Sin embargo, me sorprende que no haya acompañado al príncipe y a la princesa en su paseo alrededor de la finca de esta mañana.

Frunzo el ceño y trato de ignorar el desagradable peso que me oprime el pecho. El mismo que aumenta cada vez que Léo está en la habitación, cada vez que se cruzan nuestros ojos, cada vez que nos rozamos sin querer o cada vez que recuerdo lo que hemos hecho hace dos días: su mirada vidriosa, su boca tentadora, sus seductoras manos, su polla erecta. Trago saliva. Estaba muy equivocado si creía que las cosas iban a ser tan sencillas como en «nuestra primera vez». Cuando se trata de Léonard, debería saber que nada es fácil o idéntico a las otras veces. El rumor de unos pasos en las escaleras,

seguidos de unas voces graves, me distrae de mi tarea y me vuelvo hacia las personas que aparecen delante de la cocina.

—Nine, Goose, Máquina y yo vamos a hacer algunas compras. ¿Te vienes? —pregunta Gary antes de quedarse desconcertado al ver lo que estoy haciendo—. ¿Estás cocinando?

Se muerde el labio, pero no lo bastante para no ver la sonrisa burlona que se le dibuja en la boca. Le hago una peineta y él se echa a reír.

—Vale, estás ocupado. Lo entiendo.

Se echa hacia atrás con los pulgares levantados para animarme.

—Recuérdame que no pruebe tus crepes. ¡El año pasado estaban quemadas!

—Esas eran las de Greta —grito mientras él sale corriendo, riéndose abiertamente.

Recibo un cogotazo, lo que consigue hacerme reír a mi vez.

—¿En el Ejército no les enseñan a guardar secretos? —refunfuña Greta—. Dios mío, capitán, si tuviera un hijo, no sería tan ingrato como usted.

Pone los ojos en blanco y yo sigo riéndome.

—Me adora —bromeo—. Sé que soy su preferido.

Ella me guiña el ojo.

—No lo admitiré, ni siquiera bajo tortura.

Se aleja con una bandeja donde solo hay una taza de café llena hasta arriba.

—Voy a bajar esto a Fox. Luego, me pondré con las habitaciones. Si necesita algo, avíseme.

Asiento concentrado en las crepes que estoy sacando del molde con un movimiento de muñeca.

—Y, Bailey —continúa antes de salir de la cocina—, no queme nada.

Su risa cristalina ahoga mi insulto y, por fin, me encuentro solo ante los fogones. Las primeras notas de «This World Today Is a Mess», de Donna Hightower, suenan y subo el volumen de la radio. Canturreo, compruebo girando la cabeza que no haya moros en la

costa y empiezo a moverme rítmicamente. Me contoneo y, aunque no sea el mejor de los bailarines, me encanta sentir la música en el cuerpo. Inspecciono el punto rojo de la cámara de seguridad, que parpadea, y me río disfrutando del ambiente invernal que rodea al chalé a pesar de la melancolía que me invadía hace una hora. Alejo los pensamientos que se me disparan y me esfuerzo por no dejar divagar la mente hacia Léonard y hacia todo lo que aún no nos hemos dicho, hacia todo lo que aún no le he confesado. Cada vez más me pregunto si al principio me equivoqué al alejarlo de mí para no violentarlo, cuando lo único que necesito realmente es que vuelva. Tendría que haberle hecho insinuaciones claras y precisas, tendría que haberle enseñado lo que habíamos compartido, haberle ayudado a encontrar fragmentos de recuerdos. Aunque fueran ínfimos. Suspiro mientras doy la vuelta a otra crepe en la sartén antes de sentir una energía nueva en el aire. Tengo los ojos pegados a la vitrocerámica de la enorme cocina americana del chalé, pero no necesito darme la vuelta para saber quién ha llegado, quién está tratando de observarme en silencio y quién no quiere mostrarse, a pesar de que todo mi ser ya grita por sentirlo tan cerca y tan lejos a la vez.

—Si viene a robarme una de las crepes, *Su Alteza,* no respondo de nada.

Su risa ahogada hace que me estremezca y lo miro sonriendo. Me había preparado para su presencia, pero no para el efecto que su mirada tendría sobre mí hoy. Con las manos metidas en los bolsillos delanteros de los pantalones, negros ajustados, solo lleva encima un simple polo de mangas largas del mismo color. Es bastante raro que se permita llevar ropa tan oscura y confieso que me produce un gran impacto en las extremidades, el corazón y la parte más al sur que intento esconder. Trago saliva con nerviosismo. Se pasa una mano por el pelo revuelto y, luego, se apoya en la encimera. Me giro rápido para esconder mi desconcierto.

—¿Dónde está Greta?

—Arriba. Está con las habitaciones.

—He olido las crepes desde allí —dice—. No pensaba encontrarle aquí.

Se me encoge el corazón al imaginar la decepción que ha debido de sentir.

—Ella es la que suele hacerlas —añade.

Su comentario me hiere más de lo que me hubiera gustado, puesto que era uno de nuestros rituales. Pero lo ha olvidado.

—No en los dos últimos años —le anuncio con tranquilidad.

En el fondo, soy un manojo de nervios. Estoy cansado de fingir, harto de tanto mentirle y esconderle cosas. Agotado por todo lo que ha pasado: el accidente, la amnesia, los ataques repetidos, las cartas anónimas, el peligro que corre. Además, el pasado que ya no compartimos me devasta.

—Siempre las he hecho con Greta —comenta con sorpresa.

Y desde aquí oigo cómo el engranaje de su cerebro se pone en marcha, así que me giro para interpelarlo. No ha dejado de mirarme y aprieta los labios en una mueca de intriga.

—Lo sé, Su Alteza.

Frunce el ceño y murmura algo incomprensible antes de rodear la encimera para acercarse hasta mí. Pone las manos en la barra, ante la que estoy de pie, e inclina la cabeza para inspeccionar lo que estoy haciendo. Exactamente igual que he hecho yo hace unos minutos con Greta. Pero esta vez, el corazón me da un bandazo en el pecho. Separa la cara, pero no lo suficiente para impedir que nuestros alientos se mezclen, y me mira en silencio. Con apenas un único movimiento, nuestras narices se tocarían y nuestras bocas se unirían. Pero no hago nada y aguanto la respiración por miedo a que el más mínimo indicio de su olor me lleve a hacer algo de lo luego que nos arrepentiríamos los dos. Y él más que yo, viendo la forma en la que huyó de mi habitación la otra noche.

—¿Puedo ayudarle?

Su voz baja hace que me estremezca y me limito a asentir con la cabeza. Luego, como si este momento no fuera lo suficientemente frustrante, suena la versión disco de una de las canciones de The

Boys Town Gang en la cocina y lamento muchísimo haber dejado la radio encendida.

«Esta canción no, joder».

—Me encanta esta canción —exclama Léo mientras se acerca a subir el volumen.

No sé si lo hace queriendo, pero me roza la espalda con el pecho y me veo sorprendido por una sacudida.

—Necesito un plato limpio —le indico.

—¿Dónde están?

Esa mirada avergonzada me hace sonreír y se lo señalo con la cabeza.

—Entonces —empieza a decir al traerme el plato—, solíamos cocinar juntos el 23 de diciembre.

—Sí.

Mi voz no revela mi estado, me muevo calmadamente para evitar que me tiemblen las manos.

—¿Los dos solos?

—Empezábamos con Greta. Luego, acabábamos… los dos.

Suelta aire y me esfuerzo en concentrar la atención en otra cosa que no sea él. Está detrás de mí con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la barra. Con la cabeza gacha, estudia lo que estoy haciendo.

—¿Ya no baila, agente Galbero? —termina por preguntarme.

Me enderezo de inmediato, con el ceño fruncido. Ver ese brillo burlón en sus ojos me derrite más de lo que debería. ¿A qué está jugando?

—Lo evito en público. De lo contrario, necesito alcohol.

Léonard se encoge de hombros y desaparece un segundo antes de volver con dos enormes copas y una botella de vino. Lo miro sorprendido.

—Eso puede arreglarse. Soy más bien de tinto, pero ¿quizá usted prefiere el blanco?

—El tinto —confirmo— es perfecto, pero…

—No está trabajando —me interrumpe—. Además, es una orden del futuro rey.

Su comentario es juguetón, pero noto una tristeza que le oscurece los ojos y me pongo tenso sin querer. Me tiende una copa llena y la agarro sin tocarle los dedos. Las hace entrechocar y el cristal emite una dulce melodía.

You're just too good to be true.
Can't take my eyes off you.
I love you, baby,
and if it's quite all right,
I need you baby to warm the lonely night.[3]

Doy un par de sorbos mientras seguimos mirándonos. La tensión aumenta y no sé si soy el que está avanzando o a la inversa, pero, cuando dejo la copa, rozo el hombro de Léo con el mío en una caricia que me resulta agónica.

—¿Quiere probar?

—¿Perdón?

—Las crepes —aclaro—. ¿Quiere hacer alguna?

Abre la boca en una expresión de confusión y sonrío a mi pesar, convencido de que ha dado a mi frase un sentido que no debería tener. Me muevo para dejarle vía libre, pero, en lugar de colocarse donde estaba yo, me agarra del brazo para tirar de mí entre risas.

—Sin público —dice—. Ni con un poco de alcohol. Creo que más bien deberíamos bailar, Bailey.

Paladea mi nombre y eso me obliga a acercarme. Me toca la parte baja de los riñones e inspiro como un drogadicto que necesita una dosis que nunca tendrá. Me siento confuso y totalmente perdido puesto que, hace unas horas, Léonard me evitaba y no podía ni mirarme sin que leyese en sus ojos un profundo arrepentimiento. Me rodea con los brazos y empieza a mover las piernas a ritmo lento. Soy incapaz de frenarlo.

—Creo que me has acostumbrado a cosas mejores —me susurra al oído.

—Tengo otras… habilidades —repongo, un poco alterado por su agitación—, pero en realidad no implican este tipo de baile.

Pega el pecho al mío y enlazamos nuestras manos. Nuestras caras están cerca y nos devoramos con los ojos. Cuando decido, no obstante, que esta distancia ha durado lo suficiente, que este juego que me impone me ha atormentado lo bastante y que quiero fundirme en su boca para recuperar lo que me pertenece, suenan unos pasos por las escaleras del sótano. Son bruscos y golpean con fuerza los escalones, dispuestos a ceder bajo su asalto. Léo y yo nos separamos con rapidez y vuelvo detrás de los fogones con una erección imposible de esconder y el corazón preparado para explotarme en el pecho. No me atrevo a mirar a mi acompañante, pero levanto la cabeza hacia la cámara de seguridad. Que está apagada.

«Casi nos besamos. De nuevo».

Y ha sido la primera vez que iba a hacerlo sin asegurarme de que no hubiera moros en la costa.

—Nine, te necesito abajo.

La voz de Fox restalla en el aire y dejo la espátula con un ruido seco sin volverme hacia Léonard, por miedo a que lo que íbamos a hacer se me lea en la cara con más fuerza que el arrepentimiento de no haberlo hecho. Vacío la copa de tinto y salgo de la cocina. Paso delante de mi compañero ignorando la tensión que le noto y bajo al sótano deprisa y corriendo. Cuando llego, veo que solamente una cámara no está encendida, y doy una patada a la silla, que se estrella contra el suelo. Estoy de los nervios, frustrado por la continua batalla interior que estoy librando; el rechazo y la distancia que me impongo y que abandono al cabo de los días; esta atracción irreprimible, pero prohibida. Y estoy enfadado con todo el mundo…

—Para ya —gruñe Fox.

—Que te den. ¡Que os den a todos!

Pero sobre todo estoy enfadado conmigo por habernos puesto en semejante situación hace unos instantes. Joder, Fox era el que

estaba detrás de las cámaras, pero podría haber sido cualquier otro y me ha dado exactamente igual.

Me giro abrazándome los hombros.

—Apagué la cámara en cuanto él llegó, Bailey. La apagué, pero ¿sabes qué? Tendría que haber subido antes a la cocina. No debería haberte dejado a solas con él porque no sabéis estarlo, me cago en todo. ¿Y si no hubiera sido yo el que hubiera aparecido? ¿Te lo imaginas?

—No podíamos no verte —refunfuño—. Haces más ruido que un ejército.

—Lo he hecho a propósito, gilipollas.

Me paso una mano por la cara y me desplomo en la mesa detrás de mí.

—Estoy cansado, Cole.

—Lo sé —suspira.

—No sé qué hacer.

Lo miro y puede que por fin se dé cuenta de cuánto dolor siento, de cuánto estoy sufriendo, de cuánto me escondo, porque ha recogido la silla que he tirado al suelo y se sienta en ella. La ajusta a su altura, con lo que se coloca a varios centímetros de mí. Se aclara la garganta y apoya los codos en las rodillas.

—Ahora cuéntame qué hay entre vosotros.

—No.

—Bailey, si quieres que te ayude, si aún quieres que os cubra…

—No es…

—Tienes que decírmelo —me interrumpe—. Sé que ponerte sobre aviso no basta. Lo sé, ¿vale? Aun así, lo he intentado, por vosotros dos. Quería que te alejaras, pero sé que no es posible. Ahí lo tienes.

Hace un gesto hacia mí para enseñarme el espacio a mi espalda, donde la pantalla sigue negra.

—Lo que hay entre vosotros está prohibido. Es imposible.

—Eso no es ninguna novedad —murmuro.

—No, pero también sé que nunca se va a esfumar.

Levanto una ceja y junto las manos para no mesarme el pelo.

—Cuando lo miras —me explica—. Cuando lo miras y él no lo ve. Eso es algo que nunca se irá.

—Ya no es como antes —revelo con un peso muerto que me oprime el corazón.

Fox respira y se levanta para pulsar el botón de la cámara de la cocina. Léonard sigue ahí sentado, en la encimera, con la copa en la mano. Ha apagado el fuego y escruta un punto invisible mientras balancea las piernas hacia delante y hacia atrás. No me sorprende mucho su postura porque, cuando está solo, olvida los convencionalismos, pero sí la tristeza que le noto en la cara. Me levanto y coloco las manos en la mesa para observar la encimera y examinar la cámara de seguridad con atención.

—Nunca lo he visto tan feliz como cuando está contigo —dice Cole.

—Eso era antes.

—Abre los ojos y verás más allá de tu propia pena.

Me quedo clavado delante de Léo, que sorbe la copa a una velocidad desconcertante, con la mirada vacía.

—Eres mi mejor amigo, Bailey. Decidas lo que decidas, siempre te cubriré.

Inclino la cabeza hacia delante mientras tomo aire profundamente.

—Pero ten cuidado.

No añado nada porque el teléfono negro suena como una sirena estridente y, cuando el pseudónimo de Mads aparece en la pantalla, sé lo que me espera.

Mañana vuelvo a palacio.

Capítulo 30

Léonard

Desde que he vuelto a la casa después de hablar con Pia esta mañana, he hecho lo que ella me ha dicho. He pensado en su discurso y he decidido disfrutar del tiempo que me queda aquí para hacer lo que me apetece. Me he dejado llevar con Nine. He flirteado con él abiertamente, ignorando las señales de alarma de mi cabeza. Él también se ha dejado llevar y he sentido exactamente la misma pasión que cuando estábamos solos en su habitación.

Son las mismas sensaciones que siento cuando me mira desde el otro lado de la estancia. Lleva todavía la chaqueta puesta y acaba de entrar en el salón. No sé qué ha hecho en estas dos últimas horas, pero su ausencia ha puesto mis nervios a prueba y verlo llegar así, después de este lapso de tiempo, hace que se me dispare el corazón. Me he tomado las crepes, pero sin él no tienen el mismo sabor y he preferido dejar las últimas a mi hermana, que se las ha comido con apetito. Yo me he limitado a terminar la botella de vino para ahogar mis pensamientos y estoy un poco mareado. Me gusta el calor y la ligereza que transmite a mi cuerpo. Siento que estoy en una esponjosa nube junto al fuego que está crepitando a varios centímetros de mí y me paso una mano perezosamente por las mejillas. No sé si el alcohol las calienta o si es la mirada sombría de Bailey, pero me muevo para disminuir la tensión que se me acumula entre las piernas.

El agente cuelga el abrigo, hace una educada reverencia y sube a la planta de arriba con paso decidido. Siento una pizca de decepción en el ánimo y la elimino con un trago de vino. Tan rápido en llegar, tan rápido en desaparecer. Ni siquiera debería molestarme, pero me provoca una amargura que no controlo.

—¿Te molesta si me acuesto?

Me vuelvo hacia mi hermana. Me estudia mientras está sentada en el sofá delante de la chimenea, con un libro cerrado sobre las rodillas. Mi reloj marca las diez de la noche y sé que, si me meto en la cama tan pronto, tardaría bastante rato en dormirme.

—Para nada —digo con una sonrisa—. Voy a quedarme un poco aquí.

—¿Solo?

Sacudo la cabeza divertido.

—No estoy solo, ¿no lo ves?

Levanto la copa llena para acompañar mis palabras y ella se ríe.

—Buenas noches, hermano.

—Buenas noches.

Desaparece de la sala y me deja en compañía del crepitar de los troncos y el vino tibio bajo los dedos. Con la mirada fija en el fuego, permanezco un momento fascinado por el espectáculo.

Cierro los ojos y recuerdo con claridad la voz ahogada del guardaespaldas y los labios húmedos con los que me rodeó el pene. Me arde el cuerpo y me termino de un trago lo que me queda de la copa.

No estoy muy seguro de haber tomado la mejor decisión al quedarme rumiando aquí solo.

Echo un vistazo a la copa vacía y la dejo en la mesa de centro antes de levantarme. Cruzo la habitación y subo corriendo las escaleras. Una parte de mí me grita que lo que estoy haciendo no es buena idea. Sin embargo, la otra parte —la menos razonable— es la que me guía. Cuando llego al pasillo de mi habitación, paso delante de la puerta de Nine y me detengo. La luz se filtra debajo de la pared y no sé si llamar. No suena nada por detrás y lo único que me

retumba en los oídos es mi respiración agitada. Aprieto los labios y bajo la cabeza, con la mano suspendida sobre la manilla. Con tan solo un pequeño movimiento, todas mis dudas desaparecerán. Solo tengo que escuchar mis deseos más locos y no pensar. Pero, en lugar de girarla, miro al techo y, cuando me fijo en el parpadeo rojo de la cámara que graba al otro lado del pasillo, me echo hacia atrás precipitadamente para recorrer los pocos metros que me separan de mi habitación, que está aún iluminada por la lámpara del cabecero que no me he acordado de apagar cuando he bajado antes. Cierro la puerta detrás de mí y apoyo la frente contra la fría madera.

«Mierda».

No me había dado cuenta de que había cámaras instaladas en los pasillos del chalé. Es un poco idiota por mi parte cuando se sabe que se trata de un área protegida de la familia real. Tendría que haber sospechado que todos nuestros movimientos estaban vigilados y me entra pánico, se me obstruye la garganta ante la idea de que los guardias me vieran entrar en la habitación de Nine la otra noche. He bajado al puesto de control del sótano y yo mismo he visto esas pantallas que retransmiten en directo todas las imágenes que se graban por los alrededores. Gimo. Seguro que me han visto. Lo ven todo, lo analizan todo y lo vigilan todo. Y aunque la luz del pasillo no esté encendida, el aparato graba hasta el más mínimo detalle. Una ola de terror vuelve a encogerme el estómago, pero la olvido enseguida cuando suena un golpe seco al otro lado de la puerta. Me asusto y abro. No sé quién está más sorprendido: si Nine, en el umbral vestido con una camiseta blanca y unos pantalones cargo caqui, que no debía de esperar que yo abriera tan rápido, o yo por verlo aquí.

—Su Alteza, ¿qu…?

Lo agarro por la tela de la camiseta y lo meto dentro de mi habitación.

—Tus compañeros van a verte —farfullo nervioso.

Se ríe cuando cierro la puerta a su espalda, lo que lo obliga a pegarse a mí. El aroma de su perfume me hace temblar y su aliento caliente me recorre la piel de la cara.

—La otra noche no te importaba tanto.

Su risa me cosquillea en el pecho. Trago saliva confuso.

—No lo había pensado.

—Esta semana Fox está de noche.

No sé si esta información debería tranquilizarme. En cualquier caso, no calma la rigidez que tengo en los hombros y me separo de él, no lo suficiente para liberarme de su suave olor, pero sí de sobra para dar un poco de respiro al resto de mi cuerpo.

—Y en general mira las cámaras de fuera, los puntos de entrada y salida. Una parte del equipo hace una ronda cada hora por dentro —me explica.

Clavo la mirada en la suya y me doy cuenta de que no me he echado tanto atrás porque solo tiene que levantar el brazo para tocarme. Siento escalofríos. Su olor me marea, pero inspiro más fuerte, incapaz de controlarme. No me había dado cuenta de que en realidad era un poco más alto que yo y de que tiene que bajar la barbilla para que sigamos mirándonos. Siento que encajo perfectamente en su cuerpo fuerte y eso me turba.

—Has tenido suerte. La otra noche, Rock acababa de cruzar el pasillo un minuto antes de que vinieras a mi habitación. Y hoy, Máquina ha hecho la ronda justo antes de que hayas subido.

—¿Cómo sabes que acabo de llegar?

Se ríe mientras esta vez sí me alejo de verdad con la respiración entrecortada por culpa de su proximidad.

—Porque te he oído pararte delante de mi puerta.

—No me he parado —miento.

Incrédulo, arquea una ceja.

—Podría haber sido Pia —argumento con aire de suficiencia.

Se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y sonríe mientras estudia la habitación con una mirada risueña.

—Soy capaz de reconocer los pasos, Léo.

Tengo la firme convicción de que sabe más bien identificar los míos.

—Me han formado para analizar los ruidos y ser capaz de diferenciar a un hombre de un animal —continúa.

Esta nueva información sobre su vida en las Fuerzas Especiales me produce una sensación extraña en el pecho; una mezcla de excitación, orgullo y preocupación. No puedo imaginarme qué habrá vivido durante sus misiones y los entrenamientos que habrá hecho para ser capaz de sobrevivir en cualquier situación. Sus cicatrices lo demuestran y, si se ha recuperado de una bala en tan poco tiempo, es porque es capaz de soportar mucho más.

Como los recuerdos de una relación olvidada.

—¿Qué haces aquí?

Agarro el ordenador y lo muevo para intentar parecer ocupado. No hay nada por el medio que pueda ponerme a guardar porque lo hacen todo por mí. Sin embargo, ahora me gustaría tener un calcetín en el suelo que pudiera guardar en la cómoda. Cualquier cosa que bastara para distraerme de su presencia.

—¿Qué estabas haciendo delante de mi habitación?

—Estaba yendo a la mía.

—Te has parado. Parecía que no sabías si entrar.

Me cruzo de brazos, molesto porque lo sabe todo sobre mí y mis movimientos y, en cambio, yo no sé nada de lo que él suele hacer. Me siento patético. Soy un libro abierto mientras que él no es más que misterio y preguntas.

—No has venido a acabar las crepes.

Se pone serio y comprendo que la inquietud de mi voz ha sido patente. Bien hecho, Léonard, cada vez mejor con lo de dejarse llevar…

—Perdona, he tenido que…

—¿Trabajar? —lo interrumpo.

Asiente y desvía la mirada. Se me encoge el corazón y me alejo hasta la ventana con vistas al lago. Fuera es de noche y no veo nada, aparte de lo que me imagino: la nieve, los árboles blancos, el agua congelada…

—¿Qué haces aquí, Bailey? —pregunto en un suspiro.

No deberíamos estar aquí juntos, no debería haber bebido y no debería permitir que su presencia me trastornara tanto. No tengo ningún derecho y estoy cansado de todas las contradicciones que se me agolpan en la cabeza.

—Léo, yo…

Su suspiro me recorre la nuca y me giro con un respingo. No lo he oído acercarse. Me siento acorralado por su cercanía, pero soy incapaz de frenarlo. Un brillo indescifrable le arde en los ojos, toda vez que sus pupilas se han tragado por completo los oscuros iris.

Es magnífico.

Basta con que me impulse ligeramente hacia delante y en un santiamén podría apretar la boca contra la suya. Rosa, carnosa y ligeramente húmeda, me llama. Se me despiertan todos los sentidos y aspiro el aire que nos separa. Me trago el gemido que se me escapa de la garganta cuando lo beso. Sin poder contenerme, le agarro con fuerza el pelo negro, mientras le coloco la otra sobre el fuerte pecho, que se levanta vigorosamente. Lo empujo lejos de la ventana, desde donde podrían vernos —si uno de sus compañeros se decidiera a pasar por ahí durante su ronda—. Me abraza y me ahogo contra él. Las corvas le chocan contra el sillón de la esquina y me suelta para agarrarse por poco en el reposabrazos.

Lo empujo para obligarlo a sentarse y lo observo mientras me contempla fijamente con ojos lascivos. Me quito el jersey, lo que hace que la camiseta se me levante por los abdominales esculpidos. No sé si es el momento lo que me lleva a comportarme así o la sensación de que no quiero estar con nadie más, pero actúo con la misma fogosidad que cuando estaba en su habitación la noche anterior. El sexo me late en los calzoncillos. Cuando me fijo en Bailey, su mirada apreciativa me recorre el cuerpo y trago saliva ruidosamente.

—Dime qué te gustaría que hiciese —me oigo murmurar.

Un gemido sordo retumba en su pecho.

—Desnúdate.

Le aprietan los pantalones y puedo ver claramente que el miembro le tira de la bragueta. Tengo unas ganas feroces de tocarlo.

De sentirlo de nuevo bajo los dedos. De oírlo gemir en mi oído. De verlo correrse. En lugar de ello, me quedo de pie delante de él, me levanto el polo, lo tiro al suelo y me encuentro desnudo bajo sus ojos lujuriosos. No puedo parar porque, simplemente, no quiero.

Me cuesta reconocerme. Me cuesta poner palabras a todo lo que siento, a este momento: despreocupación, fogosidad. Deseo.

Y tengo la vívida sospecha de que mi cuerpo y mi subconsciente se acuerdan de lo que mi cerebro ya no puede. De lo que este ha olvidado sobre Nine y sobre mí. De lo que me ha borrado de nuestra historia, mientras todo mi ser arde por recuperarla. Odio cuando me dan órdenes porque suelo ser yo quien las impone. Con él, es al contrario. Carezco de pudor alguno y estoy más excitado que nunca.

Le desabrocho los pantalones con una lentitud exagerada y me estudia los dedos al tiempo que se pasa la lengua húmeda sobre los labios abiertos. Levanta el pecho agitadamente y veo cómo aprieta los dientes cuando me quedo solo en calzoncillos. Deslizo la mano sobre mi sexo dolorido con la intención de calmarlo, pero consigo el efecto contrario: una descarga eléctrica me estalla en las venas e inspiro copiosamente. Vuelvo a acariciarlo lascivamente bajo la mirada salvaje de Bailey y no puedo reprimir un gemido, llevado por el placer que me causan los dedos encima de los estirados calzoncillos. No dudo mucho en bajármelos por las piernas, de modo que libero mi erección. Empuño el glande hinchado con la vista clavada en el cuerpo de Nine, que sigue vestido. Él agarra con fuerza el cuero de la silla con los muslos separados y la respiración entrecortada. Las protuberantes venas de los brazos se le hinchan por la presión de los músculos y su miembro sigue queriendo perforarle la tela de los pantalones. La visión es puramente erótica y tiene tal efecto en mí que me tiemblan las piernas de excitación.

—¿Y ahora qué, capitán?

Concentra la atención en mi cara con las pupilas ensombrecidas por un deseo brutal y le dedico una sonrisa traviesa.

—Cómemela.

Levanto una ceja, simultáneamente divertido y excitado por su tono autoritario. Recorro el metro que nos separa y apoyo las manos

en el espacio que aún queda libre de los reposabrazos para cernirme sobre él. Sin embargo, apenas me da tiempo a jugar con él, ya que me agarra la nuca para que nos fundamos en un beso. Le desabrocho el pantalón y le bajo la bragueta con ansia. En un segundo, le saco el miembro y me arrodillo delante de él. Por un momento, me quedo inmóvil a varios centímetros de sus partes íntimas, pero enseguida suprimo mi preocupación con un movimiento de cabeza, y solo hago lo que me parece correcto. Le cojo la polla y le deslizo la lengua por la punta. Su reacción es inmediata y me tira del pelo, gruñendo de frustración. Levanta las caderas un poco y le miro a los ojos mientras me la meto en la boca. No consigo introducírmela demasiado y la saco enseguida. Doy vueltas a su glande, apretando los labios con fuerza en torno al mismo, y escucho cómo se le acelera la respiración. Vuelvo a metérmela en la boca y me lleno de cada nueva sensación que esta forma caliente y suave me provoca en el paladar. Resulta extrañamente embriagador, y mucho más cuando veo a Bailey con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Observo sus reacciones, gozo con cada uno de sus suspiros y sigo devorándole el miembro al compás de los movimientos de sus caderas. No soy ningún experto y mis recuerdos son bastante limitados en relación con esta práctica, pero me limito a hacer lo que me ha gustado que él me haga. O lo que me gustaría que él me hiciera si intercambiáramos nuestros lugares. Cada succión y lametada le hace gemir. Exaltado por la visión de su placer, me deslizo una mano entre las piernas para acariciarme.

Murmura unas palabras incomprensibles y distingo mi nombre entre dos gruñidos. Aumento los esfuerzos para que pierda todavía más la cabeza. Porque no hay nada más estimulante que Nine en esta posición. Vulnerable. A mi merced. Vuelvo a fijarme en su mirada, empañada por la excitación, y le chupo su longitud antes de tocársela con la mano libre. Entonces dirige la atención a los dedos con los que me rodeo la erección y un brillo ardiente le inflama la mirada. Se retira de mi contacto con rapidez y me levanta en brazos para inmovilizarme contra el colchón, libre de restricciones.

—¿Crees que puedes divertirte sin mí? —dice juguetón.

Se levanta, se quita los zapatos y se pasa la camiseta por encima de la cabeza. Los pantalones le caen al suelo al segundo y se me encoge el estómago al verlo completamente desnudo. Es magnífico. Un montículo de músculos y de piel lisa, firme y salpicada por una línea fina de vello oscuro que se le precipita entre los muslos. No me da la oportunidad de estudiar las marcas de su cuerpo, pues se tumba sobre mí y me besa con fervor, hundiendo la lengua entre mis labios con autoridad; y yo le obedezco, subyugado por las sensaciones que me produce su mano sobre el abdomen. Sus dedos me rozan los huevos y los zarandean con habilidad antes de alejar su boca de la mía para apretármela contra el cuello. Va descendiendo, a base de húmedos besos, hasta mi sexo, que engulle sin previo aviso, sin medias tintas hasta el fondo de su garganta. El placer me hace poner los ojos en blanco y la cabeza me da vueltas.

—Bailey… —farfullo agarrándole excitado el pelo con la mano.

—¿Confías en mí?

Bajo la cabeza para mirarlo con la visión borrosa y la respiración errática. Simplemente, asiento cuando me devora el glande con los labios.

—Confía en mí, Léo… —murmura con un gemido.

Su aliento caliente sobre mi miembro húmedo hace que me estremezca y entonces reanuda su dulce tortura. Sin embargo, mientras se dedica a mi polla, noto algo más abajo; algo que no había tratado de hacer la primera vez. Primero una caricia, luego una presión. Me contengo de echarme hacia atrás mientras mete poco a poco un dedo mojado en mí. Un poco sorprendido por esta intrusión, me dejo llevar por la curiosidad. Relajo los músculos y siento que empuja un poco más. No tiene nada que ver con lo que temía y gimo sin poder evitarlo. Con destreza, continúa metiéndome el dedo mientras me la chupa. La sensación que me calienta las entrañas es extraña, nueva, pero terriblemente placentera, y entonces soy consciente de que realmente *conoce* mi cuerpo. Giro la cabeza a un lado para contemplar cómo me da placer mientras se masturba con su otra mano. Su polla rígida y abultada se desliza por

su puño con energía y me viene su imagen de cuando se masturbaba en la ducha. Observo cómo se le inflan las venas y cómo se le contrae la muñeca. Vuelvo a escuchar su respiración y a notar sus gemidos reverberando en mi propio sexo. Vacilo.

—Voy a, voy a…

No se mueve y me corro en su boca con espasmos liberadores, sin ser consciente de las palabras que balbuceo, y me tiembla todo el cuerpo. Bailey me mantiene entre sus labios, aún erecto, y en cuestión de segundos derrama su semen sobre las sábanas. Su voz profunda hace que me palpite el miembro y contemplo con admiración cómo se le contraen los rasgos con el orgasmo.

Se desploma a mi lado con la cara cerca de mi cadera. Nuestras respiraciones entrecortadas dan paso al silencio del chalé dormido. Luego, se apoya con el codo para incorporarse y nuestras miradas se encuentran. Antes de que me dé tiempo a dejar volar mis pensamientos, se tumba sobre mí para besarme en la boca.

—No te vayas —me murmura en los labios.

—Es mi habitación.

El tono de mi voz es dubitativo y se separa para escrutarme con tristeza.

—Lo sé, pero no te vayas.

Me besa la frente y entonces lo entiendo. Cierro los ojos, sorprendido y confuso por ser tan transparente para él. Es su forma de decirme que no quiere que me deje invadir por las dudas, que me evada mentalmente; y eso provoca que algo se derrita dentro de mí.

—De acuerdo.

Tira de mí para sacar la sábana manchada y taparnos con una manta de lana. Me enlaza con el brazo por la cintura y me acerca a él. Con la cara en mi cuello, inhala varias veces mi olor antes de darme un casto beso bajo la oreja. Giro para pegarme a su pecho caliente. Arrullado por los latidos de su corazón, cierro un momento los ojos y disfruto de este instante de plenitud que tengo la sensación de que conozco de toda la vida.

«Ojalá siempre pudiera ser así de fácil».

Capítulo 31

Nine

Con los músculos agarrotados, abro un ojo legañoso. El cuerpo de Léonard está encajado en el mío y el pecho me estalla de alegría. Me rodea las caderas con los brazos, como solía hacer siempre que dormíamos juntos, y entierra la cara en mi cuello. Algunos de sus mechones me cosquillean en la barbilla y me atrevo a apretarlo un poco más fuerte contra mí, deslizando los dedos sobre su cálida piel. Él suspira de placer, pero la desagradable vibración de mi reloj me devuelve a la dura realidad y miro la hora que aparece en la esfera: la cinco y cuarto.

Me muerdo el interior de la mejilla para no maldecir. Este paréntesis ha sido demasiado corto. Tan corto que me maldigo por haber cerrado los ojos un solo segundo en lugar de disfrutar de él como tendría que haberlo hecho. Besarlo de nuevo, acariciarlo durante mucho más rato, embriagarme con su reconfortante aroma, sostenerlo entre los brazos y masajearle el cuero cabelludo; tendría que haber estado haciendo todas esas cosas, pero me hallaba demasiado sumido en el sueño reparador que me ofrecía su presencia, mecido por la euforia posorgásmica, mientras tenía la sensación fugaz de que *mi* Léo había vuelto. Ese al que le da todo igual: los convencionalismos reales, las reglas del decoro, nuestra diferencia de estatus social, mi papel en su vida, su pudor. Anoche, cuando no pude evitar ir a su habitación después de haberlo

escuchado pararse cerca de la mía, habría jurado que no me dejaría quedarme. No después de su maleducada huida de hacía varias noches, e incluso a pesar de nuestro atemporal momento en la cocina, cuando actuó como si no hubiera pasado nada. Como si siempre hubiéramos estado así, él y yo contra el resto del mundo. Hizo que me quedara. Y, mejor aún, *él* ha dado el primer paso. Aquel paso que tanto tiempo le costó dar la primera vez que nos vimos y que no le pareció difícil de superar ayer.

El reloj vuelve a vibrar para llamarme al orden y el cuerpo caliente de Léonard se mueve contra el mío. Aprovecho ese movimiento para liberarme de él con prudencia, con la esperanza de no despertarlo. Cuando me retiro la manta, el frío me provoca escalofríos. Salgo de la cama a regañadientes de la forma más discreta posible y recojo mis cosas, esparcidas por el suelo, para ponérmelas de inmediato. Me abotono los viejos pantalones cargo mientras miro al heredero, tumbado en medio del colchón. Tiene el brazo pegado donde yo me encontraba hace un momento, ha metido la cabeza debajo de mi almohada y solo quiero hacer una cosa: volver al sitio que he dejado. En lugar de eso, reprimo el sentimiento de arrepentimiento que me invade y abro uno de los armarios del cuarto para sacar una segunda manta. Se la pongo encima, con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, y saco el teléfono para mandar un mensaje a Fox.

Corta.

Breve y conciso. Debería bastar para que lo entienda. Ha prometido que nos cubriría y, si no recuerdo mal, ayer por la noche solo tuve que hacer una señal a la cámara de seguridad del pasillo para que el piloto se apagara solo. No hay ninguna huella de mi presencia en la habitación del príncipe y tengo intención de volver a asegurarme de ello esta mañana. Abro la puerta poco a poco y paso la cabeza rápido por el marco para comprobar que no hay moros en la costa.

La lente no parpadea y esbozo una sonrisa confiada mientras recorro el pasillo para entrar en mi habitación.

«Cole, ¡te debo una!».

Después de meter mis cosas en la mochila, deshago las sábanas de la cama para ponerlas en el suelo. Greta me hizo prometerle que no tocaría nada, pero no soy un invitado de la familia real y no ha dejado de deslomarse por limpiar un espacio que no deberían haberme reservado. Por eso, ordeno todo lo posible, recojo las toallas tiradas y las apilo con el resto de cosas. Luego, bajo a la cocina. La institutriz ya está levantada con la cabeza inclinada sobre los fogones, y un agradable olor a huevos revueltos me hace salivar.

—¿Ha dormido bien, capitán?

—Greta —gruño.

—Bailey.

Le guiño el ojo y ella me sirve un plato. Fox se une a nosotros antes de que me dé tiempo a meterme el tenedor en la boca.

—Deberías haberte ido hace veinticinco minutos.

—Llego de sobra.

Se cruza de brazos y advierto que tiene los ojos vidriosos por la falta de sueño y la noche en vela delante de las pantallas de vigilancia.

—Tienes una reunión en palacio a las ocho.

—Lo sé —respondo—. Te he dicho que llego de sobra.

Aprieto los labios mientras me examina. Luego, me da un golpecito en el hombro con el puño y le hago un gesto de asentimiento con la cabeza. No necesito decirle nada para decirle todo lo que tengo en la punta de la lengua.

«Gracias.

Por las cámaras.

Por tu silencio.

Por tu apoyo».

Empujo el plato aún lleno de Greta y me levanto.

—El deber me llama. Sus huevos estaban perfectos —digo a la institutriz—. Son los mejores que he comido.

—Si quiere pedirme algo, Bailey, evite adularme. Nadie me soborna.

Me río y me cuelgo la mochila en el brazo sano.

—Iba a pedirle un café antes de irme.

Se echa a reír, agarra un termo que preside la encimera detrás de ella y me lo da.

—Sin azúcar y recién salido de la cafetera.

—¿Le he dicho ya cuánto la adoro?

Ella pone los ojos en blanco y salgo del chalé con paso decidido y el termo en la mano. Con Fox pisándome los talones, camino en silencio hasta el coche y abandono la finca tan rápido como llegué. Como un ladrón.

* * *

—Entonces, ¿es él? —pregunto mirando fijamente al hombre sentado en la sala de interrogatorios.

De pie detrás del cristal tintado de la comisaría, examino al desconocido de pelo canoso que está allí sentado desde hace varias horas. Lleva un suéter negro con capucha y luce el tatuaje que vimos en la foto hace unas semanas, una especie de serpiente que rodea una luna. Al parecer, es el logo de un grupo de anarquistas que se hace llamar la Orden. Desde luego, no es muy avispado lo de tatuárselo en el cuello.

—Knut Gärig. Hombre sin antecedentes, mecánico en Regis, en el barrio de Perios. Casado desde hace veinticinco años, padre de un hijo.

El inspector Osten me enseña una foto de un chico un poco mayor que Léonard ataviado con un traje militar de gala. Tiene un gran número de condecoraciones prendidas en la chaqueta, pero el parche en forma de lobo es lo que me llama la atención. Agarro la foto apresuradamente y entorno los ojos.

—¿Miembro de los Skohell?

—Erik Gärig, apodado Titus. Asesinado en Somalia el 3 de enero de 2018.

No contengo el sobresalto que esta información me provoca. Cuando estaba en las Fuerzas Especiales, éramos tres unidades, grupos de tíos altamente entrenados y llamados a ir por todo el mundo para llevar a cabo misiones peligrosas. Todos teníamos nuestras especialidades. Entre ellos, se hallaban los Skohell, cuyo emblema es un lobo blanco con la boca abierta.

—Muerto en combate —añade el inspector.

Resoplo.

—Así es.

Él asiente sin que tenga que decir lo que pienso. El porqué de mi presencia radica en esta foto. Erik Gärig formaba parte de los tipos con los que me secuestraron durante una operación secreta. Las altas autoridades consideraron interesante agrupar a dos unidades aquel día para reforzar las posibilidades de extraer a un alto suboficial de las fuerzas rebeldes en la región sur del país. En aquella época, no sabíamos mucho, solo nos pidieron que fuéramos y eso hicimos. Aunque pensáramos que la misión era un poco mierda, no protestamos. Caímos en una emboscada y varios de nosotros no conseguimos escapar. Nos pasamos diez días encerrados en celdas individuales mientras nos pegaban como si fuéramos sacos de grano. Al rescatarnos, dos chicos de los Skohell murieron. Solo conocía sus pseudónimos.

—No ha confesado —continúa Osten—, pero creemos que sus actos están relacionados con su hijo.

Levanto una ceja intentando esconder la tristeza que me hace sentir la imagen de Erik. Yo estaba allí aquel día. Podría haberme dejado la piel y nadie me habría llorado como lo haría un padre. Nadie.

—¿Se supone que tengo que darle una paliza para que lo suelte todo?

El inspector sacude la cabeza con desgana. Echa un vistazo a su compañero, que permanece unos metros más lejos, y le pide que salga. Cuando nos quedamos solos, Osten se echa hacia atrás para

apoyarse en el escritorio. Se queda un momento en silencio y, luego, levanta la cabeza y me mira, la incomodidad pintada en la cara.

—Ha pedido expresamente hablar con usted, capitán.

—¿Conmigo? —pregunto sorprendido—. ¿Por qué?

—Creo que le recuerda a su hijo.

Lo miro con incredulidad. Conoce mi identidad y, si sabe quién soy, es porque se ha informado. Por el contrario, yo, de momento, no he identificado al personaje. Odio ir por detrás, me frustra. Y cuando estoy frustrado, estoy irritable y de los nervios.

Nunca es buena combinación.

—No soy poli —manifiesto—. No sé hacer preguntas y permanecer tranquilo. Si me mete en la misma habitación que él, lo mato.

—No es muy sensato decir eso delante de mí, ¿no cree?

Me encojo de hombros con desdén.

—Sinceramente, me da igual. Ese tío ha intentado asesinar al príncipe. Dos veces. En Francia, el regicidio está condenado con la pena de muerte.

El inspector se ríe.

—No estamos en Francia y no estamos en el siglo pasado, capitán. Hoy en día, un hombre es juzgado en los tribunales competentes por el crimen que ha cometido. Pero, por ahora, Gärig no quiere confesar.

—¿Y no tiene suficientes pruebas para inculparlo? —le pregunto —. ¿Cómo va a cambiar mi presencia la situación? No va a declararse autor de los atentados porque me hayan molido a palos con su hijo.

—Sí que quiere hablar, no tengo dudas. Pero ¿por qué con usted? Sinceramente, no tiene importancia mientras hable. Tenemos pruebas de sobra, pero la confesión nos daría mucha ventaja. Hemos detenido a una de las empleadas de la casa real. A Helle Valin. Una ayudante de cocina.

Me late la sangre en las sienes y aprieto los puños a los costados con el ceño fruncido.

—¿Helle? —grito—. ¡Manda cojones!

Me paso la mano por el pelo y me maldigo por haberla pasado por alto cuando ha estado delante de mis narices todo este tiempo. ¡Puta cocinera de los huevos!

—¿Qué hacía esa zorra?

No me corrige el lenguaje y me entrega un documento que saca de una funda de cartón. Lo reviso rápidamente mientras escucho a Osten analizar la información que tengo delante de mí.

—Es su topo. La detuvimos la noche de la recepción. Metió al asaltante por las puertas del servicio y le dio el arma. Una Beretta fichada como arma de contrabando. La consiguió a través de la organización. Ella era la que introducía las cartas anónimas, y al parecer aprovechó su cambio de puesto en varias ocasiones para poder colarse en el palacio sin levantar sospecha.

—Joder —gruño—. ¡La vi! Sabía que había algo que no cuadraba en ella. ¿Una limpiadora que aparecía en la cocina? ¡Mierda!

Tiro la hoja para golpear el cristal que tengo detrás. Este no se mueve ni un centímetro, ni siquiera tiembla por el golpe que le he dado. En cambio, me palpita la mano de dolor.

—Capitán, por favor.

Coloco las manos en la superficie lisa y apoyo la frente mientras suspiro con fuerza.

«La tenía delante de mí».

—¿Qué más? —pregunto.

—Durante su interrogatorio, Helle confesó que actuaba en nombre de la Orden. Nuestras unidades ya conocían esta organización por haber amenazado a la Casa Real. Pero nunca habían ido más allá del envío de anónimos. Al menos, no antes de que El Salvador se uniera a sus filas el año pasado. Ella nos llevó a Gärig.

—¿Ella qué tiene que ver con él, se lo folla?

Él hace un mueca, decepcionado por mi franqueza.

—Era la prometida de su hijo.

—Siempre Erik —suspiro—. ¿Es la clave de todo?

—Es lo que sospechamos, aunque los motivos sigan siendo poco claros. Creemos que se unieron a la Orden por venganza.

—Un clásico —murmuro—. Pero ¿por qué Léonard?

El inspector me mira fijamente y, si se ha sorprendido por la familiaridad con la que nombro al príncipe, no dice nada.

—Un hijo contra otro —se limita a decir.

—Tiene al culpable, el móvil, ¡no sé a qué espera para empapelarlo!

—Necesitamos la confesión, capitán. Y un hombre no puede cargar con la culpa de todos.

—Tiene a la otra cocinera —mascullo—. Esa chavala también se merece ir a la cárcel. ¡Y ha confesado!

—Hace años que queremos desmantelar la Orden. Si Gärig habla, no haremos caer una sola cabeza, sino decenas.

Me cruzo de brazos pensativo.

—¿Cuáles son sus instrucciones para conseguir que hable?

Esboza una sonrisa de satisfacción y se levanta.

—Tocar la parte sensible. Hablar como un soldado hablaría a sus hermanos.

Se me encoge el corazón y tomo aire.

—Muy bien.

Capítulo 32

Nine

Entro en la sala de interrogatorios con Osten detrás. Gärig levanta la cara al oírnos llegar y, cuando su mirada se cruza con la mía, me sonríe.

—Capitán Galbero.

—Gärig —digo con rotundidad al sentarme—. Quería hablarme, pues aquí estoy.

—¿Cómo va su pequeño protegido?

—A salvo —gruño con los ojos clavados en él—. ¿Y si vamos directos al grano?

Él lanza un bufido, se hunde un poco más en la incómoda silla y se coloca las esposadas manos detrás de la cabeza. Como si su presencia ahí no tuviera nada de problemática y no se estuviera arriesgando a acabar en la cárcel de por vida.

—¿Recuperado de la herida? ¡Menudo acto de heroicidad ha realizado! Si alguna vez me hubieran dicho que la Guardia Real daría su vida por los Björnen, no me lo habría creído.

—Ese es nuestro trabajo —respondo entre dientes—. Y si mis fuentes no se equivocan, el de su hijo también era dar su vida por la Corona.

Esta vez, frunce el ceño, baja los brazos y da una patada por debajo de la mesa a una de las patas de metal.

—Quería hablar con un soldado. Con uno de verdad. No como estos burócratas lameculos y monárquicos.

Me aguanto la risa porque, en cierto sentido, no hay nadie más monárquico que yo.

Apoyo los codos en la mesa y ocupo todo el espacio, como si la comisaría me perteneciera, para anunciar con voz fría:

—Ahora que nos hemos presentado, vamos a dejar de andarnos por las ramas. Tanto usted como yo sabemos que le da igual que haya un rey, un presidente o un canciller al mando de nuestro país. No es la razón por la que entró en la Orden.

Sonríe con arrogancia y mira a Osten, que permanece de pie al fondo de la sala.

—Inspector, creo que por fin estoy ante un gran hombre.

Se inclina por encima de la mesa para acercarse a mí. A esa distancia, noto su fétido aliento y el olor acre de su sudor.

—Capitán, luchó en Somalia, ¿no?

Asiento, incapaz de aguantar la sensación que esa mención me provoca en las entrañas. Aún siento el olor de la sangre seca y de la tierra. Recuerdo el ruido de las puertas de hierro que se cierran y los gritos de terror que sonaban en cada esquina de las celdas en las que estábamos encerrados. Sabía que los chicos con los que me habían secuestrado habían sido entrenados para no doblegarse, incluso bajo tortura. Estábamos dispuestos a morir por nuestro país sin importar cómo sucediera. Cuanto más lento fuera, peor sería, pero nos daba igual. Lo único que hacíamos era aguardar nuestra hora atrapados en este nido de ratas, con la minúscula esperanza de que, si resistíamos, aumentábamos las posibilidades de que nuestros equipos vinieran a rescatarnos.

—Unidad Lejón, según me han dicho.

—Estaba con su hijo —confirmo.

Le brillan los ojos y noto que tensa los hombros bajo la gruesa capa de ropa que lleva.

—Entonces lo sabe.

No respondo y añade:

—Usted sabe que esa misión era suicida. Usted también estaba, lo sé. De los cinco hombres capturados, tres eran de Lejón. Entre ellos, usted. Era una operación destinada a fracasar. Sabían que habría rebeldes que les esperarían. Querían ver dónde los llevarían para poder preparar la «verdadera» misión.

Siento náuseas y trago con dificultad la saliva que me obstruye la garganta. Todo eso ya lo sabía. Lo supe después de haber salido vivo de aquel infierno. Estaba roto. Físicamente, pero aún más mentalmente. Cuando me propusieron salir de los Lejón para vivir con cierta comodidad en el palacio, no dejé escapar la oportunidad. Necesitaba un nuevo comienzo, un nuevo sueño. Porque el que me había hecho aguantar durante todo estos años en las familias de acogida acababa de hacer desaparecer una parte de mí. Y ahora me encuentro ante la segunda persona que me ha quitado el resto. La que me borró de la memoria de la única persona que quiero con toda mi alma. Y deseo que pague por eso.

—Sin embargo, su rey lo ordenó —continúa—. Él es el jefe del Ejército, ya sabe. Él y su Consejo de mierda. Querían a ese somalí. Qué más les daban los hombres que iban a morir para atraparlo vivo. Mi hijo quería dar su vida por Saryha, ¡pero no como un vulgar títere condenado a una muerte segura!

Sacude la cabeza y chasquea la lengua, la voz cargada de amargura. No exteriorizo emoción alguna, aunque en realidad solo quiero una cosa: que confiese, que dé nombres para acabar con esta farsa.

—Mi hijo se merecía algo mejor, capitán. Entré en la Orden porque me daban medios para actuar. El rey Filip mató a mi hijo, así que yo quiero matar al suyo.

Noto que el inspector Osten se mueve y entiendo que la primera fase del interrogatorio ha sido un éxito.

Es como si, ante su peor pesadilla, un hombre hablara.

Y no sabe que soy la última persona delante de la cual debería querer estar.

—Inspector —ordeno—. Salga, por favor.

—Capitán Galbero.

—Ahora.

Se resigna, porque oigo la puerta abrirse y cerrarse. ¿No quería que yo me encargara del interrogatorio? Pues allá vamos.

—¿Sabes qué? —empiezo en tono serio y bajo—. El inspector me ha recomendado dos o tres técnicas para hacerte hablar. Al parecer, la fibra sensible suelta la lengua. Contigo ha funcionado bastante bien.

Enarco una ceja inquisitivamente y me inclino aún más sobre la mesa para seguir hablándole con tranquilidad, articulando exageradamente cada una de mis palabras.

—Así que escúchame bien, Gärig. Nunca tendrías que haberme hecho venir aquí porque, antes de dirigirte a mí, yo no sabía ni que existías. Ni siquiera sabía quién era tu hijo ni por qué se merecía más vivir que el príncipe. Porque esa es la idea, ¿no? Su vida por la suya. Pero esa no ha sido tu mejor idea.

Traga saliva, no lo suficiente para que sea evidente, pero sí lo bastante para que me dé cuenta de que está empezando a entenderme. Siempre pasa lo mismo con esta clase de gente. Parece que tienen buen carácter, pero, cuando la cosa se pone seria, se van con el rabo entre las piernas. Él va a irse cojeando.

—Ahora que te tengo, no voy a soltarte. ¿Sabes por qué? Porque los Skohell son buenos. Se informan sobre los objetivos, localizan los lugares y preparan las misiones. ¿Y los Lejón? Neutralizan. Ese es nuestro trabajo. Nos dan casos y ejecutamos. Toma de rehenes, extracción, neutralización.

Sus brazos, que hasta ahora tenía cruzados, se deslizan bajo la mesa y noto que se le acelera la respiración.

Bien.

—Creo que no has entendido del todo el problema que hay aquí. Así que voy a repetírtelo de la forma más clara posible. Pareces un tipo un poco lento, pero no te preocupes, tengo un estado de ánimo conciliador. Has tocado a alguien a quien nunca habrías debido ni siquiera mirar, y resulta que yo soy un tío muy rencoroso. Te has convertido en mi caso personal.

Suelto una carcajada con una risa falsa y muy desagradable, pero lo bastante irónica para que mi interlocutor entienda que está jodido.

—Era el mejor de mi unidad para neutralizar a los objetivos. Cuando tenía a uno en el visor, la persona no tenía ninguna posibilidad. ¿Crees que la Guardia Real me ha debilitado? Harás bien en no calentarme. Ya bastantes ganas tengo de partirte la cara por lo que le has hecho al príncipe. Aunque es mi día de suerte, pues vas a pudrirte en la cárcel.

Me doy en la sien con el dedo.

—Así que píllalo, Knut Gärig. Conozco a gente que no está cuerda, a ese tipo de peña con la que no te gustaría cruzarte de noche en una calle. Algunos están fuera, pero otros están encerrados. ¿Sabes adónde quiero llegar? Quizá te caigan varios años, pero no estarás mejor allí que aquí. Y sé cómo hacértelas pasar canutas.

Me detengo un segundo solo para que entienda mi amenaza, y seguidamente, prosigo con voz sorda:

—Y, cuando estés libre, yo estaré aquí. Te esperaré.

—Le están grabando, capitán. Todo lo que diga está siendo grabado.

Su seguridad se hace añicos y me invade el entusiasmo.

—¿Crees que eso me da miedo? ¿Sabes para quién trabajo?

Frunce el ceño.

—¿Qué es lo que quiere? —gruñe, enderezándose en la silla.

Toma aire con dificultad y esbozo una sonrisa.

—Tienes dos minutos para darme nombres. Me pican los puños. Tu mujercita podría tener compañía esta noche. Al fin y al cabo, he trabajado con su hijo, estará encantada de invitarme a una copa.

—Eres un cabrón, Galbero.

—Duermo a pierna suelta.

Se sorbe los mocos con desdén, mira detrás de mí y luego al techo con aire desmoralizado.

—Si hablo, me matan.

—¿Lentamente?

Me mira horrorizado.

—Basta ya.

—¡Pues hable! —grito golpeando la mesa con las manos.

Da un respingo y le agarro el cuello del suéter para estamparle el puño en toda la cara. Se tambalea y cae al suelo.

—¡Galbero! —grita Osten abriendo la puerta de golpe—. ¡Me cago en todo!

Me acerco al tipo en el suelo, ajeno a las voces que se elevan en torno a mí y a los brazos que intentan separarme de él.

—Mírame bien, Knut —le susurro a la cara magullada—. Seré la última persona a la que veas. ¿Me oyes? La última, y tu mujer también.

Luego, lo empujo violentamente y me dirijo hacia la puerta de salida, donde varios agentes de policía se han apiñado, andando de espaldas en amplias zancadas. No me da tiempo a cruzar el umbral cuando Gärig dice en tono ronco:

—Calle de Palfor, número 67. Es un edificio abandonado. Allí nos vemos todos los miércoles.

—Hoy es miércoles, inspector.

Salgo de la sala con las manos temblorosas y cruzo el largo pasillo de la comisaría mientras me palpo los bolsillos de los pantalones para sacar el paquete de tabaco.

—¡Capitán!

Me vuelvo hacia Osten, que se queda sin aliento tras haber corrido apenas unos pasos. Me examina perplejo antes de decir:

—No hará nada de lo que ha dicho, ¿verdad?

No reacciono y él continúa con aplomo:

—Si Gärig desaparece o si le pasa algo a su mujer, usted será el primero en caer, Galbero. ¿Me ha entendido?

Asiento.

—Era un farol.

Frunce los labios un segundo y añade:

—Mejor que algunos de mis hombres, entonces.

Permanezco en silencio, ante lo que él sigue:

—Tenemos material para encerrarlo varios años. Estará fichado por nuestras unidades y la Orden va a desmantelarse si se confirma su confesión. Creo que ha hecho buen trabajo, agente. El príncipe podrá volver a tener una vida normal.

Aprieto la mandíbula para evitar decirle que no, que ahora no habrá nada normal en su vida. No después de lo que le han hecho esos locos y de lo que ha perdido.

—Detengan a esos cabrones, inspector.

Osten no añade nada y se despide antes de volver a la sala de la que acabo de salir a grandes zancadas. Me meto uno de los cigarros entre los labios resecos y suspiro.

A veces, miento igual que respiro. Y si ese cabrón no hubiera hablado, sí que lo habría hecho, por Léo.

Los habría matado a él y a su mujer. Porque así es mi mundo. Se resume en *él.*

Capítulo 33

Léonard

Unas horas antes

Me cuesta abrir los ojos, tengo el cuerpo entumecido y la boca seca. De lo primero que me doy cuenta es de que Nine ha desaparecido. De lo segundo es de que él nunca tendría que haber pasado la noche aquí. Medio dormido, me paso la mano por la cara. Me acerco a la mesita de noche y gruño de frustración al no encontrar lo que quiero antes de agarrar los pantalones que están tirados en el suelo. Saco el móvil de uno de los bolsillos y miro la pantalla.

Las once y ocho.

Siento que no he dormido más de cuatro horas y, sin embargo, nunca me he quedado hasta tan tarde en la cama. Es una de las ventajas de estar aquí: no tengo criados que me abran las cortinas por la mañana y me gusta mucho esta libertad. Aunque normalmente suelo volver a mis hábitos de siempre, hoy es distinto. Me dejo caer sobre la almohada con un brazo debajo de la nuca y miro fijamente al techo. Me duelen todos los músculos, como si hubiera corrido una maratón a la pata coja. Pero lo peor es la sensación que me martillea en el pecho.

Me he acostado con Nine.

¿Me arrepiento? Sí.

¿Quiero volver a hacerlo? Por supuesto.

—Joder —maldigo.

Me levanto en el acto mientras noto que me domina una rabia sorda. ¡Soy un idiota! Recojo mis cosas y me abalanzo al cuarto de baño que hay al lado de mi habitación.

Cuando bajo veinte minutos más tarde, los agentes ya están preparados. La atmósfera es extraña y frunzo el ceño al ver a Máquina cruzar el salón con dos grandes mochilas.

—¿Hay algún problema? —pregunto cuando pasa delante de mí.

—Su Alteza —dice haciéndome una rápida reverencia—. Estamos preparando las cosas. Volvemos.

—¿A palacio?

El agente asiente y desaparece sin decir nada más. Echo un vistazo fugaz a la cocina con la absurda esperanza de encontrarme con Galbero. Hace un momento, tenía tantas ganas de verlo como de pelear, es decir, ninguna, pero es un acto reflejo, necesito saber que está aquí. Que está controlando la situación. Y eso todavía me enerva más.

—Su Alteza.

Me vuelvo hacia Fox.

—Suboficial, ¿por qué volvemos?

—La investigación ha terminado.

Se me hace un nudo en la garganta y me echo hacia atrás.

—¿La investigación?

Asiente y se me acelera el corazón.

—Acabamos de recibir la orden de volver a palacio. El rey y la reina les esperan mañana a primera hora. Iba a comunicárselo.

—Espere —le interrumpo—. ¿Cómo que la investigación ha terminado?

Siento que me cuesta respirar y la información sigue dándome vueltas en la cabeza. Me apoyo en la encimera, me cuesta respirar.

—No puedo decirle nada más. El rey es quien debe informarle de los acontecimientos.

—Fox —respondo con voz fría—. Soy su *futuro* rey. Cuéntemelo.

Le tiembla la mandíbula.

—Al parecer, una de las empleadas organizó el ataque del baile de máscaras —anuncia—. Una ayudante de cocina que antes era ayuda de cámara.

—¿Helle? —pregunto sorprendido.

—¿La conoce?

Trago saliva porque recuerdo muy bien cuando volví con Nine a la mañana siguiente del fiasco en el Element. Fue bastante desagradable con la joven, a la que reprochó haber cambiado de funciones sin haberlo avisado previamente. Recuerdo que encontré su reacción exagerada, teniendo en cuenta lo grande que es el palacio y los numerosos equipos de los que dispone. No es raro que se cambien las funciones, que la gente vaya y venga y que se renueve el personal. Él, no obstante, no pensaba así, y ahora entiendo por qué se mostró tan desconfiado.

Dios mío.

—¿Ella es también la responsable de mi accidente? —pregunto con voz ronca y ahogada.

Creo que estoy pálido, pero insisto en seguir de pie mientras lucho contra el dolor de cabeza que empiezo a notar e intento permanecer impasible. Sin embargo, Fox se acerca a mí con aire preocupado, lo que me demuestra que de impasible, nada.

—Debería sentarse, Su Alteza.

—Estoy bien.

Se queda callado y vuelve a colocarse las manos en la espalda dócilmente.

—Ha entrado en un grupo que se hace llamar la Orden y ella era la intermediaria —continúa—. Helle era la que dejaba las cartas de amenaza de El Salvador. Lo ha confesado después de solo unas horas detenida. Ayer arrestaron a El Salvador.

—¿Quién es?

—Knut Gärig.

Aprieto los labios mientras me paso la mano por la nuca.

—Ni siquiera conozco ese apellido —digo decepcionado—. ¿Ha explicado la razón?

—Parece que es una historia de venganza.

Suspira.

—Su Alteza, no creo que yo sea el que deba contarle todo esto.

Mira detrás de él.

—Deberíamos irnos a palacio por la noche. Su Majestad el rey me ha dicho que tiene una reunión con él en veinte minutos en el sótano. Disculpe, pero no debería haberle informado de todo esto hasta su vuelta oficial.

Sacudo la cabeza, incapaz de añadir nada. La noticia me ha impactado mucho y, si el despertar no hubiera sido ya tan duro, quizá hubiera conseguido aguantar el golpe. Pero me siento vacío.

—¿Dónde está Nine?

Como si fuera el único que me diera energía, como si su sola presencia bastara para volver a darme fuerza con que afrontar a todo el mundo y, sobre todo, con que enfrentarme a él. Necesito pensar en otra cosa, concentrarme en otra cosa, mas, cuando lo tenga delante, sé que el deseo se impondrá. Pero únicamente tendré que combatir con eso y podré olvidarme del resto.

No sé si pone mala cara por mi pregunta o por algo que ignoro, pero se queda en silencio más tiempo del necesario antes de decirme:

—Esta mañana se ha ido a palacio.

Luego, sin esperar respuesta de mi parte, hace una reverencia y sale apresuradamente de la cocina. Me dejo caer en una de las sillas altas de la barra con la cabeza entre las manos.

Una venganza.

Dos años de mi vida por la venganza de un hombre cuya existencia ignoraba hasta ahora.

Y Nine ni siquiera está aquí cuando más lo necesito.

«¡Puto agente Galbero!».

* * *

Cuando cruzamos la entrada de palacio, la vuelta a la realidad es violenta. La inmensidad del espacio me ahoga. La noche ha sido corta y el camino hasta aquí me ha parecido larguísimo. El día del baile, cuando cruzamos el país para refugiarnos en el chalé, estaba tan descolocado que no tenía noción del tiempo. Hoy me siento agotado, pero muy consciente de la situación.

—¡Léonard, Pia!

Me vuelvo hacia la voz dulce y alegre de nuestra madre. Cruza deprisa la enorme habitación y nos rodea con fuerza entre sus tiernos brazos mientras nos da un beso en la cabeza. Inspiro su perfume a flores a todo pulmón y sonrío, toda vez que Pia se ríe a mi derecha. Siento que he vuelto a la infancia y el abrazo familiar —aunque raro— de nuestra madre me llena de alegría.

Volver a casa no era realmente una de mis prioridades desde hacía unos días, pero han escogido por mí. Y, francamente, no podría haber soñado con un mejor regalo de Navidad que volver a ver a mis padres. Sanos y salvos. Padre se acerca a paso comedido con la cara iluminada por una alegría no disimulada de sabernos al fin reunidos, pero su demostración de júbilo es mucho más contenida. Nos da un abrazo firme y rápido.

Cuando hablé con mi padre por teléfono ayer al mediodía, me contó todo lo que se escondía detrás del accidente y todo lo que la investigación había conseguido averiguar. Una terrible historia de venganza bajo el pretexto de una desafortunada guerra. Un hijo contra otro. Y, para mi desgracia, yo tenía que ser un objetivo mucho más fácil en esa época.

Una redada policial de hace un día ha permitido detener a la mayoría de los miembros de la organización. Se acabaron las amenazas y la sobreprotección. Ya no tendré comitiva. La memoria me sigue fallando, pero completo los recuerdos a través de relatos… Y he vuelto a *mi* vida. La que no he escogido, pero para la que he nacido.

Pia, a quien le encanta la Navidad, no parecía nada triste porque nuestros planes hayan cambiado y se haya cancelado la

Nochebuena. Estaba muy emocionada por volver a casa, a este inmenso y frío edificio, lleno a rebosar de empleados que se parten el lomo por nuestra familia. Si por nuestra parte el ambiente en el chalé fue mágico y festivo hasta la tarde del día 23, el hechizo se esfumó cuando se anunció nuestro regreso. Todos volvíamos a estar de servicio.

Saber que un topo formaba parte de los trabajadores sin que nadie se hubiera dado cuenta ha minado la moral de muchos de nosotros, según adivino en los rostros afligidos de algunos miembros del servicio que intentan sonreír a pesar de todo. Dudo mucho que celebremos la Navidad, vistos los acontecimientos, y confieso que no me molesta. No estoy de humor para fiestas.

—El Consejo le espera, Léonard —anuncia mi padre.

Mi madre le echa una mirada severa que él ignora mientras que yo le sonrío para tranquilizarla. Acabo de poner un pie en casa y ya me llaman para «trabajar». Es una costumbre que he aprendido a aceptar y lo hago sin rechistar. Uno de los miembros del personal me agarra el abrigo y deambulo seguro por los pasillos hasta el ala norte.

—Tu guardia personal ha sido disuelta para reorganizarla —anuncia el rey mientras lo sigo—. A partir de ahora, estarás con un efectivo mucho menor. Dadas las circunstancias, no necesitas tantos hombres.

Trago saliva sin estar seguro de querer analizar lo que esto me provoca en el pecho. ¿Pena? ¿Pánico? ¿Frustración?

—Rock y Fox vuelven a su función primaria de seguridad personal, mientras que Nine seguirá siendo tu guardaespaldas como antes.

—Quiero que Fox sea el que ocupe ese lugar a partir de ahora.

No me esperaba decirlo de forma tan tranquila, pero me parece el mejor remedio para solucionar mis problemas. Se acabó esa presencia agobiante detrás de mí, la mirada turbadora, la cercanía provocadora. Se acabó Nine. Pero, nada más decirlo, siento un dolor en el pecho. Me duele más de lo que pensaba y me maldigo por ser tan débil. Sé que es lo mejor si quiero controlarme y cumplir con mis

funciones. Debo estar el menor tiempo posible con Nine o me arriesgo a hacer cosas de las que me arrepentiré. Por mí, pero también por el reino.

El rey reduce el paso y se gira para observarme.

—¿Puedo preguntarte las razones de este repentino deseo de cambio?

—El agente Fox ha demostrado una profesionalidad y una determinación sin igual. Necesito a un hombre como él a mi lado, cuya capacidad para gestionar cualquier situación me confirma que es el más indicado.

Mi padre frunce un poco el ceño con escepticismo y añado con el corazón apenado:

—El capitán ha sido herido y creo que necesita descansar. Este puesto no puede ser bueno para su salud. No quiero que sea un obstáculo para mi seguridad. Que se tome unos días de vacaciones y que luego le asignen una tarea que le dé más tiempo para él y se le otorgue menos responsabilidad, así volverá en mejor forma.

Termino el discurso sin aliento felicitándome mentalmente por expresarme de forma tan clara, aunque en el fondo estoy devastado por esta decisión. No le confiaría mi vida a otra persona que no fuera él, pero esto ya ha durado demasiado. Ya no estamos en el chalé, sino en la vida real; y esta no consiste en colarse en la habitación de un hombre para pasar la noche con él. La vida real no es tener una relación secreta con el hombre que debería protegerme, cuyo papel es garantizar mi seguridad y estar a mi servicio. La realidad de mi vida es reinar. Aunque esto implique que tenga que alejarme de Nine y de la gran tentación que representa. Es lo que tendría que haber hecho desde el principio. Mi padre junta las manos a su espalda con los labios apretados.

—Confío en ti si piensas que es lo mejor.

—Así es —afirmo.

Me falta convicción, lo siento en el débil temblor de mi tono. Pero permanezco firme y escondo mi agitación. Las mejores decisiones no siempre son las más sencillas.

—Informaré a Mads de su decisión.

—Te lo agradezco.

Llegamos por fin delante de la enorme puerta que lleva a la cámara de la sala del Consejo, vigilada por dos agentes de la Guardia Real, y mi padre se queda inmóvil. Sigo el movimiento de su cabeza, que gira a la izquierda de la intersección. En medio del pasillo hay otros dos guardaespaldas. Mi mirada se encuentra al instante con dos ojos oscuros que me escrutan. Noto el corazón en un puño y se me cae el alma a los pies. Desvío la atención de Nine en el momento en que veo que inclina la barbilla para hacer una reverencia ante mí.

Es por el bien de todos.

Sobre todo, por el mío.

«Entonces, ¿por qué siento que es la peor decisión que he tomado jamás?».

Capítulo 34

Nine

—Capitán. Suboficial.

Mads nos invita a acercarnos. Apoyado en la mesa, se cruza de brazos con aire preocupado. Fox y yo adoptamos una postura de circunstancia: los brazos pegados a la espalda y el cuerpo bien recto.

—Os he hecho venir porque hay un cambio de equipo —comienza.

Se me tensan los hombros y frunzo el ceño confundido.

«¿Un cambio de equipo?».

—Debéis saber que la escolta personal del príncipe ha vuelto a su efectivo inicial.

Mads me mira fijamente.

—Nine, tú eras el guardaespaldas de Su Alteza real.

Aprieto los dedos para no hacer el comentario que me quema en los labios.

«¿Por qué emplea el pasado?».

—Desde que han vuelto el príncipe y la princesa, parece que las cosas han cambiado.

Esta vez, noto como si tuviera una bola en estómago. Porque, por mucho que me haya estado engañando a mí mismo estas últimas veinticuatro horas, lo *sé.* Léonard ya no me mira. Ya no me habla. Hace como si yo no estuviera ahí, detrás de él, haciendo mi

trabajo para protegerlo. Siempre he sido invisible, pero nunca a sus ojos. Y nuestro último encuentro en los pasillos unas horas antes, cuando él estaba con el rey y lo he saludado, se me ha quedado desagradablemente grabado.

Está evitándome.

—Fox, el príncipe ha solicitado expresamente que estés a su lado.

—¡¿Perdón?! —exclamo.

Me da un vuelco el corazón y siento que me cuesta respirar.

—Comandante, ¿está seguro?

Noto que mi compañero está mirándome, pero sigo concentrado en la cara seria de nuestro jefe. Aprieto los puños con fuerza, incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo que acaba de caerme como una bomba.

Siempre tengo que confiar en mi instinto. Siempre.

«Me cago en la puta».

Mads se levanta un poco y coloca las manos en el borde de la mesa de detrás de él para apoyarse. No dejo de mirar sus movimientos. No parece sorprendido por el anuncio.

Y eso me jode.

—Galbero —me ordena con voz firme—, no voy a mentirte. Cuando volviste cuatro semanas antes de tu convalecencia, lo dejé pasar. ¿Sabes por qué?

No reacciono y me contengo para que mi rabia no explote descontroladamente contra lo primero que pille. Me zumban los oídos y tengo la sensación de sabía que este día iba a llegar.

El día en que Léonard me relevara de mis funciones.

El día en que me dejaría de lado para que yo entienda que no somos del mismo mundo.

El paréntesis encantado ha acabado.

—Eres uno de los mejores agentes que he tenido en la Guardia Real. Estás entrenado, eres inteligente, observador, y estés donde estés, controlas lo que te rodea. Los hombres como tú se cuentan con los dedos de la mano.

Resoplo con desprecio porque eso no va a salvarme.

—La decisión no viene de mí —continúa—. Ya te dije que, ante el mínimo error, te ibas. No has cometido ninguno, Galbero. Pero el príncipe piensa que aún estás débil.

—¿Débil? —me burlo.

No parecía pensar que estaba «débil» cuando terminamos dos veces en la cama.

—Aconseja que te tomes unos días de descanso.

La mano se me mueve sola y tiro una de las sillas que tengo a la derecha, que se estrella en el suelo con un ruido sordo.

—¡Chorradas! —grito—. Eso son putas chorradas y usted lo sabe muy bien.

Le señalo con un dedo acusador, rojo de rabia.

—La orden viene de arriba —dice observando los daños que mi arrebato acaba de causar—. Te asignarán el servicio general en cuanto vuelvas.

—¡No pienso irme! —mascullo—. Si quiere encerrarme en mi casa para una convalecencia forzada, ¡tendrá que echarme!

El jefe de seguridad enarca una ceja y arruga la frente con hastío.

—Con su permiso, comandante —interviene Fox—, no creo que alejar a Nine cuando la amenaza no ha desaparecido por completo sea una buena idea.

—Me han llamado hace diez minutos —rebate Mads—. La redada que se hizo ayer en la calle Palfor ha conseguido detener a los autores. Ya no hay amenaza, se acabó.

Inspiro con fuerza, lejos de alegrarme de esta noticia cuando otra está haciéndome perder el control.

—Fox, ocuparás el puesto de guardia del príncipe al lado de Su Alteza, tal y como se ha decidido. Nine, desde luego no voy a prescindir de alguien como tú solo por capricho tuyo. Si el príncipe quiere cambiar de guardaespaldas, tiene derecho. Es el príncipe. Si no quieres tener unos días de descanso, te vemos en el almacén en

quince minutos para que dejes tus armas y recojas otras. Podéis retiraros.

Dicho esto, se despide de nosotros y se gira para buscar en las hojas dispersas que cubren el escritorio.

—Comandante —gruño.

—Es una orden, capitán. ¡Obedezca! ¡Santo cielo!

Fox me tira de la manga y me obliga a seguirlo por el pasillo que rodea la central. Abandonamos la habitación y casi me tropiezo a la salida. Me libero de él con fuerza y me echo a correr, haciendo caso omiso a sus llamadas. Necesito aire. Necesito respirar. Necesito un cigarro.

¡Necesito que esta pesadilla acabe!

¿Cómo ha podido hacerme esto? Joder.

* * *

Tres días. Es el tiempo que he necesitado para tomar mi decisión. Quizá es la más complicada de mi vida, pero la más razonable. He tenido que pasar por varias etapas antes de que me explotara en la cara la información vital que estaba rechazando. La que no quería entender, la que no quería aceptar.

Si Léonard me ha alejado es porque quiere que desaparezca. Y el mensaje, que no puede haber sido más claro, no ha dejado ninguna parte de mí sin trastocar: mente, cuerpo y lo poco que me queda intacto del corazón.

Entré en la Guardia Real para servir a mi país. Me quedé en la Guardia Real por proteger a la única persona que me importa. Si ya no quiere que esté a su lado, no tengo nada que hacer aquí.

Ha perdido demasiado. Ha sufrido demasiado. No puedo seguir egoístamente aferrándome a un sueño. El Léonard Björnen del que me enamoré ha desaparecido. Se fue el día en que se subió al Audi para reunirse conmigo. Y nunca volverá, aunque lo desee con toda mi alma.

Y tengo que aceptar su decisión. Por su bien.

—Estás evitándome.

Me tenso intentando esconder mi reacción a mi compañero, que acaba de sentarse a mi lado. Mantengo los ojos fijos al frente mientras observo a los invitados danzar en la gran sala de baile, abierta para la ocasión. Esta noche es San Silvestre, el fin de un año y el comienzo de otro. No podía elegir una fecha más simbólica para decidirme.

O más patética. A escoger.

—No.

Fox se ríe y me lanza una mirada escéptica.

—No te he visto desde que te has ido de la central.

—Tenía trabajo.

—Felicidades si eres capaz de convencerte a ti mismo.

Suspiro y choca ligeramente el hombro contra el mío.

—Tío, quiero disculparme.

—Para.

—Bailey, no estoy de broma. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte —digo—. Las órdenes no venían de ti.

Sin poder aguantarme, desvío la mirada hacia el que intento ignorar desde que empezó la fiesta, pero cuya presencia noto a cada segundo. Se ha quedado con su grupo de amigos, con quienes está hablando, ajeno a la etiqueta que le impondría ir a saludar a los otros invitados. ¿Que cómo lo sé? He dicho que estaba intentando ignorarlo, no que consiguiera hacerlo.

Respiro extenuado, tengo la garganta seca.

—Mira, déjale un poco de tiempo —dice intentando excusarlo—. Ha pasado por mucho estas últimas semanas. Quizá necesita respirar, necesita…

—Nadie te ha pedido consejo —le interrumpo—. El príncipe hace lo que quiere. Ya no soy su guardaespaldas principal.

Fox hace una mueca.

—Bailey.

Me vuelvo hacia él y lo miro con seriedad.

—Lo que estás haciendo no sirve de nada. No tienes que sentirte culpable de que me hayan cambiado de equipo porque careces de poder para hacer nada. Este es nuestro trabajo. Ellos dan las órdenes y nosotros las obedecemos. Punto final. Ahora, no me vengas con historias sobre lo que el príncipe está pasando, porque creo que nadie lo saber mejor que yo.

Aprieta la mandíbula y sacude la cabeza.

—Cuando quieres, eres un capullo.

—No te preocupes por eso, no vas a tener que aguantarme durante mucho más tiempo.

Esta vez, se pone tenso de la sorpresa y yo examino la sala con la mirada vacía para evitar atraer su atención.

—¿Te vas?

—Voy a dimitir en una semana. Aún no han desmantelado por completo la Orden. Primero quiero asegurarme de que los cogen a todos y que el problema está solucionado.

«Quiero asegurarme de que está a salvo antes de irme».

—Luego dejaré los servicios de la Guardia Real y volveré con los Lejón.

—Tío, ¿estás seguro de lo que haces?

Me encojo de hombros mirando de reojo a Léonard, que está riéndose con sus amigos.

Al menos, alguien se divierte.

—Es la única idea que se me ha ocurrido para ser útil a la Corona en otro sitio que no sea este. Los Lejón son mi primera familia, vuelvo a mis orígenes.

Siento que Fox se mueve a mi lado, pero sigo rehuyéndole la mirada. Estoy seguro de que leería en ella todas las razones que todavía me retienen aquí: lo realizado que me siento en el equipo de seguridad, mis compañeros, nuestra amistad. *Él.* Pero también he de irme por eso.

Y nadie me hará cambiar de opinión.

Capítulo 35

Léonard

Ha dejado de nevar a mediodía y ha salido el sol, que desaparece lentamente por el horizonte. Me subo el cuello del abrigo para cubrirme las orejas y avanzo hasta Ulrik, que está de pie delante de la gran fuente de piedra del jardín sur del palacio.

No nos veíamos desde Año Nuevo, cuando ni siquiera pudimos hablar tranquilos de lo que me había escondido porque estuvimos todo el rato en grupo. Si bien no le tuve en cuenta el hecho de que él sabía lo mío con Nine mientras estuve en el chalé, ahora que estamos los dos solos y lo tengo ante mí, siento una especie de irritación.

Sin embargo, al llegar a su altura y ver cómo me dedica una gran sonrisa, me alegro de verlo. Abre los brazos y nos fundimos en un cordial abrazo antes de invitarlo con una señal a que ande conmigo. Después de pasarme el día encerrado con el Consejo, me alegro de disfrutar del aire libre. Le propuse ir a otro sitio para respirar, pero él ha preferido que nos quedemos en el recinto del palacio. Creo que todavía le cuesta asimilar que se ha eliminado el peligro porque han detenido a los organizadores de los ataques. Y *no* he intentado hacerle cambiar de opinión. Da igual por dónde andemos, siempre y cuando pueda desconectar de mis obligaciones.

—¿La vuelta a la normalidad es muy complicada?

Me encojo de hombros mientras recorremos una hilera de árboles blancos. No he vuelto hace mucho, pero ya siento nostalgia y ganas de regresar a la tranquilidad del chalé.

«Y a los brazos de Nine».

—Me gustaba estar allí. Trabajaba, pero era como…

—¿Atemporal?

Asiento y, al toparme con su mirada, cargada de compasión, centro la atención en lo que tengo delante, un poco amargado por los recuerdos de todo lo que he vivido. El silencio nos rodea y solo oímos el crujir de las ramas y el canto de los pájaros.

—Léo…

—¿Por qué no me dijiste nada? —digo a la vez que él.

Estamos aquí un poco por eso, así que más vale hablar sin tapujos. Bajamos la cabeza sonriendo tontamente como niños y él suspira.

—No encontré un buen momento. En el hospital era demasiado pronto. A tu vuelta, tenías otras cosas en las que pensar y luego… Luego era demasiado tarde.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te pedí la contraseña?

—No era una conversación para tener por teléfono. Estaba preparándose el baile y no pudimos hablar de verdad.

—¿Y en el Icone, cuando te conté la conversación con mi hermana? Huiste cuando podrías haberlo mencionado.

La verdad es que me cuesta entender su silencio. No es como si no hubiera tenido la oportunidad para hacerlo. En realidad, desde que salí del hospital, ha tenido bastantes ocasiones para entablar esta conversación; no muchas, pero de sobra.

—¿Con todos los oídos indiscretos que hay en ese sitio? —Suelta aire, cada vez más incómodo—. Léo, sé que lo que he hecho es imperdonable. Y lo que no he hecho, más aún. Pero lo creas o no, quería protegerte.

Si hay una cualidad que caracteriza a Ulrik es su integridad. Una parte de mí sabe que su silencio no era voluntario y que su objetivo

no era perjudicarme. Pero otra parte, casi ínfima, tiene problemas para aceptarlo.

—¡Todos queréis protegerme! Pero, por una vez, me hubiera gustado que os abstuvierais. ¿No se te ha ocurrido que quizá necesitaba saberlo? ¿Que me hubiera gustado saberlo? Podría haber hecho las cosas de otra forma. ¡Empezando por evitar la relación!

Arquea una ceja inquisitiva.

—No me mires así —rezongo.

—Relación, es decir… ¿Nine y tú juntos?

Se queda inmóvil ante mi mutismo, simultáneamente sorprendido y feliz por la información. Me tenso.

—Es…

No sabe qué decir y yo sigo avanzando por el camino con gesto taciturno mientras oigo cómo acelera el paso para alcanzarme.

—No pareces contento.

—La verdad es que hubiera preferido que nunca hubiera ocurrido.

—¿Otra vez con esa historia del rango y la presión social?

Frunzo el ceño y giro la cara.

—¿Ya hemos tenido esta conversación?

Asiente riéndose mientras yo permanezco serio.

—Unas diez veces o más.

—Entonces lo sabes. ¡Y me dejaste hacerlo!

—¿Quieres decir dejarte ser feliz aunque sea con un hombre que no tiene familia ni fortuna y que viene de barrios pobres?

Chasquea la lengua para que entienda su desaprobación y continúa:

—Es la persona más respetable que conozco. Es cierto que no tiene nuestra educación o tu estatus, pero es un buen hombre, con verdaderos valores. Ha salido adelante por su coraje y su lealtad. Si hubiera sido otra persona, no lo habría aceptado. Pero os he protegido porque es Bailey y no me he interpuesto.

Su discurso me corta la respiración. Me detengo y lo miro a los ojos.

—¿Lo llamas por su nombre de pila?

Ulrik se encoge de hombros.

—Salía con mi mejor amigo, así que, de rebote, también nos hicimos amigos.

—Esto es peor de lo que pensaba —suspiro.

Noto un peso en el pecho por el sentimiento de traición y reanudo la marcha a paso más vivo.

—¡Espera!

Me agarra de la muñeca y me vuelvo hacia él con una mirada asesina. Esta vez, la ira me domina sin que pueda encauzarla.

—¿Qué? —profiero—. ¿Qué más vas a contarme? ¿Me has escondido algo más?

—Vale —exclama Ulrik—. Lo siento muchísimo, no pensaba que fuera a herirte tanto al actuar así. No puedo volver atrás porque ya está hecho. Te he decepcionado, lo sé.

Lo miro fijamente con los labios fruncidos. En el fondo, ni siquiera consigo estar enfadado con él porque su silencio es el menor de mis problemas actualmente.

—Tendría que habértelo dicho y, si no quieres volver a hablarme, lo acepto. Pero déjame al menos aclarar una cosa con respecto a Bailey.

Respira ruidosamente y me suelta. ¿Cómo podría siquiera imaginar apartarlo de mi vida? Es mi mejor amigo.

—No sé qué estás pensando y creo que nunca podré saberlo. No soy príncipe, no he escapado por los pelos de un intento de asesinato, no he estado en coma y no he olvidado dos años de mi vida.

Permanecemos inmóviles en medio del camino; a nuestro alrededor solo suenan nuestras respiraciones y su voz.

—Tampoco he amado a un hombre y menos a uno que no sea de mi entorno social. Pero hay una cosa que está clara: aunque Bailey no sea duque ni lord ni noble y solo sea un soldado de padres desconocidos y cuya herencia sea más que incierta, te quiere. Así

que a lo mejor no es la persona que pensabas presentar a tus padres, pero es la única que sabe hacerte feliz.

Ese es mi mayor problema. Ulrik toma aire, lo que me da un momento de respiro mientras sus palabras empiezan a abrirme un hueco en el pecho que había intentado cerrar, y añade:

—Esta conversación la hemos tenido un número incalculable de veces. Tus dudas, tus miedos y la presión que sufres por tu rango los entiendo y los comprendo. Pero lo que me pone triste es que no te has parado a pensar ni un segundo qué siente él. Su memoria está intacta. Él vive contigo y con vuestros recuerdos. Ni siquiera le has dado una oportunidad para hablarte de verdad, ¿no?

—Hemos hablado —respondo.

—¿Y te ha dicho que, desde que has vuelto a palacio, ha estado luchando también para no cometer dos veces el mismo error? ¿Qué ha querido evitar que vuelvas a su vida, aunque le duela muchísimo, para que puedas recuperar tu posición en tu mundo? Léonard, ha luchado por borrar lo que habéis vivido e impedir así que te alejaras de nuevo de tus funciones, porque sabe cuánto lo sufriste la primera vez. Y estoy seguro de que, si ha pasado algo entre vosotros, él no lo ha impulsado. ¿Me equivoco?

Se me retuerce el estómago de dolor. Pienso en los momentos en los que se nos ha ido la olla: las duchas, la discoteca, su casa, el chalé. En ningún momento se acercó a mí sin que yo hubiera dado el primer paso, con lo que noto un peso en el pecho por la culpa.

Ulrik se cruza de brazos y da una patada a un guijarro que rueda varios metros. La cabeza me da vueltas y cierro los ojos un momento antes de volver a abrirlos.

—Ojalá pudieras verlo como yo. Es un hombre extraordinario, Léo. Daría su vida por ti porque te ama con locura. No era tu sombra por cuidar del príncipe, sino porque eras tú. Siempre has sido tú. Y me da muchísima pena que hayas olvidado todo eso. Que vuelvas a rechazarlo.

Le vibra el móvil y desvío la mirada con el corazón a mil. No me esperaba que esta conversación llegara a este punto. Estaba

molesto, aliviado e irritado, pero ahora me he quedado muy afectado.

—¿Lo has echado de tu guardia personal? —me pregunta Ulrik sorprendido.

Vuelvo a la realidad y lo miro. Me tiende su móvil serio en un movimiento brusco. Hay un mensaje en la pantalla y, de manera inconsciente, sé de quién es.

> Hubiera preferido decírtelo en persona, pero no creo que volvamos a vernos. Dejo la Guardia Real para volver a filas. Léo ha decidido que Fox me sustituya y no puedo continuar asignado en otro sitio. No estoy enfadado con él, creo que está perdido y que necesita apoyo…
>
> Cuida de él, Ulrik, y cuídate.
>
> Gracias por todo lo que has hecho.

—¿Vuelve a filas? —pregunto con voz ronca.

Se me sube el corazón a la garganta y aprieto los dientes.

«¿Volver a filas de las Fuerzas Especiales?».

—Te lo dije. No quiere interponerse entre la Corona y tú.

Ulrik tiene una expresión seria, desvía la mirada y no sé qué me hace más daño: el hecho de que Nine se vaya de palacio para volver a su antigua unidad o la desaprobación que leo en los ojos de mi mejor amigo.

Y todas mis dudas emergen a la superficie con mucha más fuerza. Porque sé que, esta vez, la he jodido yo.

Y mucho.

Capítulo 36

Léonard

Casi no he dormido esta noche y me cuesta mucho concentrarme. En cuanto puede, el cerebro conduce mis pensamientos a temas que no atañen al reino. Me he equivocado dos veces cuando he tomado la palabra delante de los ministros, cuando he cambiado cifras y conclusiones. Un periodista me ha sorprendido en plena conferencia estando «en las nubes». Ya me imagino los titulares en los periódicos de mañana, lo que me consume la energía.

Sentado en la parte de atrás del coche, aprovecho este momento de pausa para respirar.

—¿Qué pasa, Léonard?

Vuelvo la cabeza y tropiezo con la mirada preocupada de *mi* padre. Con su elegante traje, mantiene la prestancia sentado en el asiento de atrás del vehículo, aunque nadie nos vea. Noto un peso en el pecho, porque sé que esa es la actitud que se espera de mí y que soy incapaz sostener. La compostura, siempre. No puedo cansarme, sentir pena, nerviosismo o cualquier otra emoción. Nunca. La familia real debe ser una representación perfecta, impasible y ejemplar del país.

Trago saliva sin poder hablar a causa del fatalismo que me impregna los pensamientos y bajo la cabeza.

—Nada, solo estoy cansado.

No está lejos de la verdad, aunque no se trate de eso exactamente. Estoy agotado, es cierto, pero no de la forma que cree mi padre.

—Es hora de que se recupere, ya no está convaleciente.

Recibo el golpe sin protestar aunque dentro de mí me tambaleo. La atmósfera se vuelve más pesada y me concentro en los paisajes exteriores que desfilan ante mí.

Esta vez, ya no lucho por controlar los pensamientos. Lejos de las miradas, dejo que se abandonen a la conversación que tuve ayer con Ulrik y, luego, a Nine. Una y otra vez.

«Las Fuerzas Especiales».

¿Cuándo tiene decidido irse? ¿Va a volver al menos? ¿Dónde irá?

Tengo la imagen de las cicatrices de su cuerpo. De la sangre en la camisa y del miedo que me traspasó las entrañas cuando se desplomó al suelo.

Me paso un dedo por el cuello de la chaqueta que tengo abotonada hasta arriba. Siento que tengo una cuerda alrededor del cuello que me impide respirar y me sofoco, aterrorizado por la idea de que se vaya.

¿Hasta cuándo voy a soportar la presión que me impongo para acallar mis emociones? ¿Cuánto tiempo voy a poder aguantar lejos de él mientras esté en una misión?

El Ejército es un eslabón esencial para garantizar el poder y la legitimidad de un país. Saryha no sería el reino que el mundo conoce sin sus soldados y su papel en el seno de los conflictos internacionales. En cada decisión que se tomó para mandar a nuestras tropas a combatir por la paz y ayudar a nuestros vecinos y aliados estos últimos años, yo estaba allí. Pero ¿cómo voy a gestionar las siguientes sabiendo que seré perfectamente consciente de a quién estaré mandando?

Tengo ganas de vomitar y me contengo para no vaciarme el estómago sobre los pies.

«Qué error».

Forzado.

El coche se queda quieto y la puerta de mi derecha se abre. El aire fresco me golpea en la cara, sé que la tengo pálida. Hago acopio todas las fuerzas que aún tengo para salir sin desplomarme. Ni siquiera veo al guardaespaldas que se inclina delante de mí. En mi campo de visión, solo aparecen manchas deformes y ando hasta el interior de palacio.

* * *

Cuando salgo del comedor para volver a mi habitación, distingo una mole de pelo castaño al otro lado del pasillo.

Nine. Como si me hubiera escuchado a pesar de los veinte metros que nos separan, se vuelve. Su mirada oscura se clava en la mía y siento un escalofrío por toda la espalda. Se cuadra de hombros y levanta el pecho, para desviar enseguida la atención y seguir hablando con su compañero. Mis pasos me conducen por su propia voluntad hacia él y hago caso omiso a la reverencia de Goose, demasiado consciente de la presencia de Nine, que me saluda con un simple movimiento de barbilla y aparta la mirada para fijarse en cualquier cosa salvo en mí. Me crispo.

—Déjenos —indico al agente de mi izquierda con los ojos fijos en Nine.

Este contrae la mandíbula y observa al hombre que se aleja para dejarnos solos. Se me acelera la respiración mientras me pregunto por qué me estoy acercando más a él.

—¿Qué puedo hacer por usted, Su Alteza, que su guardaespaldas no puede?

Me tenso desconcertado por la dureza de su tono. Se coloca las manos en la espalda y mira fijamente un punto invisible delante de él.

—¿De verdad vuelves a las Fuerzas Especiales?

Su rostro sigue impasible y repite con voz monótona:

—¿Qué puedo hacer por usted, Su Alteza?

Un dolor me lacera el pecho y no contengo la mueca que me arruga la cara.

—Bailey —murmuro.

Me siento patético. He luchado durante toda la vida por que mis emociones no me dicten el comportamiento; me he pasado semanas rechazando al hombre que se encuentra delante de mí y reprimiendo los sentimientos que él había empezado a suscitarme. Lo aparté ignorando el dolor sordo que ello me provocaba y que no me ha abandonado desde entonces, así que me merezco su ira. Sin embargo, aquí estoy, haciendo todo lo que siempre me han prohibido. Suplicar a un empleado. Suplicar a un hombre. Retener a Nine.

—Si no me necesita, permítame que me retire. Están esperándome.

No aguarda a que le dé permiso, sino que se inclina un poco y se aleja sin mirarme.

—¡Nine!

No se gira.

—Agente Galbero, ¡deténgase!

Me arrepiento al segundo de usar mi estatus para hacerlo reaccionar, pero es peor cuando me doy cuenta de que ni eso funciona.

Me quedo inmóvil en el pasillo, con el corazón en un puño cuando desaparece de mi vista. No sé qué esperaba encontrarme, pero, claramente, esto no.

Necesito un momento para recuperarme y, entonces, decido seguirlo. Cuando llego a nivel de la conserjería, está montándose en la moto. La sensación de verlo salir del recinto de palacio es desgarradora, sobre todo teniendo en cuenta que tal vez sea la última vez que lo vea. Me siento hundido. Pánico, rabia, rechazo, negación, miedo, desconcierto, dolor.

No puedo dejar que se vaya.

Sin dudarlo, llamo a Ulrik mientras vuelvo a mi cuarto. Responde al instante.

—Necesito tu ayuda… —murmuro.

* * *

Mientras los paisajes desfilan ante mí, vuelvo a pensar en todo lo que me ha traído hasta aquí. Todas esas semanas, todos esos momentos en los que mi relación con Nine no fue para nada convencional, todas esas veces en las que se excedió de sus funciones para protegerme. Vuelvo a verlo acercarse a mí para obligarme a quedarme en su campo de visión a la más mínima ocasión. ¿Quién más intervino para sacarme de las garras de los individuos que la tomaron conmigo en el Element? Nadie. ¿Quién recibió la bala para que no me hiriese de muerte la noche del baile? Nadie. Salvo él. Y me desprecio por estos últimos días en los que lo he odiado. En los que lo he detestado por un montón de razones estúpidas que no eran más que un rechazo evidente de la emoción que estaba desarrollando y que me golpeaba con fuerza en cuanto intentaba ignorarlo.

Ulrik aparca en silencio delante de la dirección que le dije al salir de palacio. Ahora me empiezo a preguntar si no me habré dejado llevar en exceso. ¿No es patético actuar por impulso como un adolescente y exigir una confrontación que la otra persona no quiere?

—¿Vas a avisarlo de que estás aquí?

Con la frente apoyada en la ventana, no respondo y me limito a encogerme de hombros. Creo que ya me arrepiento de mi gesto. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Enfrentarme a él como yo quería? ¿Disculparme por mi actitud? Dios mío, soy idiota. Lo he apartado porque estaba aterrorizado. Y he subestimado cuánto iba a herirlo. Sin embargo, sigo intentando obligarlo a verme cuando quiere huir de mí. De mi estatus y de mí. De mi cobardía y de mí.

—¿Quieres que le diga que estoy abajo? Así baja y se encuentra contigo en vez de conmigo…

Suspiro con la mirada fija en la puerta de entrada del edificio de Nine.

—Tal vez no tendría que haber venido. Seguramente tiene razón al querer alejarse de mí dejando la Guardia Real. ¿Y si estuviera cometiendo otro error? Él y yo sabemos que es imposible, ¿no? Tú también lo sabes.

Respira con fuerza, abre la boca, pero no añade nada porque Bailey sale del edificio con una chaqueta negra. El corazón me da un vuelco en cuanto veo que otro hombre, entre risas, le pasa un brazo sobre los hombros. Miden lo mismo y parece que tienen la misma edad. Su color del pelo es un rubio oscuro de lo más ordinario. Es la primera vez que lo veo, pero mi cuerpo reacciona al momento. Tenso todos los músculos y aprieto los dientes con amargura.

—¿Quién es? —pregunta mi mejor amigo.

Me yergo con la garganta seca y el estómago revuelto.

—No tengo ni la menor idea.

Pero la sensación que me invade me lleva a hacer algo aún más estúpido e irracional. Abro la puerta, a pesar de que Ulrik me ruega que me quede en el coche.

—Puedes irte a casa —me limito a decirle mientras cierro al salir.

Guiado por esta necesidad repentina y el peso tan desagradable que me comprime el pecho, cruzo la calle llena de nieve y tierra. Ignoro las salpicaduras que provocan mis pasos en los charcos y sigo a ambos hombres. El desconocido ha bajado el brazo, pero continúan caminando muy juntos.

La furia me invade y doy una patada a una papelera, lo que provoca un estruendo y que varias personas se giren, entre ellas, Nine. Apenas tengo tiempo de esconderme en el hueco de un edificio, con la respiración entrecortada, antes de que él mire en dirección a mí. Con la cabeza pegada al muro que tengo detrás, intento calmarme. Busco el coche de Ulrik, pero ha desaparecido; y vuelvo a ir detrás de la pareja, que ha reanudado su camino.

Sabía el deseo que sentía hacia Bailey, pero ahora descubro el doloroso apego. Sobre todo ante la idea de que me deje. Es más que evidente: estoy siguiéndolo por calles oscuras, movido por un sentimiento demasiado fuerte como para interpretarlo como otra cosa que celos de verlo con otro hombre.

Cuando vamos a perder a alguien es cuando nos damos cuenta de lo importante que es esa persona. Y he tenido que experimentarlo para saberlo.

Estoy enamorado de él.

Capítulo 37

Nine

—Voy a llamar a Virken.

Torsten da un trago a su cerveza y arquea una ceja. Acabamos de sentarnos en el Marcial, un bar al oeste de la capital donde solíamos ir cuando volvíamos de misión. Era nuestro punto de reunión, el lugar en el que quedábamos después de dormir dos días seguidos para hablar y relajarnos. Ver a mi amigo en el sofá de cuero me traslada automáticamente a varios años atrás, cuando no pasábamos ni una semana sin vernos. Siento que llevo una eternidad sin escucharlo y me sienta superbién estar con él esta noche.

—¿Qué quieres de él?

—Voy a alistarme.

Se atraganta con su propia saliva y tose con fuerza, ante la indiferencia de los parroquianos, que no se vuelven hacia nosotros. No hay mucha gente en el bar, pero la música está demasiado alta como para que alguien se entere de nuestra conversación. Me gusta esta intimidad.

—¿Me estás tomando el pelo?

Niego con la cabeza.

—Creía que habías acabado con los Lejón.

—Y yo, pero quiero un cambio. Necesito dejar la Guardia Real.

—¿Y tu príncipe?

Tenso los hombros y aprieto los dedos alrededor del vaso frío de cerveza que casi no he tocado.

—Ya no es mi príncipe —repongo—. Y lo sabes muy bien.

—¿Desde cuándo te ha detenido un obstáculo tan insignificante? —se ríe—. Que yo sepa, tampoco era así cuando empezaste a trabajar para él, y, sin embargo…

Levanta las cejas en un movimiento sugerente y le hago un corte de mangas. Se ríe.

—¿Quieres que pida algo más fuerte para que te sientas con humor de hablar con papá?

Me sonríe burlonamente y me río haciendo muecas.

—Cállate, Torsten, o te arrepentirás de haber aceptado mi invitación.

—Venga, ¿y si me lo cuentas todo desde el principio? Para que yo entienda en qué te has metido para querer volver a los Lejón.

Me señala con el vaso para invitarme a empezar. Me paso una mano cansadamente por la cara e inspiro.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

—¡En la que salgan culos!

Estallo en carcajadas.

—¿Cuánto hace que no follas, exactamente?

—Ayer, pero nunca rechazo algo jugoso, y lo sabes. Sobre todo cuando hay dos hombres en juego.

—¡Entre ellos tu mejor amigo!

—No seas puritano, Bailey, y diviérteme.

Me dirige una gran sonrisa y suspiro divertido.

—Tienes que saber que no ha recuperado la memoria —empiezo —. Digan lo que digan los médicos, es irreversible. Así que lo tomé como una segunda oportunidad. Él nunca había aceptado realmente que nuestra relación fuera tan seria.

—*¿Él* nunca lo había aceptado o *tú* tenías miedo de que nunca lo aceptara?

—Es lo mismo, ¿no? Desde el principio marcó las distancias y siempre te lo he dicho: la realeza es lo primero. Porque ha nacido para eso. Cuando me enteré de que no se acordaba de mí, pensé que Léo tenía una nueva oportunidad para hacer las cosas… de otra manera.

Clava los ojos en mis labios mientras deja la bebida para beberse mis palabras.

—Pero las cosas no han sido muy distintas —admito—. No sabría decirte cómo ha pasado, pero ha pasado.

—¿Habéis follado?

Me hundo en el sofá de cuero y coloco un brazo en el reposabrazos.

—No necesitas saberlo.

—Se te da de pena contar historias, te lo he dicho ya, ¿no?

—¡Que te den!

Se ríe y me obliga a seguir.

—Ya no es el Léo que conocí. Ha cambiado. Es frío y está más distante y reservado. A pesar de todo lo que ha pasado. Y confieso que, haga lo que haga, siento que nunca es suficiente. Siento que sigo perdiéndolo.

—¿Y cuál es la decisión más razonable que tomas? ¿Alistarte porque tu amante te ha dejado?

Frunzo el ceño sorprendido por su tono amargo.

—¿Perdón?

—¿Te he ofendido?

Se ríe.

—Bailey, ¿quieres saber mi opinión? Eres un payaso.

Frunzo el ceño, molesto por el rumbo que acaba de tomar una conversación que debería servir para quitarme un peso de encima.

No era así como suponía que iría la cosa.

—No vas ni por la mitad de la historia y ya sé qué es lo que no cuadra.

—Ilumíname —le invito entre dientes.

—Vives en el pasado, amigo mío.

Pongo cara de pocos amigos mientras cruzo los brazos y golpeteo el suelo con el pie maquinalmente.

—Ya hablaremos cuando pierdas al hombre de tu vida.

—No lo has perdido —me responde—. ¡Está vivo! ¿Sabes qué significa eso? Que te han dado otra oportunidad. ¡Una mejor! ¡Para hacer las cosas bien! ¿Y tú qué prefieres hacer? Deprimirte con la historia que has perdido.

Me levanto de golpe, herido en lo más profundo.

—¿Qué otra cosa debería hacer, entonces? ¿Dejar de protegerlo? ¿Dejar de protegerme de los recuerdos que él ha olvidado?

Torsten resopla y hace girar su vaso, que sigue lleno, sobre la mesa.

—¿Le has hablado de vosotros? ¿De lo que habéis vivido?

—Le he confesado que teníamos… algo.

—¿Y cómo ha reaccionado?

Tuerzo el gesto al recordar con nitidez esa parte de la noche.

—Lo ha negado todo.

—Déjame adivinar —responde riéndose—. Y tú no has intentado decirle nada más.

—Quería protegerlo.

Esta vez, Torsten da varios sorbos a la cerveza mientras me mira con atención.

—Tu problema, Bailey, es que al querer buscar tanto lo que teníais, has olvidado lo esencial. ¿Cómo esperas que se las arregle tu príncipe con la sombra de su pasado y de vuestra historia sobre su cabeza? No puede ser él mismo ni intentar redescubrirse y darte otra oportunidad si sigues empeñado en buscar al hombre que quisiste.

Se me corta la respiración y el corazón me va a mil. Coloco la cabeza entre las manos y suspiro, al ser de pronto muy consciente de estas cuatro verdades que acaban de decirme.

—Soy un imbécil.

—Sí, esa era la conclusión de todo esto. Ahora vamos a tomarnos algo más fuerte y vas a escucharme mientras te digo que volver a los Lejón es lo último que vas a hacer.

Luego, levanta un brazo hacia la camarera para pedirle una botella de *whisky.*

* * *

—No te gires —susurra Torsten al doblar una esquina—, pero creo que desde que salimos de tu casa alguien nos sigue.

—Lo sé.

Tengo las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, arrastro los pies y lucho para no girarme a mirar por encima del hombro para analizar la situación. En lugar de eso, miro a mi amigo y no necesitamos decirnos nada para que los viejos reflejos de nuestro dúo se pongan en marcha.

—Que te dejes atrapar durante mi ausencia —murmura con una risa y se desvía en la primera calle.

Yo sigo avanzando, consciente de que pasados unos minutos acorralaremos a nuestro objetivo, él por detrás y yo por delante, y que no tendrá posibilidades de escapar.

«¡No atacas a buenas personas!».

Avanzo a paso más comedido, ignorando a la gente que me adelanta por la acera, me detengo a un metro de una callejuela y finjo que me agacho para atarme los cordones. Es la técnica más básica, pero siempre funciona. Porque la persona que nos sigue se verá obligada a continuar su camino si no quiere parecer sospechosa y, en cuanto me pase, estará jodida.

Escucho los pasos enseguida. Son inseguros y ligeros, pero las suelas chasquean cuando su dueño se apresura a pasar por mi lado sin que lo vea. Para su desgracia, es demasiado tarde, porque he notado su presencia y me levanto al instante. Lo agarro por la nuca y lo empujo hacia el hueco para pegarlo contra la pared con violencia. Se le ha cortado la respiración, lo siento por el movimiento de la tráquea debajo de mi codo. Cuando levanta el rostro y un olor muy familiar se cuela entre la peste de la basura que nos rodea, me pongo tenso de pies a cabeza. Se me detiene el corazón y clavo la

mirada en sus ojos azules; tiene el pelo escondido debajo de una capucha oscura.

Ni siquiera sabía que tenía este tipo de ropa.

Luego, me doy cuenta de que esa rebeca es mía y de que hacía mucho tiempo que no la veía.

—¿Léo?

En ese momento, le suelto el cuello y lo libero lo suficiente para que inspire con fuerza, pero no lo bastante para que escape. Sigo pegado a él, bloqueando la salida de la sórdida callejuela en la que lo he acorralado.

—Hola —lloriquea masajeándose el cuello.

A pesar de la oscuridad, sé que le he dejado una marca en la piel con el brazo.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Miro hacia atrás a la espera de encontrarme con un uniforme, con el cabello pelirrojo de Fox o con cualquier otra persona de la Guardia Real. Pero nadie llega y la sangre me bombea en la sien.

—¿Estás solo? —gruño.

—Al parecer, se me da bien esto de escabullirme —dice con petulancia.

Frunzo el ceño para mirarlo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Bailey?

Me vuelvo hacia Torsten, que entra en la callejuela oscura. Está alerta, reconoce a quién tengo delante y una sonrisa divertida se le dibuja en los labios. El tipo de sonrisa que en su caso quiere decir: «¡Lo sospechaba!». Y, Dios mío, cómo me gustaría que estuviera en cualquier otro sitio menos aquí, donde puede observar todas mis reacciones como si me conociera mejor que yo mismo, y encima con Léonard delante. Estoy demasiado enfadado como para ser racional.

—¿Bailey? —repite Léo con cara seria—. Creo que tu novio se impacienta. Tendrías que irme soltando.

Torsten se parte de risa y yo siento tanto odio que no veo nada gracioso en su comentario.

—Torsten.

—Entendido, ¡pongámonos nombres!

Mi amigo varios da pasos hacia atrás y mantiene una sonrisa burlona en el rostro. Luego, se inclina en una reverencia exagerada.

—¡Encantado de haberle conocido, Su Alteza!

Y, seguidamente, se esfuma entre carcajadas. Estamos solos y el silencio nos rodea. Suelto por fin el cuerpo helado de Léonard.

—¿Desde cuándo estás fuera?

—Desde hace poco.

—Deja de mentir —exclamo—. Sé que nos sigues desde que hemos salido de mi casa, Léo. Y eso es hace más de dos horas.

Frunce el ceño y se encoge de hombros hundiendo las manos en los bolsillos de su jersey.

—No he estado delante del bar todo el rato, si esa es tu pregunta. Estaba en un coche.

—¿Ulrik?

Asiente y suspiro. Me paso una mano por el pelo y me lo revuelvo.

—¿Dónde está Fox?

—En palacio.

Reprimo la rabia por saber que nadie ha sido capaz de darse cuenta de que salía y que no tiene ninguna protección a su alrededor, en plena noche y con la Orden sin haber sido oficialmente neutralizada. Quiero matar a todo el mundo.

—¿Qué haces aquí? —repito—. ¿Por qué me sigues?

—Tendría que haber sospechado que no estarías solo mucho tiempo.

Su comentario acerbo me golpea con fuerza.

No responde a mi pregunta y necesito un momento para entender lo que está diciendo.

«¿Torsten y yo? En serio…».

—¿Quién es ese hombre?

—¿Estás celoso? —le pincho.

—Respóndeme.

—¡No!

Mi voz retumba en la calle y nos miramos desafiantemente un buen rato. Empiezo a hiperventilar, siento que estoy al borde de un ataque de nervios. Odio a Fox por no ser capaz de vigilarlo. Me odio a mí mismo por pensar que estaba en buenas manos cuando yo estaba con él. Y odio a Léo por decirme algo tan estúpido cuando hace apenas unos días me rechazaba. Me apartaba.

No tiene derecho.

—¿Te niegas a responder a una orden directa de tu príncipe?

Ignoro el dolor que este violento recordatorio me provoca en el pecho.

Está tratando de enfadarme. Está probándome. Está perdido. Pero me hace daño.

—Me dejaste muy claro que ya no me querías ni cerca ni lejos cuando me cesaste como tu guardaespaldas personal. No tengo que rendirte cuentas.

—Sabes perfectamente por qué lo he hecho —exclama.

Me examina y se separa del muro.

—Sabes perfectamente que no tenía elección, Bailey. Lo que ha pasado entre nosotros no es posible. Ni antes, ni ahora, ni nunca. Qué más dan las ganas que tengamos.

Esta confesión me estremece el corazón herido, y suelto aire con fuerza.

—Puedes elegir, Léo. Siempre has podido elegir porque eres el heredero. Yo moriría por ti. Daría mi vida por protegerte. Al apartarme de tu servicio, sabes perfectamente el mensaje que me has dado.

Me detengo para tragar la bilis que me sube por la garganta.

—Querías que yo desapareciera de tu vida; y no pretendas ahora hacerme creer lo contrario.

Creo que noto cómo le brillan los ojos en la oscuridad, pero no me detengo en ellos por miedo a derrumbarme.

—Por lo tanto, ¿a qué estás jugando ahora que has tenido lo que querías? ¿Por qué estás aquí?

—¿No es obvio? —murmura lastimeramente—. ¿Aún no lo has entendido?

Sacudo la cabeza, perdido, triste, pero contentísimo por tenerlo de nuevo delante de mí.

Joder, soy ridículo.

Y estoy locamente enamorado.

Se acerca a mí y pega la boca a la mía sin previo aviso. El movimiento es brusco, hasta tal punto que me echa hacia atrás, pero tengo el reflejo de sujetarme a su cintura. Me rodea la nuca con los brazos para aguantarme y me mete la lengua entre los labios. La sensación de su calor, de sus manos y de su olor se carga todo el autocontrol que me he impuesto. Y sé, Dios mío, ahora que lo tengo entre los brazos, sé que no quiero estar en otro lugar.

Nunca.

Porque él es el único que puede hacer que quiera quedarme.

Capítulo 38

Léonard

Varias gotas de lluvia nos obligan a interrumpir nuestro abrazo y cuando no tarda en caernos una tormenta encima, Bailey me tira de la manga para salir de la callejuela. Tengo la sensación de estar en una serie B cursi, directamente salida de los libros de mi hermana pequeña. Corremos con los brazos enlazados hasta la entrada de su edificio, a varias calles de allí. Cuando cruzamos el portal, tengo el pelo empapado y me chorrea por la frente y la nuca. Me aguanto un escalofrío al llegar a su apartamento porque la lluvia me ha calado la ropa y apesto a sudor y agua. Oigo a Bailey refunfuñar detrás de mí cuando estornudo. He tenido que coger frío al quedarme tanto tiempo fuera y su desaprobación me hace sonreír. Lo observo de soslayo mientras se aleja hasta la habitación murmurando palabras incomprensibles.

En medio de su sala de estar, más ordenada que la última vez, no puedo evitar ponerme a estudiar todos los rincones y todas las cosas que ya conozco. Las fotos en el mueble, la mesa de centro gastada por el tiempo, la funda del sofá desteñida en algunas zonas. No es el sitio más bonito que he visto ni el más grande, pero me hace sentir extrañamente bien.

Eso es algo que tampoco me sorprende.

—Te he sacado una toalla de ducha y cosas para cambiarte en el baño —me dice al volver al salón.

Me vuelvo con los brazos cruzados.

—Gracias, pero no lo necesito.

Levanta una ceja y me recorre el cuerpo con la mirada. Clava la vista en los pantalones manchados y luego la sube por la sudadera para acabar en mi pelo, revuelto por el viento.

Debo parecer un perro mojado.

—Déjate de tonterías y ve a darte una ducha caliente. ¡Ahora mismo!

—¿Tu apartamento, tus reglas? —me burlo.

Esboza una sonrisa sesgada y asiente. Me gusta volver a verla. Lo desafío un momento con la mirada, nada satisfecho por la violenta interrupción de nuestra conversación de antes. Entonces, solo para frustrarlo y porque empieza a gustarme picarlo, bajo las manos hasta la parte baja de la sudadera para pasármela por encima de la cabeza. No deja de mirarme con curiosidad. Cuando hago lo mismo con el jersey de cuello alto y acabo sin nada en la parte de arriba delante de él, las pupilas se le dilatan y le cambia la expresión del rostro. Se le entrecorta la respiración, pero a mí también me cuesta respirar con normalidad porque me devora con la mirada. Vuelvo a estremecerme, pero, esta vez, no de frío. Avanzo hacia él con determinación y lo esquivo sonriendo. Noto sus ojos clavados en mí hasta que desaparezco en el cuarto de baño contiguo al dormitorio. Ha puesto la calefacción y siento que me asfixio al entrar. Me desabrocho los pantalones y lanzo una mirada por detrás de mí con la esperanza de verlo, pero me encuentro con una puerta abierta que da a una habitación vacía.

Mi pequeño juego no ha funcionado tan bien como me gustaría y frunzo el ceño de frustración.

Voy tirando la ropa al suelo y la hebilla del cinturón tintinea. Haré lo mismo con los calzoncillos, pero controlando los movimientos. Esta vez, sé que él está aquí. Lo imagino perfectamente, apoyado en el marco con los brazos de cruzados y mirándome. Lo noto detrás de mí. Es imperceptible, pero lo bastante para que me estremezca. Mi

polla cobra vida y mi ritmo cardíaco se intensifica. No me giro, solo me acerco a la ducha y abro el grifo. Me deslizo bajo la alcachofa disfrutando del agua caliente que me cubre la piel. Al fin, me atrevo a mirar a mi derecha.

Bailey me está mirando con avidez y la mandíbula tensa por el autocontrol, todo lo cual hace aumentar mi erección. Sé que él está igual que yo.

—¿Vas a quedarte ahí? —pregunto con una mueca traviesa.

—¿No puedo?

Su voz ronca me pone la piel de gallina y la sonrisa se me amplía. Me ha desaparecido todo rastro de pudor desde hace un rato y, sin dejar de mirarlo, me agarro la polla para acariciarme de manera lasciva.

El parecido con la escena del *dojo* hace que me excite más y acelero los movimientos mientras disfruto del placer que me proporciona, que se ve intensificado por su atención febril hacia mis dedos. Veo cómo se le mueve el pecho de manera irregular y cómo se pone duro entre las piernas. Cierro un momento los ojos y echo la cabeza hacia atrás para dejar escapar un gemido incontrolado de placer.

—¿Te gusta lo que ves? —jadeo.

No necesito que me responda para saber que sí.

—Acarícíate con la otra mano —me ordena con voz sorda.

Me toco pecho y lo masajeo lentamente.

—¿Así?

Él gruñe y se separa de la puerta para acercarse a mí.

—Más abajo.

La mampara de cristal no le hace perder ni un segundo de mi espectáculo. Se queda inmóvil en el centro de la habitación y se humedece los labios. Me recorro el abdomen con los dedos bajo su mirada nerviosa, al tiempo que evito ir exactamente donde él quiere. Hacerlo esperar multiplica mi placer; nunca pensé que este tipo de juego pudiera excitarme tanto.

—Otra vez, Léonard.

—¿Si no, qué? ¿Vas a venir a enseñármelo?

Levanto la cabeza y lo miro provocadoramente. Se desabrocha el vaquero. Acaricio el vello rubio que me sale del ombligo hasta las piernas y, luego, bajo hacia la ingle sin dejar de tocarme la erección con la otra mano.

—¿Ahí es donde quieres que vaya? —le pregunto cuando me agarro al fin los testículos.

Él se baja la bragueta, lo que le deja al descubierto una enorme protuberancia en los calzoncillos blancos y gime cuando hunde los dedos bajo la tela. Me quedo inmóvil, fascinado por los movimientos de su muñeca, pero frustrado por distinguir apenas su forma.

—Bailey, quiero verte.

Sonríe y se pasa la incitante lengua por los labios antes de bajarse los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Gesticula para sacar los pies y se quita a la vez la camiseta. Esta vez, está completamente desnudo y lo examino sin avergonzarme. Es magnífico.

—Quiero sentirte.

No sé si río o gimo, pero emito un sonido poco elegante cuando se mete en la ducha. Me agarra el sexo a la vez que me da un beso voraz. La sensación es tan liberadora que me tambaleo. Me agarro a sus hombros para estabilizarme y coger a mi vez su erección. Me adapto a su ritmo y, sin pronunciar palabra, nos masturbamos mutuamente, estimulados por el agua caliente que corre entre nosotros. Las sensaciones son desconcertantes y me cuesta controlar la respiración. Pienso en mi deseo de notar a Bailey en otro lugar de mi cuerpo, en la necesidad de que deslice sus dedos más lejos, en que me meta otra cosa para activarse dentro de mí… y casi eyaculo.

—Ya llego —balbuceo contra él.

—Y yo…

Apoya la frente contra la mía y hace movimientos más enérgicos. Pierdo un momento el ritmo y me corro el primero en un orgasmo fulminante. Con los ojos fijos en mí, Nine me acaricia hasta que los espasmos de mi cuerpo se calman. Reanudo los calculados

movimientos de muñeca jugando hasta el último momento con su placer antes de llevarlo al clímax. El gemido que se le escapa hace que me mi miembro, aún duro, palpite dentro de su palma y le succiono la arteria que se le infla en el cuello.

Nos quedamos debajo del chorro de la ducha disfrutando de la calma que nos rodea y de nuestras respiraciones que se van volviendo regulares. Bailey agarra el gel de ducha y me frota la piel lánguidamente, de modo que me marca con su familiar aroma. Imito sus movimientos en un tranquilizador silencio y salimos de la ducha cuando el agua se vuelve tibia. Me tiende la toalla que ha colocado en el borde del lavabo antes de sacar otra del mueble. Tiene un brillo especial en los ojos mientras me seco y, cuando nuestras miradas se cruzan, gira la cabeza.

—¿Tienes hambre? —pregunta anudándose la toalla en la cadera.

—Muchísima.

Sonríe y recoge sus cosas del suelo para sacar el móvil.

—Voy a pedir.

Asiento cuando sale de la habitación. Todo se desarrolla con una domesticidad enternecedora, y me doy cuenta de que es una escena que teníamos la costumbre de vivir.

No rechazo el placer que eso me da y disfruto de la calidez que me inunda el pecho.

Me pongo ropa suya y me cepillo el cabello despeinado. Cuando llego a la sala a estar, ya hay unas bolsas en la mesa de centro. Me pregunto qué habrá podido decir al repartidor para que sea tan rápido y sacudo la cabeza con una risa.

No lleva más que unos simples *joggers* que le llegan a la altura de las caderas y no puedo dejar de mirarle el pecho desnudo mientras se inclina para encender sus altavoces por *bluetooth.* Pone una lista de reproducción y se vuelve hacia mí.

El corazón se me acelera en cuanto me mira la ropa.

—¿Parezco un tipo cualquiera así? —me burlo levantando los brazos.

—Casi.

La sonrisa que me dirige esconde otra emoción que me cuesta descifrar.

—Ven, va a enfriarse.

El rugido de mi estómago me da un toque de atención y me siento en el sofá.

—¿Qué has pedido?

Abre las cajas y unos olores muy apetitosos inundan la estancia.

—*Bo bun* de gambas, fideos salteados con cerdo y… *¡nems!*

—Me gusta todo.

No dice nada porque lo sabe, claro, y eso aumenta el sentimiento de felicidad cotidiana, esta facilidad con la que actuamos desde que hemos llegado aquí. Se sienta a mi lado y agarro un par de palillos para hundirlos en el primer plato a mi alcance. Trago el bocado con placer.

—Es la lista de reproducción que pusiste una vez en el coche, ¿no? —pregunto tras mirar la pantalla de su móvil sobre la mesa.

Lo confirma mordiendo un *nem.*

—¿Qué significa el sol?

Deja de masticar, se lo traga entero y me mira.

—Sunshine.

Perdido en el negro de sus ojos, no lo entiendo inmediatamente.

—Tu nombre en clave —añade.

Me atraganto ante esta confesión. Tenía innumerables pistas ante mis narices y no he visto nada.

—¿Y solía escuchar la música que te he pedido poner?

Asiente con la mano suspendida.

—«Stand by Me», de Ben E. King —responde.

—La escuché en un sueño.

Vuelve a hacerse el silencio y sigo comiendo aunque me cueste tragar.

—¿Solíamos hacer esto?

Dejo los palillos en la mesa bajo la mirada inquisitiva de Bailey.

—¿Solíamos pasar aquí la noche? Tengo la sensación de que es muy… natural —admito en un susurro.

Se queda mudo, como si de pronto le costara hablar del pasado. En cambio, yo siento la necesidad de hacerlo aun sabiendo perfectamente que eso no me hará pasar página. Se seca los dedos mientras se aprieta contra el respaldo del sofá.

—Léo…

—Quería abdicar, ¿lo sabías? —le interrumpo sin querer.

Frunce el ceño.

—Lo ignoraba.

Me escruta con su mirada oscura e indescifrable. Bajo la cabeza y cruzo las piernas debajo de las nalgas, desconcertado por su mutismo repentino.

—Pia me lo dijo. Al parecer, se lo confesé varios días antes del accidente.

No reacciona y sigue mirándome fijamente sin decir nada.

—¿Crees que esa es la razón por la que me escapé aquella noche?

Me detengo e inspiro.

—¿Para venir a decírtelo?

La versión de «Can't Help Falling in Love» de Elvis Presley comienza y se me encoge el corazón.

—No te habría dejado hacerlo.

Su tono es áspero y se levanta de golpe, con lo que me deja solo y confundido en el sofá. Su declaración es difícil de asumir, pero me limito a preguntar:

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —responde con violencia—. Tu deber es ser rey.

—¿Aunque lo hiciera por ti?

Nine tensa los hombros mientras me da la espalda. Tengo un nudo en el estómago por el miedo a su respuesta y por mi propia vulnerabilidad, de la que ya no me escondo.

—¡Eso es aún peor! Me habría sentido como una mierda por haberte hecho escoger. ¡Prefiero vivir escondido, aunque me vuelva loco, a dejarte hacer eso!

Se me encoge el corazón, pero no estoy enfadado con él. Me levanto también y rodeo la mesa de centro para acercarme a él, que se apoya en la ventana. Bailey clava su mirada ausente en la mía y trago saliva con dificultad.

—Nunca he querido ser príncipe, y mucho menos rey.

Decirlo en voz alta me deja un peculiar sabor de boca y lo hace más concreto en mi cabeza. Me siento desnudo porque es la primera vez que me permito confesarlo.

—¿Aún quieres abdicar? —me susurra.

—No sabría decirlo.

Soy incapaz de imaginarme mi vida sin las responsabilidades que corresponden a mi estatus. Muchas veces he pensado en lo que haría si no tuviera un destino ya establecido. Cuando era más joven, creía que era la fantasía de un adolescente que solo soñaba con ser como los otros y divertirse. Ahora ya no lo sé.

Exhalo con fuerza y me acerco hasta que nos tocamos con los pies.

—Lo único que sé es que no me veo sin ti —murmuro en tono lastimero.

Mi susurro muere en sus labios, que él aprieta con fuerza contra los míos. Me fundo en su pecho y le rodeo la cadera con los brazos para pegarme más. Él me coloca la manos en la cintura y el deseo prende en mí como un hilo de pólvora en las venas. Deslizo los dedos bajo el elástico de sus pantalones y acaricio la curva de sus nalgas desnudas. La polla se me activa e interrumpo nuestro beso para mordisquearle y lamerle la mandíbula, desde donde bajo hasta su cuello y subo hasta su oreja. Entonces me agarra del pelo con fuerza y gime cuando rozo mi erección contra la suya.

Con ademanes bruscos, nos abrazamos y cruzamos la habitación mientras nos golpeamos con los muebles que encontramos a nuestro paso. Me siento eufórico, incapaz de aguantarme mientras un fervor incontrolable se apodera de mí. Nunca me he sentido tan atraído por nadie y tengo la sensación de que estoy perdiendo la cabeza. Aterrizo en su cama y lo recibo con impaciencia cuando se tumba sobre mí. Nos desnudamos rápidamente y Bailey deja mis

labios para colocarse en mi miembro y colmarlo de caricias húmedas y expertas. Me empujo dentro de su garganta con fuerza, desinhibido por el placer, y muevo las caderas para marcar un ritmo. Él me deja hacerlo gruñendo contra mi sexo estimulado y tragándome con avidez. Cuando mete unos de sus dedos en mí, vuelvo a pensar en la idea de recibir más y me aparto.

—Bailey —jadeo con su pelo entre mis temblorosas manos.

Tiene la cabeza en mi entrepierna y me escruta con ojos vidriosos.

—Léo —susurra lamiéndome todo el sexo, y luego succionándomelo.

—Tómame.

Va a volver a meterse la polla en la boca, pero lo detengo.

—Así no. Tómame de veras.

Tensa el cuerpo y se queda inmóvil con la atención fija en mi cara.

—¿Estás seguro?

Se apoya en un codo, con aire confuso, aunque el brillo de sus ojos revela todo lo que está intentando contener.

—Sí. Tengo ganas de ti.

La sonrisa que le ilumina la faz es coreada por la calidez que me llena el pecho y entonces echa todo su peso sobre mí para besarme los labios con ternura.

—Paramos cuando quieras.

Me da un beso en la mejilla y en la nariz mientras se dirige más al sur con los dedos.

—Si tardas tanto, voy a volverme loco.

—En ese caso, seremos dos —se ríe.

Abre el cajón de su cómoda con la mano libre y saca todo lo que necesita. Con un hábil movimiento de la rodilla, me separa las piernas para tener el espacio necesario con el que prepararme con una lentitud concienzuda. Gimo y pataleo hasta que me penetra al fin. Primero una parte, luego al completo. La sensación es confusa, pero acabo relajando los músculos y recibiéndolo. Como si ya lo

conocieran, como si estuvieran preparados desde hace años. Acostumbrados a dejarle la vía libre. El dolor y la incomodidad dan lugar a un placer nuevo, más intenso, y levanto las caderas para encontrarme con su pelvis.

No deja de mirarme y me altera el poder de las emociones que siento. El deseo. El afecto. Y más cosas.

Cierro los ojos desconcertado por la profundidad de esa mirada oscura, pero también por pudor, porque él podría leer millones de cosas en la mía.

Me roba un beso que vuelvo a pedirle para acallar las palabras que quieren escaparse de mis labios a mi pesar. Le rodeo la cadera con las piernas y acomoda un brazo por debajo de mis nalgas. Nuestros alientos se mezclan en un baile rítmico mediante golpes de cadera, durante un rato suaves y luego cada vez más rápidos. Cuando me atrapa el miembro entre nuestros vientres, no consigo contener el orgasmo que me embarga. Me estremezco debajo de Bailey, incapaz de controlar los espasmos de mi cuerpo mientras se une a mí con un gruñido ronco.

Al poner la boca en el hueco de mi oreja, noto que se le calma la respiración y que me acaricia el costado cariñosamente con los dedos.

—Dios mío, ha sido… —farfulla con voz rota.

—Sí…

Me ha faltado el valor de decirle lo que tengo en la punta de la lengua, pero he hecho cuanto he podido para mostrarle mis sentimientos.

Capítulo 39

Nine

—¿De verdad vas a volver a los Lejón?

Tiene apoyada la cabeza en mi pecho y le acaricio el pelo con ternura. Siempre me han gustado estos momentos, cuando acabábamos de hacer el amor en cualquier habitación de mi apartamento —en ocasiones, varias veces— y terminábamos en la cama. Lo que era la consecuencia lógica de nuestros retozos apresurados y precipitados. Necesitábamos descansar de verdad y hablar. Volver a pensar en él y en mí esta noche no me duele tanto como antes. Porque, en el fondo de mi corazón, sé que las cosas son como deben ser.

Lo he vuelto a encontrar y, pase lo que pase, siempre lo haré. Está claro.

—No lo sé.

Me roza el cuello con su aliento y se apoya sobre el codo. Le deslizo la mano por la espalda y me mira con aire preocupado.

—No te vayas.

Sonrío de todo corazón, con el pecho lleno de una felicidad indescriptible.

—¿Vas a suplicármelo? —le pincho.

—¿Eso es lo que hacía?

—Es posible.

Me palmea el hombro mientras se ríe.

—Mentiroso, solo lo dices para que me ponga de rodillas entre tus piernas.

—No me molestaría.

Se tumba, pero esta vez con la espalda sobre el colchón. Escruta el techo con un brazo colocado detrás de la nuca, en una postura muy relajada.

—No quiero que te vayas.

Inspiro con fuerza.

—Pero me has ordenado que deje de estar a tu servicio.

Mi comentario carece de resentimiento o reproche, y él lo nota porque junta su mano con la mía para enlazar nuestros dedos.

—Después de todo lo que ha pasado, no entiendo por qué no te lo he pedido antes.

Vuelve la cabeza hacia mí para captar mi atención.

—Nunca me he sentido tan protegido como cuando estoy a tu lado, Bailey, pero lo nuestro no es compatible con lo que queremos.

—Lo sé.

—Y siempre lo has sabido, ¿no?

—Quizá, pero no quería pensarlo.

Me giro de forma que me pongo de perfil y le miro a la cara con los dedos aún sujetos a los suyos bajo las sábanas.

—Nunca dejaré la Guardia Real, Léo.

Se le ilumina el rostro y veo que le brillan los ojos a pesar de la oscuridad en la que está sumido el cuarto.

—Nunca podré porque soy incapaz de dejarte. Decidas lo que decidas, estaré a tu lado. Cerca o lejos, pero quiero que me prometas una cosa.

Se gira y suelta nuestras manos, de modo que nuestras caras quedan a unos pocos centímetros de distancia. Siento cómo su respiración me invade la boca y su olor me inunda la nariz y se apodera de mi pecho.

—Escucha lo que Fox te diga y lo que te ordene hacer por tu seguridad.

—¿Tiene miedo de que desobedezca, agente Galbero?

—Me da miedo perderte —murmuro con la garganta anudada por una emoción que no consigo contener—. No podría soportarlo de nuevo.

Pone los labios sobre los míos en un beso dulce. Me toca el pecho con una mano, donde el corazón me late de forma salvaje, y se acerca más para acurrucarse en mis brazos. Seguimos besándonos con caricias delicadas, nos abrazamos con una ternura desconcertante hasta que uno de nosotros se duerme embriagado por la presencia del otro.

* * *

Cuando llego a la cocina, me encuentro a Léonard cocinando. La primera vez que lo vi haciéndolo me sorprendió muchísimo. Luego, empecé a acompañarlo para enseñarle cosas, para que se sintiera normal, y se convirtió en una especie de ritual nuestro que nos encantaba. La imagen me despierta recuerdos y me apoyo sin pensarlo contra el marco de la puerta para mirarlo de reojo. Ha encendido la radio de la encimera y la está escuchando mientras tararea algunas melodías que desconozco. Está tan concentrado en los huevos revueltos que está intentando hacer que se queda helado cuando me ve.

—¿Ya estás levantado? —me burlo.

—Vas a tener que dejar de hacer eso, Bailey. Lo de llegar sin avisar. Me acabará dando un infarto.

—Te acostumbrarás —bromeo acercándome a él—. ¿Qué estás haciendo?

Inclino la cabeza por encima de su hombro para oler el maravilloso aroma que libera la sartén.

—Como si no te hubieras dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Qué gruñón eres por las mañanas —indico con ironía.

—¡Qué buen humor tienes por las mañanas!

Me río y me apoyo con los brazos cruzados en un mueble de la cocina para mirarlo. Aprovecho el momento para hundir la mano en el bolsillo de mis *joggers* y encender el móvil. Ayer bloqueé el número de Fox después de haberle dicho que Léo estaba en mi casa. Me había llamado unas diez veces sin que yo le respondiera, pues estaba demasiado molesto con él por no haber hecho su trabajo lo suficientemente bien como para percatarse de la desaparición de Léonard. Quise castigarlo un poco, pero acabé soltándoselo, solo para que no desplegara toda la caballería en su búsqueda. Pero la verdad es que se habría merecido que le hubiera dejado arreglárselas solo más tiempo. En cuanto enciendo el teléfono, suena y aparece el nombre de mi compañero. Frunzo el ceño y descuelgo.

—Fox.

—¿Me has desviado al contestador? ¿En serio, Nine? Estaba a punto de ir a tu casa con la poli.

—Y yo he estado a punto de hacerte cambiar de trabajo —respondo sin soltar a Léonard.

Este se ha tensado al escuchar el nombre de mi compañero y sé que está pendiente de mi conversación, aunque esté tratando de hacerme creer lo contrario mientras cocina.

—¡Estaba en su habitación, joder! ¡Sabes tan bien como yo que el trabajo se para cuando entra en su cuarto!

—El mío no.

—Me estás hartando —se queja—. Me siento muy mal por lo que ha pasado y, créeme, todo el mundo ha recibido una bronca. Rock y Goose estaban de guardia ayer.

—¿Qué quieres, Fox? ¿Además de confirmarme que has dejado escapar al príncipe?

Léonard se ríe y pongo los ojos en blanco. Vale, Fox no tenía ninguna posibilidad ayer. Cuando Léonard decide deshacerse del personal, lo consigue.

Bueno, con todo el mundo menos conmigo.

—Tiene que volver.

—No —exclamo sin aguantarme.

—Nine, no es momento de jugar a «Romeo y Julieto», por favor. Tiene una ceremonia esta tarde en la plaza Tagrid por los hombres caídos en Afganistán desde enero.

Resoplo y los dedos se me crispan en torno al móvil.

—¿A qué hora?

—La ceremonia es a la una. Tiene una reunión con el rey a las doce para ensayar su discurso. Por ahora, nadie se ha dado cuenta de que está solo fuera de palacio, pero no tardarán en hacerlo.

—No está solo.

Lo oigo murmurar algo antes de añadir de forma más clara:

—Paso a buscarlo en una hora. No es negociable. Lo siento, Bailey, pero también podría haber ido a buscarlo ayer para traerlo a la fuerza.

—Lo sé.

Me separo de la encimera y salgo de la cocina para dirigirme al salón a paso lento.

—Gracias por habernos cubierto —le digo.

Yo también estoy con el agua al cuello.

Me río con un poco de amargura.

—Tendré que enseñarte un par de cosas para que no vuelva a repetirse, Cole.

—¡Cuenta con ello! Hasta dentro de una hora, amantes malditos.

—¡Oh, cállate!

Dicho esto, cuelgo, incapaz de aguantar la sonrisa a pesar de la interrupción tan violenta de nuestro paréntesis temporal. Aceptaremos lo que nos den, siempre ha sido así. Y, mientras esté conmigo, así será.

Y estoy dispuesto a sacrificarlo todo por él.

Capítulo 40

Nine

Entro en la biblioteca en silencio y compruebo que no me han seguido antes de cerrar. Léonard está en medio de la habitación. Lleva un traje de ceremonia muy llamativo y los broches que le adornan la chaqueta destellan con intensidad. Se ha peinado hacia atrás y me contengo de sonreír al ver la belleza que desprende. Sin embargo, cuando me lo he cruzado en el pasillo un momento antes, al volver a mi puesto, he detectado algo en su mirada que no me ha gustado. Me quito el auricular, que me cae por el hombro como una rama muerta, para cortar el micro.

—¿Pasa algo?

Observa el traje negro que llevo puesto y frunce el ceño al ver que no llevo la chaqueta por encima de la camisa; esa chaqueta que todas las unidades que salen con la familia real deben llevar para poder colgarse las armas de manera más discreta. Ahora mismo, llevo la Glock agarrada en los tirantes de la espalda.

—Entonces, ¿no vienes de verdad?

—Ya no soy tu escolta personal. Hoy me quedo con tu hermana.

Farfulla algo ininteligible y se frota nervioso las palmas de las manos.

—¿Qué pasa, Léonard?

—Creo que estoy empezando a arrepentirme de mi elección —dice con voz monótona—. Me da miedo salir de palacio.

Doy un paso hacia él ignorando las señales de alerta que me titilan en la cabeza por el gesto que voy a permitirme hacer. El tipo de cosas que me negaba a hacer en el chalé hace unos meses. En esa época, las reglas eran sencillas: ningún gesto, ninguna palabra o ninguna mirada inapropiada. Todo lo que pasaba ahí era estrictamente profesional. Nos dejábamos la vía libre fuera. Lejos de las miradas y de oídos indiscretos. Hoy no tengo fuerzas de seguir reprimiendo mi necesidad de protegerlo. Lo agarro de la muñeca y tiro de él para acercarlo a mí y cogerle la cara pálida entre las manos. Quiero obligarle a que me mire.

—No pueden esperarte más —le digo—. Sabes que los responsables están detenidos. Y los hombres no van a perderse nada, no te quitarán ojo. Fox no va a abandonarte, ¿me oyes?

—Me gustaría que vinieras.

Dejo caer los brazos a los costados de su cuerpo.

—Sabes que es imposible. Mads no querrá. No después de que hayas pedido expresamente que me aparten de tu servicio.

Él suspira, entrelaza sus dedos con los míos, y observa el dorso de mis manos con atención.

—Nunca me he arrepentido tanto al tomar una decisión como ahora, aunque sé que estaba justificada.

Levanto la barbilla para que me mire.

—No te pasará nada, ¿vale? Estarás a salvo, te lo prometo. No te separes ni un metro de Fox. Nunca.

Desvío la mirada a sus labios y me dirige una especie de sonrisa irresistible y traviesa. Luego, reduce la distancia entre nosotros para colocar su boca sobre la mía. Respiro con fuerza, como si me hubiera quedado sin aire a partir del instante en que lo he visto acercarse a mí. Me agarra las solapas de la chaqueta abierta y me acerca a él mientras me rodea la cintura con las manos para abrazarme con más fuerza. Le pongo la mano en la nuca y hundo la lengua entre sus labios para no hacer lo mismo con los dedos en su pelo. No sé cuánto tiempo dura nuestro beso, pero estoy tan

obnubilado por todo lo que he recuperado que no me anticipo a nada, ni siquiera a los ruidos en el pasillo, a la puerta que se abre, a la voz que se eleva a nuestro alrededor y que pone fin a este abrazo embriagador. La vuelta a la realidad es violenta y, cuando me separo del cuerpo del príncipe, me encuentro cara a cara con la mirada severa del jefe de seguridad, que me observa con la mano crispada sobre el micro de su auricular.

—Nine está con Sunshine —dice—. Esperen a las próximas instrucciones.

Suelta el cable, que le cae por la oreja, y vuelve a contemplar la escena. Léonard y yo no nos hemos movido, salvo para separarnos unos pocos centímetros, con el objetivo de intentar limitar el impacto de lo que Mads acaba de descubrir.

Estoy jodido.

—Su Alteza, he venido a informarle de que la salida para la ceremonia se ha retrasado una hora. Su Majestad sigue aún con el Consejo.

La atmósfera de la habitación se vuelve densa. Léonard asiente con la boca sellada, en un silencio sepulcral.

—Capitán Galbero, a la central. Ahora.

Mi superior continúa mirándome fijamente, sin moverse, de forma que no puedo intercambiar ninguna palabra más con el príncipe antes de salir de la biblioteca. A paso firme e impasible, me acerco a mi jefe y cruzo ante él para salir el primero. Cuando llego a su despacho, cierra la puerta a mi espalda. Respiro hondo y me giro hacia él.

—Estás despedido.

Recibo el golpe sin pestañear, consciente de que esa sentencia iba a ocurrirme desde hace varios meses. O varios años.

—Sabes que para cualquier cuestión relativa a la Guardia Real, recurrimos directamente al rey Filip. Tienes que preparar tus cosas, Nine, y dejar el puesto de seguridad antes de que acabe el día. Pero, en primer lugar, tienes que ir a ver al monarca. Vas a mirarlo a los ojos y a explicarle por qué no puedes seguir aquí.

Sin mover los brazos de la espalda, no reacciono mientras acallo el corazón, que me late a toda velocidad.

—Creo que puede explicárselo usted mismo, comandante. Por lo que a mí respecta, nada saldrá de esta habitación.

—Claro que saldrá de aquí —grita—. ¿Qué te crees, Galbero? ¿Crees voy a dejar pasar algo así? ¿Crees que no voy a ir a informar al rey y que no vas a asumir tus gilipolleces?

Lo observo con toda la indiferencia que puedo. La información me da vueltas por la cabeza y sé, desde el momento en que lo vi en la biblioteca, que acaba de estallarme la cabeza.

Y no hay posible vuelta atrás.

Ninguna.

—¿Qué es lo que no has entendido del contrato en sí? ¿La parte que habla de la discreción o la que prohíbe expresamente cualquier contacto y cercanía con tus jefes? ¿Sabes leer, al menos? ¡Has firmado, joder! ¡Firmado! ¿Sabes a lo que te estás arriesgando?

Deja los brazos en el aire mientras señala un lugar invisible a su espalda.

—No has sido el primero en creer que estás por encima de las reglas. En creerte intocable, invencible e importante. Para el príncipe no eres más que un capricho. Una aventura, un entretenimiento durante sus horas perdidas. Pero voy a decirte una cosa: nunca serás nada más. ¿Sabes por qué? Porque no eres nada para él. Nada.

Recibo el golpe sin inmutarme y me felicito por el autocontrol, el dominio y la capacidad mental que he adquirido en mi carrera profesional. Soy un experto en dejar que me desarmen en silencio, en no mostrar nada y en poner la otra mejilla.

Aunque duela.

—No sabes cuánto me has decepcionado. Tenía pensadas grandes cosas para ti y para tu carrera, pero felicidades. Estás acabado. Lo que acaba de pasar va a costarte mucho más de lo que puedes imaginarte.

Se acerca a mí con cara seria y expresión de disgusto.

—Quiero que me des tu arma y que vacíes tu habitación. Iremos a buscarte para el resto del procedimiento.

Señala la salida con la cabeza y cruza los brazos sobre el pecho, que se le agita violentamente. Me obligo a mover las piernas mordiéndome la lengua con todas mis fuerzas para no gritarle, justificarme o encontrar muchas más excusas lamentables para explicárselo. No hay nada que decir, sabía a lo que me arriesgaba y sabía por qué lo hacía.

Sacrificarlo todo por él era una opción y, si me dieran una tercera oportunidad, haría exactamente lo mismo que las dos últimas veces.

Es él, eso es todo.

Capítulo 41

Léonard

Con los puños apretados a los costados, camino inquieto por la biblioteca. Cuando doy la enésima vuelta, aparece una sombra en mi campo de visión. La esperanza se desvanece cuando veo que es Fox.

La presencia del agente aquí puede responder a dos razones. La primera es que venga a buscarme para la ceremonia fuera de palacio que se ha retrasado. La segunda… Mads ha usado los preciosos minutos en los yo que he estado yendo de un lado a otro para interceptar a mi padre y contarle lo que ha visto.

Me quedo inmóvil e inspiro con fuerza, la aprensión me late en las venas. Él se inclina y formula con voz sincera:

—Su Majestad el rey ha pedido expresamente que se reúna con él en su despacho.

El estómago se me revuelve con fuerza mientras veo que la opción que hubiera preferido evitar es la que se cumple. Escondo mi desconcierto tras una fachada de impasibilidad y avanzo con los hombros erguidos y la cabeza alta a pesar del pánico que me consume por dentro.

No debería pasar así. Bailey y yo no deberíamos haber sido sorprendidos con tanta facilidad por un hombre de la Guardia Real.

Y menos por Mads. El que me ha servido y vigilado durante años. A quien conseguía engañar de joven para escaparme. A quien

aprendí a querer con el tiempo y en quien confiaba. Desconocía por completo esa mirada que nos ha lanzado cuando Nine y yo nos hemos separado. Tengo la impresión de que una multitud de emociones lo han asaltado.

Avanzo por los pasillos como un robot, con Fox por detrás, y entro en el despacho del rey después de que me anuncien.

Mis padres están ahí y la preocupación me aprieta el pecho. Miro a la puerta, que se cierra y nos sume en un silencio pesado. Entonces, centro la atención en sus caras contrariadas. Entre estas cuatro paredes no son los soberanos, sino mi padre y mi madre. Trago saliva con dificultad balanceándome de una pierna a otra, muy incómodo.

—¿Es cierto lo que me ha dicho nuestro jefe de seguridad, Léonard? —me pregunta el rey sin preámbulos.

Sus ojos tienen un brillo de asombro y la tensión me agarrota los músculos. Me atrevo a mirar a mi madre con la esperanza de encontrar una expresión distinta, pero me observa con labios fruncidos de desaprobación.

Me cruzo las manos temblorosas a la espalda. Me gustaría que se me tragara la tierra de la vergüenza que siento, pero también me gustaría defenderme. Luchar por esta elección. Justificar el deseo que me ha impelido a darle una oportunidad a Bailey. A pesar de su posición, de su puesto y de lo que nos jugábamos.

—Es cierto —confieso, dispuesto a asumir la decepción y el deshonor—. Y puedo explicártelo todo.

Mi padre tensa la mandíbula y levanta la mano para impedirme seguir.

—¿Ese hombre tiene, de algún modo, parte de culpa de que haya tomado el coche sin sus guardias la noche de su accidente?

No respondo, sorprendido por su conclusión y acorralado por la emoción que no puedo ocultar ante su rostro serio.

—¿Cómo lo sabes?

—Has ido demasiado lejos, Léonard —declara ante mi confesión tácita—. Tu comportamiento es inexcusable e indigno de tu posición. Con un guardaespaldas…

Respira exasperado y recibo muy mal el golpe.

—Imagina si te hubiera sorprendido otra persona que no fuera Mads. ¿Crees que me habrían avisado antes?

Alza la voz y yo curvo la espalda. Me siento como un niño que ha hecho algo realmente estúpido. Aun así, soy un adulto, pero el resultado final es el mismo. Me someto y obedezco porque él es el rey; yo soy, al fin y al cabo, un súbdito.

«Puta Corona».

—¡No! Por supuesto que no. Habría aparecido en los titulares y habría mancillado a la familia y al reino. Piensa un momento en lo que podría pasar si esta historia se supiera.

—La homosexualidad está aceptada.

Le brillan los ojos de rabia por mi comentario.

—¡Para ti no, Léonard! —me responde con un tono firme y autoritario—. Que quede claro: tú eres el heredero, el futuro soberano de Saryha. Has sido educado, desde niño, para sucederme, y te espera un gran futuro. Además, una relación entablada con un miembro del personal sin que nadie se dé cuenta cuestionaría la profesionalidad, la seriedad y la integridad de nuestros agentes de la Guardia Real. Son reputados por su aptitud y su eficacia. Tú solo acabas de encontrar un defecto en el sistema de esta unidad al verte con este hombre clandestinamente. Por eso, vas a acabar con esta historia y vas a casarte con la duquesa de Brievi.

Abro la boca de estupor.

—No puedo.

—No se trata de lo que puedas o no puedas. Si te lo ordeno, lo haces. En un mes, será tu esposa.

Miro a mi madre en busca de un apoyo que no encuentro. Sigue teniendo la misma cara de preocupación.

—Hacemos esto por tu bien y por el de la Corona —dice.

—¡Me niego! —respondo con vehemencia.

—El derecho a veto lo tendrás cuando seas rey. Mientras tanto, eres príncipe y yo te lo ordeno.

—¿Y si no quiero ser rey? —le desafío.

—Es o la Corona y tu familia o este hombre. No asumiremos ni tus actos ni las consecuencias de los mismos. Te enfrentarás a tus responsabilidades sin ninguna protección del reino.

El suelo bajo mis pies se desmorona y me siento impotente. Me zumban los oídos y sacudo la cabeza para acallar la presión que amenaza con explotar como un globo. ¿Cómo ha podido degenerar la situación hasta tal punto en tan poco tiempo? Hace un momento, estaba en los reconfortantes brazos de Nine y ahora estoy aquí, arrojado lejos de él y con el destino sellado.

—No siento nada por esa mujer —argumento como si con eso bastara.

—El amor no importa en nuestro nivel, Léonard. ¡Lo sabe muy bien!

Nunca me he sentido tan en desacuerdo y alejado de mis padres como ahora. Estos dos seres a los que respeto y quiero están destruyendo toda mi felicidad en un abrir y cerrar de ojos por la Corona. El reino en detrimento de su hijo.

Quiero gritarles que los odio, pero no puedo respirar y jadeo como un pez fuera del agua. Me he pasado años condicionado para callarme y para hacer lo que me piden y el hábito persiste. Invisible, pero presente, el peso del deber me envuelve, me encierra y me callo.

En una niebla espesa, distingo cómo mi padre levanta el teléfono de su escritorio y presiona un botón.

—Haga venir al capitán.

¿Qué mejor manera de establecer su autoridad sobre mí y su reino que confrontándome con mis actos?

Sabía que esta historia estaba condenada al fracaso, pero la violencia de las consecuencias duele mucho más de lo que me imaginaba.

Es él o mi familia.

¿Por qué esperaba poder tener ambas cosas?

Capítulo 42

Nine

—Te esperan.

Cierro la cremallera de la mochila, en la que he metido algunas cosas que tenía desperdigadas por la habitación que esta semana comparto con un compañero. La dejo en la cama y me vuelvo hacia Fox, que se ha quedado en el marco de la puerta abierta. Aunque la consigna de la Guardia Real siempre haya sido la discreción, hoy no lo es. Me cruzo con miradas curiosas al cruzar el pasillo detrás de Fox. Odio los cotilleos y, si pudiera decir algo, mandaría a más de un tío al *dojo* para que se le pasaran las ganas de chismorrear. En este tipo de lugar, aunque nos enseñen a no causar revuelo y a mantener la información dentro del recinto del palacio, a menudo las noticias se propagan entre sus muros antes de lo que canta un gallo.

—¿Lo saben? —gruño al llegar al patio central—. ¿Y tú también?

—Solo que nos dejas.

Me escruta de reojo, pero sigue cruzando la propiedad a paso rápido.

—Aún no se ha anunciado la razón de tu partida.

—Sí, no vas a hacerme creer que nadie se ha dado cuenta.

Fox se detiene y me obliga a esquivarlo para no chocarme con él. Me mira con la mandíbula apretada y la cara seria.

—No. Nadie lo sabe y nadie sabrá la verdadera razón. Mads nos ha reunido a los responsables de la sección hace apenas treinta minutos para informarnos de su decisión. Oficialmente, dimites para volver a tu antigua unidad.

—Y tú conoces la razón extraoficial.

Me mira fijamente mientras suspira.

—Te avisé de que iba a acabar mal.

—Ahórrate el sermón, Mads ya se ha encargado de ello con alegría.

—Mads no sabe de lo que está hablando.

Lanzo un bufido.

—Ah, ¿porque tú sí?

Enarca una ceja y añade:

—No soy tonto, Nine. Aunque hayas intentado ignorarme o hablarme como a un imbécil cuando he intentado abordar el tema, no estoy ciego. Os he cubierto como he podido y te he protegido porque yo también te tengo cariño. Así que, si quieres seguir jugando a ser un cabrón, que lo disfrutes. Pero supe lo que pasaba entre vosotros mucho antes de que te dieras cuenta de los errores que habías cometido. Y solo Dios sabe cuántos has cometido. Empezando por tu continua necesidad de estar cerca de él costara lo que costara.

—Es mi trabajo.

—Sí, y si crees que voy a tragarme eso, estás cometiendo un nuevo error.

Luego, reemprende la marcha hacia el edificio sin comprobar ni un segundo que lo sigo. Cuando llegamos delante de los dos guardias de la seguridad real, nos escoltan sin anunciarnos hasta el despacho del rey. Entro con los brazos a a los costados y a paso firme. Léonard está de pie delante de sus padres. Tiene las manos en la espalda, se mordisquea el labio inferior y me rehúye la mirada. Me detengo a su lado en silencio. Oigo cómo se cierra la puerta y escucho los pasos de Fox en el pasillo antes de desaparecer por completo. De golpe, me pongo a temblar porque me encuentro por primera vez delante de mis dos soberanos en una posición nada

envidiable. Me inclino de la manera más respetuosa posible e intento que me paren los temblores de las manos.

Lo que me espera a continuación no puede ser peor a que me sermonee un oficial de alto rango.

Aunque, técnicamente, tenga al cargo más alto de todos delante de mí. Y vaya a reprenderme.

Cuando me enderezo, instintivamente clavo los ojos en las pupilas azules de la reina. Se me encoge el pecho por la pena que leo en ellos y me vuelvo hacia mi vecino, cuyo rostro es impenetrable.

«¿Lo habrá negado?».

—Agente Galbero.

La voz fría del soberano hace que desvíe mi atención y la concentre en él y su mujer. No vislumbro ninguna emoción en sus rostros y me obligo a no temblar de ansiedad. Me he imagino este momento un número incalculable de veces, pero nunca hubiera pensado que la realidad me pillaría desprevenido.

«No ha podido negarlo».

—Claramente, sabe la razón de su presencia aquí.

—En efecto, Su Majestad —articulo con la boca seca.

Mejor no andarnos con rodeos.

—Las acusaciones contra usted son muy graves. Su jefe de seguridad, el agente Mads, ha venido a verme un poco antes para informarme de una infracción de sus obligaciones. ¿Lo reconoce?

—Con el debido respeto, Su Majestad, no he incumplido con ninguno de mis deberes.

Le tiembla una arruga en la frente, pero se contiene de fruncir el ceño y siento cómo Léonard se tensa a mi derecha. Me gustaría acercar una mano a él, cogerle los dedos y estrecharlos entre los míos para darme ánimo. Pero aprieto los puños para no hacerlo.

—¿Reconoce que se ha excedido en su función principal de guardaespaldas del príncipe al entablar una relación con su futuro soberano que no se considera respetable?

Me trago el comentario y me limito a confirmar:

—Lo reconozco.

—¿Reconoce que le ha sorprendido el comandante Mads en la biblioteca en compañía del príncipe?

Miro a Léonard, cuyo mutismo me provoca un peso muerto en el estómago. Si no dice nada es porque no se espera que lo niegue; y si no se espera que lo niegue es porque ya ha tenido esta conversación con sus padres.

Entonces, estoy jodido.

—Lo reconozco.

—No volveré a abordar la decisión de su jefe de seguridad, capitán Galbero. En cuanto hayamos acabado esta conversación, puede irse de palacio. Oficialmente, dimite. Puede contar con nosotros para una recomendación donde quiera trabajar. En contrapartida, firmará un documento que le exigirá guardar silencio sobre la razón de su marcha.

Recibo el golpe mientras la atmósfera de la habitación se vuelve asfixiante. El rey rodea su escritorio y recoge un taco de hojas. Frunzo el ceño sorprendido de que las cosas hayan ido tan rápidas.

«¡Mads nos ha visto hace menos de una hora!».

—Su Majestad, después de dos años al servicio de la Corona de los Björnen, ruego su indulgencia. La imprudencia de la que le han informado antes es desafortunada, terriblemente desafortunada —me obligo a decir en un lenguaje impropio de mí—. Y le pido mis más sinceras disculpas por las molestias que les está ocasionando.

El monarca me observa en silencio y, a mi lado, a Léo se le corta la respiración. Permanezco impasible intentando ordenar mis pensamientos para no distraerme. Tengo que defenderme, tengo que hablar. Esto no puede acabar así.

No puedo irme.

No *quiero* irme.

Todo lo que haya dejado vislumbrar, mi resignación, mi frialdad o mi indiferencia, son tonterías. No puedo dejar la Guardia Real sin pelear.

—Nunca me han enseñado a pedir. Siempre me han enseñado a obedecer, a seguir las órdenes sin rechistar, sin rebatir. Creo que he sido un agente cualificado, un hombre bueno en mi trabajo y motivado. Pero hoy le pido un favor. Déjeme quedarme.

Me vuelvo hacia Léonard a mi pesar y sigo:

—Daría mi vida por la familia real porque este es mi trabajo. Llevo varios años garantizando la protección del príncipe. Como a todos, me ha afectado lo que le ocurrió, y he hecho todo lo posible para garantizar su seguridad me cueste lo que me cueste. No creo que estas sean las palabras que espera de mí, pero aun así le imploro clemencia. Me gustaría seguir junto a la Corona. *Quiero* seguir al servicio de su familia porque soy bueno en lo que hago, Su Majestad.

La habitación se inunda de un silencio sepulcral en cuanto dejo de hablar. La reina Helga ha entrelazado las manos y ha estirado los labios en una pequeña sonrisa que rápidamente ha suprimido. El rey ha mantenido los papeles con él sin arrugarlos, a pesar de la firmeza con la que los agarra. Dirige una mirada insistente hacia su hijo y me observa durante un largo rato, que me parece una eternidad. Me escudriña con una atención terriblemente desestabilizadora. Pero no pestañeo. Soy una piedra. Dura e impenetrable.

Aunque solo de fachada, porque, en el fondo, todo mi ser se está desmoronando a medida que pasan los segundos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, capitán Galbero?

Es una pregunta puramente retórica porque nadie niega nada al rey, pero asiento por formalidad.

—¿Cree que está en condiciones de proteger el reino?

Frunzo el ceño, se me empieza a agrietar la fachada sin que pueda impedirlo.

—Por supuesto, Su Majestad.

—Imaginemos que le asignan estar al servicio de la princesa Pia, ¿le gustaría? ¿Qué pasaría si, durante una salida oficial, se detecta una amenaza y hay un tiroteo?

—Obedeceré las órdenes, Su Majestad. Si tengo que proteger a la princesa, es lo que haré.

El rey sonríe y siento un fervor extraño en las venas, puesto que es la primera vez que veo este tipo de emoción en su rostro. Es breve, pero suficiente para confundirme.

—No creo que me equivoque si digo que hará exactamente lo que hizo en el baile de máscaras, capitán. Va a proteger a la única persona a la que no consigue dejar de mirar.

Siento cómo un sudor helado me recorre la columna vertebral por los recuerdos que me evoca. Se desliza sobre mi piel húmeda y me provoca un escalofrío incontrolable a su paso.

—¡No puede garantizarlo! —le desafío con voz grave.

—¿Con cuántas personas se ha cruzado en los pasillos antes de llegar aquí, capitán?

Lo observo un poco confundido, pero respondo con franqueza:

—Con siete en este edificio, Su Majestad. Con tres en el patio y con ocho en la conserjería.

Parece satisfecho por mi respuesta y, luego, examina a Léonard en silencio. No lo observa como ha hecho conmigo, no. Es una mirada más profunda, más sincera y, en ese momento, sé que no lo hace contra mí, sino por él.

—Cuando ha entrado en el despacho, he colocado algo sobre mi escritorio. ¿Es capaz de decirme qué era?

Frunzo el ceño mirando lo que hay en la mesa. No hay muchas cosas y, sinceramente, no tengo la menor idea de lo que debería encontrar. Y me cabreo porque es una de las primeras cosas que aprendemos en los entrenamientos del Ejército: observar, analizar, transcribir en cuanto entramos en una habitación.

—No lo sé, Su Majestad —admito con pesar.

—No lo sabe, capitán, porque en cuanto ha entrado, solo ha prestado atención al príncipe.

La respuesta me apuñala el corazón y me aguanto como puedo para no tambalearme. Quiero gritar que es mentira, quiero decirle que solo quería asegurarme de que estaba bien, pero no tengo ninguna excusa válida. Acaba de demostrarme que no, que no puedo seguir en la Guardia Real mientras sea incapaz de separarme

de Léonard. Si está en una habitación, es a él y a nadie más a quien quiero mantener en mi campo de visión, y eso es peligroso.

Demasiado peligroso.

Entonces, doy un paso hacia delante.

—Firmo.

—Bailey.

Se me contraen los hombros y veo que el rey y la reina observan sorprendidos a la persona que acaba de hablar. La que está presente desde el principio pero que no ha dicho nada, resignada y muda mientras la decisión de limitar los daños ante el descubrimiento de nuestro secreto está discutiéndose delante de él.

Su estatus siempre estará por encima de todo lo demás, intentemos lo que intentemos hacer. Porque es el heredero y ha nacido así.

Agarro las hojas que el rey me tiende, quien se separa para dejarme espacio para apoyarme en su escritorio.

Al diablo los convencionalismos, si hubiera querido respetar el protocolo, me habría llevado los papeles conmigo para leerlos en la habitación. Pero quiero acabar rápido porque no hay nada más doloroso que ver que me quitan las dos cosas que más me importan: mi trabajo y a él. Garabateo una firma mal hecha suscribiendo sin pensarlo dos veces todas las páginas sin leerlas. Tendrán mi silencio, pero no estoy seguro de que sea capaz de darles el resto.

No creo que pueda renunciar a él por segunda vez.

Me levanto fingiendo indiferencia e intentando tragarme el nudo que me obtura la garganta. Cuando me giro, Léonard se acerca a mí. Parece destrozado, y su mirada pasa con rapidez de los documentos a mí.

—Esto era tu vida entera —murmura.

Me encojo de hombros, ignorando las miradas que siento sobre mi nuca, y luego me uno a él con una sonrisa. Le acaricio la mejilla con la mano porque, puestos a transgredir los límites, mejor hacerlo sin arrepentirnos.

—No, siempre he hecho esto solo por ti.

Me separo mordiéndome la lengua para no dejar que se me escapen otras palabras de los labios y añado:

—No pierdas nunca a Fox de vista, recuérdalo. Nunca.

Luego, me vuelvo hacia el rey y la reina inclinándome con respeto.

—Sus Majestades, ruego me disculpen por acortar nuestra conversación, pero tengo que preparar algunas cosas.

Miro a Léonard por última vez y, en lugar de hacerle una reverencia, lo desafío guiñándole el ojo. No sé si volveremos a vernos, no sé si esto es un adiós, pero no puedo evitar tomarle el pelo. Porque lo nuestro siempre ha sido así: una rebelión continua.

—Su Alteza.

Hay sacrificios de los que no podemos arrepentirnos. Sin esperar más, salgo del despacho a paso firme y cierro la puerta detrás de mí, consciente de que acabo de terminar un capítulo de mi vida que no pensaba cerrar tan rápido. Pero en el fondo sé que el resto no es más que una cuestión de tiempo. Y me viene bien, porque tiempo tendré de sobra.

Capítulo 43

Léonard

Soy incapaz de contar el número de veces que he visto los ojos de mi padre sobre mí mientras mi mente divagaba. Ni siquiera me sorprende la mirada descontenta que me lanza por enésima vez en la hora que llevamos en esta sala de reuniones y ni siquiera trato de recuperar la compostura. Sencillamente, no consigo hacerlo.

Miro fijamente el bolígrafo que tengo entre los dedos, que me resulta infinitamente más interesante que la conversación que se está desarrollando en torno a la mesa redonda.

Hace dos días que me han pedido que cese cualquier tipo de relación con Nine y que este ha sido despedido. Dos días luchando para no dar rienda suelta a mis pensamientos y para concentrarme en mis obligaciones. No nos hemos llamado desde que se fue de palacio. Sospecho que ha desaparecido para darme la oportunidad de estar solo conmigo mismo. Pero, en este tercer día, me asfixio más que antes.

Es como si mi cuerpo me dijera que deje esta farsa y me deje llevar. Reprimo un suspiro mientras uno de los consejeros aborda el penúltimo tema de la audiencia. Nunca he sido tan consciente como ahora de la diferencia entre la vida que me imponen y la que quiero tener.

Pasan las horas y hago todas las actividades mecánicamente, con la mente ausente por completo. Escucho, saludo, hablo, analizo y dirijo sin convicción.

Cuando anochece y llego por fin a la cama, no consigo dormir.

Todavía es de noche cuando miro por la ventana, aunque los primeros rayos de sol aparecen en el horizonte.

Me levanto, tengo el cuerpo entumecido por el cansancio que no he conseguido disipar, atormentado por mis pensamientos. Me siento vacío y nada consigue llenar este agujero gigante en el pecho. Me quedo sobre el colchón hasta que llega la hora del desayuno. Recojo la ropa que ha preparado uno de los miembros del personal y, cuando veo mi reflejo en el espejo, se me encoge el corazón.

Estoy vestido de negro.

Como los ojos de Bailey.

Los recuerdos me asaltan en un maremoto devastador: la primera vez que lo vi al volver del hospital detrás de la conserjería, el brillo de su mirada, que no había entendido aquel día y que vuelvo a recordar ahora. Es una mezcla de tristeza profunda y de ternura. Nuestro primer entrenamiento en el *dojo* y sus reglas. El brillo travieso que apareció en sus ojos y las sensaciones que se me despertaron en el pecho. El furor que le oscureció los ojos la noche del Element y luego la excitación que se apoderó de él cuando estuvimos solos en el baño. El orgullo y el placer de verme probándolo. La preocupación de saber que estoy en peligro. El terror de soltarme cuando le dispararon la noche del baile y se desplomó a mis pies. La alegría de volver a verme en el chalé. El deseo de verme sucumbir. Todo lo que me ha hecho darme cuenta de que, sin esa mirada oscura suya sobre mí, no siento nada.

Quizá he tardado tiempo en comprenderlo, noches enteras sin dormir y días fingiendo de sol a sol, pero esta mañana tengo la seguridad de que Bailey ha entrado en mi vida dos veces y con ello me ha confirmado una cosa: no quiero ser rey. Y mucho menos si él no está aquí.

Porque ha dejado un vacío desde que se fue y siento que ya no pertenezco a ningún sitio sin él.

Agarro el móvil, que está en la mesita de noche, tecleo una frase corta y simple y pulso en «Enviar».

Miro el mensaje sonriendo.

«Estoy tomando la decisión correcta».

Bloqueo el dispositivo, me lo meto en el bolsillo de los pantalones y salgo de la habitación decidido. Me reúno con mis padres y Pia en el comedor privado, donde están sentados delante de unos platos bien surtidos. Me quedo inmóvil en el centro de la habitación y mi madre alza la voz:

—¿Cómo has pasado la noche, Léonard?

—Tengo que hablar con vosotros —respondo sin preámbulos.

Mi padre levanta la mirada de su agenda y pone la mirada sorprendida en la mía antes de volverse hacia su mujer, que me estudia con una sonrisa confundida en el rostro.

—¿Te sientes indispuesto?

—Déjennos —pido a los empleados que están en la sala.

Lars, nuestro mayordomo, dirige a todo el mundo hacia la salida y cierra la puerta que lleva a los pasillos del servicio. La habitación se inunda de una tranquilidad infrecuente.

—Para empezar, me gustaría decir que estoy orgulloso de formar parte de la gran familia de los Björnen y de ser vuestro hijo.

Hago un gesto con la barbilla para ordenar a mi madre que me deje seguir cuando veo que abre la boca. Tengo miedo de que, si interfiere en lo que voy a anunciar, no tenga valor de enfrentarme a ella.

—No cambiaría mi vida por nada del mundo —confieso con una verdad a medias—. La educación que he recibido es la mejor que podría soñar y seguir tus pasos, padre, es un ejercicio que he apreciado muchísimo. Eres un hombre extraordinario y me gustaría parecerme a ti. Madre, eres una mujer ejemplar y tenerte como figura materna me ha hecho ser el hombre que soy con la fuerza que tengo. La que me guía para estar delante de vosotros hoy.

Inspiro con fuerza antes de morderme el labio inferior en un ademán de nerviosismo.

—La decisión que he tomado es seguramente la más dura que he tenido que tomar. Y espero que la entendáis, que me entendáis.

—Léonard —me pregunta mi madre contrita—, ¿a dónde quieres llegar?

—Haré lo que sea necesario para que afecte lo menos posible a la Corona y a la familia —continúo—. Vosotros tomaréis las decisiones que consideréis más justas. Y si eso implica alejarme del reino, acepto doblegarme a vuestra voluntad.

Los tres pares de ojos pasan del asombro al estupor y sé entonces que han entendido a dónde quería llegar.

—*Quiero* abdicar.

Mi voz muere en un silencio cargado de tensión y el llanto de mi madre me retumba en los oídos. Tengo las manos pegadas a la espalda y mantengo la barbilla levantada mientras me tiembla todo el cuerpo. De aprensión. De miedo. Y de alivio por haber dicho por fin las palabras que me bullen en la mente desde hace años.

Mi padre se levanta, tira con fuerza el cuaderno en la inmensa mesa de madera ovalada y, sin pestañear, escruto al hombre imponente que me contempla.

—¡Ni hablar!

—Quiero abdicar —confirmo con más seguridad.

—¿Esta decisión está relacionada con lo que ha pasado con el agente Galbero?

—¡Filip! —advierte la reina.

—He tomado la decisión solo, si eso es lo que preguntas. Él no es más que una razón entre muchas otras que no podría enumerar.

Dejo de apretar los puños y avanzo a paso indeciso, con los brazos colgando a ambos costados.

—No quiero deshonraros. Por eso nunca me he atrevido a cuestionar mi destino…

—Precisamente es tu *destino,* Léonard. No puedes ir contra las reglas de sucesión —grita—. Como padre y soberano, ¡no puedo dejarte hacerlo!

—No cambiaré de opinión, padre. He tomado una decisión y, si me quieres, no puedes obligarme a ir contra mis convicciones.

—La oposición no te dejará. Lo sabes, ¿no? Te usará con fines políticos para desestabilizar a la familia. Te expondrán y juzgarán —añade.

—¿Más de lo que ya lo hacen?

—¿Y no ha pensado en su hermana? ¿Qué cree que va a sufrir por esta decisión?

Me vuelvo hacia Pia, que no se atreve a moverse mientras observa la escena estupefacta. Aunque la decisión no sea una novedad para ella, no creo que hubiera pensado que yo llegaría hasta el final.

—No habría tomado tal decisión si no lo hubiera pensado. Ella está hecha para esto, que es donde yo fallo.

—Aún es joven —continúa mi padre—. Le falta lucidez, te está confundiendo lo que sientes por ese hombre. ¿Ahora de pronto deseas renunciar a aquello para lo que naciste? ¿Y para qué? No tienes ningún futuro fuera de la realeza, Léonard.

—¡No es nada nuevo! —declaro con enojo—. Nunca he sentido que este fuera mi papel y lo sabes muy bien. Mira cómo era de joven y cómo he crecido. Me queda mucho para ser el príncipe heredero que debería ser. No me parezco en nada al rey que quieres que sea.

—A ser rey se aprende, por eso empiezas desde niño a aprender el papel. Es normal cometer errores, la experiencia y la madurez se adquieren con el tiempo.

—Para algunos, es algo innato. Tú no has necesitado tantos ejercicios para mejorar, padre. Y Pia ya es ejemplar con apenas dieciocho años. Tú mismo la has visto desde que se presentó en sociedad, es toda una futura reina. En el fondo, lo sabes. Yo no estoy hecho para sucederte. No estoy hecho para reinar.

Mi padre se inclina sobre la mesa. Tiene los puños apoyados en ella y me fulmina con la mirada.

—No podemos dejarte tomar esa decisión por un impulso. Vas a poner el reino en una situación extremadamente delicada. No

puedes dejar tus obligaciones solo porque piensas que tienes el poder.

—Lo quieras o no, reuniré al Consejo durante el día —declaro.

—Nada te hará cambiar de opinión, ¿no?

Niego con la cabeza ante la pregunta de mi madre.

—¿Ni siquiera el tiempo?

—No. He tardado veintidós años en confirmar mi decisión.

—¿Insistes en que el capitán Galbero no ha jugado ningún papel en todo esto? —argumenta el rey.

—Ya te lo he dicho, él es una de las numerosas razones. Pero, efectivamente, en la actualidad es la más importante.

Nos miramos durante un buen rato sin decir nada hasta que el rey cede con voz resignada.

—De acuerdo. Dame el tiempo necesario para reunir al Consejo. Estarás liberado de tu derecho de nacimiento antes de la una. Prefiero apoyar esta decisión públicamente, por muy desmesurada e irresponsable que sea, que dejar entrever nuestro desacuerdo más allá de estos muros.

Es cierto que una abdicación impuesta por el príncipe sin validar por el rey mancillaría la autoridad de este último. Es una debilidad que no puede permitirse mostrar. A nadie. Antes de añadir nada más, sale de la habitación sin mirar atrás. Mi madre se queda un momento contemplándome y, luego, se va también con el rostro crispado de amargura y los ojos brillantes de tristeza. Me encuentro solo con Pia en el agobiante silencio del comedor. En dos zancadas, se abalanza sobre mí y me abraza con fervor, y no sé expresar lo reconfortante que me resulta su gesto. De pronto, un sollozo me pilla por sorpresa y no consigo contenerlo.

—Todo irá bien —dice acariciándome el pelo—. No te dejaré, tienes mi palabra.

Sin embargo, rara vez me he sentido tan solo; y es que mis padres han tolerado mi decisión solo para impedir que nuestra familia destruya la estabilidad del reino.

Y el único sitio en el que quiero estar ahora mismo es en un apartamento con un sofá desgastado en la otra punta de la capital.

Daría lo que fuese por que Nine estuviera aquí.

Capítulo 44

Léonard

No pensaba que todo fuera a ir tan rápido. Una declaración de honor para confirmar mi decisión; la reunión extraordinaria del Consejo; un discurso improvisado y una firma, y listos. Es todo lo que se ha necesitado. Y todo esto en el secreto más total hasta el anuncio público.

Ahora estoy oficialmente emancipado del trono de Saryha.

Veintidós años para esto.

Suelto el bolígrafo en un silencio solemne y una sincronización desconcertante, para dejar paso a Pia, que firma bajo mis rúbricas y las de mis padres. Todos los altos representantes del Consejo nos observan y, cuando ella también se separa, la asamblea aplaude como es costumbre.

¡Viva la nueva heredera!

La cara de Pia muestra emociones contradictorias, pero, en el fondo, sé que está contenta. Por mí y por ella, por el destino que le ofrece lo que el nacimiento le había negado.

Los cuatro cruzamos la larga sala a través de una bulliciosa guardia de honor. No todos los miembros del Consejo han recibido la decisión con entusiasmo, sobre todo los tradicionalistas que solo creen que un hombre debe estar al mando, lo que era de esperar. Pero la gran mayoría está —por suerte— de mi lado y siente que es

el principio de una nueva era bajo la dirección de una reina después de años con hombres al frente. Una especie de renovación, una forma de modernizar el reino. Además, también hay que decir que la voz del soberano da fe. La minoría no podía más que doblegarse con alegría a pesar de su desacuerdo.

Como dicta la ley, el comunicado oficial y la ceremonia en la que se presentará a mi hermana como la futura reina ante las grandes familias del reino deben pasar cinco días después de la abdicación. Entretanto, tengo que cumplir con mis obligaciones como príncipe y seguir el programa del día, definido de antemano y al pie de la letra, como si mi destino no hubiera sido sellado.

He abdicado.

Son cerca de las siete cuando vuelvo a palacio, completamente agotado. No es el mismo tipo de cansancio que hace unos días me oprimía el pecho. No, es más bien el que se siente después de haber pasado un día fuera participando en un montón de ceremonias que sabemos que serán las últimas. Subo a mi habitación para cambiarme y me sobresalto cuando descubro a la reina en el recodo del pasillo. Me paro en seco.

—Madre.

—¿Tienes un momento? Me gustaría hablar contigo.

Asiento.

—De acuerdo.

Se gira y anda delante de mí hasta sus aposentos. Entro en su tocador, donde ya hay una bandeja servida. La chimenea crepita en el hogar y mi madre me invita a sentarme en uno de los sillones de cuero. Una sirvienta nos vierte una infusión antes de desaparecer. Estamos los dos solos y una sensación bastante particular me corre por las venas.

Bebe un sorbo y deja la taza con un ensayado movimiento sin decir nada. No sé si tengo que esperar a que empiece a hablar o si tengo que adelantarme, pero me empieza a dominar el estrés.

Tomo aire con fuerza y decido adelantarme:

—Madre, quería pedirte disculpas.

Es imposible saber lo que se le pasa por la cabeza cuando me mira.

—No quería ponerte en tal situación, y mucho menos al reino.

—Sin embargo, no has dudado ni un segundo.

Pongo mala cara.

—Ojalá supieras cuánto he dudado. He luchado durante muchos años y he ignorado mi malestar. He intentado reprimir mi necesidad de libertad porque sabía que iba a poner a la familia en un compromiso. Sabía que iba a decepcionaros y era lo último que quería hacer.

—Léonard, siempre hemos sabido que no se sentía en su lugar. Y estos últimos años más que antes. Lo achacábamos a su entrada en la edad adulta, a la llegada de cargas que cumplir, de obligaciones más numerosas, del protocolo…

Me pongo todavía más tenso.

—Pero tu decisión precipitada ha puesto en peligro nuestra legitimidad. Quizá estaba justificada a tus ojos. Quizá lo has pensado mucho. En cualquier caso, al anunciárnoslo de una forma tan precipitada, nos has puesto en una posición delicada y ante un hecho consumado. No tuvimos más remedio que aceptarlo, aunque habríamos podido anticiparnos.

Frunzo el ceño ante su comentario.

—Si os lo hubiera dicho antes, habríais intentado disuadirme.

—¡Por supuesto! —me interrumpe—. Has nacido para ser rey y es tu destino. No habríamos aceptado que tal cosa se produjera sin haber luchado por impedirlo.

—No habríais podido hacer nada.

Contempla el fuego que arde en llamas rojizas y naranjas.

—¿Le quieres?

Crispo los dedos en torno a la taza que no he bebido y que me se enfría en las manos. Se me contraen todos los músculos del cuerpo y escucho cómo me late el corazón a toda velocidad.

Me doy cuenta de que se ha perdido muchas cosas durante estos últimos años. Normalmente, se enteraba siempre de mis aventuras

con mujeres, aunque fueran breves, puesto que se encargaba de protegerlas, de esconderlas, de organizar los silencios, los contratos de confidencialidad. Era su papel de madre. Con Nine no hizo nada, no presintió nada ni controló nada. Y no sé si me siento con fuerzas para confesárselo todo.

Pero, al fin y al cabo, no tengo nada más que esconder.

Ya no subiré al trono.

—Sí.

Sus ojos me atraviesan y vislumbro un brillo en ellos. Es fugaz y de admiración. Me consuela al instante.

—¿Y él también te quiere?

Siento un nudo de emoción en la garganta porque me invaden un montón de recuerdos: su forma de protegerme, de mantenerme a su lado, de pasarme las manos por la espalda en una postura tranquilizante, de no dejar de mirarme, de controlar siempre mis salidas, de garantizar mi bienestar, de darme libertad aunque estuviera en peligro, de entrenarme, de jugarse su trabajo, de ocultar nuestro pasado para no agobiarme, de salvarme la vida.

No me lo ha dicho claramente, pero los actos hablan por sí solos y en el fondo sé que así es.

—Es correspondido.

Esta vez, se le ilumina el rostro con una sonrisa orgullosa y tierna. Trago saliva, incapaz de pasar por alto la emoción que se me dispara en todas las direcciones.

—Mira, Léonard, si fuera honesta conmigo misma y contigo, diría que no me extraña mucho todo esto.

Levanto una ceja sorprendido y ella vuelve a sonreír con la mirada perdida en el vacío.

—Creo que las madres tienen esa facultad de entenderlo a veces. Quizá era su forma de observarte, de seguirte, de protegerte. Era la primera vez que veía a un guardaespaldas tan entregado.

Respira.

—Aunque admito que, si hubiera tenido que buscarte un pretendiente, no habría sido como él.

—Lo sé, madre —digo—. La duquesa de Brievi es una joven muy respetable.

Ella bebe otro sorbo de té mirándome fijamente.

—La duquesa va a anunciar su compromiso dentro de poco.

No debería sorprenderme que sea tan rápido, puesto que en nuestro mundo es así, pero, de todos modos… Estábamos prácticamente prometidos hace unos días.

—¿Edith va a casarse?

—Con un hombre que ha amasado fortuna en el mundo del automóvil. Actualmente, es conde de Brauch. Pero de aquí a un año será duque de Brievi.

En resumen, es una historia de poder, de dinero y de relaciones.

—Me alegro por ella. Se merece encontrar a un hombre que la haga feliz.

—Y tú, Léonard —dice mi madre—. Y el día en que decidas casarte, tendrás nuestro consentimiento.

Bajo la mirada hacia las manos mientras las lágrimas amenazan con pasar la barrera de mis párpados. Me trago la ola de emoción que me invade e intento recuperar la compostura.

—¿Aunque se trate de él? —pregunto con el corazón en un puño.

—A partir de ahora eres libre de escoger.

El decoro no me permitiría desahogarme, pero no puedo reprimir la alegría que me produce su bendición.

* * *

De camino a mis aposentos, deslizo la mano en el bolsillo y miro el móvil.

Ningún mensaje.

Aprieto la mandíbula de decepción y desbloqueo la pantalla para ver la última conversación que he abierto donde un «Te echo de menos» se ha quedado sin respuesta. Suspiro empujando la puerta de mi habitación para entrar. Al instante, un cuerpo duro se apretuja

contra mí y me pego en la pared. El aroma de un perfume familiar me conmueve y me enciende todo el cuerpo.

—¿Bailey?

Sus labios me silencian y me rodea el cuerpo para levantarme. Me besa con fogosidad y jadeo contra él, galvanizado por su presencia y el bienestar que siento al verlo al fin. Me tira sobre el colchón sin miramientos y se tumba sobre mí.

—No me has respondido.

Se ríe en mi oído y me mordisquea suavemente el lóbulo de la oreja.

—He preferido venir.

—¿Cómo has entrado? —le pregunto mientras ataca la hebilla del cinturón.

Me besa el cuello y me devora con ganas. Tengo la impresión de que hace una eternidad que no lo he sentido contra mí y gimo en cuanto hunde las manos en mis calzoncillos.

—Fox —me gruñe al oído.

—Recuérdame que le suba el sueldo.

—Más tarde, primero enséñame cuánto me has echado de menos.

Me agarra la mano y la coloca en su entrepierna. Me río presionándole el miembro con los dedos.

Podemos hablar más tarde. De las mil y una cosas que tengo que contarle, de lo que acabo de hacer, de la conversación que he tenido con mi madre y del papel que he firmado. Ahora solo quiero disfrutar de él.

—A sus órdenes, capitán. Pero debe ser rápido —le recuerdo sofocado.

—Es posible, Su Alteza.

Me besa con fuerza tragándose mi gemido. Nos acariciamos con precipitación, como dos adolescentes con hormonas desbordantes y sin tiempo. Es aún más excitante que las otras veces y pienso que esto es lo que me espera cada vez que nos abracemos: esta pasión insaciable.

Alguien llama a la puerta y Bailey da un salto de la cama con el pelo revuelto y el miembro prácticamente fuera porque tiene los pantalones bajo las nalgas.

—Joder —maldice en voz baja.

Se viste apresuradamente analizando todo lo que hay a su alrededor. Yo también me levanto e intento cerrarme la bragueta con los dedos, que tiemblan por los nervios. El ruido vuelve a sonar, es más insistente y, tras un último movimiento para colocarme bien el pelo, me acerco a la entrada de la habitación, seguido de Bailey.

—¿Detrás de la puerta? —murmuro al verlo esconderse mientras se coloca el índice delante de los labios para ordenarme que me calle—. Así van a verte.

Niega con la cabeza y yo tomo aire con fuerza, preparado para despedir al intruso lo más rápido posible. Si alguien descubre que Nine ha entrado en mi habitación, nos jugamos mucho los dos, y Fox también.

Lo miro y lo veo serio y concentrado.

Como el guardaespaldas que nunca ha dejado de ser.

Abro la puerta y me encuentro cara a cara con Mads. Primero entro en pánico al ver al jefe de seguridad a menos de un metro de la persona a quien denunció voluntariamente y que ahora está aquí escondida, pero pronto no tarda en desconcertarme su expresión. Parece agitado, muy nervioso incluso. Un escalofrío desagradable me recorre la espalda porque entiendo que algo no va bien.

—¿Mads? ¿Qué…? —empiezo.

A pesar de la rapidez de los hechos, reacciono en cuanto veo la daga en la mano del agente. Me acuerdo al instante de mis entrenamientos con Nine en el *dojo* varias semanas atrás, así como de sus instrucciones, duramente repetidas. Mads se abalanza sobre mí con el puñal y, animado por la adrenalina que me late en los músculos, tengo el tiempo justo de anticipar el ataque haciendo un movimiento seco y fuerte contra su antebrazo para debilitar la fuerza con la que agarra el arma. Y aunque no la suelta, se desestabiliza lo suficiente para que me separe de la trayectoria del cuchillo y escape del impacto.

Como estoy seguro de que no tengo bastante tiempo para evitar otro ataque, casi me resigno al segundo golpe, que no llega. En su lugar, me tiran con violencia al suelo y me doy en la cabeza con el parqué con un ruido sordo, sin perder de vista la terrible escena que se desarrolla ante mí.

Capítulo 45

Nine

He vivido bastantes cosas en la vida como para saber cuando algo va mal. En el Ejército, nos enseñan a nunca bajar la guardia. Estar siempre alerta es un reflejo que se vuelve innato. Sin embargo, hoy sé que la he cagado, lo noté en el fondo de mis entrañas cuando he comprendido que se trataba de Mads. Me ha explotado en la cara de forma brutal, porque ha estado todo el rato delante de mis narices y no he sido capaz de verlo.

Tendría que haber sospechado que pasaba algo. Tendría que haber sabido que detrás de la calma siempre viene la tormenta. Gärig y su historia de venganza era demasiado fácil, demasiado sencilla. Y tendría que haberme dado cuenta.

Salto sobre Léonard para agarrarlo del cuello, tirarlo hacia atrás y hacer escudo con mi cuerpo. Mads está delante de la puerta con un cuchillo en la mano. Advierto el momento en que se da cuenta de que ya no está en una posición de fuerza, ese brillo fugaz que le cruza los ojos en cuanto me ve y se estremece.

Quizá sea el miembro de la Guardia Real más antiguo y con más experiencia, pero ahora su debilidad es que tiene cincuenta y dos años. Es demasiado mayor, no está bien entrenado, reacciona con más lentitud. En cualquier caso, no puede competir conmigo.

Me he quedado en el marco de la puerta para proteger a Léonard y, en un gesto desesperado, veo que se palpa la chaqueta, donde adivino un arma cargada. Luego cambia de opinión y empuña con más fuerza el cuchillo cuando se abalanza sobre mí. Le asesto un golpe brutal en la articulación del codo y escucho cómo se le rompe bajo los dedos. Suelta el cuchillo sin gritar a pesar de la violencia del impacto. Cierra los ojos de dolor, de rabia y de un sinfín de emociones que no me molesto en examinar. Estoy como loco. Loco por no haber desconfiado, loco por no haberlo entendido antes, loco por haberle dejado vía libre, loco porque podría no haberme hallado aquí. Lo embisto cogiéndolo del brazo para doblarlo con saña en un ángulo incómodo y golpeo el cuchillo con el talón para mandarlo varios metros más lejos. A pesar de tenerlo agarrado, él se las arregla para golpearme en la cara. No lo suficiente para hacerme tambalear, pero sí para que maree ligeramente. Usa ese pequeño fallo en mi defensa para intentar agarrar su arma de servicio, atascada en su funda. Le doy un rodillazo en los riñones para pararlo en seco y ahoga un gruñido retorciéndose por el golpe. Luego, repito el movimiento una vez, dos veces, hasta que cae de rodillas delante de mí con un gran bufido. Le doy un fuerte puñetazo en la mejilla y descargo toda mi furia.

Porque es Mads.

Porque confiaba en él.

Porque ha intentado matar a Léo.

Y porque esta vez estoy aquí para impedirlo.

Le pego cada vez con más fuerza y se golpea la cabeza contra la moqueta. Se me resiste, forcejea, tiene las manos delante de la cara para bloquear los puñetazos. Intenta desestabilizarme y hacerme caer con las piernas. En vano. No sabría decir cuánto tiempo dura nuestro altercado, cuántas veces le golpeo y me ensaño contra la nariz rota, el labio abierto y la mejilla partida. Un minuto, quizá diez. Luego, suena un alboroto por el pasillo. Primero, oigo a Fox gritándome en los oídos. Pero esa voz no me saca de mi trance, sino la orden de Léonard firme y categórica:

—¡Bailey, para!

Me echo hacia atrás mientras agarro la Glock que sobresale de debajo de la chaqueta del agente para apuntarle, sin aliento y con los brazos aún temblorosos de ira. Tiene la cara cubierta de sangre y algunas salpicaduras manchan la pared y el suelo del pasillo. Mads se gira y escupe en el suelo gimiendo de dolor antes de lanzarme una mirada asesina, que le sostengo mientras doy unos pasos hacia atrás para colocarme delante de la puerta de la habitación. Con un gesto de mano, hago que Léo, que había avanzado hacia el pasillo, retroceda. Dos agentes de policía ocupan mi lugar para levantar al jefe de seguridad, aunque no me doy realmente cuenta de que están ahí. A Mads le tiemblan las piernas cuando se pone de pie, pero lo mantienen con fuerza. Echo un vistazo a Fox, que no ha bajado el arma, y miro con desprecio a nuestro superior.

—Lleváoslo —ordena alguien a mi izquierda—. Y cierren el acceso al ala.

Tuerzo la boca con una mueca de fastidio al ver al inspector Osten con sus equipos en zafarrancho de combate. Tiene un teléfono pegado al oído y analiza la escena con ojo clínico.

—Suelten las armas, señores. Tenemos la situación bajo control.

—Un retraso de cinco minutos —me burlo.

Me meto la Glock detrás del vaquero mientras miro a mi alrededor y oigo la respiración acelerada de Fox. El inspector no reacciona ante mi comentario y repite a sus hombres:

—¡Sacadlo de aquí!

Se detiene con el móvil aún en la mano y asiente en silencio a pesar de que su interlocutor no puede verlo. Se vuelve hacia nosotros y añade:

—El comisario Haug está con el rey. Nos esperan en la conserjería.

Frunzo el ceño, preparado para preguntar qué pinta el comisario aquí. Y todos esos policías. ¿Cómo han podido llegar tan rápido? Que tengamos cámaras de vigilancia capaces de avisar a nuestros propios equipos de seguridad es una cosa, pero que la caballería llegue en tiempo récord es otra. Antes de que pueda abrir la boca, no obstante, el inspector exclama:

—¿Necesita un momento, Su Alteza?

Me vuelvo automáticamente hacia Léonard, cuyo rostro no muestra emoción alguna. Ni sorpresa, ni indignación, ni cólera: es esa máscara de imperturbabilidad que domina a la perfección en presencia de otras personas. Me contengo de abalanzarme sobre él para abrazarlo. Sé perfectamente que está fingiendo porque lo conozco lo bastante para saber que, en el fondo, está anonadado. Si hubiéramos estado solos, lo habría consolado. Pero ya no es el caso.

—Vamos, gracias —responde con voz clara.

Pasa delante de mí y Fox se coloca detrás de él para escoltarlo.

En ese preciso instante y en el peor momento posible, me doy cuenta de que no debería estar ahí. No debería andar por los pasillos de palacio, ni entrar en una habitación donde espera el rey, ni estar con Léonard. Muy bien podría llevar mi irreverencia hasta la sala de interrogatorios, ya que, al fin y al cabo, si estoy aquí es porque me daba bastante igual el riesgo que corría. Pero ahora en la ecuación entra Fox, y no quiero causarle problemas.

Agarro el brazo del príncipe para retenerlo, con lo que hice parar el grupo de cuatro que formamos.

—¿Algún problema, capitán? —pregunta Osten.

Podría decirle que sí, que hay problemas a patadas. Que hay preguntas de las que necesito respuestas. Incógnitas que deben resolverse para entender qué pasa en esta puta investigación. Pero miro fijamente a Léonard y le digo:

—No puedo ir.

Él se estremece.

Sabe por qué.

—Es demasiado tarde para eso, Nine —gruñe Fox—. Estamos todos de mierda hasta el cuello.

Lo miro a los ojos y me arrepiento de haberlo metido en este lío.

—Necesitamos su declaración, capitán —insiste el inspector sin saber qué está sucediendo en realidad—. Como guardaespaldas del príncipe, ha tenido un papel importante en los acontecimientos.

Frunzo el ceño, y cuando poso la mirada en Léonard, cedo.

Porque me necesita y no puedo hacerle esto.

Les sigo los pasos, consciente de que en los próximos minutos va a decidirse mi futuro para siempre. Deslizo el brazo por la cintura de Léonard y noto cómo me toca los dedos antes de alejarse. Esa simple caricia me encoge el corazón e inspiro con fuerza.

* * *

El inspector no mentía cuando decía que controlaba la situación. El palacio está literalmente rodeado y nos cruzamos con un agente de policía a cada metro que nos separa de la conserjería. Sé perfectamente dónde nos llevan y, después de haber pasado los distintos puntos de acceso del edificio hasta el sótano, entramos en una de las salas de interrogatorios. El rey ya está allí sentado al lado del comisario, con su traje oficial y tres hombres en uniforme.

Estos últimos se inclinan al ver que el príncipe se acerca a su padre. No oigo su conversación, pero el alivio que se evidencia en el rostro del soberano desaparece en cuanto me ve. Es imperceptible para los otros, pero los años en el Ejército me han permitido notar esos tics incontrolables del cuerpo humano. El monarca no está contento.

No creo haber vivido un silencio más pesado que el que nos rodea ahora mismo. Permanezco imperturbable e impenetrable mientras me mira un buen rato. No debería estar aquí y ambos lo sabemos.

—Puede retirarse —ordena el comisario.

En un movimiento, desviamos la atención para concentrarla en el hombre que despide a sus subordinados. Luego, se coloca delante de la mesa enorme que preside.

Entonces, veo la cámara dirigida a las sillas y me doy cuenta de que no lo han hecho deprisa y corriendo. Todo estaba preparado de antes y eso no me gusta nada. Aunque conozca el procedimiento que obliga al comisario a estar en el palacio —como única alta autoridad habilitada para este tipo de asuntos de seguridad de estado—, no consigo entender cómo la policía ha podido llegar tan

rápido cuando acaba de ocurrir el ataque. ¿Y qué hace el rey aquí en lugar de estar en la habitación de seguridad con la reina y la princesa?

Frunzo el ceño, nervioso, porque odio tener la sensación de perder el control, de saber que me esconden algo sin poder identificarlo. Pero ¿qué esperaba? Me han despedido.

—Su Alteza, señores, permítanme presentarme. Soy el comisario Johan Haug.

Escruto al hombre de pelo canoso con mala cara, pero él solo tiene ojos para el rey y su hijo en el extremo de la habitación. Otro con exceso de fervor.

—Me han encargado personalmente que investigue el caso de la Orden tras los hallazgos del inspector Osten, Su Alteza.

Léonard tensa la mandíbula e intercepto su mirada perdida antes de que la dirija, sin emoción, al oficial superior.

—Gracias al arresto de Knut Gärig y de los instigadores de su primer intento de asesinato, hemos podido conseguir la lista oficial de los miembros de la organización. Para ir directo al grano, esto nos ha permitido, entre otras cosas, incriminar al jefe de seguridad de la Guardia Real, el comandante Karl Madsen, conocido como agente Mads.

El comisario tiende una carpeta a Léonard y me contengo de abalanzarme sobre ella para agarrarla primero. Léo duda un momento, pero acaba por cogerla y abrirla. Aprieta los labios y examina la información que contiene detenidamente.

—Como puede ver, ha usado el apellido de soltera de su difunta madre, Lund. Por ello, llegar hasta él nos ha llevado tiempo. Y aunque uno de los miembros de la Orden nos dio su apellido durante un interrogatorio, carecíamos de pruebas para acusarlo de nada. Hace tres días que estaba bajo vigilancia y con micrófonos.

—¿Tres días? —grito.

¿Es coña?

Es como decir una eternidad en este tipo de casos. No sé si debería echarme a reír, pero aprieto los puños sobre los muslos y le

dedico a Haug con una mirada de desprecio. Han sido unos irresponsables.

—¿Está diciendo que hace setenta y dos horas que dudan sobre Mads, pero que lo han dejado trabajar con la familia real?

Noto que el comisario tensa los hombros. No está nada contento de que un subalterno lo amoneste. Sinceramente, la situación se está caldeando tanto que me da igual dañar su ego, y mucho más hablar sin autorización delante del rey.

—Capitán —me advierte Léonard.

Es todo cuanto dice, mientras me mira de reojo, para ordenarme que no verbalice mis pensamientos, lo cual tiene el efecto de cortarme en seco. Frunzo el ceño y me cruzo de brazos ignorando la mirada reprobadora del príncipe, a mi izquierda.

—¿Y usted es, capitán…? —pregunta el comisario con tono altivo.

—Galbero.

—Capitán Galbero —repite insistiendo en mi rango.

Menudo capullo.

—Nuestro trabajo es ser capaces de hacer caer a un hombre sin tener que soltarlo después por falta de pruebas. Estará de acuerdo en que no era admisible la posibilidad de que se nos escapara. Aunque estuviéramos seguros de la culpabilidad del comandante, nada nos permitía actuar… hasta hoy.

Levanto la barbilla para desafiarlo, pero prosigue sin mirarme:

—Hemos conseguido reconstituir la cronología desde que entró en la Orden hasta ahora. La acciones que ha llevado a cabo, las reuniones en las que ha participado; hemos examinado minuciosamente el papel que ha tenido estos últimos meses. Todo eso nos ha traído hasta aquí. Lo que no sabíamos, empero, es que, a pesar de nuestras intervenciones simultáneas en el domicilio de los dirigentes, ha recibido la orden de neutralizar al heredero.

Hace una pausa y la atmósfera se vuelve glacial.

«Es una bonita forma de decir "matar al príncipe"».

Emito un ruido sordo desde el fondo de la garganta y todas las caras se vuelven hacia mí.

—Afortunadamente, hemos llegado a tiempo.

—Afortunadamente, sí —ironizo fulminando con la mirada a Haug, que me ignora abiertamente.

—Ahora tenemos todos los elementos necesarios para condenarlo durante varios años o de por vida. Sin embargo, Su Alteza…

El comisario aprieta los labios mirando fijamente a Léonard.

—Necesitamos su declaración y la de los hombres presentes durante el ataque. Aunque haya tenido un papel menor en su accidente de coche, esta vez el intento de asesinato está demostrado. Ahora se trata de una prueba irrefutable e importante. Pero, para ello, debe dar su testimonio.

El comisario se acerca a una cámara con la que trastea mientras dice:

—Quiero informarles de que su declaración y la de sus hombres será grabada. Les aseguro que todo lo que digan será confidencial. Solo el juez, los abogados de las dos partes y yo mismo tendremos acceso a este documento. Guardaremos silencio por secreto profesional.

Léonard se tensa.

—¿Qué entiende por eso? —pregunta a la defensiva—. ¿De verdad es necesario que grabe mi testimonio? ¿Y por qué deben interrogar a mis hombres?

Desvía la mirada hacia mí antes de apartar rápidamente la mirada.

—Ellos no estaban allí —miente.

Se cruza de brazos y el rey me lanza un breve vistazo antes de inclinarse sobre la mesa para acercarse a Haug.

Nadie se deja engañar por las palabras de Léo.

—Comisario, lo que va a escuchar en esta sala no saldrá de aquí —insiste el rey aunque sea lo que acaba de garantizar su interlocutor—. No tendrá permiso para difundirlo, a menos que haya un acuerdo escrito por la Casa Real.

Mira fijamente a su hijo y se vuelve hacia el oficial superior.

—Entendido, Su Majestad.

Haug señala las tres sillas enfrente de la cámara.

—Su Alteza, señores agentes, siéntense.

Animo en silencio a Léonard a sentarse en medio y me coloco a su izquierda sin pensarlo dos veces, cerca de la puerta de entrada.

El comisario empieza a grabar. Léonard traga saliva. Desde donde estamos, el soberano nos ve perfectamente, y no quiero arriesgarme a enfadarlo todavía más, así que me contengo de tocar la pierna del príncipe.

Aunque ganas no me faltan.

—Primero, les pediría que confirmaran su identidad mientras miran fijamente el objetivo.

Ya estamos. El momento que hemos querido evitar todo este tiempo. El momento en el que tendremos que justificar nuestra presencia, los dos, en un lugar al que yo no estaba autorizado a acceder. Todo yo me tenso, pero permanezco en mi asiento con actitud desafiante.

—Léonard Björnen. Príncipe… de Saryha.

Frunzo el ceño porque ha omitido mencionar el término «heredero», algo que no suele ocurrir. Es tan evidente que noto que incluso Haug se lo pregunta fugazmente.

—Suboficial Cole Bakke. Nombre en clave: Fox. Guardaespaldas del príncipe de la Guardia Real. Número de identificación: 12-799-8.

El rey y el comisario me miran y me concentro en el objetivo de la cámara para decir:

—Capitán Bailey Galbero. Nombre en clave: Nine. Antiguo miembro de la Guardia Real. Número de identificación: … desactivado.

Haug se vuelve hacia el soberano un poco sorprendido por el anuncio, pero el rey dice con voz clara:

—Continúe.

Asiente y pregunta:

—Su Alteza, ¿dónde estaba cuando el comandante Mads se presentó delante de usted?

—En mis aposentos.

—¿Solo?

Silencio.

—No.

Primer intento de esquivar el tema, pero todos sabemos que este tipo de respuesta vaga no va a ser satisfactoria.

—¿Quién estaba con usted?

—El capitán Galbero, aquí presente.

El hombre frunce el ceño sin hacer la ofensa de observar la reacción del rey, que se tensa. Exactamente lo que queríamos evitar.

—¿Se encargaba de su seguridad en ese momento?

¿A qué está jugando? Ya conoce la respuesta. He dicho que ya no formo parte de la Guardia Real, ¿necesita un croquis?

—No. Era Fox.

Suspira, mira a su padre y confiesa de golpe mientras yo golpeteo nerviosamente con el pie:

—Bailey no estaba en calidad de guardaespaldas.

Mi nombre se desliza como una dulce melodía por mis oídos y Haug, que estoy seguro de que está entendiendo perfectamente el carácter de la situación, se limita a cruzar los dedos sobre la mesa delante de él. Es una postura típica de persona que intenta parecer segura de sí misma.

—¿Y cuál era la razón de su presencia?

Me observa un segundo.

«Claro que lo ha entendido».

—Dudo que esta información sea relevante o pertinente, comisario. Estaba conmigo. Eso es todo lo que debe saber.

—Con el debido respeto, Su Alteza, no podemos omitir ningún detalle durante un testimonio. Cuanto más precisos sean, más fácil será reconstituir los acontecimientos.

—Somos íntimos —declara Léonard—. Había venido a verme a mi habitación cuando el comandante Mads nos ha sorprendido llamando a la puerta.

Hay una pausa, y me aclaro la garganta al notar todas las miradas vueltas hacia mí.

—¿Habían anunciado la presencia del capitán a los equipos que estaban de servicio?

—Solo al suboficial Bakke. Él es el que lo ha ayudado a entrar en palacio.

Desde aquí veo que las mejillas de Fox se colorean de la vergüenza bajo la mirada escrutadora del rey, que lo examina.

—Agente Fox, si estaba encargado de la protección del príncipe, ¿por qué dejó su habitación sin vigilancia?

—No lo dejé solo —objeta mi antiguo compañero—. Estaba con Nine. He cometido un fallo profesional, soy perfectamente consciente de ello, y asumiré toda la responsabilidad. Pero sabía que el príncipe estaba a salvo con el capitán Galbero. Las cámaras de seguridad estaban encendidas y yo estaba haciendo mis rondas por el corredor.

—¿Dónde estaba cuando llegó el comandante Mads?

—Cerca del pasillo de servicio. En cuanto me vio, me ordenó que dejara mi puesto.

Gruño de frustración.

Qué desgraciado.

—¿No le pareció extraña la orden? —pregunta sorprendido el comisario.

—Sí, claro que sí —admite—. Pero era una orden de mi superior. No podía rechazarla. Además, repito, sabía que el príncipe estaba a salvo.

Haug desvía la mirada hacia mí y me enderezo en la silla.

—Capitán, ¿dónde estaba usted cuando el comandante entró en la habitación?

¡¿Está insistiendo adrede o qué?!

—No entró.

El comisario levanta una ceja y reformula:

—¿Dónde estaba usted cuando el comandante llamó a la puerta de la habitación?

—Detrás de la puerta.

Arruga la frente.

—Desarróllelo, por favor.

—Mads llamó, así que me escondí. Pensábamos que era un empleado o un agente y que nos…

Me detengo para estudiar al rey. Escucha con atención la declaración sin intervenir. Sé, no obstante, que lo que está escuchando no le gusta nada. Un hijo que desobedece, un agente que excede sus funciones y otro que no respeta su contrato. Nada de lo que se está hablando en esta habitación realza la calidad de los servicios de seguridad de su reino.

Yo también odiaría lo que está pasando.

—No queríamos que nos descubrieran. Cuando Léonard abrió la puerta…

Un carraspeo me calla y el ceño que vislumbro en el rostro del monarca me hace continuar de manera más comedida:

—Cuando el príncipe abrió la puerta, Mads estaba detrás. No lo vi directamente, pero supe que algo iba mal.

—Tenía un cuchillo —interviene Léonard—. Intentó herirme una vez, pero conseguí esquivar el ataque. No tuvo tiempo de repetirlo porque el capitán Galbero se interpuso.

El comisario asiente con aire de complicidad.

—Lo siguiente que ocurrió es sencillo —articulo—. Lo desarmé, le pegué y sus equipos y los nuestros llegaron. Punto final.

—¿Le dijo algo? ¿Alguna razón que habría justificado su acción?

—Sí, una disertación muy detallada que ha dejado en el pasillo —ironizo—. ¿Quiere verla?

—¡Capitán!

Esta vez, la voz del rey es la que me pone en mi lugar y me cruzo un poco más de brazos sobre el pecho con insolencia.

Pero nos detenemos porque llaman a la puerta de la sala y aparece el inspector Osten.

—Comisario, ¿puedo hablar con usted? Es importante.

—Hemos acabado —concluye el rey—. Fox, puede retirarse. Reúnase con su unidad. El agente Pearl ha relevado al comandante, él le dirá qué tiene que hacer.

Fox se levanta, se inclina con respeto delante del rey y el príncipe y desaparece por el pasillo. Luego, el comisario se va y nos deja a Léo y a mí completamente solos delante de la única persona que habríamos querido evitar.

Todo empezó con un simple «Te echo de menos» y mira dónde estamos ahora…

El puto momento justo.

Capítulo 46

Nine

Cuando la puerta se cierra detrás del comisario, el rey se levanta. La silla chirría contra el suelo de linóleo y Léonard y yo nos vemos obligados a levantarnos también. Los tres de pie a cada lado de la gran mesa, en un silencio diez veces más molesto que el anterior, nos miramos de hito en hito. Entonces, el monarca se inclina, extiende la mano delante de él y clava sus ojos en los míos. Me quedo sorprendido ante su gesto, porque no podemos tocar al rey. Bueno, sí, si eres muy rico, conocido o importante. Sin embargo, le doy la mano y dejo que me la estreche con fuerza.

—No voy a volver a las razones de su presencia aquí, capitán. Porque, aunque todas sean condenables, sin excepción, no creo estar en condiciones de enfadarme. No después de lo que ha hecho.

No deja de mirarme mientras me mantiene la mano cogida. Está concediéndome un gran honor y me lo está haciendo entender.

—Se lo agradezco.

Luego baja los brazos y se echa hacia atrás. Se vuelve hacia su hijo y asiente con un gesto de aceptación tácita que me hinche el pecho con un sentimiento de orgullo. ¿Léo también siente esto en el aire? ¿Esta descarga eléctrica que crepita entre nosotros cuando su padre me da las gracias y nos perdona?

Desde luego, no es lo que quiero oírle decir, pero, para ser el soberano, es muchísimo. Y dudo que un día tenga la suerte de escucharle declarar que está de acuerdo y que autoriza nuestra relación, así que me conformo con esto. Aunque no sea suficiente, aunque no sea lo que espero, es todo lo que necesito. Que entienda que, mientras yo esté aquí, cuidaré de Léonard.

La puerta se abre y el rey se gira hacia Haug, que vuelve a entrar en la sala. Estaba tan concentrado en la conversación que ni siquiera lo he oído llamar.

—Siento molestarle, Su Majestad. Pero necesitaríamos a Su Alteza real.

Este último arquea una ceja con curiosidad y mira a su padre.

—¿Por qué? —pregunta el rey.

—El agente Mads quiere hablar con él.

No sé si es porque sabe cómo reacciono, porque sabe lo que voy a decir o porque doy un paso hacia él maquinalmente, pero Léonard levanta la mano para detenerme y pregunta:

—¿Dónde está?

—En la segunda sala de interrogatorios, Su Alteza.

—¿Padre?

El rey asiente, pero antes de que su hijo y el comisario salgan de la sala, añade:

—Nine lo acompañará.

—Su Majestad —objeta Haug—, el príncipe no estará solo. El inspector Osten estará detrás en caso de que haya el más mínimo problema.

—Es una orden —afirma volviéndose hacia mí—. Capitán.

Señala al príncipe y no necesita repetir nada. Acojo su petición con un suspiro de alivio. Sinceramente, no habría soportado saber que Léonard está sin mí en la misma habitación que Mads. Aunque lo acompañen diez polis. Sigo a mi amante bajo la mirada irritada del oficial de alto rango.

No le gusto. Y como a mí no me gustan sus maneras, podemos decir que es recíproco. Pero hay que admitir que no me gusta mucha

gente.

Nos escolta hasta la puerta que hay en el fondo del sótano. Me hubiera gustado decirle que no necesito ayuda para encontrarla, que está en mi territorio y que puede irse a lamer culos a otro lugar, pero me contento con seguirlo en silencio. Hay dos policías apostados delante y se separan al vernos llegar.

—Estaremos en la sala de al lado, Su Alteza.

Léo me mira, se pasa las manos por la espalda y se echa hacia atrás despacio.

—Está esposado a la mesa, no corre ningún peligro. En todo caso, si no se siente seguro, solo tiene que hacer una señal hacia el espejo unidireccional e intervendremos.

—De acuerdo —afirma el príncipe.

No espera más para girar la manilla y entrar en la habitación. No tiene que darse la vuelta, hablarme o mirarme para saber que lo sigo. Siempre ha sido así: soy su sombra. Con contrato o sin contrato. Cuando Mads nos ve entrar a los dos, dobla las comisuras de los labios en una sonrisa amarga.

—Por supuesto —gruñe—. Su Alteza, y yo que pensaba tener el placer de hablarle a solas.

Léonard no reacciona y se sienta en la silla libre. Me apoyo en la pared del fondo de la sala. Es pequeña. No mucho más grande que mi cocina. Con espacio para poner una mesa y dos sillas. Todo es gris, y la luz amarilla del techo resulta agresiva y descarnada. No dan ganas de estar mucho tiempo aquí, que es precisamente el efecto buscado. Cuanto menos a gusto te sientes en un sitio, más ganas tienes de irte. Quienes están sentados en la silla no pueden salir hasta que hayan hablado. Mads lo sabe. No hace mucho, él estaba en nuestro lugar. Y no consigo entender cómo ha podido pasarse al otro lado. Tiene la cara llena de marcas y cardenales, señales de la paliza que le he dado, toda vez que luce dos tiritas pegadas a la nariz amoratada y aún le aparece sangre seca en las fosas nasales.

«Espero que te duela, cabrón».

—Quería hablar conmigo. Le escucho —dice Léo con voz neutra.

Está recto, ha apoyado los brazos en las piernas y examina al antiguo jefe de seguridad. Veo que tiene los hombros rígidos y doy un paso para ponerme un poco más cerca de él. Nota que llego porque relaja la nuca de manera imperceptible. Mads se ríe.

Nadie diría que es la misma persona que conocemos quien está delante de nosotros, inmovilizado por unas esposas con cadenas largas que le llegan hasta el torso, debido a la rudimentaria férula que tiene alrededor del codo. Con esa sonrisa irónica, ese continente, ese aspecto de que le da igual estar delante del niño que ha visto crecer y al que ha querido matar… Más bien parece alguien al que todo lo que está pasando le resulta gracioso, lo que hace que me hierva la sangre.

—Voy a ir directo al grano —empieza—. Los interrogatorios largos no me gustan. Sé lo que he hecho, sé por qué lo he hecho y no me arrepiento, pero no quería hablar con ellos.

Señala con la barbilla el espejo detrás de nosotros.

—Si tenía que ser honesto con alguien, era con usted.

—¿Por qué? —pregunta Léo.

Su voz le traiciona, porque un temblor la quiebra en la última nota, de ahí que su interlocutor y yo sepamos, en este momento preciso, que está más afectado de lo que parece.

—Llevo treinta y un años al servicio de la Corona, Su Alteza. Treinta y un años de buen y leal servicio a una familia real a la que he aprendido a respetar.

Resoplo con desprecio.

—Abrevia.

Mads me lanza dardos con los ojos.

—Me ha gustado mi oficio —prosigue clavándome la mirada—. Llegué aquí cuando era apenas un poco mayor que usted, príncipe Léonard. Tenía ideales y sueños en la cabeza. No era más que un niño.

—Me temo que no entiendo a dónde quiere llegar, Mads.

Este sacude la cabeza y se rasca la mejilla con una de las manos atadas. Hace una mueca por el dolor del codo.

Se lo merece.

—Antes era así. Luego, la realeza me cambió. Usted me cambió.

Mira todo lo que le rodea.

—Treinta años para entender un montón de cosas. Cree que somos demasiado insignificantes y que no tiene que prestarnos atención, pero lo escuchamos todo, ¿sabe? Desde su secreto más inconfesable a su mayor temor.

Esta vez, me mira de reojo.

—Sabía que tenía una relación con Nine.

Se me retuerce el estómago, pero el cuerpo de Léonard no reacciona. A diferencia de antes, no muestra sorpresa.

Finge cada vez mejor.

—Habría sido preocupante que el jefe de seguridad no lo supiera, ¿no cree? —Tuerce el gesto con desdén—. Bromas aparte, Su Alteza, tengo muchas más cosas, pequeños secretos que nadie quiere que salgan de aquí. Cosas bastante fuertes, lo que me hizo cuestionarme la legitimidad de su familia. Con el lado oscuro de sus estúpidas leyes presupuestarias, sus reuniones extraoficiales, sus guerras infundadas…

—La ingenuidad de la gente normal que cree que la vida aquí arriba es fantástica —interrumpe el príncipe con suficiencia—. ¿Qué creen que pasa en los despachos de un dirigente? Se toman decisiones, a veces difíciles, pero necesarias.

—¡Necesarias para los privilegiados! —grita golpeando con el puño sano la mesa.

Léonard se echa hacia atrás y me acerco a él por instinto.

—Relájate, Galbero.

Me enseña sus esposas.

—No voy a tocar a tu protegido.

Me contengo de hacerle una peineta y se ríe.

—No hablaré de política con un hombre que nunca la ha hecho —exclama Léonard—. Ahora, dígame por qué ha intentado matarme para acabar con esto.

Mads se pone serio de golpe.

—El accidente fracasó y tuve la mejor de las oportunidades.

Me guiña el ojo y me abalanzo sobre él agarrándole el cuello de la camisa. Nuestras caras están a varios centímetros de distancia y mi respiración, que arde por la rabia, se mezcla con la suya. Sonríe con ese tipo de sonrisa de malnacido que me provoca ganas de perder el control. Quiero estrangularlo, pero Léonard me toca el brazo y hace que me relaje. Lo empujo contra respaldo de la silla, sin que me importe si le hago daño en el codo, y apenas me alejo. Me cruzo de brazos y no le quito los ojos de encima.

—¿Por qué no lo ha intentado antes? —le pregunta el príncipe—. Lleva casi diez años a mi servicio. Estuvo conmigo en cada desplazamiento, hemos estado solos muchas veces en mis aposentos, en los jardines o en el coche. ¿Por qué ahora?

—Knut Gärig —dice sencillamente—. Eso es lo que ha pasado.

—Me temo que no lo entiendo.

Mads suspira y, poco a poco, empiezo a conectar los puntos. Gärig es la chispa, el que ha encendido la mecha y ha provocado toda esta mierda. El que ha enardecido a un grupo ideológico para transformarlo en una organización radical y asesina. Al concentrarnos en él, hemos olvidado lo esencial: no estaba solo; si no, nunca habría sabido todo esto.

—La Orden existe desde mucho antes de que usted naciera, Su Alteza. Y aunque no se lo crea, se trataba sobre todo de una organización política. Hablábamos de nuestros proyectos y de nuestros sueños sobre el futuro del reino.

—¿Y Gärig llega con sus ansias de venganza y decide que matar al príncipe es la mejor idea de su grupo de tarados?

—Queríamos desestabilizar a la Corona.

—¿Y por qué no atacar al rey? —refuto—. Podría haberlo hecho también desde hace dos años.

Mads pone los ojos en blanco y me trago un gruñido.

—Puede que sea jefe de seguridad, pero no soy un suicida. El rey es intocable, lo sabes mejor que yo. A lo sumo, lo habría conseguido, ¿y luego qué? Se habría disuelto la Orden y eso no era nuestro propósito. El príncipe era un objetivo fácil por su deseo de

libertad y su continua necesidad de ser un joven normal. ¿Qué mejor manera de debilitar a la realeza que matando al principal heredero? Nadie habría sospechado de nosotros. Gärig tenía que morir en el accidente y dejar una carta de confesión que no nos relacionaba con él. Así habría tenido a su sospechoso y su móvil. Y nosotros habríamos quebrantado el reino. La oposición se alegraría y no sabéis cuántos estamos esperando poder acabar con este reino avaro y nocivo para el país.

—Pero fracasó —confirmo—. Ha fracaso y se ha desmantelado la Orden.

—No. Has aparecido. Y lo más irónico es que, como tenías esa conexión con Erik, Knut quería que te metiéramos en el grupo. Pensaba que serías la persona perfecta. Ocupabas mi lugar junto al príncipe, así que de todos modos tenía que buscar una artimaña para llegar a ti.

—Nunca vino a verme.

Esboza una sonrisa sarcástica.

—Te estuve observando durante semanas, te puse a prueba, me informé sobre ti, sobre tu pasado, sobre lo que habías vivido. Eras perfecto para la nueva era de nuestra organización. Entrenado físicamente y herido mentalmente. Pensamos que serías… influenciable, fácil de colocar en un futuro gobierno. Pero supe pronto que no sería el caso.

Esta vez, me río yo.

—Mala elección.

—Mala elección —repite—. No habíamos previsto que te encapricharías del príncipe.

Intercepto la mirada de Léonard y, en otras circunstancias, habría disfrutado del brillo de sus ojos y del calor que me recorre el cuerpo, pero la confesión de Mads está llevándome al límite. Porque ha estado delante de mí todo este tiempo.

Habría podido evitar esto.

Habría *tenido* que evitar esto.

—Sabía que aquella noche yo no trabajaba.

Él sonríe.

—Por supuesto. Y sabíamos adónde iba usted.

Vuelve a concentrarse en Léonard mientras hace tintinear las esposas en la mesa.

—Puede que fuera intocable cuando Nine estaba cerca, pero era increíblemente vulnerable cuando no lo estaba.

Si el comisario aún guardaba alguna duda sobre lo que pasa entre Léonard y yo, creo que acaba de evaporarse. Y espero, por el rey, que detrás de esta jodida ventana no haya veinticinco personas. Van a tener que firmar muchos contratos de confidencialidad.

—Son unos monstruos.

Mads yergue los hombros, como si le hubiera ofendido el comentario del príncipe.

—Defendemos nuestros ideales, Su Alteza. Y cuando creemos en algo, estamos dispuestos a todo.

—¿Por qué no intentó nada en el chalé? Estuve solo durante más de quince días.

El comandante sacude la cabeza con labios apretados.

—No queríamos morir de forma tonta, teníamos grandes proyectos para cada uno de nosotros. Debíamos ser más astutos y más avispados, sobre todo después del fracaso de nuestro primer intento. Teníamos a la poli pegada al culo por Helle y Gärig. El chalé no era muy seguro. Había demasiadas cámaras. No sabía cómo estaban organizados los equipos allí. No era buena idea. Todos lo sabíamos.

Levanta la mirada hacia mí y añade:

—Y antes de que lo preguntes, sí, te dejé volver con el único objetivo de hacer que cometieras un error profesional. Porque, en cuanto supe que siempre te interpondrías entre el príncipe y nosotros, vi que tenía que buscar otra solución. Más sutil.

Me crujen los dedos al apretar los puños y me contengo de volver a abalanzarme sobre él. Puedo romperle dos o tres huesos más, aparte de la nariz y el codo, para darle armonía al conjunto.

Ni siquiera le hará daño.

—Eres un cerdo —digo con asco.

—A grandes males, grandes remedios.

—Habría podido despedirme mucho antes —indico—. Si soñaba con hacerme cometer un fallo para acabar conmigo y tener vía libre, ¿por qué no se aprovechó del hecho de que sabía lo mío con el príncipe?

—Solo había presenciado miradas y algunos gestos, pero no eran suficientes para echarte. El accidente ya estaba planificado y no podía perder el tiempo siguiéndote. No se despide a un hombre por mirar demasiado a la persona que debe proteger. Pero, tras lo que hiciste en la biblioteca…

Se ríe y Léonard se mueve hacia el espejo espía, donde imagino a todo el mundo concentrado en nuestra conversación y en cada detalle sórdido de la historia.

—Podríamos decir que escogiste bien tu momento, Galbero. Era todo lo que necesitábamos para mantener la esperanza y actuar de una vez por todas sin tenerte pegado.

Lo miro con amargura y me pongo las manos detrás de la cabeza en un gesto nervioso y febril. Lo que sobre todo me impide darle una buena tunda.

—Si se ha esforzado tanto en que no le pillen —continúa Léo—, ¿por qué ha actuado hoy? Había cámaras y agentes, sabía que iban a detenerlo.

Mads se hunde más en la silla. Sujeto por las esposas, se ve obligado a quedarse de brazos cruzados para no mover el codo.

—He conseguido alejar a la policía durante varias semanas, pero sabía que mi nombre iba a acabar saliendo durante los interrogatorios. Era cuestión de tiempo que vinieran a detenerme. Por eso quería dar el golpe hoy o mañana. Quería llegar hasta el final de lo que habíamos planeado. Por la Orden. Por Helle. Por Knut y por todos los que luchan a diario por defender los valores de nuestra organización.

—Y vuelve a ser otro fracaso —digo con ironía—. Defenderán sus valores desde las celdas. Espero que haya valido la pena.

—No tenía que haber salido así. No deberías haber estado ahí, Galbero.

—Ese era tu trabajo. Tendrías que haberlo sospechado —le desafío—. Treinta y un años, Mads, joder. Debería darte vergüenza. Me das asco, me has dado lecciones de moral sobre mi contrato y sobre todo lo que había echado a perder. No eres más que un cabrón de mierda y espero que te pudras en la cárcel con toda tu pandilla de subnormales.

Como ya he oído suficiente, pego el puño contra el cristal para ordenar al comisario, al inspector o a quien esté escondido detrás que acabe con esto. Luego, apoyo la mano en el hombro de Léonard y lo invito a levantarse. Noto que le fallan las piernas y lo aguanto con una mano en los riñones. Imperceptible, pero presente. Aunque intente no mostrarlo, está afectado.

—¿La tomó conmigo solo porque le parecía débil?

De pie, Léonard obliga a Mads a levantar la barbilla para clavar los ojos en los suyos.

—Usted es el heredero. Era algo simbólico.

El príncipe se tensa y la extraña sensación de que pasa algo me pone en alerta.

—¿Y si hubiera sido Pia?

—Pues habríamos arremetido contra ella. Aunque no hubiera bastado para Knut.

El inspector entra en la habitación acompañado de tres hombres que rodean rápido a Mads y le encadenan las piernas antes de soltarle las esposas que están sujetas en la mesa. Lo obligan a levantarse sin cuidar de no tocarle las heridas. Me quedo apartado con el príncipe, que no se ha movido de delante de la mesa, contra la que se apoya. Cuando todos los agentes salen con el antiguo jefe de seguridad, se tambalea. Lo agarro al instante y le rodeo las caderas para pegarlo con fuerza a mí.

Incluso cuando nos sorprenden, hay veces que luchar no sirve de nada. Nos aparto de la exposición a la que nos somete la puerta abierta al pasillo y le levanto con cuidado la barbilla con la punta de los dedos para clavar los ojos en los suyos.

—Oye, mírame, Léo.

No más fingir ni más máscaras para guardar las apariencias. En sus ojos leo la angustia que ha intentado esconder durante todas estas semanas y me rompe el corazón.

—Se acabó, mi amor —le susurro colocándole el pulgar en la mejilla—. ¿Me oyes? Se acabó, no les dejaré que te hagan daño.

Le rodeo por la cintura y el cuello para mantenerlo contra mí y reconfortarlo como tendría que haber hecho desde el principio. Entonces, unas voces se acercan a la entrada y me separo de él a regañadientes. El soberano aparece en el marco, al lado del comisario. Lo han visto y escuchado todo. Sus miradas significativas hablan por sí solas. Sin embargo, no dicen nada en voz alta. Léonard empieza a salir de la sala para reunirse con ellos y veo que Fox está detrás, de pie y apartado.

—Su Alteza —empieza Haug con una voz perfectamente tranquila —. Le agradezco su colaboración. Imagino lo duro que ha tenido que ser remover de nuevo los acontecimientos trágicos que le han ocurrido últimamente.

—¿Esto bastará para el juicio? —le pregunta.

El alto cargo asiente.

—Tenemos lo necesario.

—El reino cuenta con ustedes para acabar con este asunto, comisario —anuncia el rey con firmeza—. Esperamos un informe detallado de su investigación. Y es inútil recordarle que todo lo que se ha desvelado aquí debe esperar mi aprobación antes de ser utilizado.

—Por supuesto, Su Majestad. Cuente conmigo, yo me encargaré personalmente.

Haug se inclina con una reverencia escueta antes de disculparse y dejar el grupo.

Previendo una orden del monarca, Fox aprovecha este momento para acercarse y colocarse a su lado.

—Acompañe al príncipe a sus aposentos.

El interesado se tensa cuando el guardaespaldas se acerca a él para que obedezca. Aunque sé que eso significa que también tengo que irme, el sentimiento es más fuerte que yo y no consigo moverme. La simple idea de dejar a Léonard después de lo que acaba de sufrir me revuelve el estómago.

—Con el capitán —añade el rey.

Me cuesta entender la orden y no reacciono de inmediato. Juraría que había soñado estas palabras, pero, cuando veo la expresión sorprendida de Cole y la mirada estupefacta que me dirige mi amante, entiendo que no soy el único que lo ha escuchado.

Y, joder, no podría haber esperado una bendición mejor.

Capítulo 47

Léonard

Si me hubieran dicho hace unos días que iba a sufrir otro intento de asesinato dirigido por un hombre que me ha visto crecer, me habría quedado devastado. Sin embargo, no me sale ninguna lágrima ni siento ningún dolor cuando pienso en la traición de Mads. Solo un cansancio extremo.

Hay que decir que me he llevado bastantes sorpresas estos meses y esta noche me niego a llorar por alguien que no ha demostrado ni una pizca de arrepentimiento. Ni siquiera me apetece. Solo quiero acabar con esta historia y olvidar.

Es irónico cuando hasta hace poco lo único que quería era recordar.

Seco el vaho del espejo con la mano y miro mi reflejo. Puede que no sienta gran cosa interiormente, pero los rasgos de la cara muestran todas las pruebas de que he sufrido. A pesar del enrojecimiento de las mejillas por el calor de la ducha, estoy ojeroso y lívido.

Me froto los ojos con la esperanza de hacer desaparecer el vacío que leo en mis pupilas y me pongo el pijama antes de salir del cuarto de baño. Es más de medianoche, pero no tengo sueño. Como si mi cuerpo aún estuviera bajo el efecto de la adrenalina, disparada

por todo lo que ha pasado en unas horas. Cuando pienso en cómo ha empezado todo…

Bailey está sentado en mi cama. Tiene apoyados los codos en las rodillas y la barbilla entre las manos. Se levanta al oírme llegar. No se ha cambiado, ni siquiera se ha desnudado. Solo se ha limpiado la sangre de los dedos y se ha quitado el jersey manchado. Cuando clava la oscura mirada en la mía, noto que mi corazón sale de su letargo y se me llena de un agradable sentimiento.

—¿Cómo te sientes?

Me encojo de hombros y avanzo hasta el centro de la habitación.

—¿Queda mal si te digo que no estoy tan afectado como hubiera creído?

Echa los hombros hacia atrás y respira con fuerza.

—No, es normal. Aún estás en *shock,* no te das cuenta.

—¿Y si eso no cambia? —pregunto dando un paso hacia él—. ¿Y si no siento más pena con el paso del tiempo?

Estoy afectado, eso es un hecho. ¿Cómo no estarlo? Desde que tengo uso de razón, Mads protege a la familia real. Formaba parte de las personas más importantes de mi vida y confiaba en él. Sin embargo, no es tan doloroso como debería serlo. Sobre todo desde la confrontación y la expresión indiferente del acusado cuando ha explicado sus razones. Es como si mi cuerpo hubiera abandonado el combate, las preguntas y los cuestionamientos, como si hubiera aceptado la situación sin protestar. Porque he entendido que yo no era un objetivo personal.

—Es normal. Cada uno reacciona de forma distinta ante las adversidades.

Se levanta para acercarse a mí, pero no me toca. Se limita a buscar mi atención, que le doy echando un poco la cabeza hacia atrás.

—Pero si algún día te pasa, prométeme que me lo contarás y dejarás que te ayude.

Asiento en silencio y frunce el ceño.

—Prométemelo.

—Te lo prometo —declaro para tranquilizarlo.

Dicho esto, me pongo de puntillas para ponerme a su altura y me fundo con su boca. Porque no necesito nada más ni quiero hacer nada más salvo estar con él. Le rodeo el cuello con los brazos con entusiasmo y su risa muere en mis labios, pegados a los suyos.

—Lo he entendido —se ríe—. Deja de hablar.

Baja los labios hacia mi mandíbula, mi clavícula y me cubre de húmedos besos. Inclino la cabeza y, con los ojos cerrados, saboreo sus caricias, consciente de adónde nos llevarán. Por primera vez, sé que nadie nos molestará porque, por fin, podemos estar juntos. Esta idea me recuerda que el giro de los acontecimientos de antes no me ha dejado darle la noticia. Entonces, sin aire, le susurro:

—Bailey…

—Humm…

Me hunde las manos en el pelo, tira de él y lo aprieto con más fuerza.

—He renunciado…

No me escucha y sigue con sus gestos apasionados que vuelven mi voz más ronca aún.

—He abdicado.

De pronto me aparta y lo miro confundido. Toda la sangre que se me había acumulado entre las piernas se dirige a mis mejillas, que se calientan al instante.

—¿Que has hecho *qué?* —masculla.

Su voz es dura y hago una mueca mientras me paso una mano por la cara con nerviosismo.

—Me esperaba otra reacción —exclamo mordazmente.

—Léonard —grita—, ¿qué has hecho?

La ira le arde en los ojos y el pecho le sube y le baja aceleradamente. Se echa hacia atrás y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones. Pocas veces lo he visto tan contrariado y, sinceramente, no me lo esperaba.

—He abdicado —repito a la defensiva.

Lo fulmino con la mirada y aprieto la mandíbula.

Acaba de estropear el ambiente.

—¡Joder! —maldice—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Porque quería —respondo con desdén.

Gruñe.

—¡No tendrías que haberlo hecho! Es algo totalmente estúpido e irracional.

Emito una risa sarcástica.

—¿Eso es lo que piensas de mí, que soy un estúpido y un irracional?

Frunce el ceño y sacude la cabeza.

—No retuerzas mis palabras, Léo.

—No entiendo por qué reaccionas así. No es que hoy te hayas enterado de que quería hacerlo, Bailey.

Me vuelvo hacia él para clavar los ojos en los suyos. Sigue furioso y yo estoy aún más irritado.

—No. Sabía que no te encontrabas a gusto, pero esto es diferente.

—¿Y en qué es diferente, exactamente? No me gustaba lo que esperaban de mí.

—¡Has abdicado!

Levanta los brazos como si fuera evidente.

—Sí —farfullo—. Estoy bastante seguro de haber empezado diciendo eso hace unos minutos.

—Vas a arrepentirte.

—¡Para! —respondo—. Deja de creer que sabes mejor que yo lo que es bueno para mí.

Se cruza de brazos y aprieta los labios con un aire de desafío.

—Tú eres de la realeza, Léo. Eres príncipe, heredero y futuro rey. No solo se trata de qué es lo mejor para ti, sino que es lo que tú eres. Y punto.

—¡Y es lo que no quiero ser! —grito—. ¿No lo entiendes?

Sigue mirándome confundido sin decir nada. Enfadado por su falta de apoyo, anuncio:

—He sufrido dos intentos de asesinato, Bailey. Lo sabes mejor que nadie. ¿Y por qué? Porque era el heredero de esta familia.

Le tiembla el labio y resopla, con la clara consciencia de lo que se esconde detrás de mi decisión. Entonces, me acerco un poco más a él para continuar, con una voz más tranquila y sincera:

—He abdicado porque no podía más con todo esto y porque te quiero. Porque, sin ti, no quiero seguir viviendo en este palacio. No quiero seguir cruzando sus pasillos si no estás conmigo. Y tampoco quiero pasarme horas encerrado en una sala de audiencias sin entender lo que esperan de mí cuando detrás de esta jodida puerta no estás tú esperándome —señalo la puerta de la habitación con la mano—. No quiero volver a estar en un salón de baile lleno sin poder invitarte o poder agarrarte del brazo. No quiero seguir fingiendo que no formas parte de mi mundo, Bailey. Ahora eres mi mundo. Lo quieras o no.

Mi tono de voz suena más grave a medida que hablo y dejo que el torrente de palabras fluya entre nosotros sin poder contenerlo.

—Y si te lo hubiera dicho, habrías hecho lo imposible para que no firmara los puñeteros papeles. Porque, para ti, lo más importante es el deber, pero, para mí, lo más importante son las decisiones que tomamos con el corazón.

Al fin recupero el aliento e intento ignorar que mi confesión me hace parecer, de repente, un patético romántico. ¡Odio a los románticos! Bailey abre los ojos y me mira con atención antes de sonreír de oreja a oreja.

—¿Puedes repetirlo?

Suspiro cansado y un poco más calmado después de haber gritado.

—Nunca he querido ser rey.

—No, esa parte la he entendido bien.

—Si te lo hubiera dicho, ¿me lo habrías impedido?

Sacude la cabeza en señal de negación y da un paso hacia mí.

—No, antes.

—Bailey —refunfuño.

Me paso la mano por el pelo cuando llega a mi altura. Me agarra de la barbilla mientras clava la oscura mirada en la mía. La furia ha dado paso a la ternura en sus ojos y siento mariposas en el estómago.

—¿Qué has dicho justo antes de que me dijeras que no podías vivir sin mí en palacio?

Su voz suena traviesa y esboza una amplia sonrisa, que muestra sus dientes blancos y alineados. Me pierdo en el negro de sus ojos.

—Que te quiero —susurro.

—¡Joder! Llevo meses esperando a que me lo digas para poder decírtelo también.

La sorpresa por su confesión no dura, dado que se apodera de mis labios en un beso ardiente.

—Yo también te quiero, Léo.

Aprieta su atlético cuerpo contra el mío.

—Si supieras cuánto.

Esta vez, me tira al colchón para tumbarse sobre mí. Sus gestos no son tiernos. Son rápidos, excitados, fogosos. Y no me quejo. Deslizo los dedos con torpeza por debajo de su camiseta para acariciarle los abdominales. Me muerde el cuello y me arranca un chillido. Lo sujeto en esta posición para que no pare y entiende perfectamente mi intención, porque se dirige a mi hombro, sube por la mandíbula, me da besos en la barbilla y regresa para acariciarme el lóbulo de la oreja, mientras disfruta de todas y cada una de mis reacciones. Me roza el miembro duro con los dedos y pregunta:

—¿Puedo?

Acerco la pelvis a él para encontrarme con su mano.

—No me tomaría a bien que pararas ahora.

Se ríe y se mete en mis calzoncillos sin esperar más. Gimo y me calla con besos cargados de urgencia.

—Tengo ganas de ti —dice entre dos jadeos.

—No sé si seré capaz de esperar a que entres en mí para correrme.

Se me rompe la voz en un gemido descontrolado porque desliza el pulgar sobre mi glande. Un espasmo me contrae el cuerpo cuando lo baja para apoyarlo más abajo.

—Acepto el desafío de hacerte aguantar hasta que te folle.

Con un movimiento brusco, lo tiro de espaldas para sentarme a horcajadas sobre él, decidido a hacerle perder solo por divertirme un poco, aunque, en el fondo, me muero de ganas de sentirlo dentro de mí. El brillo de sus ojos me estremece y me muevo sobre su pelvis mientras froto nuestras erecciones una contra la otra, ambas aún dentro de los calzoncillos.

—Eso es trampa —rezonga sin aliento.

—No has especificado las reglas, capitán.

Pego los labios a los suyos antes de ordenarle:

—Desnúdate.

Se contorsiona para quitarse el jersey y le examino el vientre firme, los pectorales dibujados y la curva musculosa de los hombros.

Es magnífico.

—Te toca.

Me clava los dedos en las caderas, justo por debajo del jersey, para animarme a quitármelo. Lo hago y se endereza para morderme la zona baja del cuello. Gimo y le aprieto la parte de atrás de la cabeza para mantenerlo contra mí. Sube hacia mi boca, que me succiona vorazmente. Mete la lengua en busca de la mía y aprovecho la postura para desabrocharle los pantalones. Me ayuda a bajarle los calzoncillos y se retuerce de placer en cuanto lo agarro.

—Mierda, no pares.

Animado por su voz sorda y sofocada, el brillo excitado de su mirada y la manera en que sostiene el labio inferior entre los dientes, yo también libero mi erección. Froto nuestros miembros atrapados entre los vientres. Esta postura no nos permite movernos mucho, pero no me apetece cambiarla. Es íntima, erótica y terriblemente natural. Agarra con fuerza nuestros sexos en la mano y cierro los ojos embriagado.

—Mírame.

Nos masturba aumentado la energía de los gestos en cuanto me ve estremecerme de placer. Se adapta a mi respiración con un gruñido de excitación cada vez que un gemido menos comedido pasa la barrera de mis labios. Ya no me besa, se limita a contemplarme con una mirada febril. Rodea los dos glandes con sus dedos largos y me estremezco.

—Voy a correrme —balbuceo.

Me aprisiona la boca para tragarse mi aliento. Entre la fricción de la mano y la sensación de nuestros cuerpos tan cerca, soy incapaz de aguantarme el orgasmo. Farfullo su nombre y me tiendo sobre él temblando. Sin parar el ritmo, sigue acariciándome con la cara colocada en mi cuello, que besa antes de eyacular en un grito ronco. No nos movemos y seguimos abrazados, recuperando el aliento y disfrutando de este momento de plenitud.

—Has abandonado rápido la misión.

—Has sido un adversario temible —me dice al oído.

—La noche acaba de empezar —le recuerdo traviesamente.

Me da un beso rápido en la sien.

—La noche y más…

El corazón se me dispara y la promesa evidente de un futuro juntos me produce una cálida sensación en el estómago.

Más… Como una vida entera.

* * *

Bajo los ojos hacia la mole castaña que me hace cosquillas en el pecho y que se mece al ritmo de mi respiración tranquila. Bailey, con un brazo pegado a mi cintura, sigue dormido y me envuelve en su calor. Aunque no le vea la cara, puedo imaginar fácilmente que está tranquilo y relajado.

Me quedo inmóvil por miedo a despertarlo y sacarlo de este estado sereno, y lo observo un buen rato mientras sigo acordándome de mi sueño.

Él y yo en un país que no sea Saryha. Lejos de la presión de mi rango, de los acontecimientos de estos últimos meses y de los recuerdos dolorosos.

Otra vida más feliz, que me sorprendo ansiando, hace que me lata el corazón con fuerza.

Deslizo la mano por la parte de atrás de su cabeza, donde tiene el pelo prácticamente rapado al cero, y hundo despacio los dedos en los mechones más largos, por encima de las orejas.

Sin separarse, levanta la cara para clavar su mirada adormilada en la mía.

Le sonrío y la sonrisa que me devuelve me reverbera en el pecho. Nos quedamos así, en silencio, mirándonos, mientras sigo acariciándolo con ternura.

—Vámonos juntos —murmuro.

Parpadea y pasea la mirada entre mis ojos y mis labios como si tratara de asegurarse de que lo ha entendido bien. Luego, cuando se da cuenta de que no se ha inventado mis palabras ni su sentido, se apoya en los codos.

—¿Es una orden, príncipe Léonard?

La entonación traviesa y la sonrisa que se le dibuja en los labios hace que se me pare el corazón un segundo. En respuesta, le agarro la nuca y lo beso con ardor. No necesita una confirmación verbal, puesto que en el beso están todas las palabras que no pueden expresarse.

Y sabe a libertad.

Epílogo

Nine

Dos años después

Cuando el avión aterriza en la plataforma, veo enseguida los dos coches que nos esperan. Pongo los ojos en blanco y me levanto del asiento con un gruñido. Aquí hay cosas que no cambian, y salir con un príncipe me sitúa en una escala social a la que me cuesta acostumbrarme.

—Creía que le habías dicho a tu padre que nos las arreglaríamos solos para ir a palacio.

—Estás hablando del rey. Un rey no recibe órdenes de nadie, ni siquiera de su hijo.

—Tendremos que revisar lo del concepto de «llegada discreta».

Léo me pasa el brazo por la espalda, apoya la barbilla en mi hombro y me susurra al oído con una risa breve:

—Ir en *jet* privado no es que sea muy discreto, mi amor. Sonríe, ¡van a grabarte!

Agarro la chaqueta para colocármela debajo del brazo y esbozo una sonrisa resignada. Las tres azafatas se han apilado en la entrada del avión y nos hacen una ligera reverencia cuando pasamos delante de ellas. El piloto ya ha abierto la puerta y el viento glacial de este mes de marzo se cuela en el habitáculo climatizado. Tirito bajo el

jersey. Estoy empezando a acostumbrarme al clima de Toronto. Cuenta con un frío seco muy diferente al de aquí, donde la humedad se cuela inmisericordemente bajo la tela de nuestra ropa. Me apresuro a ponerme el abrigo. No hay nada más desagradable que el invierno de Saryha.

—Príncipe Léonard, señor Galbero, ha sido un placer escoltarles hasta aquí. Que su estancia en el reino sea agradable.

—Gracias, Henrik —dice Léo estrechándole la mano.

Sospecho que ha escondido un billete en ella porque la cara del piloto se ilumina y despide al príncipe con deferencia. Bajo el primero y espero a Léo debajo de las escaleras, donde le coloco la mano en la cintura. Me sonríe y le doy un beso rápido en la sien. Me relajo al instante. Me parece que llevo una eternidad sin venir a Saryha y, aunque ya no lo sienta como mi casa, me alegra estar de vuelta. Irnos nos permitió empezar de nuevo, y, de hecho, solo acepté el viaje porque así quedaba atrás todo el asunto del intento de asesinato mezclado con la traición del antiguo jefe de seguridad. Para siempre.

—¡Su Alteza, Nine! —exclama una voz que reconozco enseguida.

Me vuelvo hacia el hombre que acaba de salir del coche y corro hacia él a grandes zancadas. Abre los brazos para darme un abrazo. Adiós a los convencionalismos, lo aprieto contra mí con fuerza.

—¡Cole!

Se separa para mirar a Léo y lo saluda con alegría, pero con reservas.

—Bienvenido a casa, príncipe Léonard.

La expresión de mi novio me confirma lo que pensaba: esto tampoco es su casa. Pero no le hace el feo de reprenderlo.

—¿Han tenido buen viaje?

—Muy bueno, gracias —responde Léo.

Le palmeo los hombros a mi antiguo colega y suelta una maldición. Desde que Léonard y yo decidimos irnos de Saryha para mudarnos a Canadá, no he vuelto a ver a Fox ni a ninguno de mis compañeros de la Guardia Real. Si el anuncio del príncipe de abdicar sacudió a la monarquía como habíamos imaginado, su precipitada

partida con uno de los miembros de su escolta personal provocó un verdadero terremoto. La oposición se frotó las manos con la idea de que eso anunciaba el fin de la era Björnen, pero el escándalo relacionado con el juicio y los dos intentos de asesinato aumentaron la popularidad de la familia real. Y más aún ante la llegada de una nueva heredera, que encima era mujer, algo que hacía años que no sucedía. La imagen moderna que la monarquía proyectó en esa coyuntura decisiva ha acabado por reafirmar su posición.

Y aunque tema la vuelta a palacio —por muy fugaz que sea, puesto que solo estaremos cuatro días—, sé que las cosas no están como las dejamos.

—Siéntense —exclama Fox mientras nos abre la puerta.

Cuando paso delante de él, me hace una reverencia forzada y le doy un golpecito en el hombro.

Dios mío, cómo odio lo que está obligado a hacer delante de mí: protegerme como se protege a la mujer de un príncipe, cuando ambos sabemos que hace unos años éramos compañeros, empleados de una familia que considerábamos inaccesible, intocable.

¡Y míranos hoy!

Él está al mando de la Guardia Real y yo estoy con el intocable. El inaccesible.

Me meto en el coche al lado de Léo y le cojo la mano para darme ánimo ante lo que nos espera: una velada mundana delante de toda la alta sociedad de Saryha para celebrar los cincuenta años del rey Filip. Soy un invitado. Y tengo la sensación de que todo el mundo estará pendiente del más mínimo error que cometa.

—¿Estás bien?

Miro a Léonard a los ojos y leo en ellos una ternura que me provoca que el corazón me lata con más fuerza.

Lo quiero tanto…

—Todo va bien, mi amor.

Me inclino sobre el asiento para darle un beso y me asusto en cuanto la puerta de delante se cierra. Me topo con la mirada traviesa de Fox en el retrovisor y gruño.

¡Aquí empiezan cuatro días infernales!

* * *

—¿Y qué hacen exactamente en Canadá?

La voz condescendiente del nuevo duque de Brievi hace que me rechinen los dientes. Edith se ha casado este año con un hombre no mucho mayor que yo que ha amasado una fortuna en el mundo del automóvil, hasta el punto de situarse entre las diez personalidades más influyentes del reino. Es un tipo alto y delgado, sin ninguna presencia, pero cuyo ego excesivo haría palidecer a más de uno.

A mí solo me inspira indiferencia.

—Trabajo en una agencia privada de formación de agentes de seguridad.

—Interesante —dice frunciendo los labios.

Aprieto la copa de champán con la mano, sin la más mínima duda de que no le parece interesante en absoluto. Se obliga a hablarme porque el príncipe está a mi lado, el rey me ha invitado al igual que a él y suscito mucho más interés esta noche por haber estado hasta ahora en el banquillo. Tengo la sensación de que aquí todo el mundo ha pronunciado mi nombre y todas las miradas han convergido hacia nosotros cuando hemos cruzado la puerta del salón de baile. Ese mismo salón en el que hace dos años me dispararon por salvar al hombre que tengo al lado.

Otra época.

—Bailey es muy bueno —añade Léonard con una arrogancia principesca—. ¿Sabía que se formó en las Fuerzas Especiales del reino?

—Lo ignoraba —confirma nuestro interlocutor.

Se vuelve hacia su mujer, que sigue en silencio, para incluirla en la conversación.

—¿Ha oído eso, querida? Tiene delante de usted a un hombre que seguro que ha salvado a nuestro país más de una vez.

No hay que ser adivino para saber que es irónico y bebo un sorbo de la copa para no reaccionar ante sus pullas veladas. La reina me había avisado antes de que empezara la fiesta. Se hallaba en nuestra habitación y, como suele hacer, estaba comprobando que su hijo estuviera bien vestido para la fiesta. Sin embargo, esta vez también comprobó mi atuendo. Como haría una madre. Me apretó el nudo de la pajarita alrededor del cuello antes de volver a colocarme los ojales con cuidado. Luego me dijo con sinceridad:

—Tenga cuidado esta noche, Bailey. Va a ver a todo tipo de personas encantadas de conocerlo y su presencia les alegrará de verdad. Pero otras le harán ver que, haga lo que haga, nunca será de su mundo. Ignórelos. Forma parte del reino desde hace mucho tiempo, pero los cotilleos no cesan nunca. Demuéstreles que es un hombre de honor que merece su lugar en brazos del príncipe.

Luego, colocó la mano pálida sobre mi mejilla en una caricia maternal y se me encogió el corazón. Tuve la sensación de que esa era su forma de decirme que estaba contenta de que estuviera ahí, de que me daba la bendición que nunca pudo darme antes de irnos.

Por eso, permanezco impasible delante del futuro duque, tieso como un palo, y totalmente imperturbable.

Me han dicho cosas peores.

Esbozo una sonrisa y coloco un brazo en la cintura de Léonard, que siento que se aprieta a mí.

—¿Es cierto lo que cuentan sobre su empresa? —pregunta este inesperadamente—. Parece que tiene algunos problemas… financieros.

Lo dice en voz baja y casi me echo a reír al ver cómo se enrojece la cara del marido de Edith. Tendría que haberme imaginado que Léonard se ha pasado años navegando en este mar de tiburones y que ha aprendido a callarlos sin ni siquiera levantar la voz. Le agarro la mano con más fuerza.

—Discúlpennos —dice Edith—. Cariño, vamos a saludar al marqués y a su mujer. Su Alteza. Señor Galbero.

Hace una reverencia elegante y tira de su marido. Léonard se ríe a carcajadas en cuanto nos quedamos solos y me vuelvo hacia él

para agarrarle por la cadera.

—Eres un sádico.

—Es un capullo —responde.

—Si tu madre te escuchara… —me río—. Eres un grosero, ¿te lo he dicho ya?

—Creo que estoy saliendo con un hombre de muy baja estofa —susurra.

—¿Cómo de baja?

Levanta una ceja burlonamente y veo que le pasan muchas cosas por la cabeza. Lo aso con más fuerza por las caderas para mostrarle la reacción que su mirada provoca en mí. Se ríe.

—¿Y si volvemos? —digo acercándome a sus labios.

—¿A casa?

Asiento y sonríe. Estamos en casa estemos donde estemos. Solo necesitamos estar juntos. Pero confieso que aquí, ahora mismo, echo de menos nuestro rincón. Echo de menos nuestro apartamento. Nuestra libertad, nuestra despreocupación. A pesar de las obligaciones a las que debe responder en Canadá como representante de la Corona y de todas las ceremonias y comidas a las que está invitado, estamos lejos de todo esto. De los paripés, de las intrusiones y de la falta de vida privada. Solo llevamos un día y ya siento que me ahogo. ¿Cómo ha podido aguantar veintidós años?

—¿Está intentando huir delante de una amenaza, capitán?

—Propongo una retirada técnica.

—Nada más —bromea.

Me acerco a él para besarlo, pero una presencia hace que nos separemos. Mucha gente nos observa y, cuando me topo con los ojos azules del rey, me siento molesto por estar encerrado en esta burbuja con Léonard. Es la primera salida oficial del príncipe y de su antiguo guardaespaldas por el reino, ¿de verdad tenemos que sufrir tanto? No lo tengo muy claro.

—Capitán —empieza el soberano esbozando una sonrisa familiar.

He soltado a Léonard, pero aún nos tocamos por los hombros.

—¿Y si sacara a mi hijo a bailar?

Frunzo el ceño y escucho una risita a mi derecha. Observo la sala, está toda la alta sociedad engalanada con sus lujosos trajes, que brillan e iluminan la fiesta. En las esquinas, la Guardia Real vigila, y yo, en medio de ambos, soy incapaz de encontrar mi lugar. Así que, ¿bailar?

—No creo que sea buena idea, Su Majestad. Hay mucha gent…

No me da tiempo a expresar mis dudas porque una mano me arrastra a la pista de baile. La orquesta empieza una canción nueva y, cuando me quedo inmóvil en el centro de la habitación, estamos Léonard y yo solos a punto de empezar. Me tenso.

—¿Qué haces? —digo con dientes apretados.

Echo un vistazo alrededor para comprobar que todo el mundo está mirándonos.

Genial.

—¿Confías en mí?

Léonard me agarra de las caderas para obligarme a acercarme a él. Me coloca una de las manos en su cintura, me coge de la otra y da unos pasos para dirigir el baile. Me dejo llevar por la música, el ritmo, las notas de *jazz.* Concentrado en los movimientos de mi pareja, me olvido de dónde estamos y de lo que estamos haciendo para disfrutar del momento. Si un día me hubieran dicho que iba a bailar en medio de una de las salas de palacio con el príncipe —antiguamente heredero de Saryha—, no me lo habría creído. Hoy, las miradas me dan igual y todo lo que veo es a Léo, que no me quita los ojos de encima.

Never know how much I love you,
never know how much I care.
When you put your arms around me
I get a fever that’s so hard to bear.
You give me fever,
when you kiss me.
Fever when you hold me tight.
Fever! In the mornin’,

a fever all through the night.[4]

Nuestros pasos nos llevan por toda la pista, que está empezándose a llenar poco a poco, y mi mirada se topa de repente con la del rey, llena de un afecto que no le conocía. Me hace una ligera seña con la cabeza y luego conduce a la reina tras él. Se unen a nosotros en el centro de la sala y toda la atención se centra en la pareja que forman, lo que me permite disfrutar plenamente del momento que comparto con mi príncipe.

* * *

Corro por los pasillos del palacio sosteniendo con fuerza la mano de Léonard. Abro algunas puertas secretas mientras lo oigo reírse detrás de mí hasta que llegamos al garaje del ala oeste. Me detengo en seco cuando me topo con el guardia que se encarga de vigilar la zona esta noche.

—¿Nine? —pregunta sorprendido.

—Hola, Pollo.

Me observa antes de ver a quien me acompaña y se precipita a hacer una torpe reverencia.

—Su Alteza, no pensaba verlo aquí.

—Necesitaríamos un coche.

—¿Necesita que llame a los agentes para que les escolten?

Me río y le coloco una mano en el hombro. Tiene más músculos y noto su intenso entrenamiento bajo el tejido de la chaqueta. Me alegra ver que ha progresado, ¡y que se haya cortado el mechón de pelo!

—Yo soy el escolta.

Frunce el ceño.

—No creo que sea muy buena idea, capitán.

Lo esquivo para coger la llave colgada en el tablón que hay a su espalda. Sigue tratando de disuadirme mientras hago que Léonard entre en el coche que he escogido. Un Audi R8 negro.

—Muy buena elección —dice este—. Muy poético.

—A mí también me lo parece.

Cierro la puerta detrás de él dejando que su risa vuele a mi alrededor. Luego, me giro hacia Pollo y tiro de su micrófono para colocármelo delante de la boca:

—Nine a Fox. Sunshine está conmigo. Lo llevo al Monte Kane, he tomado el R8.

No espero respuesta. Pulso el botón para abrir las puertas del garaje y me pongo al volante. El motor ruge y arranco enseguida. Las ruedas rechinan sobre la gravilla y, en cuanto llego delante de la cancela de hierro forjado de la entrada de la propiedad y bajo las ventanas, las puertas se abren. Salgo del palacio haciendo rugir el Audi, y disfruto de la facilidad con la que el auto responde mientras conduzco por las calles de la capital.

—¿Vas a decirme a dónde vamos?

—Sorpresa.

—¿Al menos podré conducir a la vuelta? ¿O vas a dejarme disfrutar del coche desde el asiento del copiloto?

Me río guiñándole el ojo. Le toco la pierna y él entrelaza nuestros dedos en un acto reflejo.

—¡Mientras esté aquí, tienes todo el derecho!

Sonríe con orgullo y piso el acelerador. Recorremos varios kilómetros hasta que me detengo en un parque poco iluminado. Aparco allí mismo el coche e invito a Léo a salir.

—Un parque abandonado, estupendo —ironiza.

—Cállate y sígueme.

Le cojo la mano y lo llevo conmigo. Andamos por unas sendas poco transitables y me arrepiento de no haber hecho que nos cambiemos de calzado. Seguimos con nuestros trajes de noche, pero en este momento no rechazaría unos pantalones militares y unas botas. Cuando llegamos al final del camino, me vuelvo hacia Léonard y susurro:

—Cierra los ojos.

—¿Hay un acantilado y vas a empujarme?

Pongo los ojos en blanco y él me besa riéndose. Me separo de él y sigue con los ojos cerrados, así que lo agarro de la cintura para dirigirlo hacia el sitio donde quiero que nos detengamos. Su camisa está helada y me maldigo por no haber pensado tampoco en traer un jersey.

¡Soy una basura de novio!

Llegamos a la colina y las vistas son espectaculares. Rodeo a Léonard con los brazos, su espalda contra mi pecho. Apoyo la barbilla en su hombro y le digo al oído:

—Ya puedes abrir los ojos.

Se estira entre mis brazos y respira con fuerza.

—¡Guau! ¡Bailey, es una maravilla!

—Lo sé.

No dice nada y el silencio nos rodea. Dirijo la mirada a las luces de la ciudad, abajo, y disfruto del sentimiento de serenidad que me invade. La última vez que vine aquí con él fue en una de nuestras primeras citas. Una de esas en las que flirteas sabiendo perfectamente que vas a acabar pronto en una cama liberando una tensión sexual cada vez más intensa. Me encantó ese día con él y lo traigo aquí porque es especial para mí. Aquí es donde realmente nos dimos esta oportunidad, cuando entendimos que lo que había entre nosotros era importante, inevitable y explosivo. En esta colina, con la capital a nuestros pies. Nos besamos como nunca antes lo habíamos hecho para acallar un montón de palabras prohibidas, al tiempo que nos moríamos de ganas el uno del otro.

Le beso el cuello inspirando su olor familiar y reconfortante.

—Ya he estado aquí —dice—. Contigo.

Su tono no es de pregunta, pero lo ignoro y asiento:

—Sí, fue nuestra primera cita fuera de palacio. Muy romántica, como puedes ver.

Todo el cuerpo se le tensa entre mis brazos y me enderezo un poco, inquieto por su brusco cambio de actitud. Me separo para mirarle a la cara y, cuando sus ojos se encuentran con los míos, un brillo de pura alegría resplandece en ellos.

—Me acuerdo.

Fin

Agradecimientos

Y vivieron felices y comieron perdices…

Así tienen que terminar los cuentos de hadas, ¿no? Y nosotras vamos a acabar con un enorme agradecimiento. Gracias por haber abierto este libro y haber seguido la historia de Nine y Léo. Gracias por habernos apoyado en esta aventura y por haber confiado en nosotras. Gracias a vuestra presencia y a vuestro entusiasmo es posible que ahora, más de dos años después de haber empezado la intriga, podamos guardar nuestra novela en una biblioteca.

Gracias a la editorial Addictives y a todo el equipo por escucharnos y habernos dado la gran oportunidad de ofreceros esta novela en todas las formas. Y, sobre todo, gracias a Juliette por su amabilidad y su buen humor. ¡Ha sido un inmenso placer trabajar contigo en este gran cachorro!

Gracias a Vivi y a Juju por apoyarnos en todos nuestros proyectos y por ayudarnos a hacerlos mejores; a Alice por estar a nuestro lado desde el principio de esta bonita aventura.

¡Gracias a nuestra familia y a nuestros amigos por brindarnos su apoyo en cada etapa, por implicarse tanto y por responder siempre (mención especial a nuestra encargada de comunicaciones voluntaria: nuestra madre)!

¡Sentíos orgullosos de las personas que sois y de las personas a las que amáis!

Sobre las autoras



Tras el seudónimo de Aimée Lou se esconden dos hermanas gemelas apasionadas por la lectura y rebosantes de ideas. Uniendo sus plumas, dan vida a personajes a la vez explosivos y tiernos en romances llenos de emociones.

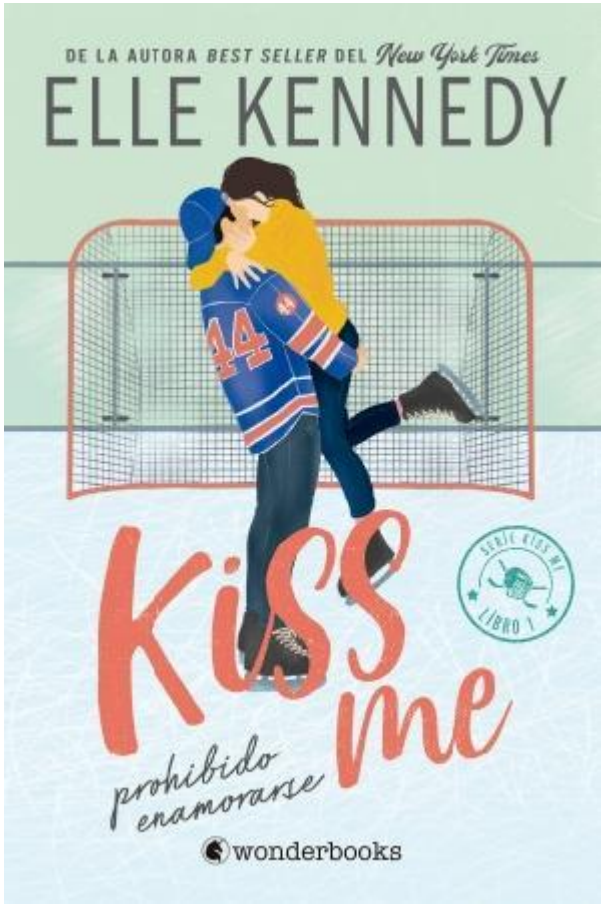
Notas

1. «No lloraré. No, no derramaré ni una lágrima. Mientras te quedes, quédate a mi lado. Por eso, cariño, cariño, quédate a mi lado». «Stand by me», interpretada por Ben E. King, letra de Ben E. King, Jerry Leiber y Mike Stoller.

2. «Cuando me rodeas con los brazos, me entra una fiebre difícil de aguantar. Me das fiebre cuando me besas. Fiebre cuando me abrazas. ¡Fiebre! Por la mañana. Fiebre hasta que acaba la noche». «Fever», interpretada por Peggy Lee, versión de la canción de «Little Willie John», escrita por Otis Blackwell y Eddie Cooley.

3. «Eres, sencillamente, demasiado bueno para ser verdad. No puedo dejar de mirarte. Te quiero, cariño, y si te parece bien, te necesito, amor, para calentar las noches solitarias». «Can't Take My Eyes Off You», de Frankie Valli, letra de Bob Crewe y Bob Gaudio.

4. «No sabes cuánto te quiero, no sabes cuánto me preocupo por ti. Cuando me rodeas con los brazos, me sube una fiebre difícil de soportar. Me haces tener fiebre cuando me besas. Fiebre cuando me abrazas. ¡Fiebre! Por la mañana. Fiebre hasta que acaba la noche». «Fever», interpretada por Peggy Lee, versión de la canción de Little Willie John, escrita por Otis Blackwell y Eddie Cooley.


DE LA AUTORA BEST SELLER DEL New York Times
ELLE KENNEDY
Kiss me
prohibido enamorarse
SERIE KISS ME
LIBRO 1
wonderbooks

Prohibido enamorarse

Kennedy, Elle
9788418509698
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hacer un trato con un chico malo nunca sentó tan bien

Hannah Wells ha encontrado por fin un chico que le gusta, pero se siente insegura en la seducción y el sexo. Si quiere conseguir que el chico que le interesa le preste atención, va a tener que salir de su zona de confort… Incluso si eso significa ser la tutora de Garrett Graham, el insoportable y arrogante capitán del equipo de hockey, a cambio de que finja salir con ella para así dejar de ser la chica invisible de la universidad.

Garrett, por su parte, sueña con ser jugador de *hockey* profesional, pero sus malas notas ponen en peligro su futuro. Ese es el único motivo por el que accede a ayudar a Hannah a poner celoso a otro. Pero cuando un beso inesperado conduce al sexo más salvaje de su vida, a Garrett le queda claro que no le basta con fingir. El problema ahora es que tiene que conseguir que Hannah se enamore de él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DE LA AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES
ELLE KENNEDY
El
EFECTO
GRAHAM
wonderbooks

El efecto Graham

Kennedy, Elle
9788418509933
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es la chica de oro, pero acaba de hacer un trato con el chico malo

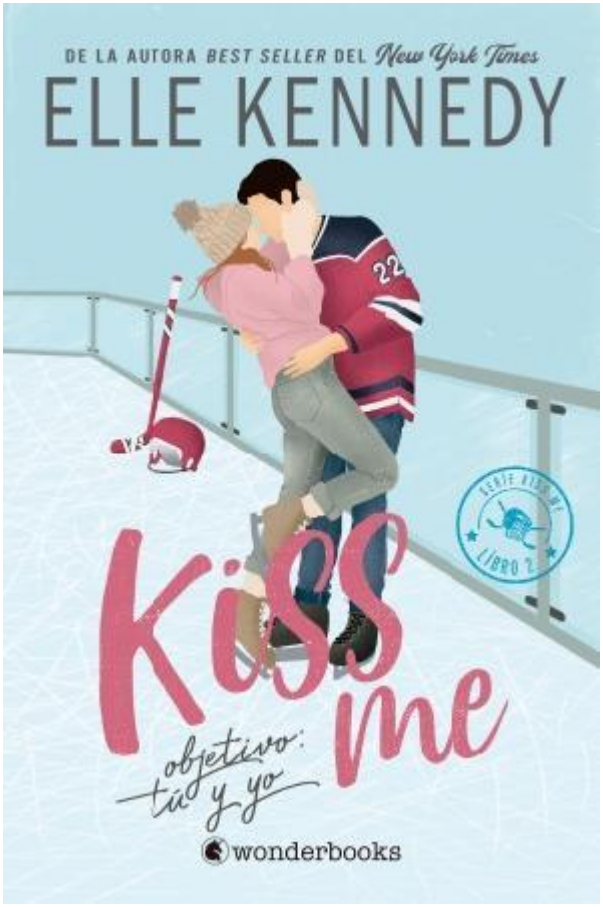
Gigi Graham tiene tres objetivos: entrar en el equipo nacional de *hockey* femenino, ganar el oro en las Olimpiadas y alejarse de la alargada sombra de su padre, Garrett Graham, uno de los mejores deportistas de todos los tiempos. Para ello, necesita ayuda, y el candidato perfecto es Luke Ryder, uno de los nuevos capitanes del equipo de *hockey* de la Universidad de Briar.

Luke es bastante antipático, testarudo e insoportablemente atractivo. Pero tal vez los dos puedan salir ganando: Gigi mejora su juego y, de paso, le habla bien de Luke a su padre, que está buscando un ayudante para un campamento de *hockey,* y claro, trabajar con Garrett Graham sería un sueño hecho realidad.

¿Qué podría arruinar este plan? La química que surge entre ellos. Es un juego peligroso, pero a veces vale la pena correr riesgos.

No te pierdas el primer libro de la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Objetivo: tú y yo

Kennedy, Elle
9788418509711
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

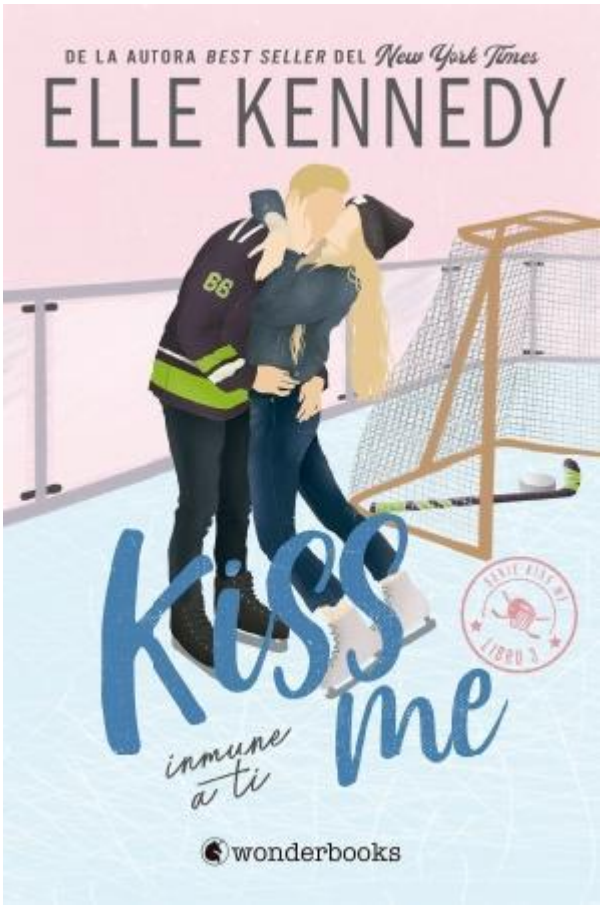
Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella… y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Inmune a ti

Kennedy, Elle
9788418509735
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

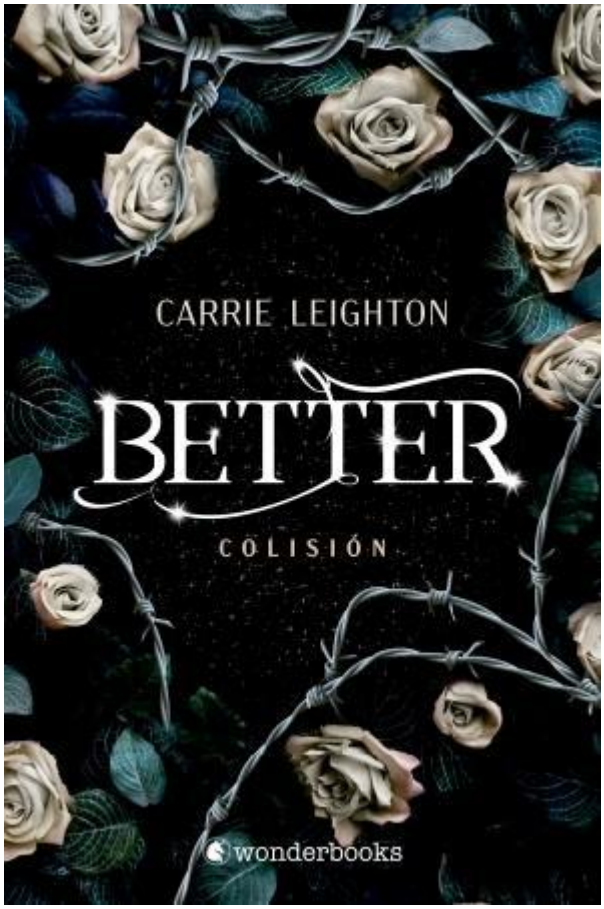
Si la quiere, tendrá que ganársela

Allie Hayes está en medio de una crisis. Se acerca la graduación y todavía no sabe qué hará con su vida cuando termine la universidad. Además, acaba de dejar a su novio tras cuatro años de relación. Sabe que el sexo salvaje con otro no es la solución a sus problemas, pero Dean Di Laurentis es demasiado irresistible. Eso sí, será solo una vez. Este chico no está hecho para las relaciones.

Dean siempre consigue lo que quiere: chicas, buenas notas, chicas, reconocimiento, chicas… Es un *playboy* nato y todavía no ha conocido a una mujer que se resista a sus encantos. Hasta que llegó ella. Aquella noche, Allie dio un vuelco a su mundo, ¿y luego quiere que solo sean amigos? Oh, no. Esto no se acaba hasta que él lo diga, y él quiere más. Pero cuando algo inesperado sacude los cimientos de su vida, surge la duda: ¿debería perseguir algo más serio con ella?

***Best seller* del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Better 1. Colisión

Leighton, Carrie
9788418509612
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Tú deseas rosas y corazones, pero él solo posee espinas y oscuridad».

Vanessa es una estudiante universitaria que adora los libros y la lluvia. Marcada por el difícil divorcio de sus padres, ha encontrado consuelo en Travis, el novio que todas las madres —incluida la suya — querrían para sus hijas. A su lado, espera construir una felicidad que echa en falta desde hace demasiado tiempo. Pero, después de dos años, parece que su relación se ha enfriado y el corazón de Vanessa no late como antes. Al menos hasta el primer día del segundo curso. En clase, la joven se cruza por primera vez con un nuevo compañero: tiene el cuerpo cubierto de tatuajes y dos ojos verdes en los que resulta demasiado fácil perderse. Thomas es una mezcla explosiva de fascinación y arrogancia, víctima y verdugo con un pasado atormentado. Él y Vanessa, tan distintos y a la vez tan parecidos, encajan como las piezas de un rompecabezas y entre ellos nace una relación tempestuosa, hecha de momentos de pasión y ternura, discusiones furiosas y reconciliaciones. Pero Vanessa quiere más, sueña con un amor de verdad, romántico y absoluto, ese tipo de amor que lee en sus novelas preferidas. Thomas, en

cambio, rehúye cualquier vínculo, y es que una perpetua maraña de espinas no deja de atormentarlo. Sin embargo, si para ellos es difícil entenderse, separarse resulta imposible.

LA TRILOGÍA QUE HA CONQUISTADO LAS LISTAS DE VENTAS EN ITALIA

NO EXISTE ROSA SIN ESPINAS.

NO EXISTE PASIÓN SIN TORMENTO.

«Me imaginaba el amor delicado como una sinfonía. Ligero como el aleteo de una mariposa. Suave como una pluma que flota en el viento. Pero me equivocaba. Desde el primer momento en que me tocó, fue la melodía desafinada de una guitarra eléctrica. La furia de un huracán. La perdición de un alma en colisión».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)